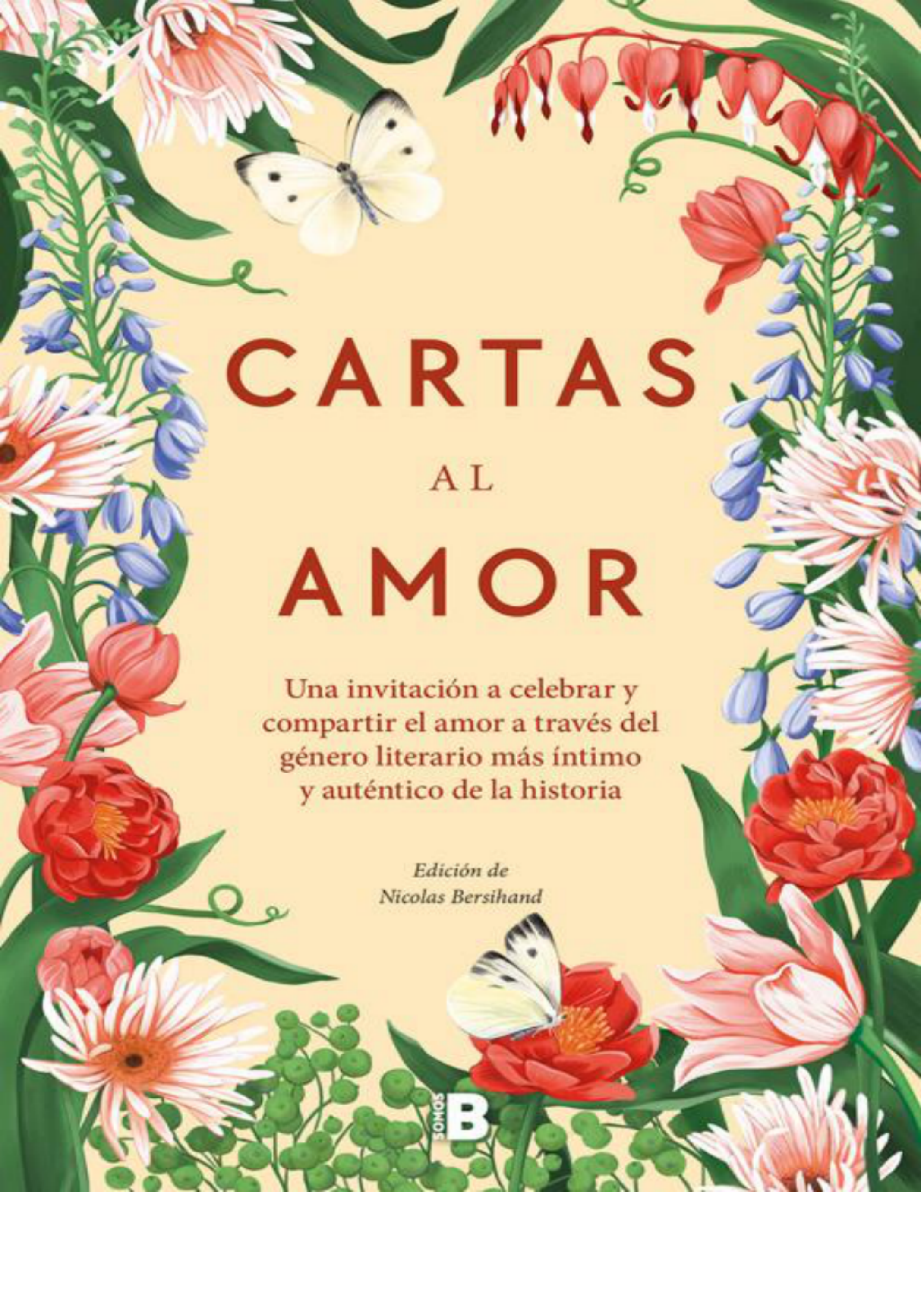

CARTAS
AL
AMOR
Una invitación a celebrar y
compartir el amor a través del
género literario más íntimo
y auténtico de la historia
Edición de
Nicolas Bersihand
SOMOS B

CARTAS AL AMOR

Una invitación a celebrar y compartir el amor a través del género literario más íntimo y auténtico de la historia

Edición de
Nicolas Bersihand



Para Marisa.
Por vivir en nuestro amor,
absoluta y eternamente

INTRODUCCIÓN

Las *Cartas al amor* no pretenden recoger las más bellas cartas de este gran sentimiento, ni contar las vidas de sus protagonistas a través de este mismo corpus —aunque incluyan estos nobles propósitos—, sino presentar, ilustrar, magnificar la relación que unió —desde la invención de la carta, en torno al año 2200 a. C. por el faraón Pepi II, hasta su final, al que asistimos en estas primeras décadas del siglo XXI — al amor y a sus grandes representantes con su embajadora sublime: las cartas de amor.

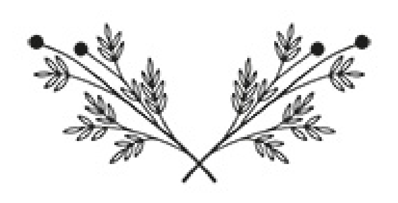
A su unión, millones de personas a lo largo del mundo y de la historia le han debido su dicha o la desgracia de su vida, han vivido al ritmo de su llegada y de su escritura, entregando su destino a unas cuantas anotaciones en una hoja en blanco que se llevaba el cartero. Si las cartas desaparecen, el amor eterno parece ser relegado fuera de la vida contemporánea, objeto de críticas tan certeras como inconclusas en cuanto a su futuro. Tales realidades convierten este libro en una especie de mausoleo, pues hace referencia a una época que está desapareciendo. En contra de cualquier tentación melancólica, su propósito sería celebrar y compartir la belleza humana y literaria de este objeto irrepetible, un evento histórico tan grandioso como desvalorizado: la carta de amor o, más bien, como se explica en la Nota Bene que cierra este libro, la cartamor. Por lo que, sin pretensión alguna de exhaustividad, cientificidad o academicismo, en homenaje

al valioso tesoro que guardó, serán aquí la intensidad de los sentimientos expresados, el esplendor de las emociones surgidas y plasmadas en estas cartas, así como su calidad literaria los ejes de esta selección.

La red y su acceso a cuantiosa información permiten entregar plenamente el protagonismo de esta antología a las cartas, sin explayarse en sus correspondientes autores, circunstancias… En contadas ocasiones se añadió una nota para incidir en algún aspecto llamativo o poco conocido de estas.

I

INICIOS



1

PRIMERAS CARTAS

«La Extranjera […] también ha sabido amar, y no diré más».

Madame Hanska a Honoré de Balzac Publicada en una revista, sin dejar dirección de contacto, esta carta de «l'Etrangère» fue el acto inaugural de la relación epistolar que a partir de aquí mantuvieron madame Hanska y Balzac, por entonces uno de los monstruos sagrados de la literatura mundial, quien tuvo que poner otro anuncio en la misma revista para dejar una dirección de correo, punto de partida para una de las correspondencias de amor más fascinantes de la historia

literaria, que culminó en boda y concluyó con un final trágico.

7 de noviembre de 1832

Su alma tiene siglos, señor; su concepción filosófica parece pertenecer a un estudio largo y consumido por el tiempo. Sin embargo, usted aún es joven, según me han asegurado. Quisiera conocerlo, aunque no creo que lo necesite: un instinto en el alma me hace presentir su ser; me lo imagino, a mi manera, y en cuanto lo vea diré *le voilà*.

Cuando leí sus obras, mi corazón se estremeció; usted eleva a la mujer a su justa dignidad; el amor en ella es una virtud celeste, una emanación divina. Admiro en usted esta admirable sensibilidad de su alma que le ha permitido adivinarla.

Usted tiene que amar y ser al mismo tiempo; debe de compartir la unión que experimentan los ángeles: sus almas deben de sentir felicidades desconocidas. La Extranjera las ama a ambas y desea ser su amiga; ella también ha sabido amar, y no diré más. ¡Oh, usted ya me entiende! […]

Desde el momento en que leí sus novelas, me identifiqué con usted, con su genio; su alma me pareció luminosa. Lo he seguido paso a paso, orgullosa de los elogios que le han prodigado, o llena de lágrimas cuando las críticas amargas han vertido sobre usted su hiel ponzoñosa.

«Nací para amarte y seguirte».

Aleksandr Pushkin a Natalia Goncharova 2 de febrero de 1830. En Petersburgo

Hoy es el noveno aniversario del día en que te vi por primera vez. Aquel día decidió mi vida. Cuanto más pienso en ello, más constato que mi vida es inseparable de la tuya. Nací para amarte y seguirte. Cualquier otro cuidado por mi parte es error o locura. Lejos de ti, solo he sentido remordimientos por la felicidad de la que no he podido saciarme. Antes o después lo abandonaré todo y vendré a caer a tus pies.

«Estoy harto del amor».

Carlos, duque de Orleans, a Isabela de Valois Más allá de las leyendas, San Valentín no fue una creación católica, sino la obra ingeniosa y literaria del poeta británico Geoffrey Chaucer, quien en 1380 unió el amor y la primavera con la fecha del 14 de febrero en su poema «El parlamento de los pájaros», que trata de la reunión de estos para elegir a su Dulcinea. Así nació una larga tradición epistolar que inauguró, en Inglaterra, la carta de amor de San Valentín, demostrando, si hiciera falta, que la literatura dirige los asuntos del corazón humano y quizá la misma marcha del mundo.

Mi muy gentil Valentina, Ya que para mí naciste demasiado pronto, Y yo para ti nací demasiado tarde.

Que Dios perdone al que me ha distanciado de ti durante todo el año.

Estoy harto del amor,

Mi muy gentil Valentina.

2

AMISTADES PELIGROSAS

«Un gran amor —grande de verdad— […], fue tan grande que aún me dura».

Carmen Laforet a Antonella Bodini Septiembre de 1978

Hoy fui a la Cuesta de Moyano… Es un lugar detrás del Jardín Botánico, con una cuesta que baja hacia Atocha. Allí hay una «feria» permanente de libros de primera y segunda mano: una fila de casetas de madera… Los domingos abren por la mañana. Pasé, al volver por el paseo del Prado…, delante del museo, en la puerta de Velázquez, hay unos jardincillos preciosos. No puedo pasar por allí sin sentir algo personal, intransferible…, tierno, fuerte y vivo. Y no tiene nada que ver con el museo, sino con un gran amor —grande de verdad— que viví hace mucho —no era el *primo amore*… ni el segundo [¿?] *amore*… El número de *amore* que hizo… ni lo sé ni quiero saberlo—. Pero fue tan grande que aún me dura… Aún me enriquece. En su momento fue para mí un desastre, un destrozo, porque tuve la manía de idealizar a la persona que lo provocaba…, en ciertos aspectos. Conocía muchos de sus defectos, claro (que admiraba también), pero no llegué a

conocer hasta el fin el que anuló toda posibilidad de continuar la amistad… o continuar en amistad. La persona vive y alguna vez la encuentro (rarísima vez) y ocurre algo tan curioso como esto: jamás me decepciona físicamente si le doy la mano —y puedes imaginar que es bien pura esta atracción, ya que esta persona tiene dieciséis años más que yo—, pero jamás puedo desear reanudar una relación amistosa, aunque siempre supe, desde el primer momento, que ese amor fue correspondido. Duró años… Bueno, delante del Museo del Prado no ocurrió más que un encuentro una tarde —como tantos encuentros, tantas tardes o mañanas, en tantos lugares—, pero ese encuentro está vivo. Se quedó allí como esos fantasmas que según dicen se veían en Hiroshima después de la bomba atómica…

«No creyera que la amistad podía llegar al periodo que estoy experimentando».

Francisco de Goya a Martín Zapater Diciembre de 1790

El mayor bien de cuantos llenan (mi) corazón, acabo de recibir la inapre(ciable) tuya; sí sí que me avivas mis sentidos con tus discretas y amistosas producciones, con tu retrato delante me parece que tengo la dulzura de estar contigo, ay mío de mi alma no creyera que la amistad podía llegar al periodo que estoy experimentando.

3

ENAMORAMIENTO

«¿Querrá que nos reencontremos, verdad, mi adorada?».

Guy de Maupassant a Hermine Lecomte du Noüy

Túnez, 19 de diciembre de 1887

Desde ayer por la noche pienso en usted, perdidamente. Un deseo insensato de volver a verla, de verla enseguida, me entró de repente en el corazón. Surcaría el mar, atravesaría las montañas, cruzaría las ciudades, solo para posar mi mano en su hombro, para aspirar el perfume de su cabello.

¿No siente, a su alrededor, cómo la ronda ese deseo, ese deseo surgido de mí que la busca, ese deseo que le implora en el silencio de la noche?

Quisiera, por encima de cualquier otra cosa, volver a ver sus ojos,

sus dulces ojos. ¿Por qué nuestro primer pensamiento siempre va dirigido a los ojos de la mujer que amamos? Hasta qué punto nos obsesionan, nos hacen felices o infortunados, esos pequeños enigmas claros, impenetrables y profundos, esas pequeñas manchas azules, negras o verdes que, sin cambiar de forma ni de color, expresan sucesivamente el amor, la indiferencia y el odio, la dulzura que sosiega y el terror que hiela, mejor que las palabras más profusas y los gestos más expresivos.

Dentro de unas semanas habré abandonado África. Volveré a verla. ¿Querrá que nos reencontremos, verdad, mi adorada?

«Estoy enamorado de usted, lo sé desde el primer día que fui a su casa».

Alfred de Musset a George Sand

[29 de julio de 1833]

Mi querida George:

Tengo algo estúpido y ridículo que decirle. Le escribo así, a lo tonto, en lugar de habérselo dicho al regresar de nuestro paseo, y me arrepentiré de ello esta noche. Se reirá en mis narices, me tomará por un fabricante de frases en todo lo relacionado con usted hasta el momento. Me pondrá de patitas en la calle, convencida de que miento: estoy enamorado de usted, lo sé desde el primer día que fui a su casa. Creía que me curaría si la veía como una simple amiga. Hay muchas cosas en su carácter que podrían curarme; traté de convencerme de ello tanto como pude, pero he pagado demasiado caros los momentos que he pasado con usted. Prefiero contárselo, y creo que haré bien, porque sufriré mucho menos para curarme ahora, si me cierra la puerta.

«Mientras las pasiones dominen a los hombres, ustedes ostentarán, señoras, uno de los poderes más temibles».

Napoleón Bonaparte a Marie Walewska

Hay momentos en los que demasiada elevación pesa, y así lo siento ahora. ¿Cómo satisfacer la necesidad de un corazón prendado que quisiera arrojarse a sus pies, y que se siente frenado por el peso de tan altas consideraciones que paralizan los más vivos deseos? ¡Oh, si usted quisiera! […] Solo usted podría despejar los obstáculos que nos separan.

¡Oh! ¡Venga, venga! ¡Todos sus deseos serán satisfechos! Aún sentiré un mayor afecto por su patria cuando usted se apiade de mi pobre corazón.

[…] Madame, las pequeñas causas suelen producir grandes efectos. Las mujeres, desde siempre, han ejercido una gran influencia en la política del mundo. La historia de los tiempos pasados, al igual que la de los tiempos modernos, dan fe de esta verdad. Mientras las pasiones dominen a los hombres, ustedes ostentarán, señoras, uno de los poderes más temibles.

«No conozco mayor felicidad en el mundo que la de pasar la vida a tu lado y compartir contigo mi fortuna».

El marqués de Sade a la señorita Colet

16 de julio de 1764

Es difícil verte sin amarte y más difícil aún amarte sin decírtelo. Sin embargo, hace tiempo que me callo, pero me resulta imposible prolongar este silencio. Estoy locamente enamorado de ti, y no conozco mayor felicidad en el mundo que la de pasar la vida a tu lado y compartir contigo mi fortuna [...].

[A comienzos de enero de 1765]

La venganza de una mujer siempre es despreciable, y solo te escribo para demostrarte que no la temo [...]. Deberías sonrojarte después de haberme engañado de tal modo, si aún te quedara algún sentimiento de virtud, incluso de humanidad... Adiós. Me hace sufrir que hables así, pues me siento muy desdichado por no haberte borrado todavía de mi corazón. Espero que no sea por mucho tiempo. Después de haber vivido este ejemplo, que el cielo me libre por siempre de tan funesta pasión [...].

«Me hace tan infeliz que quisiera forzarme a no verla más».

Stendhal a Matilde Dembowski

[Milán, 4 de octubre de 1818]

Me siento muy desafortunado. Tengo la sensación de que cada vez la amo más, y usted solo siente por mí la mera amistad que me demostró en otro tiempo.

Existe una prueba irrefutable de mi amor, y es la torpeza con que me comporto ante usted, que me hace enojarme conmigo mismo y que me resulta imposible vencer. Me siento valiente hasta que llego a su salón y, en cuanto la veo, tiemblo. Le aseguro que hacía mucho tiempo que ninguna mujer me inspiraba este sentimiento. Me hace tan infeliz que quisiera forzarme a no verla más y, a pesar de mis firmes propósitos, tengo que recurrir a la prudencia para no acabar todos los días en su casa.

Es algo que me resulta imposible de traducir. Pero, ya que quiere que se lo exprese, aunque sea toscamente, helo aquí: *Sono infelice, mi sembra di amarvi di più ogni giorno, e voi non avete più per me quella semplice amistà che mi mostravate un giorno. C'è un aprova scolpita del amore mio, la mia…*[1]

4

EL ARTE DE LA BREVEDAD AMOROSA

«Pintar y amarte, eso es todo».

Joaquín Sorolla a su esposa Clotilde Sevilla, 23 y 24 de febrero de 1908

Me voy a comer, ya te he contado mi vida de hoy, es monótona, pero qué hacerle; siempre te digo lo mismo, pintar y amarte, eso es todo, ¿¿te parece poco??

Muchos besos y luego seguiré un ratito más.

21 y 23 de noviembre de 1909

¡Hasta mañana, un beso! No, millones.

«Te echo de menos, más de lo

que puedo expresar con palabras».

Lu Xun a Xu Guangping La gran correspondencia amorosa de China, en el siglo xx, entre el poeta traductor de Shakespeare y su prometida es una decepción lírica, absorbida por la vida material, registro rutinario de los días que pasan. Solo este fragmento, ilustración del arte de la concisión china, se sale de este yugo: ¿cómo decir tanto en tan poco?

Ayer me acosté alrededor de las diez de la noche, pero me desperté sobre la una de la mañana y me costó volver a coger el sueño. Es probable que sea porque es a lo que estoy acostumbrado. Al amanecer, el hijo del barrendero se quejó y su madre le propinó una paliza seguida de una buena reprimenda. Cuando las cosas se calmaron, cerré los ojos y al despertar ya eran las nueve de la mañana. Después de almorzar recibí una carta de Li Jiye, aunque no contenía nada particularmente importante y es probable que ya os hayáis visto a estas alturas, así que no te la enviaré. Por la tarde, le dediqué un rato a la costura, como de costumbre, y leí algunos libros y periódicos. Por la noche fui a dar un paseo por la calle principal, donde compré un cangrejo de Kwangtung. Me lo llevé a casa, lo herví en la lámpara de alcohol y me lo comí despacio, sentado en el sillón. Dime una cosa, ¿te parece todo esto interesante o no? En este momento y acabado de comer, he cogido mi pluma y son las diez menos diez. ¿Has estado bien estos últimos días? Te echo de menos, más de lo que puedo expresar con palabras.

5

DECLARACIONES DE AMOR

«No sabes lo que es querer a alguien y verse despreciada».

Eugenia de Montijo al duque de Alba 16 de mayo de 1843

Mi muy querido primo:

Te parecerá raro que te escriba esta carta, pero como todo en este mundo tiene fin y el mío está muy próximo, quiero explicarte todo lo que mi corazón contiene, que es más de lo que puedo soportar. Tengo el genio fuerte, es verdad, y no quiero excusar mi conducta; aunque también, cuando alguien se porta bien conmigo, puede hacer de mí lo que quiera. Sin embargo, que se me trate como a un burro y se me pegue delante de la gente es más de lo que puedo soportar. Me hierve la sangre y no sé lo que hago. Muchos creen que soy la persona más feliz del mundo, pero se equivocan. Soy desgraciada porque me lo hago yo misma… Amo y aborrezco con exceso y no sé qué vale más, si mi cariño o mi odio; tengo una mezcla de pasiones terrible, todas fuertes; las combato, pero pierdo la batalla y mi vida terminará, perdida miserablemente, entre un cúmulo de pasiones, de virtudes y de locuras.

Me llamarás romántica y tonta, pero eres bueno y perdonarás a una pobre muchacha que ha perdido a cuantos la querían, a quien todos miran con indiferencia, hasta su madre y su hermana y, si me atrevo a decirlo, hasta el hombre al que más quiere, por el que hubiera mendigado y aun consentido en su propia deshonra: ese hombre, tú lo conoces.

No digas que estoy loca, te lo ruego, ten compasión de mí: no sabes lo que es querer a alguien y verse despreciada. Pero Dios me dará valor para acabar mi vida tranquilamente, en el fondo de un triste claustro, y nadie sabrá nunca que he existido.

Hay personas que han nacido para ser dichosas: tú eres una de ellas. Dios quiera que te dure siempre. Mi hermana es buena y te quiere… No trates de persuadirme, es inútil. Iré a terminar mi vida lejos del mundo y de sus afectos. Mi resolución es inquebrantable porque mi corazón está destrozado.

«Tu poesía, tan viva, se ha metido tan dentro de mí […] que todas sus flores han echado raíces y crecido».

Robert Browning a Elizabeth Barrett New Cross, Hatcham, Surrey [Matasellos de 10 de enero de 1845]

Amo tus versos con todo mi corazón, querida señorita Barrett; y no es esta una carta improvisada de cortesía, ni un raudo reconocimiento de tu genio, poniendo así un punto final airoso y natural al tema. Desde aquel día, la semana pasada, en el que leí tus poemas por primera vez, me río al recordar cómo he estado dándole vueltas y más vueltas a lo que debería ser capaz de decirte sobre el efecto que me causaron, porque en un primer arrebato de alegría pensé que esta vez abandonaría mi costumbre de disfrutar de forma

pasiva —cuando realmente disfruto—, y justificaría mi admiración a fondo. Puede que incluso intentara encontrar algún fallo y hacerte algún bien del que estar orgulloso en el futuro, como tendría que hacer un leal compañero de profesión. Pero no me sale nada de todo eso. Tu poesía, tan viva, se ha metido tan dentro de mí, y se ha convertido en parte de mí misma, que todas sus flores han echado raíces y crecido [...]. Puedo dar razón de mi fe en una y otra excelencia, en su fresca y extraña musicalidad, en el rico lenguaje, en el exquisito sentimiento y en sus novedosas y valientes ideas. Pero al dirigirme a ti, a ti directamente, y por primera vez, mis sentimientos despiertan y se elevan por completo. Como he dicho, amo estos poemas con todo mi corazón, y también te amo a ti. Los poemas estaban destinados a ser, así como esta auténtica y agradecida alegría y orgullo que siento.

«Solo dos ojos hasta el fondo de tu espíritu; solo eso, una rosa».

Catherine Pozzi a Paul Valéry
Destruida tras la muerte de su propia autora por su notario, esta correspondencia mítica renació de sus cenizas al haber sido copiada y transmitida a terceras personas. El gran poeta robó, plagió las obras poéticas, intelectuales de su «amada», quien le dedicó estas cartas de amor, verdaderos cenit de la literatura y del amor vivido, escrito.

Sábado, 9 de octubre de 1920

Mi amor, haz que no tenga más miedo, y que este peso que llevo de ti se aligere y no me espante. Dime eso que sé perfectamente, pero que el niño loco que hay en mí se niega a creer: que hemos hallado la explicación de la vida y de nosotros mismos, que ni el azar ni las manos humanas pueden deshacer este orden espléndido, que estando entre tus brazos y contra tu pensamiento me sentiré durante los días y las noches sucesivas del mejor modo, de acuerdo con mi pensamiento, que aquello en lo que me he ido convirtiendo es sincero.

Te quiero, mi bien amado, es algo de lo más simple —y de lo más humilde— que hay en mi vida; y me siento tan inexperta y tan desnuda, una vez abatidas todas las marionetas del orgullo, que no comprendo cómo puedes querer algo tan tiernamente ceñido sobre tu cuerpo. Solo dos ojos hasta el fondo de tu espíritu; solo eso; una rosa.

6

LOS ENCANTOS DE VENUS

«Mi protegido musical [...] se puso muy contento al ver a su antiguo mecenas».

Lord Byron a Elizabeth Bridget Pigon Cambridge

30 de junio de 1807

Dejo Cambridge sin demasiados remordimientos, porque nuestro grupo ha desaparecido y mi protegido musical, antes mencionado, ha dejado el coro; lo han destinado a una casa mercantil de considerable eminencia en la metrópoli. Puede que me haya oído comentar que es exactamente dos años más joven que yo. Lo encontré bastante crecido y, como supondrá, se puso muy contento al ver a su antiguo mecenas. Ya casi es tan alto como yo, muy delgado, de tez muy pálida, ojos oscuros y cabello claro. Ya sabe lo que pienso de su espíritu —y espero no tener nunca motivos para cambiar de opinión—.

«No puedo evitar anhelar ofrecer al cielo estos preciosos sentimientos por tu felicidad cotidiana».

Emma Darwin a Charles Darwin Junio de 1861

[…] Mi corazón ha estado con frecuencia demasiado ocupado para hablar o prestarte atención. Estoy segura de que sabes que te quiero lo bastante para creer que me importan tus sufrimientos, casi tanto como deberían de importarme los míos, y me parece que el único alivio a mi propia mente es tomarlo como si viniera de la mano de Dios, e intentar creer que todo el sufrimiento y la enfermedad tienen por objeto ayudarnos a enaltecer nuestras mentes y a mirar al frente con la esperanza puesta en un futuro mejor. Cuando veo tu paciencia, tu profunda compasión por los demás, tu autocontrol y, sobre todo, tu gratitud por la más pequeña cosa que alguien haga por ayudarte, no puedo evitar anhelar ofrecer al cielo estos preciosos sentimientos por tu felicidad cotidiana. […]

Siento en lo más profundo de mi corazón tus admirables cualidades y sentimientos, y lo único que espero es que puedas dirigirlos hacia arriba, así como hacia quien los valora por encima de todas las demás cosas de este mundo. Guardaré esto junto a mí hasta que vuelva a sentirme alegre y a gusto contigo, pero, últimamente, estas son las ideas que a menudo pasan por mi cabeza, así que he pensado en ponerlas por escrito, en parte para aliviar mi alma.

«De ser un hombre, me habría enamorado de ella».

Mary Shelley a Edward John Trelawny 1835

No me sorprende que no seas capaz de negarte a los placeres de la sociedad de la señora Nortons. Nunca una mujer me ha parecido tan fascinante. Sin duda, de ser un hombre, me habría enamorado de ella. En cuanto mujer, diez años antes me habría quedado hechizada de haberse tomado ella la molestia de engatusarme; tan dispuesta estaba yo a entregarme hace diez años y tamaño el miedo que tenía a los hombres.

«También me ha arruinado la vida, así que no puedo evitar amarlo».

Oscar Wilde a Leonard Smithers 1 de octubre de 1897

¿Cómo puedes seguir preguntando si lord Alfred Douglas está en Nápoles? Sabes bien que lo está, estamos juntos. Me entiende a mí y a mi arte, y nos ama a ambos. Espero no separarme nunca de él. Además, es un poeta delicado y profundo. De lejos, el mejor de todos los jóvenes poetas de Inglaterra. Tienes que publicar su próximo libro, está lleno de hermosos poemas, música de flauta y de luna, y sonetos en marfil y oro. Es ingenioso, elegante, encantador a la vista y es adorable estar con él. También me ha arruinado la vida, así que no puedo evitar amarlo. Es cuanto puedo hacer.

«Ocúpese de sus estudios [...], eso podría conducirme a quererle y amarle».

Veronica Franco a un hombre joven Sabe muy bien que de

todos los hombres que cuentan con ganarse mi amor, los más queridos son para mí aquellos que trabajan en la práctica de las artes y profesan disciplinas liberales que tanto me gustan —aunque sea mujer de pocos conocimientos, sobre todo comparados con mis inclinaciones e intereses—. Y hablo con gran deleite con los que saben, para contar con más oportunidades de aprender, pues si me lo permitiera mi destino, pasaría felizmente toda la vida y todo mi tiempo en las academias de hombres con talento. Esto podría representar una gran ventaja para usted, siendo tan aplicado como es a la hora de escribir bien y por estar en la flor de la juventud, que, si alimenta y cultiva como es debido, dará su fruto para su perpetua alabanza y fama en opinión de toda persona sabia y experimentada. Aproveche estas capacidades, ocúpese de sus estudios, y si tan deseoso está como dice de mi amor —no me atrevo a decir si tengo una buena o mala opinión sobre usted—, le aseguro que sus frenesíes, divagaciones y

diatribas de día y de noche, su empeño en asediarme con su servicio, hace que le considere un joven ocioso y un cabeza hueca, más propenso a arruinarse por sus apetitos que a edificarse con la razón. Si decide llevar una vida asentada en la tranquilidad del estudio y me demuestra el provecho que obtiene del aprendizaje sincero más que de cualquiera de los bienes del mundo, eso podría conducirme a quererle y amarle.

«Amo a esta mujer desde hace mucho tiempo, de un modo enfermizo y más que a mi propia vida».

Dostoïevski a su hermana Amo a esta mujer desde hace mucho tiempo, de un modo enfermizo y más que a mi propia vida. No te sorprendería si la conocieras; es un ángel. Tiene tantas cualidades maravillosas y excelentes. Es inteligente, dulce, educada, como pocas veces lo son las mujeres, con un carácter

dócil… ¡Amiga mía, querida hermana! No te opongas, no estés triste, no te preocupes por mí. No podría haber hecho nada mejor. Hacemos buena pareja… Nos entendemos, tenemos las mismas inclinaciones, las mismas reglas. Somos amigos desde hace mucho tiempo. Nos respetamos, la quiero.

«El lugar de descanso de mi alma es una hermosa arboleda donde reside todo cuanto sé de ti».

Khalil Gibrán a Mary Haskell
París, 8 de noviembre de 1908

Cuando me siento desdichado, querida Mary, leo tus cartas. Cuando la bruma vence a mi yo, saco dos o tres cartas de la cajita y vuelvo a leerlas. Me recuerdan quién soy yo de verdad. Logran que no dé importancia a todo aquello que no es elevado o bello en la vida. Todos nosotros, querida Mary, deberíamos tener un lugar de descanso en alguna parte. El lugar de descanso de mi alma es una hermosa arboleda donde reside todo cuanto sé de ti.

«No todas nuestras Helenas tienen derecho a encontrar a su Homero».

Ninon d’Enclos a Charles de Saint-Évremont He aprendido con placer que apreciáis más mi alma que mi cuerpo, y que vuestro buen juicio siempre os conduce por el mejor camino. El cuerpo, a decir verdad, ya no es digno de atención, mientras el alma aún lanza algún destello que la sustenta y que la hace sensible al recuerdo de un amigo cuyos rasgos no ha podido borrar la ausencia. […] he recordado un prólogo musical que me encantaría ver en el teatro de París. Su belleza, pues ese es su tema, satisfaría a todos aquellos que lo escuchasen. No todas nuestras Helenas tienen el derecho a encontrar a su Homero, ni de ser siempre las diosas de la belleza. Aquí me tenéis, en las alturas; pero ¿cómo descender? Querido amigo, ¿no habrá que adaptar el corazón a su lenguaje? Tened por seguro que os amo con mucha más ternura de lo que permite la filosofía.

«¡Qué sonrisa tan bonita tiene

su hija!».

Marcel Proust a la señora Cavaillet Señora:

¡Cómo es posible amar físicos opuestos! Sin embargo, aquí me tiene, enamorado de su hija. Qué malo es ser amable, pues ha sido su sonrisa lo que me ha enamorado, dotando de significado a toda su persona. Si ella fuera una cascarrabias, ahora estaría muy tranquilo. Yo busco esa especie a la que pertenecen ciertas flores cuyos pétalos son exactamente iguales que sus mejillas cuando sonríen. Me encantaría volver a verla sonreír […]. ¡Qué sonrisa tan bonita tiene su hija! Como ella de bonita. Me gusta infinitamente.

Suyo, respetuosamente.

«Estoy empezando a amar en ti lo que es eterno e incluso precioso: tu corazón, tu alma».

Tolstói a su esposa Sofia 2 de noviembre de 1856

Ya amo en ti tu belleza, pero solo estoy empezando a amar en ti lo que es eterno e incluso precioso: tu corazón, tu alma. Uno puede llegar a conocer y enamorarse de la belleza en una hora y dejar de amarla con la misma rapidez, pero debe aprender a conocer el alma. Créeme, nada es dado en la tierra sin trabajo, tampoco el amor, el más hermoso y natural de los sentimientos.

«Deseo tan fervientemente amarte que te enseño a

amarme».

9 de noviembre de 1856

[…] conozco a muchas mujeres más listas que tú, pero no he conocido a ninguna más honesta. Además, una mente demasiado brillante es desagradable, pero cuanta más honestidad, más completa es una persona y más se la ama. ¿Lo ves?, deseo tan fervientemente amarte que te enseño a amarme. Y de hecho, mi principal sentimiento hacia ti aún no es de amor, sino un deseo apasionado de amarte con toda mi alna. Por lo que más quieras, escríbeme tan rápido, con tanta extensión, de manera tan incoherente y torpe como puedas, y por lo tanto con sinceridad.

«No me importa la gloria, pero sí tu amor».

Leoš Janáček a Kamila Stösslová Brno, 6 de marzo de 1928

Mi querida Kamila:

Vuelvo de nuevo a tu primera carta. Eres imprudente, eres impetuosa, pero eres buena; eres mejor que yo. Te quiero con toda mi alma, mereces que te amen, y lo necesitas. No me importa la gloria, pero sí tu amor. ¿Le has dicho a tu marido que me quieres? Zd… [*sic*] sabe que te quiero y que te querré hasta el final de mi vida. […] Si te amo, no puedo amar a nadie más. Puedo hacer el bien a alguien, pero arder de amor en dos frentes, eso es algo que yo no puedo hacer. Estamos unidos; sentimos el mismo deseo por el otro, aunque solo nos encontremos en los pensamientos. Pero, según algún apóstol, es suficiente con que estemos unidos. Y dije que así es como estamos

unidos: yo no permitiré que sufras y tú no permitirás que sufra.

«La chica más hermosa y dulce del mundo y sin mácula de intelectualidad».

Joan Miró a Sebastián Gasch Lo de Mallorca, admirable.

Bref: petición de mano y boda el 12 de octubre en Palma.

Con Pilar Juncosa, que es la chica más hermosa y dulce del mundo y sin mácula de intelectualidad. Aparte de esto y provocado por esto, historias enojosas, muy enojosas en París, de las que espero no obstante salirme bien. Ya le explicaré de viva voz todo esto; es bastante inquietante.

«Oh, Verdi mío, no soy digna de ti, y el amor que me das es una caridad, un bálsamo».

Giuseppina Strepponi a Giuseppe Verdi La noche del 5 [diciembre de 1860]

Oh, Verdi mío, no soy digna de ti, y el amor que me das es una caridad, un bálsamo para un corazón en ocasiones triste bajo una apariencia de alegría. Sigue amándome, ámame también cuando ya esté muerta y me presente ante la divina justicia, rica de tu amor y de tus oraciones, ¡Oh, mi Redentor! Estoy releyendo este caótico escrito,

que tal vez no debería mandarte; pero no tengo valor para volver a copiarlo. Aunque la expresión de mis sentimientos es pura, quizá debería haberte escrito en otro estilo, y con ideas mucho más serenas. Perdona este *spleen* que me está persiguiendo desde hace algún tiempo, y que no es el defecto predominante de mi carácter, sino más bien del tuyo. Oh, por fin tienes un defecto, tienes un pecado. *Enchantée* de que al menos tengas uno, o, si no, alguien aprovechará para tomar nota y deprimirte a la primera oportunidad.

«Eres el triunfador de los hombres y de la vida».

Clara Petacci a Benito Mussolini

Mi gran amor, te adoro. Qué hermoso estabas esta noche. De tu viril rostro parecían brotar chispas de fuerza, agresivo como un león, violento y majestuoso. […] Estoy emocionada, te veo como un gigante de belleza y de fuerza. Eres el triunfador de los hombres y de la vida. […] A los trece años, cuando aún lo ignoraba todo, ya te había abierto toda mi vida. Ahora respiro tu aliento, vivo sublimes instantes de ensueño a tu lado, y toda mi vida es tuya. […] Te amo.

7

AMORES POÉTICOS

«Ahora tengo una enorme gana de verte, un deseo de hablar contigo, de viajar contigo, de llevarte a mundos que no conoces donde tu alma se ensancharía sobre los cuatro vientos».

Federico García Lorca a Eduardo Rodríguez Valdivieso 8 de abril de 1933

Mi querido Eduardillo:

No quiero dejar de contestarte hoy mismo y ahora, que llego de una comida que me han dado para celebrar el éxito de mi obra *Amor de don Perlimplín*; te escribo con lápiz. Estoy en la cama, ya dispuesto de veras para entrar en ese divino mar sin barcos del Sueño y quiero, con este silencio que me rodea, decirte lo mucho que te quiero y lo mucho que pienso en ti.

Mañana salgo de excursión con La Barraca por tierra de

Salamanca y tendré en toda la excursión tu recuerdo guardado entre mis ojos, como guardo también aquella delicada figura de Pierrot que me sorprendió una noche con su melancolía de niño perdido en los jardines del Sur.

Quiero que lo sepas. Puedes contar con mi corazón y con mi alegría y con mi pena y con todo lo mejor de mi pensamiento. No quiero que estés triste. Tu carta me ha emocionado mucho y me ha hecho quererte mucho más. Te veo solo lleno de amor y de espíritu y de belleza, y siento tu soledad como un hermoso paisaje donde yo me dormiría para siempre.

También yo estoy solo, aunque tú me creas acompañado porque triunfo y recibo coronas de gloria, pero me falta la corona divina del amor. No quiero seguir hablándote. Amigo mío lejano, deja que coja tus manos y nota tú en mi silencio la expresión más honda de mi sentir.

Solo el silencio testigo ha de ser de mi tormento
y aun no digo lo que siento en todo lo que no digo.

Así hablaba Calderón.

Ahora tengo una enorme gana de verte, un deseo de hablar contigo, de viajar contigo, de llevarte a mundos que no conoces donde tu alma se ensancharía sobre los cuatro vientos. Pero estamos los dos atados y, aunque tenemos por fuerza que romper las cadenas, son muchas las horas que estamos el uno sin el otro. De todos modos, siempre me asalta la idea de si tú no me querrás como yo a ti. Eso no lo sé. De todos modos, dímelo. Mi amistad vuela como un águila y tú puedes matarla con un tiro de rifle.

[…] ¡Cómo me gustaría gozar contigo el aire de la primavera granadina, el olor pagano de los templos, las ráfagas verdes que manda la Vega vestida de novia por los habares[!]

Pero quiero ir enseguida contigo. ¿Me recibirás bien? Porque si no quieres no voy.

Adiós, Eduardo, ya ves qué carta te escribo.

Dan las dos en este momento. Fernandillo, que es el sueño de los niños, llama a la puerta con su corona de anémonas; yo me entrego a él pensando en ti.

Adiós. En esta carta llena de ternura va la verdad de mis sentimientos; si tú los rechazas, ellos como patitos asustados vendrán a buscar las amargas aguas de mi realidad.

Contéstame mucho y muy largo.

Un abrazo fuerte de tu siempre,

FEDERICO
(Guarda bien esta carta)

«Yo he llorado cuando tuve conciencia de mi amor hacia ti».

Antonio Machado a Guiomar

Cuando nos vimos, no hicimos sino recordarnos. A mí me consuela pensar esto, que es lo platónico. Esta teoría del recuerdo en el amor puede también explicar la angustia que va siempre unida al amor. Porque el amor verdadero —no lo que los hombres llaman así— empieza con una profunda amargura. Quien no ha llorado —sin motivo aparente— por una mujer no sabe nada de amor. Así, el amante, el enamorado, recuerda a la amada, y llora por el largo olvido en que la tuvo antes de conocerla. Aunque te parezca absurdo, yo he llorado cuando tuve conciencia de mi amor hacia ti; por no haberte querido toda la vida.

«La poesía eres tú, te he dicho, porque la poesía es el sentimiento, y el sentimiento es

la mujer».

Gustavo Adolfo Bécquer a una mujer En una ocasión me preguntaste: ¿Qué es la poesía?

¿Te acuerdas? No sé a qué propósito había yo hablado algunos momentos antes de mi pasión por ella.

¿Qué es la poesía?, me dijiste.

[…] ¡La poesía…, la poesía eres tú!

[…] La poesía eres tú, te he dicho, porque la poesía es el sentimiento, y el sentimiento es la mujer.

La poesía eres tú porque esa vaga aspiración a lo bello que la caracteriza, y que es una facultad de la inteligencia en el hombre, en ti pudiera decirse que es un instinto.

La poesía eres tú porque el sentimiento, que en nosotros es un fenómeno accidental y pasa como una ráfaga de aire, se halla tan íntimamente unido a tu organización especial que constituye una parte de ti misma.

Últimamente, la poesía eres tú; porque tú eres el foco de donde parten sus rayos.

«¿Quieres saber lo que es el amor?
Recógete dentro de ti misma, y, si es
verdad que lo abrigas en tu alma,
siéntelo y lo comprenderás».

En mi anterior te dije que la poesía eras tú, porque tú eres la más bella personificación del sentimiento, y el verdadero espíritu de la poesía no es otro.

[…]

Sí; el amor es el manantial perenne de toda poesía, el origen fecundo de todo lo grande, el principio eterno de todo lo bello; y digo

el amor, porque la religión, nuestra religión, sobre todo, es amor también, es el amor más puro, más hermoso, el único infinito que se conoce, y solo a estos dos astros de la inteligencia puede volverse el hombre, cuando desea luz que alumbre en su camino, inspiración que fecundice su vena estéril y fatigada.

El amor es la causa de sentimiento; pero… ¿qué es el amor? […]

¿Quieres saber lo que es el amor? Recógete dentro de ti misma, y, si es verdad que lo abrigas en tu alma, siéntelo y lo comprenderás, pero no me lo preguntes.

«Se me van los ojos tras de ti y tras de ellos».

Alfonso XII a Elena Sanz

Idolatrada Elena:

Mucho gusto he tenido en verte todos estos días en las funciones y siempre que puedo te miro y se me van los ojos tras de ti y tras de ellos. Mi corazón y mis sentidos. Ayer te vi en tu ventana.

Mil besos de tu invariable,

A.

«Toda esta noche, cuán larga ha sido, en el sueño y en la vigilia, he estado con usted; y espero que todas las noches del resto de mi vida, mientras la humana condición así lo

permita, será del mismo modo».

Pietro Bembo a Lucrecia Borgia Parto, oh dulcísima vida mía, y sin embargo no parto ni partiré jamás. Si permaneciendo en este encuentro, al mismo tiempo no permaneciera, no sabría decir usted, pero sin duda yo sería «Oh, feliz por encima de los demás amantes». [2] ¿Y es que acaso puede obrarse un milagro más dulce que este: vivir en los demás y morir en uno mismo? ¡Ay de mí, cómo no he de jurar que vivo en usted! Toda esta noche, cuán larga ha sido, en el sueño y en la vigilia, he estado con usted; y espero que todas las noches del resto de mi vida, mientras la humana condición así lo permita, será del mismo modo. Le ruego que no desdeñe cortés y delicadamente ser solícita con esta parte de mí que con usted se queda, y que de vez en cuando razone acerca de ella con mi querida Santa L[isabetta], a cuyas oraciones me encomiendo. Dicen que cada cual tiene un buen ángel, y que reza por él; yo le ruego a ese

ángel que puede rezar por mí, que ruegue a su vez en nombre de FF[3] por aquello que ella sabe que es mi encomienda. Yo lo sé muy bien: y es que, en recompensa a mi pura y firme fe, preciso que sea mi amiga verdadera, pues si yo fuera un ángel, como él lo es, me mostraría muy piadoso con todos aquellos que aman como yo amo. Beso su mano con el corazón, a la espera de poder besarla con esta boca que siempre lleva prendido vuestro bello nombre; es más, también con esta alma, que me pide en este punto ascender hasta los labios, para así poder convertir su dulce herida en dulce venganza.

8

AMORES EPISTOLARES

«¿Qué más he de decirte, Dísfima mía, sino repetir una vez y mil veces que te amo?».

Marcelino Menéndez Pelayo a Concha Pintado Llorca Santander el 1 de septiembre de 1878

Amadísima Concha, andaluza mía:

Yo no sabía lo que era estar dominado por un solo pensamiento. Todo lo que veo o hago lo refiero a ti, como a final objeto, y en todo descubro tu imagen [...]. ¿Qué más he de decirte, Dísfima mía, sino repetir una vez y mil veces que te amo? [...]. Dices que gustas de mis cartas, y es sin duda porque ves en ellas toda la sinceridad de mi alma, y los inagotables tesoros de admiración y de amor que para ti encierra, Epícaris mía. En esto soy rico, aunque en ingenio y palabras sea tan pobre. Pero tú adivinas lo que yo siento, y pones en mis cartas, al leerlas, lo que en ellas debía haber y no hay, porque me faltó elocuencia para expresar el sentimiento que rebosa en mi corazón.

«Casualmente los dos días peores que he tenido hasta me aconteció la fatalidad de no recibir carta tuya».

Rosalía de Castro a Manuel Murguía Mi querido Manolo:

No debía escribirte hoy, pues tú me dices lo haga yo todos los días, escaseas las tuyas cuanto puedes, pues casualmente los dos días peores que he tenido hasta me aconteció la fatalidad de no recibir carta tuya. Ya me vas acostumbrando, y como todo depende de la costumbre, ya no hace tanto efecto; sin embargo, estos días en que me encuentro enferma, como estoy más susceptible, lo siento más. Te perdono, sin embargo, aunque sé que no tendrías otro motivo para no escribirme que el de algún paseíto con Indalecio u otra cosa parecida.

«Por eso no sabes tampoco el valor que tiene una carta y la alegría que da».

Miguel Hernández a Josefina Manresa … no sabes lo que es estar como estoy, por eso no sabes tampoco el valor que tiene una carta y la alegría que da. Y más si la carta es la de la criatura que más se quiere en este mundo.

«Con qué placer anticipo el día en que empecemos prácticamente a vivir juntos».

Mary Wollstonecraft a Gilbert Imlay Lunes por la noche, pasadas las doce

[París, agosto de 1793]

Obedezco a una emoción de mi corazón, que me ha llevado a pensar en desearte, amor mío, las buenas noches antes de irme a dormir, con más ternura de la que podré hacerlo mañana, cuando te escriba una o dos apresuradas líneas bajo la atenta mirada del coronel. Apenas puedes imaginarte con qué placer anticipo el día en que empecemos prácticamente a vivir juntos; y sonreirías al oír cuántos planes de empleo tengo en la cabeza, ahora que confío en que mi corazón ha encontrado la paz en tu pecho. Quiéreme con esa decorosa ternura que solo en ti he encontrado; y tu chica intentará mantener esa rapidez de sentimientos que a veces te ha causado dolor. Sí, seré buena para merecer ser feliz. Y mientras me ames, no podré volver a caer en el miserable estado que hizo de la vida una carga demasiado pesada para soportarla.

«Dime también una y otra vez que tu felicidad —¡y mereces ser feliz— está estrechamente vinculada a la mía».

Noche de domingo [París, 1793]

Sea como fuere, escríbeme, mi amor, y pídeme que sea paciente —con amabilidad—, y las expresiones de bondad volverán a dilatar el tiempo con tanta dulzura como lo ha hecho esta noche. Dime también una y otra vez que tu felicidad —¡y mereces ser feliz!— está estrechamente vinculada a la mía, y trataré de disipar, a medida que surjan, los vapores del antiguo descontento que, con demasiada frecuencia, han nublado la luz del sol que te has esforzado en difundir por mi mente. ¡Que Dios te bendiga! […].

«Mi amor está contigo, preciosa mía».

Mary Emma Woolley a Jeannette Augustus Marks

Jeannette, puedo imaginarte en mi habitación en estos momentos y espero que no te sientas como una niña solitaria. Mi amor está contigo, preciosa mía. A cada minuto y paso del camino… Parece que hayan transcurrido semanas desde que te vi. Solo quedan dos días para besarte, ¡y te besaré hasta asfixiarte con mis besos! Te quiero tanto y no tengo palabras para decirte cuánto te echo de menos. Si tan solo estuvieras aquí, conmigo, para poder… mirarte a tus queridos ojos y besar tu dulce boca y amarte y quererte de mil

maneras. Lo haré cuando estemos juntas, querida mía, y recuperaremos el tiempo perdido.

«Me encantaría verlo, y creo que a su señoría le encantaría verme».

Artemisia a Francesco Maria Maringhi Tristemente rescatada del olvido, no por ser una pintora de inmenso talento, sino por la violación espantosa que sufrió y el juicio que le ganó a su violador, Artemisia tuvo un gran amor al que escribió estas pocas cartas, arrancadas pues a una vida trágica.

Roma, 25 de marzo de 1620

Al ilustrísimo señor Francesco Maria Maringhi, mi muy honorable maestro, que Dios lo guarde.

Florencia

Mi señor:

Tal es mi deseo de verlo que estoy a punto de ir hasta usted con el pretexto de la pintura, pero también ruego que su señoría me devuelva mis posesiones para poder poner mi casa en orden como estaba antes. Ahora, si desea que vaya a verlo y si me ama, me

ocuparé de ello [...]. Me encantaría verlo, y creo que a su señoría le encantaría verme. [...]

«Que no es un sueño, sino una realidad que me amas».

Constance a Oscar Wilde Mi querido Oscar:

Acabo de recibir tu carta, y tus cartas siempre me vuelven loca de alegría y más loca aún por verte y sentir una vez más que eres mío y que no es un sueño, sino una realidad que me amas. Cómo puedo responder a tus cartas, son demasiado bonitas para mis palabras, solo puedo soñar contigo todo el día, y tengo la impresión de que todos los que conozco saben mi secreto y adivinan en mi rostro cómo te quiero, mi amor. Si tuvieras tu cristal mágico no verías nada, créeme, salvo tu propia y querida imagen ahí para siempre, y en mis ojos no verás reflejado nada más que mi amor por ti. Oh, Oscar, cómo voy a amarte siempre..., por el dulce amor que me tienes, ¡y sin embargo te adoro, mi héroe y mi dios!

«Has quemado mis cartas, pero, al hacerlo, Juliette, no has podido destruir mi amor».

Victor Hugo a Juliette Drouet ¡Tus cartas, Julieta mía, son mi tesoro, mi joyero, mi riqueza! Nuestra vida está ahí, registrada día tras día, pensamiento tras pensamiento. Todo cuanto has

soñado está ahí, todo cuanto has sufrido está ahí. Son como pequeños espejos, cada uno de los cuales refleja un lado de tu hermosa alma. El día que tu mirada se encontró con la mía por primera vez, un rayo salió de tu corazón hacia el mío, como la aurora hacia una ruina. No olvidemos nunca aquella terrible tormenta del 24 de septiembre de 1835, tan llena de cosas bonitas para nosotros. […] Allí nuestras vidas se unieron para siempre.

«Hemos de amarnos, y también tenemos que decírnoslo, y ponerlo por escrito».

7 de marzo de 1833

Te amo, pobre ángel mío, lo sabes bien, y aun así quieres que te escriba. Tienes razón, hemos de amarnos, y también tenemos que decírnoslo, y ponerlo por escrito, y hemos de besarnos en la boca, en los ojos, en todas partes. Tú eres mi Juliette bienamada. Cuando estoy triste, pienso en ti, como cuando en invierno uno piensa en el sol, y cuando me siento alegre, pienso en ti, como cuando uno está a pleno sol y piensa en la sombra. Sabes perfectamente, Juliette, que te amo

con toda mi alma. Tienes un aire juvenil, como de niña, y a la vez la sabiduría propia de una madre, y yo te envuelvo en todos esos amores al mismo tiempo. ¡Bésame, bella Juju!

«Procuraré, haré todo lo posible por no volver a escribirte así».

Gabriela Mistral a Doris Dana 1 de diciembre [de 1949]

Perdona tú por la vía del entender, del comprender, esas cartas de angustia y de rencor. Aunque tú eres un ser tan exento de ambas cosas, la desesperación y el resentimiento, yo sé que excusarás esa escritura sombría. Procuraré, haré todo lo posible por no volver a escribirte así. Lo que yo debo hacer cuando tú te callas, como la cordillera mía es solamente callarme. Pero soy, ya te lo he dicho, un herido y un llagado. Y, por otra parte, mi amor por ti es muy diferente del tuyo por mí; es de una especie, de un género, de un orden diverso. Excusa, pues, *dear*, esas páginas. Y procura, por unos momentos, transportarte a un corazón que aprendió en este mundo el vicio de sufrir y de no tener esperanza.

Hay que perdonar a lo que es nuestro: hijos, hermanos, amantes.

Te besa tu

GABRIELA

9

PROMESAS INFINITAS

«Dentro de treinta años tú aún serás bella; dentro de treinta años yo aún estaré enamorado».

Victor Hugo a Léonie Briard
1845

Estoy de regreso. Tengo la carta. Hoy he leído esa dulce carta en tus ojos. Qué hermosa estabas antes, en las Tullerías, bajo aquel cielo de primavera, bajo aquellos árboles verdes, con aquellas lilas en flor sobre tu cabeza. Toda aquella naturaleza parecía estar celebrando una fiesta a tu alrededor. Ya ves, mi ángel, los árboles y las flores te conocen y te saludan. Tú reinas en ese mundo encantador de cosas que perfuman y florecen, igual que reinas en mi corazón.

[…] He cogido una flor para ti: te llegará marchita, pero aún conservará su perfume; dulce emblema del amor en la vejez. Guárdala; y enséñamela dentro de treinta años.

Dentro de treinta años tú aún serás bella; dentro de treinta años yo aún estaré enamorado. Nos amaremos, ¿verdad, mi ángel?, igual que ahora, y le daremos gracias a Dios de rodillas.

¡Ay de mí! ¡Mañana domingo no te veré en todo el día! No me serás devuelta hasta el lunes. ¿Qué haré hasta entonces? Pensar en ti, amarte, enviarte mi corazón y mi alma. ¡Oh, cuánto deseo tenerte a mi lado!

¡Hasta el lunes!

¡Hasta siempre!

«¡Oh, señora, señora, solo tengo una finalidad en esta vida, y es obtener su afecto!».

Hector Berlioz a Estelle Fornier
27 de septiembre de 1864

Señora, usted me ha acogido con un afecto sencillo y digno, que muy pocas mujeres hubieran sido capaces de prodigar en un caso como este. Sea mil veces bendita. Sin embargo, desde que la dejé, estoy sufriendo mucho. […] Aun así, usted me ha tendido la mano, yo la he posado en mi frente, en mis labios, y he contenido las lágrimas, tal como le prometí. Con todo, siento una necesidad imperiosa, inexorable, de expresar ciertas palabras, aunque espero que usted no me rechace por ello.

[…] No me tome por un hombre extravagante que es el juguete de su propia imaginación. No, solo sucede que estoy dotado de una sensibilidad muy viva, combinada, puede creerme, con una gran clarividencia de espíritu, pero cuyos afectos más sinceros son de una intensidad incomparable, y de una fidelidad a toda prueba. La he amado, la amo y la amaré, ya tengo sesenta y un años, conozco el mundo, y lo mío no es una mera ilusión.

[…] ¡Oh, señora, señora, solo tengo una finalidad en esta vida, y es obtener su afecto! Déjeme que lo intente. Seré sumiso y reservado […], y tal vez, por fin un día me dirá «Soy su amiga», y reconocerá que soy merecedor de su amistad. Adiós, señora, estoy releyendo su nota del 23, y por fin tengo la certeza de sus sentimientos afectuosos hacia mí; no se trata de un banal formulismo, ¿verdad? ¿Verdad?

Suyo por siempre,

HECTOR BERLIOZ

«Seré tu mejor niñita».

Emily Dickinson a Master

Acógeme para siempre; nunca me cansaré, nunca haré ruido cuando quieras estar tranquilo. Seré tu mejor niñita; nadie más me verá, excepto tú, pero eso es suficiente: no quiero más.

«¡No, jamás te abandonaré!».

Adèle Foucher a Victor Hugo

Miércoles, 13 de marzo de 1882

Sin duda creíste, amigo mío, que hablaba por hablar cuando te dije que te seguiría allá donde fueras. Pero se trata de la resolución más meditada y reflexionada que nunca he tomado. ¿Acaso creías que después de haber sido tu amiga en una situación feliz, iba a abandonarte cuando necesitabas, más que nunca, mi apoyo? [...] Solo pido poder consolarte, lograr que tu coraje remonte cuando este flaquee; en definitiva, compartir tu suerte, sea cual sea. Para mí no existe otra felicidad que no seas tú, así que ¿cómo pretendes dejarme de este modo? [...] ¡No, jamás te abandonaré! ¡Te sentirías más infeliz por mi causa, y eso es algo que yo jamás te provocaré!

10

AUSENCIA

«Estoy atada y no me puedo soltar».

Emilia Pardo Bazán a Benito Pérez Galdós París, 28 de septiembre de 1889

«Triste, muy triste…», como diría un orador de la mayoría, me quedé al separarme de ti, amado compañero, dulce vidiña. Soy de tal condición que me adhiero y me incrusto en el alma de los que me manifiestan cariño, y el trato va apretando de tal manera los nuditos del querer que, cuando menos lo pienso, me encuentro con que estoy atada y no me puedo soltar. Siendo tú quien eres, y tan amable visto de cerca, este afecto tenía que ser doble o triple de lo que sería en cualquier otro caso análogo, pero con distinta persona.

«Me falta algo, y ese algo sos vos».

Carlos Gardel a Isabel del Valle Mi único y gran amorcito:

¡Si supieras cómo te extraño, pues nunca creería que te fuera a sentir tanto! Me parece que todo es triste, que todo es feo; en fin, me aburro enormemente; y eso que soy muy halagado, muy felicitado y muy querido por todos; pero con eso no estoy conforme. Me falta algo, y ese algo sos vos, queridita Isabel. Pero no importa: pronto llegaré y será para no separarme más…

«Mi deseo de verte es una tortura».

Clara a Robert Schumann 2 de agosto de 1839

Mi querido y adorado Robert:

Me hace terriblemente infeliz tener que estar separada de ti durante dos largos meses más. Pero no podremos casarnos la próxima Pascua; no pierdas la entereza, yo permanezco fuerte; créeme, no seríamos felices.

[…] Le he escrito a mi padre, y él me ha asegurado su consentimiento si tú puedes responder con la suma exacta de mil táleros; por mi parte, le he prometido que solo me casaré si es bajo la perspectiva de una vida libre de preocupaciones. Lo he hecho porque debía hacerlo; pero he añadido que jamás te abandonaré, que tú eres el único en el mundo al que amo y amaré, lo afirmo y te lo repito una vez más. Nunca te apartaré de mí, nunca dejaré de ser tu Clara por encima de todo. He tenido que luchar mucho antes de decidirme a escribirte, antes de alejarte de tus dulces esperanzas, pero no podía soportar ser la única en conocer esta decisión. Robert, compórtate como un hombre, no dejes que el dolor te supere, ¿de acuerdo?

Ya puedes imaginarte en qué estado me encuentro, y cuánto sufro por ti. ¡Ah, si solo pudiera tenerte cerca…! Mi deseo de verte es una tortura. La idea de que por un momento pudieras culparme a mí me desespera; ¡Oh, no, tú sabes cuánto te amo!, sin duda sientes que

nunca nadie te amará así y que no hay un hombre más amado que tú. Crees lo que te digo, ¿verdad? Te lo ruego, escríbeme cuanto antes y dime todo lo que sientes, ¡aunque sea rabia! Escríbeme y dime si aún me amas. Yo te amo más a cada hora que pasa, ¿me crees?

[…] Tu vida es mi vida. Te mando el beso más dulce del mundo, y me mantengo inamovible en mi amor. Permanece fiel tú también como yo lo soy hasta la muerte. Deja que te estreche la mano una vez más. ¡Ah, ojalá pudiera verte, infundirte coraje, compartir tus sentimientos! Que el cielo te proteja y que escuche mis oraciones.

«El ver la habitación vacía me ha hecho tanto daño como el volver aquí ayer sola».

Tina Modotti a Edward Weston

Edward…, me he despertado con la agradable sensación de tenerte aquí. Mi primer pensamiento ha sido: ¿se habrá levantado Edward? Pero la ilusión ha durado poco. El ver la habitación vacía me ha hecho tanto daño como el volver aquí ayer sola. Quiero escribirte siempre y todo, Edward, pero en este momento me resulta difícil. No consigo ver bien, enfocar lo que está sucediendo…

¿Conoces esa poesía de Ezra Pound que dice «Lo que amas permanece, *el resto no es nada.* Lo que amas no te será arrebatado. *Lo que amas es tu herencia verdadera.* ¿De quién es este mundo, mío, de

ellos, o de nadie…?»? Tú eres esto para mí, Edward. Y no importa lo que podamos significar para los demás. Sé cuánta amargura llevas dentro, y he sentido que perdías la confianza en mí. Pero yo nunca la he perdido, porque creo que habrá múltiples ocasiones para volver a encontrarnos, y también porque acepto el trágico conflicto entre la vida que cambia continuamente y la forma que la fija en la inmutabilidad.

Debo pararme, esta cosa terrible que me alimenta el corazón sigue sin darme tregua. Hasta pronto. Ahora, mientras escribo, estás en el tren, pero cuando me leas estarás rodeado por tus hijos. Es una imagen que evoco a menudo, porque consigue que mis labios se distiendan en una sonrisa, darme la sensación de ternura, de paz…

«Verías qué delicioso es quererte como te quiero».

Enrique Granados a Amparo Gal
Sábado, día 6

(Siempre más).

Me tienes robado el corazón, vidita mía.

¡Si sintieras lo que yo siento dentro de mí, verías qué delicioso es quererte como te quiero!

Es mi cariño fuego que no lo apaga ni el mismo que lo ha encendido, cuanto más se lo separa de lo que le da alimento más se enciende y se enciende, y si, por lo contrario, se acerca a su vida, se enciende, y se enciende siempre, y de cualquiera de las maneras ¡siempre más!

«En verdad, amor mío, no soporto esta ausencia tan

larga».

Mary a Percy Shelley Clifton, 27 de julio de 1815

Mi querido Shelley:

Lo que voy a decir no procede de un arrebato de mal humor, sino que te imploro encarecidamente que atiendas y cumplas.

No deberíamos permanecer más tiempo separados; de verdad que no. No soy feliz por ello. Cuando me retiro a mi habitación, nada de dulce amor; después de cenar, nada de Shelley a pesar de tener montones de cosas tan especiales que contarte. En resumen, o vuelves tú o directamente voy a verte. Tú dirás, ¿debemos renunciar a tener una casa, un querido hogar? No, mi amor, por nada del mundo renunciaría a eso. Pero sé lo que es buscar una casa, y, créeme, se trata de una labor muy, muy ardua, demasiado prolongada para que lo emprenda un amor en ausencia del otro. Querido, sé cómo será; los dos nos desanimaremos día a día ante la esperanza de tener éxito en la búsqueda en la jornada siguiente, y me asusta pensar durante cuánto tiempo. ¿No lo ves así, amor mío? Llevamos ya mucho tiempo separados, y aún no hay una casa a la vista; y aunque te decidieras por una, cosa que no espero en menos de una semana, luego viene el establecerse en ella, etcétera. En verdad, amor mío, no soporto esta ausencia tan larga; así que, si no me das permiso, espérame sin él algún día. De hecho, es muy probable que lo hagas, porque estoy harta de pasar día en día de esta desesperada manera.

Mi queridísimo Shelley, te ruego que vengas a mí. ¡Te imploro, te imploro que no permanezcas lejos de mí! Hace un tiempo delicioso y podríamos hacer una encantadora excursión a la abadía de Tintern. Mi querido, querido amor, te ruego encarecidamente, y con ojos llorosos, poder ir a verte en caso de que no quieras abandonar la búsqueda de una casa.

«No hay vida para nosotros por separado».

Rebecca West a H. G. Wells [1916]

Queridísimo Jaguar:

Odio estar separada de mi Jaguar. ¿Te das cuenta de que te alejaste un mes de mí y que desde entonces solo te he visto dos veces? Lo odio. Voy a subir el lunes para ver lo del estudio.

No hay vida para nosotros por separado. Solo unas horas agradables con nuestros libros y artículos y luego, cuando ya no podemos escribir más, un sentimiento de vacío.

Tu querida pantera Annetta está montando un buen follón por no poder venir. Y oh, qué broma. Una larga y elogiosa carta sobre Henry James de Arthur C. Benson.

«Ni te imaginas la dolorosa añoranza, la constante añoranza que he sentido de ti».

Fernando Pessoa a Ofélia Queiroz [19 de marzo de 1920]

A las 4 de la madrugada

Mi amorcito, mi bebé querido:

[…] ¿Ves, mi bebé adorado, cuál es el estado de espíritu con el que he vivido estos días, sobre todo durante los dos últimos? Ni te imaginas la dolorosa añoranza, la constante añoranza que he sentido de ti. Cada una de tus ausencias, aunque solo sea de un día para otro, me abate; entonces ¡cómo no he de sentirme así, amor mío, si hace casi tres días que no te veo!

[…] ¡Ay, mi amor, mi bebé, mi niña preciosa, quién pudiera tenerte aquí! Muchos, muchos, muchos besos de tu, por siempre tuyo, FERNANDO

«¡Qué triste es la vida cuando estamos lejos el uno del otro!».

Barbara Leoni a Gabriele D'Annunzio [Marzo de 1891]

¡Qué triste es la vida cuando estamos lejos el uno del otro! ¿Y si estuviéramos siempre en una pequeña casa aislada, solo nosotros dos siempre? Sueño con ello a todas horas [...]. Sin embargo, es posible que esta constante separación nuestra sea lo que salva nuestro amor. Puede que, si yo viviera permanentemente contigo, a tu lado, con el paso de los meses acabaría perdiéndome en tu corazón. Todo cuanto hay de imperfecto dentro de mí, fuera de mí, te afectaría y te disgustaría. Así pues, ¿no es mejor que yo bendiga la lejanía?

II

DEL SENTIMIENTO AMOROSO A LA VIDA EN AMOR: IMPERIOSO DEL AMOR



1

PASIÓN

«Yo te adoro con una locura y un frenesí que no te puedo explicar».

Isabel II al marqués de Bedmar
Bendito seas mil millones de veces, Randeb adorado de mi corazón, bendito seas mil millones de veces, yo te adoro con una locura y un frenesí que no te puedo explicar.

«Llueve en mi alma, igual que llueve en las calles».

Théophile Gautier a Carlotta

Grisi 17 de noviembre de 1865

Mi querida Carlota:

¡Ya estoy aquí!, tan lejos de ti en este gran París donde tanto me cuesta instalarme de nuevo. [...] Tu presencia disiparía la neblina y haría brillar el sol de primavera a través de esta llovizna que apaga el día. Por mucho que me esfuerce, siento que me invade la melancolía. Llueve en mi alma, igual que llueve en las calles. Había adoptado la deliciosa costumbre de vivir cerca de ti, hasta tal punto que creía que iba a ser así por siempre [...] ¿Verdad, ángel mío, que no me olvidarás nunca, que guardarás ese pequeño lugar que me habías reservado en tu corazón y que no me arrebatarás la esperanza que me sostiene y me hace vivir? Estoy lleno de dudas y de agitación; pese a tus dulces palabras y a tus irrefutables señales de ternura, no me atrevo a creer que haya realizado algún progreso en tu afecto [...].

¡Oh!, ¿por qué no puedo disponer de media hora para estrecharte contra mi corazón, llorar sobre tu pecho y abandonar mi alma entre tus dulces labios, con un largo y supremo beso?

Sempre vostrissimo, THÉOPHILE GAUTIER

«Ante todo, amo su alma».

Gérard Nerval a Jenny Colon (sin enviar) La amo de un modo distinto de como amo a las demás. Ante todo, amo su alma. Tengo motivos para pensar que he logrado impresionarla un poco, y, tal vez, si lo piensa bien, reconocerá que esa impresión es más profunda de lo que le parece. ¡Si no es así, habrá que abandonar la esperanza en el alma humana y

en la bondad de Dios!

«Esta pasión que me domina, y que no cesa de aumentar».

Stendhal a Mathilde Dembowski
Varese, 7 de junio de 1819

Señora:

Me tiene usted desesperado, me acusa repetidamente de falta de delicadeza, como si, en sus labios, esta acusación no fuera nada. ¿Quién me habría de decir, cuando nos separamos en Milán, que la primera carta que recibiría de usted empezaría con la palabra «señor» y que me acusaría de tener poca delicadeza?

Ah, señora, a un hombre que no sea apasionado le resultará fácil conducirse en todo momento con mesura y prudencia. Yo mismo, cuando me escucho, no creo estar faltando a la discreción: pero me domina una pasión funesta que me impide ser dueño de mis actos. Me juré a mí mismo que me embarcaría, o cuando menos que no volvería a verla ni a escribirle hasta su regreso, pero una fuerza más poderosa que todos mis propósitos me condujo hasta el lugar donde usted se encontraba. Soy muy consciente de ello, esta pasión ya se ha convertido en el gran propósito de mi vida. Cualquier otro interés, cualquier otra consideración han palidecido ante ella. Esta funesta necesidad que tengo de verla me arrastra, me domina, me transporta. Hay momentos, durante mis largas veladas solitarias, en los que, si fuera necesario asesinar para poder verla, me convertiría en asesino. En mi vida solo he tenido tres pasiones: la ambición, de 1800 a 1811; el amor por una mujer que me engañó, de 1811 a 1818, y un año más tarde, esta pasión que me domina, y que no cesa de aumentar. A todas horas, frente a cualquier distracción, todo cuanto sea ajeno a mi pasión ha dejado de existir para mí; por suerte o por desgracia, ha ocupado todos mis momentos.

«Si no lo crees, eres un asno».

Virginia Woolf a Vita Sackville-West 26 de enero

He estado aburrida; te he echado de menos. Te echo de menos. Te echaré de menos. Y si no lo crees, eres un asno y un búho de largas orejas. Bonitas frases, ¿no?

3 de enero

¿De verdad me quieres? ¿Mucho? ¿De un modo pasional, no racional?

«No puedo sentir las cosas que siente la gente tonta».

31 de enero

Sí, te echo de menos, te echo de menos. No me atrevo a extenderme, porque dirás que no soy rigurosa y no puedo sentir las cosas que siente la gente tonta. Sabes que eso es una podredumbre podrida, mi querida Vita. Después de todo, ¿qué expresión es la buena, al final? Una que se haga cargo de tanta verdad como pueda contener.

«Yo necesito de tu presencia

de una manera violenta, como del aire».

Gabriela Mistral a Doris Dana [Veracruz, México, enviada el 28 de abril de 1949]

Mi vida:

Tú eres de una raza que se controla; yo no. Tú estás segura de mí; yo no tengo seguridad alguna de ti.

Pero hay más: yo necesito de tu presencia de una manera violenta, como del aire. Parece que estuviese viviendo una asfixia. Es eso exactamente.

Tal vez fue locura muy grande entrar en esta pasión. Cuando examino los primeros hechos, yo sé que la culpa fue enteramente mía. Yo creí que lo que saltaba de tu mirada era amor y yo he visto después que tú miras así a mucha gente. Loco fui, insensato: como un niño, D[oris], como un niño.

2

GRAN AMOR

«Cuenta conmigo para todo».

Alfonso XII a Elena Sanz

Idolatrada Elena:

Cada minuto te quiero más y deseo verte, aunque esto no es posible en estos días.

No tienes idea del recuerdo que dejaste en mí. Cuenta conmigo para todo. No te he escrito por falta de tiempo. Dime si necesitas «guita» y cuánta.

A los nenes un beso de tu

ALFONSO

«Nadie en el mundo me ha querido como tú».

Emilia Pardo Bazán a Benito

Pérez Galdós La Coruña, 27 de abril de 1889

Hoy, sábado 27

Miquiño, mi bien. […]

Ya ves que analizo y que te estudio como estudiaría un caso novelesco.

Aquellas cartas, el encuentro a dos pasos del candelero, junto a aquellos bancos en que yo creía buenamente que nos sentaríamos; tu actitud en el coche, en fin, todas las circunstancias del paseíto me demostraron que eras para mí, que me pertenecía esa alma tan de primo *cartello*. En quererme antes no hacías nada de extraordinario; pero en quererme así, después…

Mira de qué alhaja te has ido a enamorar. Mientras te recostabas confiadamente en la almohada de mi hombro, la almohada se convertía en un saco lleno de serpientes… Esta imagen es bastante cursi; bueno. En cambio, tiene algo de exacto y pictórico. Anda, miquito, retuérceme el pescuezo y me quedaré tan descansada. Te debo una reparación.

Para tenerlo todo en cuenta, hay que decir que tú sabías que yo, a pesar de mis maldades, te quería, te quería, te quería. Ese cabito suelto fue acaso el que tiró de tu corazón hacia el mío.

Algunas veces se me ha ocurrido que es verdad lo que me aseguras: que nadie en el mundo me ha querido como tú. Esta idea, si tomase cuerpo, influiría mucho en nuestro destino. Solo que no puedo admitirla enteramente.

«No he tenido más amor que este».

Antonio Machado a Guiomar

[…] A ti y a nadie más que a ti, en todos los sentidos —¡todos!

— del amor, puedo yo querer. El secreto es sencillamente que yo no he tenido más amor que este.

«El encontrarte en el camino de mi vida ha sido [...] el premio mayor y más grado de la humana lotería».

Benito Pérez Galdós a Teodosia Gandarias [...] aquel día eres la mujer única. No existe ninguna que pueda igualarse a ti. Por la dulzura del afecto, por la seguridad del razonamiento, por la firmeza de la voluntad, por el rigor de la conducta, por el orden y la sencillez con que vives, y por las infinitas gracias que a todas estas prendas acompañan. El encontrarte en el camino de mi vida ha sido el mayor acierto, o el mejor golpe de la suerte, o el premio mayor y más grado de la humana lotería.

«Y si bien los hijos son los

hijos, tú eres para mí más, mucho más que ellos».

Joaquín Sorolla a su esposa, Clotilde 6 y 7 de diciembre de 1907

Todo mi cariño está reconcentrado en ti, y si bien los hijos son los hijos, tú eres para mí más, mucho más que ellos, por muchas razones que no hay para qué citarlas; eres mi carne, mi vida y mi cerebro, llenas el vacío que mi vida de hombre sin afectos de padre y madre tenía antes de conocerte, eres mi ideal perpetuo y sin ti nada me importaría mucho de lo que hoy me preocupa y te preocupa, así que no hay que temer nada de nada. Dios sobre todo y, créeme, con este ejemplo de mutuo cariño que ven nuestros hijos —ahora que ellos sí que se dan cuenta— no serán como los otros.

Muchos besos a todos mis hijos y a ti, vida mía, el alma de tu Joaquín.

«Debes entregarte a mí incondicionalmente… ¡A cambio, no debes desear nada excepto mi amor!».

Gustavo a Alma Mahler

Almschi, te lo ruego, lee con atención esta carta. Nuestra relación no debe degenerar en un mero flirteo. Antes de que volvamos a hablar, debemos haberlo aclarado todo, debes saber lo que exijo y espero de ti, y lo que puedo dar a cambio, lo que debes ser para mí. Debes «renunciar» —según tus palabras— a todo lo superficial y convencional, a toda vanidad y apariencia exterior —en cuanto a tu

individualidad y tu trabajo—; debes entregarte a mí incondicionalmente… ¡A cambio, no debes desear nada excepto mi amor! Y lo que eso es, Alma, no puedo decírtelo; ya he hablado demasiado de ello. Pero déjame añadir solo esto: por alguien a quien ame como te amaría a ti si te convirtieras en mi esposa, puedo renunciar a toda mi vida y a toda mi felicidad.

Hoy tengo que expresarme sin medida ni freno —esta carta debe de parecerte inmodesta—. Y, Alma, debo tener tu respuesta antes de mi llegada el sábado… Almschi, amada mía, sé estricta contigo misma, no me consideres como el objeto de tu amor —aunque, por otra parte, eso es algo que me complace especialmente—, sino imagina que escribes a un desconocido que luego me enviará un informe. Escríbeme con absoluta sinceridad, comenta todo lo que tengas que revelarme y todo lo que sepas. Preferiría que nos separáramos de inmediato antes que vivir en el autoengaño. De lo contrario, siendo como soy, sé que acabaría en catástrofe para ambos.

Esta carta será para ti una sorpresa terrible, lo sé, Alma, y si esto te sirve de poco consuelo, imagina que yo estoy sufriendo del mismo modo. Pido a Dios, aunque soy consciente de que aún no lo conoces, que guíe tu mano, amor mío, para que escribas la verdad y no te dejes llevar por la ostentación. Porque es este un momento de gran trascendencia, son decisiones que unirán a dos personas por toda la eternidad. Te bendigo, amada mía, amor mío, no importa cuál sea tu reacción…

Muchos besos cariñosos, Alma mía. Y te lo ruego, ¡sé sincera!

«Es que él ama, ama, […] como nunca había visto hacerlo a nadie».

George Sand a Pierre-Jules Hetzel La inmensa escritora George Sand tenía fama de

devoradora de hombres desde que abandonó a su primer marido para aventurarse en París, dar sus primeros pasos como escritora y vivir la gran vida. Su gran amor no fue ni el *enfant terrible* del Romanticismo francés, Alfred de Musset, ni Chopin ni ningún artista o intelectual del círculo de sus amigos famosos —Delacroix, Flaubert, Dumas…—, sino un humilde obrero, quien la quiso y la cuidó hasta fallecer.

[Finales del mes de abril de 1850]

¡Sí, lo amo! Es un obrero que trabaja de obrero porque quiere y sabe ganarse la vida. Tiene un espíritu increíblemente artístico. Su inteligencia es extraordinaria, pero solo le sirve a él. Después de todo, ¿qué me importa que no le guste a la gente, si a mí sí me gusta? Está pendiente de cuanto necesito, y se mete en cuerpo y alma dentro del vaso de agua que me trae o del cigarrillo que me enciende […]. Tanto si estoy enferma como si estoy sana, tendría que verlo preparándome el almohadón y trayéndome las zapatillas. Yo, que nunca reclamo ni acepto que me cuiden, en cambio necesito sus atenciones, como si estuviera en mi naturaleza que me consintieran […]. En suma, lo amo, lo amo con toda mi alma, con sus defectos, con las ridiculeces que los demás ven en él, con todos los errores que comete y las tonterías que ha hecho, y que yo sé por él. […]

Me siento transformada, me porto bien, estoy tranquila, soy feliz, lo soporto todo menos su ausencia; ¡imagínese, yo, que siempre he detestado semejantes actitudes! […] Lo quiero con todo lo que es, y en

mi amor reina una calma sorprendente, pese a mi edad y la suya […]. Y es que él ama, ama, ¿sabe usted?, como nunca he visto a nadie amar.

«Tu felicidad, tu vida, están unidas a mi ternura».

Denis Diderot a Sophie Volland
Julio de 1759

No podría marcharme de aquí sin antes añadir unas breves palabras. ¡Bien, amiga mía, puedes contar conmigo para lo que necesites!, ¡tu felicidad, tu vida, están unidas a mi ternura! No temas nada, Sophie mía, esta será duradera, y vivirás feliz. Aún no he comenzado a cometer el crimen, ni pienso hacerlo: soy enteramente tuyo, tú eres enteramente mía; soportaremos juntos las penas que nos vengan; yo aliviaré las tuyas, tú aliviarás las mías. Hace meses que llevo viéndote tal como eres a todas horas; y convendrás conmigo en que yo soy el mismo del primer día: no es un mérito que pueda atribuirme, es un acto de justicia que te debo. El efecto que producen las cualidades reales es que cada día se muestran con mayor viveza. Deposita las tuyas en mi constancia y en mi discernimiento. Jamás ha habido una pasión más justificada por la razón que la mía. ¿No es cierto, Sofía mía, que tú eres muy amable? Mira dentro de ti; ¿puedes verlo? Verás cuán digna eres de ser amada, y repara en cuánto te amo. Ahí se encuentra la medida invariable de mis sentimientos.

Buenas noches, mi Sophie. Me voy lleno de alegría, la más pura y la más dulce que un hombre pueda sentir. Soy amado, y lo soy por la más digna de las mujeres.

3

AMOR SUBLIME

«A ese perfume lo llaman amor».

Stéphane Mallarmé a Maria Gerhard [Sens, julio de 1862]

Señorita:

Hace muchos días que no la veo.

A medida que una lágrima iba cayendo de mis ojos, le pareció grato a mi tristeza que tomara una hoja de papel y me esforzase en traducir lo que esa lágrima contenía de amargura, de angustia, de amor, y, para serle franco, diría también que de esperanza. Ahora, mis lágrimas solo son de desesperanza.

Todas las mañanas miraba y apilaba esas cartas con la idea de enviárselas, creyendo, atrevidamente, no que las leería todas, sino que simplemente pasearía la mirada al azar por algunas frases, y que de esas pocas frases ascendería hasta usted esa suerte de claridad que nos enerva y que sentimos cuando alguien nos ama.

Ese rayo debería de abrir en su corazón una misteriosa flor azul, y esperaba que el perfume que nacería de ese florecimiento no le resultaría ingrato.

¡Y yo lo respiraría!

A ese perfume lo llaman amor.

[…] ¡Yo reemplazo esas sonrisas y esos suspiros por este papel banal y vago que le enviaré no sé cuándo, a sabe Dios dónde! No podré anotarle escrupulosamente la gama completa de mi pasión, tal como la tenía registrada, y habré de contentarme con escribir aquí las tres frases que constituyen toda su armonía: ¡Te quiero! ¡Te adoro! ¡Te idolatro!

Discúlpeme —oh, mi reina— si me permito tutearla en esta letanía extática. Y es que, ya ve que estoy como loco, como extraviado, desde hace algunos días. Cuando una flecha se clava en una puerta, la puerta sigue vibrando mucho tiempo después: una saeta de oro me ha herido, y tiemblo, consternado.

Sáquemela o húndala más profundamente, pero no se deleite hurgando en mi corazón. Diga sí o no, pero hable. […]

Así pues, permítame contemplarla y adorarla… ¡y esperar!

Adiós, la abrazo con lágrimas en los ojos: enjúguelas con un beso, o cuando menos con una sonrisa.

¡La amo! ¡La amo! Es todo cuanto sé decir y pensar […]. Iré a verla de nuevo al liceo; me hace feliz verla, aunque sea de lejos; cuando usted gira la calle, veo un fantasma de luz y todo resplandece.

Stéphane

«Es necesario que te cases».

Joë Bousquet a Poisson d'Or

Poeta minusválido e impotente tras recibir un disparo durante la Primera Guerra Mundial, Joë Bousquet conoció amores tan reales como imposibles. En esta carta libera de cualquier compromiso a su Dulcinea, a la

que anima a casarse de verdad.

Carcasona, 4 de septiembre de 1949

Fui hecho para amar, lo cual no quiere decir que haya nacido para ser feliz. Desde que me hirieron, siempre me ha dado miedo aventurarme con el corazón lleno de luz en los duros despertares de la existencia. […] Apréndelo de una vez, pues es a ti a quien más he amado, y por ti por quien más he temido chocar con la realidad. Y por eso tu decisión me libera de una abrumadora incertidumbre. Es necesario que te cases; por mi parte, te juro que jamás me casaré, aunque ya he explorado mi espantosa soledad desde que murió mi padre. Compartí mi aplastante carga contigo, jamás lo olvidaré, y en cuanto a ti, sé que nunca te liberarás del encanto que crece al margen de las grandes desesperanzas. Te prometo que guardaré intacto tu recuerdo, justamente para preservar esta realidad exquisita.

[…] Puede que esto te parezca muy raro, y a la vez muy dulce, pensar que siempre te estará esperando una mirada que ha leído en ti el mismísimo secreto del ser.

[…] Ya está hecho; lo que debía ser, es.

«Sí, vivo en ti, como tú vives en mí».

Honoré de Balzac a madame Hanska Domingo, 1 de diciembre de 1833

[…] Te amaré mientras viva, respetaré en mí mismo el corazón que has escogido: no me pertenezco. ¡No habrá locuras, ni sacrificios, no, nunca más! Oh, no seas así, no me hables de Laudanum. He escamoteado las últimas pruebas de *Eugénie Grandet* y he saltado como si me abalanzara sobre ti. El final de la carta me ha hecho volver a

sufrir los dolores del principio.

Amor mío, mi querido amor, dentro de unos días estaré contigo, cuando ya tengas en tu poder este papel lleno de amor, con el que quisiera comunicarte los latidos de mi corazón. En unos pocos días redoblaré mis cuidados, mi trabajo, y descansaré aquí. Además, me las apañaré para poder quedarme más tiempo. Oh, mi amor, haz que los cielos estén serenos, pues mi ser no alberga otra cosa que no sea afecto, amor, mimos y caricias para ti. Sí, vivo en ti, como tú vives en mí. Dios jamás podrá separar lo que ha unido con tanta fuerza. Mi vida es tu vida, no me asusta que así sea. Tu tristeza me entristece, tu alegría me vuelve alegre, escucho tu voz por momentos; en definitiva, siento ese amor eterno, imperecedero, angelical, que tanto deseaba. Eres el principio y el fin, querida mía, mi Ève, pero una Ève singular, pues ambos somos seres exclusivos. *Adoremus in aerternum* es mi divisa, ¿lo sabías, querida?

«Renuncio y repudio absolutamente toda pretensión de haber adquirido derecho alguno en virtud de dicho matrimonio».

Stuart Mill a Harriett Taylor 6 de marzo de 1851

Estando a punto —si tengo la dicha de obtener su consentimiento— de contraer matrimonio con la única mujer que he conocido con la que asumiría ese estado; y siendo el carácter de la relación matrimonial tal y como la ley establece, de un modo que tanto ella como yo desaprobamos por completo y en conciencia, entre otras razones porque la ley confiere jurídicamente a una de las partes del contrato poder y control sobre la persona, la propiedad y la libertad de acción de la otra parte, con independencia de cuáles sean sus propios deseos y voluntad; yo, al no tener medios para despojarme

legalmente de estos odiosos poderes —como seguramente haría si un compromiso en este sentido pudiera ser legalmente vinculante para mí—, considero mi deber dejar constancia de una protesta formal contra el derecho matrimonial vigente, en lo concerniente a la concesión de dichos poderes; y prometo solemnemente no hacer nunca uso de ellos, en ningún caso y bajo ninguna circunstancia. Y en el supuesto de que se lleve a cabo el matrimonio entre la señora Taylor y yo, declaro que sea mi voluntad e intención, y la condición del compromiso entre nosotros, que ella conserve en todos los aspectos la misma absoluta libertad de acción, así como la libertad de disponer de sí misma y de todo lo que le pertenezca o pueda pertenecerle en cualquier momento, como si dicho matrimonio no hubiera llegado a producirse; y renuncio y repudio absolutamente toda pretensión de haber adquirido derecho alguno en virtud de dicho matrimonio.

«La belleza es que es amor».

Sophia Amelia Peabody a Nathaniel Hawthorne 31 de diciembre de 1839

Bienamado:

¡Qué año hemos tenido! Mi definición de la belleza es que es amor y, por lo tanto, incluye tanto la verdad como el bien. Pero solo aquellos que aman como nosotros pueden adivinar la importancia y la fuerza de lo que digo.

TU SOPHIE

«Eres una especie de dulce balada».

5 de diciembre de 1839

Ojalá, querido, tuviera el don de hacer rimas, porque diríase que hay poesía en mi cabeza y en mi corazón desde que estoy enamorada de ti. Eres un poema. ¿De qué tipo, entonces? ¿Una epopeya? ¡Ten piedad de mí! ¡No! ¿Un soneto? No, porque eso es demasiado penoso y artificial. Eres una especie de dulce balada, sencilla, alegre, patética, que la naturaleza canta, a veces con lágrimas, a veces con sonrisas, y otras con sonrisas y lágrimas entremezcladas.

«A amar y a sufrir, al cielo y al infierno, a eso me consagraría».

Julie de Lespinasse al conde de Guibert Martes, a las once de la noche, 1775

[…] ¡Oh, Dios mío! Quienes hemos vivido intensamente, cuando morimos para todo salvo para un objeto que para nosotros es el universo, este se apodera de tal forma de nuestras facultades que no nos permite vivir en otros tiempos que no sean el momento presente. ¡Eh!, entonces ¿cómo quiere que le diga si lo amaré dentro de tres meses? […]

Librada por entero a la felicidad de amar y ser amada, no me han faltado ni la fuerza ni la honestidad necesarias para soportar la pobreza, y para desdeñar los privilegios de la vanidad. He gozado tanto, he sentido tan intensamente el valor de la vida, que si hubiera de empezar de nuevo lo haría en las mismas condiciones. A amar y a sufrir, al cielo y al infierno, a eso me consagraría, eso es lo que querría sentir, ese sería el clima en el que querría desenvolverme, y no en ese ambiente templado donde viven todos los bobos y los autómatas que nos rodean. Amigo mío, cuando he tomado la pluma, lo he hecho con la intención de seguir haciéndole un retrato, pero he aquí que, debido

a mi detestable personalidad, he cambiado de objetivo y me he pintado a mí misma, sin contención alguna, como una insensata, con todo cuanto me anima: pero si soy así, es por usted, es porque me mueve el sentimiento más vivo y más tierno; así pues, he hecho bien en entregarme.

«Lo haré de la mejor manera que contribuya a tu felicidad».

Michael a Sarah Faraday
Señora, sois el coeficiente de mi ser, está en su poder, y solo en su poder, sumar las fracciones de mi corazón y restaurarlo a su estado integral y prístino. Entonces, esos poderes que ahora participan juntos serán llevados a un estado igual y similar; se harán cuadrar juntos y ejercerán en equilibrio para el debido desempeño de sus funciones. Se solucionarán así todos mis problemas y todas mis dudas tendrán respuesta. Mi conducta será como una línea recta; mi felicidad, imperturbable, como un plano horizontal.

«Por mucho que me quieras, mi amor por ti es más fuerte».

Beethoven a la condesa Giulietta Guicciardi [¿1801?]

Lunes, 6 de julio por la noche

¡Oh, dondequiera que estoy, tú estás conmigo! Me las arreglaré por ti y por mí. ¡Me las arreglaré para poder vivir contigo! ¡¡Qué vida!! ¡¡Así!! Sin ti, perseguido aquí y allá por la bondad de los hombres, algo que poco me merezco y que tan poco me importa merecer. La humildad del hombre hacia el hombre me pesa; y al pensar en mí en relación con el universo, me pregunto qué soy yo y qué es aquel al que llamamos el Más Grande. Algo que demuestra de nuevo lo divino en el hombre. Lloro cuando pienso que es probable que no recibas noticias mías hasta el sábado por la tarde. Por mucho que me quieras, mi amor por ti es más fuerte, pero nunca me ocultes tus pensamientos. Buenas noches.

«Oh, sigue queriéndome, nunca juzgues mal al corazón fiel».

Buenos días, el 7 de julio.

Tu amor me ha convertido en uno de los hombres más felices y, a la vez, en uno de los más desdichados; a mi edad necesito una vida tranquila y estable —¿es posible en nuestra situación?—. Ángel mío, acabo de enterarme de que el correo sale cada día, así que debo dejarlo aquí para que puedas recibir la carta sin demora. Tranquila, solo con la serena consideración de nuestra existencia podremos alcanzar nuestro objetivo de vivir juntos. Tranquilízate, quiéreme, hoy, ayer, qué doloroso anhelo de ti, de ti, de ti, mi vida, mi todo, adiós.

Oh, sigue queriéndome, nunca juzgues mal al corazón fiel.
De tu amado

L.

siempre tuyo,
siempre mía,
siempre el uno del otro.

«Yo no soy más que eso, una dolorosa parte de ti».

Catherine Pozzi a Paul Valéry

¿Acaso estoy obsesionada, atormentada, poseída, mi querido amor? Yo no soy más que eso, una dolorosa parte de ti que se odia, que permanece con los ojos cerrados, envuelta en tu presencia; que ya no soporta nada del universo donde tú no estés, y todo el universo está aquí, y tú no estás en él. Los maravillosos descubrimientos que yo hice allí son un sucedáneo informe y muerto, que no importa en absoluto. Esta ciencia de capturar algo en forma de arte antes de que se congele, este impulso de hallar lo sensible en lo abstracto, lo abstracto en lo perfecto, ¿qué realidad puede

haber en todo ello frente a las líneas de tu rostro que me conducen a lo más profundo de ti?

«En ti está mi centro».

Gabriela Mistral a Doris Dana [Manuscrito sin fecha]

Yo sé bien que nadie, ninguna persona en este mundo, puede saber qué cosa es nuestra vida sino (excepto) nosotros mismos.

La bella vida es tan imperceptible, tan delicada, por llena de imponderables, que casi no es posible de verla. Es posible solamente vivirla —gracias a Dios—.

Yo vivo en una especie de sueño, acordándome de todas las gracias que me has hecho.

Y lo que vivo es una vida nueva, una vida que siempre yo he buscado y nunca hallé. Es una cosa ella sacra y concentrada.

La vida sin ti es una cosa sin sangre, sin razón alguna. Tú eres «mi casa», mi hogar, tú misma. En ti está mi centro. —Y el solo quererte me purifica—. Ella es el abandono, la confianza completa.

Yo sé que tú eres fiel como una piedra.

Mi memoria es ahora un mundo, se vuelve un universo vasto y completo.

Y a la vez incompleto, porque ha crecido tanto, aunque pareciera que no pudiese crecer más.

Ay, amor grave y tan dulce, tan sin peso a la vez.

¡Alegría mía!

«Mi amor por ti es como un proyectil».

Apollinaire a Lou Mi adorado Lou,[4] cuánto deseo recibir tu respuesta a mi carta del lunes. Sabes que te amo infinitamente. Mi amor por ti es como un proyectil, como un pequeño astro, un obús que parte de mí, describiendo una trayectoria que te alcanza sin cesar y estalla envolviéndote con todas las fuerzas que despliego para amarte.

Te quiero como nadie podría llegar a amar. Eres hermosa, exquisita, y el único Lou[5] del mundo que vale la pena vivir.

HASTA EL SÁBADO.

«Deseo consagrarte la primera acción que llevaré a cabo con serenidad tras la muerte de mi pobre ángel».

Juliette Drouet a Victor Hugo 23 de junio [de 1846], martes por la mañana, 7 h. ½

Quiero que mi primera carta sea para ti, mi dulce amor. Deseo consagrarte la primera acción que llevaré a cabo con serenidad tras la muerte de mi pobre ángel. Intento hallar la fuerza y el valor, que llegará, así lo espero, a fuerza de amor. Esta mañana he ido a misa a la hora en que tú también deberías de haber estado en la iglesia. He rezado mucho, he llorado mucho y he amado mucho. Al fin he logrado calmarme. Me ha parecido que la oración me acercaba a mi hija y convertía nuestro amor en algo más santo y más sagrado. Esta terrible

desgracia que me golpea, lejos de disminuirlo o alterar ese amor, lo amplía y lo purifica al reconocerlo como tal. Mientras algo de mí sobreviva, guardaré piadosamente el recuerdo de la desmedida bondad que has mostrado durante todo el tiempo que ha durado esta larga y dolorosa enfermedad.

«Hay tanta riqueza en esta comunión de la escritura».

Anaïs Nin a Bill Burford Esta vez, mis sentimientos se han vuelto fuertes y evidentes a través de un sueño que he tenido: siento un amor tan profundo, devoto y total por tu escritura —que es tu esencia—, pero más que eso, siento una suerte de comunión o matrimonio entre nuestra escritura. Y la única incertidumbre que nubla mi entusiasmo ante esto es la que tu silencio crea, o quizá algo así como una no participación tuya en dicho entusiasmo, por lo que no siento una confirmación de mis sentimientos. Bill, es esta una rara forma de amor, y me gustaría que me ayudaras —debido a mis propias incertidumbres— a creer en esta mágica unidad.

Siento que nos proporcionaría, tanto a ti como a mí, toda la fuerza del amor, porque hay momentos en los que quiero gritar desesperada: si nadie me escucha, si nadie responde a esto, no puedo seguir adelante.

«Vuestra Excma. persona tiene prohibido pensar en el individuo en cuestión».

Álvaro de Campos a Ofélia Queiroz Pocos gestos de escritores pueden alcanzar tanta ternura como enviar una carta escrita por el más romántico de sus heterónimos, Álvaro de Campos, a su amada Ofelia. Único escritor en la historia capaz de dejar obras literarias distintas, firmadas por sus heterónimos, Pessoa encomienda la vida de Ofelia, más allá de sus vaivenes amorosos, a la literatura misma.

[25 de septiembre de 1929]

Excma. Señora D. Ofélia Queiroz:

Un abyecto y miserable individuo llamado Fernando Pessoa, mi particular y querido amigo, me encargó comunicarle a vuestra Excma.

persona —puesto que su estado mental le impide establecer cualquier tipo de comunicación, ni siquiera con un guisante seco (ejemplo donde los haya de obediencia y disciplina)— que vuestra Excma. persona tiene prohibido: (1) pesar menos gramos,

(2) comer poco,

(3) no dormir nada,

(4) tener fiebre,

(5) pensar en el individuo en cuestión.

Por mi parte, como íntimo y sincero amigo que soy del malhechor cuya comunicación —no sin sacrificio— tengo a mi cargo, aconsejo a vuestra Excma. persona que se aferre a la imagen mental que posiblemente se haya formado de dicho individuo, cuya sola mención está echando a perder este papel razonablemente blanco, por ser materialmente imposible darle a dicha entidad fingidamente humana el justo destino que le correspondería, si hubiera justicia en el mundo.

«¡Moriría, moriría, moriría si no pudiera amarte así!».

Eleonora Duse a Gabriele D'Annunzio [Berlín, 24 de septiembre de 1899]

Domingo por la mañana

¡Gabri, dulzura!:

Estréchame, estréchame, estréchame entre tus manos —te amo—. Te amo; amo tu alma —y tus ojos, y tu voz, y tu rodilla de querubín, y tu hermosa impaciencia cuando sabes que un barco va a ser botado al mar—, y tú, TE SIENTES ser: barco

y mar,

¡y adoras fundirte en esta visión!

¿Recuerdas aquella mañana? Te acaricié tu manita caprichosa, te la habías puesto sobre los ojos para seguir durmiendo, y de pronto te

volviste dócil y cariñoso, ¡pero te fuiste! Por la noche, a tu regreso, en tu alma residía toda la bondad del mundo.

YO TE CONOZCO. Yo te veo. ¡Yo te amo!

¡Moriría, moriría, moriría, moriría si no pudiera amarte así.

¡Si pudiera tenerte conmigo en la hora de mi muerte…! He pensado mucho en ello. SIN DUDA, cuando llegue la hora, si logro verte, si mi suerte no me hace morir lejos, y sola, tal vez pueda expresarte —la certeza que siento.

= Te amo. = tú, ¡la VERDAD!—.

ELEONORA

4

AMOR, AMOR, AMOR

«Y ¿que pasemos juntos los últimos días de la vida amorosa?».

Emilia Pardo Bazán a Benito Pérez Galdós Madrid, 16 de octubre de 1889

Miquiño mío del alma:

[…] Ven, no se me ocurre otra cosa. Ven a tomar posesión de estos aposentos escultóricos. Aquí está una buitra esperando por su pájaro bobo, por su mochuelo. Yo no sé cómo es esto del amor; se me figura —sin ánimo de blasfemar— que en algo se parece a la eucaristía: *non confractus, non divisus*. Hay en mí una vida tal afectiva y física, que puedo sin mentir decir que soy tuya toda: toda, me has reconquistado de muchas maneras y más que nada porque nunca me habías perdido; porque te quise ayer y te querré mañana; y quién sabe si mañana te querré de tal manera que no tengas queja alguna de mí, que ninguna espinita se te clave en el alma, y ¿que pasemos juntos los últimos días de la vida amorosa?

«El amor es mi religión. Podría morir por eso».

John Keats a Fanny Brawne

Mi queridísima muchacha:

Mi amor me ha vuelto egoísta. No puedo existir sin ti, me olvido de todo excepto de volver a verte. Mi vida parece detenerse ahí, no veo más allá. Me has absorbido.

En este momento tengo la sensación de estar disolviéndome. Me sentiría sumamente desdichado si no tuviera la esperanza de volver a verte pronto. Debería darme pavor separarme de ti. ¿No cambiará nunca tu corazón, mi dulce Fanny? ¿Lo hará, mi amor? Mi amor carece de límites. [...] Podrían martirizarme por mi religión. El amor es mi religión. Podría morir por eso. Podría morir por ti. Mi credo es el amor y tú eres su único principio. Me has cautivado con un poder al que no me puedo oponer, pese a que podía resistirme a él hasta que te vi; e incluso desde entonces he intentado a menudo «razonar contra las razones de mi amor». No puedo hacerlo más, el dolor sería excesivo. Mi amor es egoísta. No puedo respirar sin ti.

Tuyo para siempre,

JOHN KEATS

«Me he dejado caer en tus brazos ».

Marguerite Burnat-Provins a Sylvain Te quiero. Nadie me ha enseñado esta palabra. La he oído venir desde las profundidades de mi carne,

ascender por mi sangre hasta mis labios y volar hacia tu juventud y hacia la fuerza fecunda que hay en ti.

La he oído salir embriagada de tu boca.

Es un pájaro dorado que se ha posado en mis ojos con mucha suavidad al principio, y a continuación tan pesadamente que todo mi ser se ha tambaleado.

Y me he dejado caer en tus brazos, tus grandes brazos donde me siento frágil y protegido.

La palabra que promete y que libera, la palabra sagrada surgida de nuestra vida ardiente planeaba sobre nuestras cabezas en un claro rayo. Sylvius, ¿te acuerdas?

Entonces vi pasar la Hora. La hora blanca que nos sonreía y que alzó entre sus manos una piedra blanca.

Sobre su túnica, una a una, lentamente las rosas de su frente se deshojaban.

Lo vi a través de mis párpados cerrados, con la mejilla apoyada en tu corazón que marca los segundos resplandecientes, como un péndulo de rubíes.

«Desesperada, loca por tu amor».

Sultana Hürrem a Solimán el Magnífico El amor mítico de la única esposa del legendario butanés Solimán el Magnífico, la ucraniana Roxelana (1520-1558), suena hoy en día a utopía, pero fue más bien un cuento de hadas al pasar de rango de esclava a sultana

feminista en el siglo XVI y una figura del amor absoluto.

Después de colocar la cabeza en el suelo y besar la tierra que pisan tus benditos pies, sol de mi nación y riqueza de mi sultán, si preguntas por mí, tu sierva, que se ha prendido fuego por el celo de echarte de menos, soy como aquel cuyo hígado —en este caso, significa corazón— se ha achicharrado; cuyo pecho se ha malogrado; cuyos ojos están llenos de lágrimas, que ya no pueden distinguir entre la noche y el día; que ha caído en el mar del deseo; desesperada, loca por tu amor; en peor situación que Ferhat y Majnun,[6] este apasionado amor tuyo, tu esclava, arde porque me han separado de ti. Como un ruiseñor, cuyos suspiros y súplicas de ayuda no cesan, así me encuentro por estar lejos de ti. Ruego a Alá que no aflija este dolor ni siquiera a tus enemigos. ¡Mi querido sultán! Como ha pasado un mes y medio desde la última vez que supe de ti, Alá sabe que he estado llorando noche y día a la espera de que volvieras a casa. Mientras lloraba sin saber qué hacer, Alá, uno y único, permitió que recibiera buenas noticias tuyas. Una vez que las oí, bien lo sabe Alá, volví a la vida, ya que había muerto mientras te esperaba.

«Mi amado al que ningún otro rey se le parece».

Catalina II al príncipe Grigory Potemkin Mi alma querida, preciosa y única, mi adorado, mi querido pichón, mi marido querido…, mi bien más preciado…, mi alhaja, mi tesoro…, mi pequeña alma querida…, mi pequeño

Gricha…, mi ángel…, mi
querido amorcito…, mi faisán
de oro…, mi vida…, mi
alegría…, mi felicidad…, mi
belleza…, mi amado al que
ningún otro rey se le parece…,
los labios más dulces.

«¿Así que lo único que deseas es un pequeño "sí"? […] Y de nuevo digo "sí"».

Clara a Robert Schumann

Leipzig, 15 de agosto de 1837

¿Así que lo único que deseas es un pequeño «sí»? ¡Qué palabra tan importante! Seguro que un corazón tan lleno de amor inefable como el mío puede pronunciarlo libremente. Sí que puedo decirlo. Te lo susurro incesantemente en lo más profundo de mi alma.

¿Podría expresar con palabras la angustia de mi corazón, mis muchas lágrimas? No, excede mi capacidad. Pero el destino puede permitir que nos veamos dentro de poco, y entonces… Tu propuesta me parece audaz, pero el amor presta poca atención al peligro, y de nuevo digo «sí». No creo que Dios convierta mi decimoctavo cumpleaños en un día lleno de problemas. No podría ser tan cruel. Hace mucho tiempo que comparto tu convicción: «Tiene que ocurrir». Nada me hará vacilar. Le demostraré a mi padre que un joven [corazón] puede ser firme.

Precipitadamente,

tuya,

CLARA «Eres sin igual entre miles, te amo más que a nadie».

Dos monjas, B. a C.

Dos misteriosas monjas inglesas, anónimas, dejaron por carta el testimonio hermoso de su amor prohibido y sublime.

Siglo XII

A C., más dulce que la miel o que un panal de miel, B. te manda todo el amor que hay para su amor. Tú, que eres única y especial, ¿por qué te demoras tanto, tan lejos? ¿Por qué quieres que muera tu inigualable que, como sabes, te ama con alma y cuerpo, que suspira por ti a todas horas, a cada momento, como un pajarillo hambriento?

Desde que estoy obligada a vivir sin tu dulcísima presencia, no he deseado oír ni ver a ningún otro ser humano, pero como la tórtola que, tras perder a su pareja, permanece encaramada para siempre en su pequeña rama seca, así me lamento sin cesar hasta que vuelva a gozar de tu confianza. Miro a mi alrededor y no encuentro a mi amante, no me consuela ni con una sola palabra. De hecho, cuando reflexiono sobre el encanto de tu alegre voz y aspecto, me hundo por completo, pues no encuentro nada que pueda equiparar con tu amor, más dulce que la miel y que el panal de miel, comparado con el cual se empaña el brillo del oro y de la plata. ¿Qué más?

En ti radica toda gentileza, toda perfección, por eso mi espíritu languidece perpetuamente por tu ausencia. Careces de la hiel de la desfachatez de la deslealtad, eres más dulce que la leche y la miel, sin igual entre miles, te amo más que a nadie. Solo tú eres mi amor y mi anhelo, solo tú eres capaz de calmar mi espíritu; no hay alegría para mí en ninguna parte sin ti. Todo lo que era delicioso contigo es tedioso y pesado sin ti.

Por eso quiero decirte que, si pudiera comprar tu vida por el precio de la mía, [lo haría] al instante, pues eres la única mujer a la que he elegido según mi corazón. Por eso imploro a Dios que no me llegue la amarga muerte antes de gozar de la dicha de volver a verte.

Adiós. Ten de mí toda la fe y el amor que existe. Acepta el escrito que te envío, y con él mis constantes pensamientos.

Adiós, acuérdate de mí.

«Las razones por las que te amo son inquebrantables».

Ethel Mary Smith a Mary Benson De la compositora de *La marcha de las mujeres* (1911), himno feminista histórico, esta carta de amor dirigida a otra mujer, liberaciones múltiples del amor epistolar.

22 de octubre de 1892

Te veo como siempre te he visto, y te amo como siempre te he amado. Es cierto que esto no se ha convertido en lo que yo esperaba; por regla general, si amas mucho e imaginas que te aman, se tienen relaciones sexuales, lo cual, en nuestro caso, no es posible, por lo que sentimos cierta tristeza con gran naturalidad. Pero déjame decirte, por una vez, que las razones por las que te amo son inquebrantables. He aquí algunas: tu fidelidad, tu ardor, tu intensidad, tu capacidad de esfuerzo sostenido, tu extraordinario dominio sobre otras almas, tu intelecto y, por encima de todo, en palabras de una oración que me gusta especialmente, tu «corazón inexpugnable». Y en todo ello permanece el recuerdo de esa mano firme en la mía…

«Nadie en todo el mundo puede ser más amada».

Ann Radcliffe a Evguenia Souline 24 de octubre de 1934

Querida, me pregunto si reparas en lo mucho que cuento con que vengas a Inglaterra, en cuánto significa para mí; significa el mundo entero, y en verdad mi cuerpo será todo, todo tuyo, como el tuyo será todo, todo mío, amada mía. Y yaceremos en los brazos del otro, muy, muy cerca, intentando siempre estar más cerca, y besaré tu boca y tus ojos y tus pechos, besaré tu cuerpo por todas partes. Y me devolverás los besos muchas veces como me besaste en París. Y nada importará excepto nosotros, dos amores anhelantes por fin juntos. Me despierto en mitad de la noche y pienso en estas cosas y no puedo volver a dormir por culpa de mi deseo, Soulina. Esto es amor, no te equivoques, el amor ha llegado a ti, eres amada y amada. Nadie a quien conozcas es más amada que tú, nadie en todo el mundo puede ser más amada. Cuando mires a la gente, puedes decirte en el fondo de tu corazón: «Yo también tengo un amante. Soy amada hasta el punto en que el amor es dolor, como el azote de un látigo en la espalda de mi amante, como un fuego que atormenta y consume a mi amante». Bendito sea este amante que se atormenta día y noche, noche y día, porque también ilumina y sostiene cuando la persona amada es amable. Así que sé amable, mi Soulina.

TU JOHN

«Mi amor por ti, que es profundo y reposado, más parecido a la paz de un río».

Jane Welsh a Thomas Carlyle

Te quiero, te lo he dicho cientos de veces, y sería la más ingrata e imprudente de los mortales si no lo hiciera, pero no estoy enamorada de ti; esto es, mi amor por ti no es una pasión que nuble mi juicio y absorba todo mi interés por mí y por los demás. Se trata de un cariño sencillo, honesto, sereno, hecho de admiración y simpatía, y puede que mejor que cualquier otro para crear el disfrute doméstico. En definitiva, es un amor que influye, pero que no determina el destino de una vida.

Mi corazón es capaz —siento que lo es— de un amor para el que ninguna privación sería un sacrificio, un amor que… arrastraría consigo todo pensamiento y sentimiento de mi ser. Pero el mortal, sumamente perfecto, que podría inspirar en mí tan extravagante amor no se encuentra en ningún sitio. ¡No existe en parte alguna salvo en los romances ideados por mi propia imaginación! Tal vez sea lo mejor para mí que las cosas estén como están. Una pasión, como el torrente en la violencia de su curso, podría quizá también, como el torrente, dejar ruina y desolación tras de sí. Mientras tanto, tendría que estar muy trastornada para actuar bajo la influencia de semejante pasión, ahora que mis afectos se encuentran en un estado de perfecta tranquilidad. Ya te he explicado la naturaleza de mi amor por ti, que es profundo y reposado, más parecido a la paz de un río, que refresca y embellece donde fluye, que al torrente que arrasa y destruye.

«Me llevaría el mayor disgusto de mi vida si murieras».

Sallie Holley a Caroline Putnam
1861

Oh, mi corazón te anhela esta mañana […] y me llevaría el mayor disgusto de mi vida si murieras. Te agradezco una y otra vez todo tu amor por mí… Cómo me gustaría poner mis brazos alrededor de tu

cuello y besarte.

«Que ningún hombre ha representado para ninguna mujer lo que tú eres para mí».

Elizabeth Barrett a Robert Browning [10 de enero de 1846]

Querido Robert Browning:

… ¿Sabes? Cuando me has dicho que piense en ti, he sentido vergüenza por pensar tanto en ti, por pensar solo en ti; lo cual puede que sea demasiado. ¿Te lo cuento? Me parece que ningún hombre ha representado para ninguna mujer lo que tú eres para mí. La plenitud debe ser proporcional, ya sabes, al vacío…, y solo yo sé lo que había detrás; el largo desierto sin la rosa en flor… y la capacidad de ser feliz, como un enorme agujero negro antes de esta inundación plateada. ¿No es maravilloso que me quede como en un sueño y dude, no de ti, sino de mi propio destino?

¿Alguna vez se sacó de repente a una persona de una mazmorra a oscuras y fue colocada en el pináculo de una montaña, sin que la cabeza le diera vueltas y el corazón desfalleciera, como me ocurre a mí? ¿Y tú dices amarme más? ¿Te lo agradezco a ti o a Dios? A ambos, sin duda, y no hay compensación posible por mi parte a ninguno de los dos. Os doy las gracias como solo alguien indigno puede…, como todos damos gracias a Dios. ¿Cómo podré demostrarte lo que es mi corazón? ¿Cómo podréis verlo como yo lo siento?…

«Soy ahora, como lo he sido

siempre desde el día en que nos conocimos, fervientemente tuyo, con un amor inmortal».

Oscar Wilde a Alfred Douglas

Lunes por la tarde [29 de abril de 1895]
HM Prison, Holloway

Mi querido muchacho:

Esta carta es para garantizarte mi inmortal, mi eterno amor por ti. Mañana todo habrá terminado. Si la prisión y la deshonra son mi destino, pensar en mi amor por ti y en esta idea, esta creencia aún más divina, el hecho de que tú también me amas, me sostendrá en mi infelicidad y hará que sea capaz, espero, de soportar mi pena con paciencia; puesto que la esperanza, más bien la certeza, de volver a encontrarte en algún mundo es el objetivo y estímulo de mi vida presente. ¡Ah! Debo seguir viviendo en este mundo por ese motivo.

[…] Si un día, en Corfú o en cualquier isla encantada, hubiera una casita donde poder vivir juntos, ¡oh!, la vida sería más dulce que nunca. Tu amor tiene amplias alas y es fuerte, tu amor llega a mí a través de los barrotes de la cárcel y me consuela, tu amor es la luz de todas mis horas. Quienes no saben lo que es el amor escribirán, lo sé, que el destino está contra nosotros, que he sido una mala influencia en tu vida. Si lo hacen, escribirás, dirás a su vez, que eso no es cierto. Nuestro amor siempre fue hermoso y noble, y si he sido el blanco de una terrible tragedia es porque no se ha entendido la naturaleza de ese amor. […] ¡Oh! ¡Espérame! ¡Espérame! Soy ahora, como lo he sido siempre desde el día en que nos conocimos, fervientemente tuyo, con un amor inmortal, OSCAR

«No puedes imaginarte cómo me inflaman y cuánto amor desatan en mi pecho las marcas de tu pasión».

La marquesa de Châtelet al señor de Saint-Lambert [1 de septiembre de 1748]

No, no pienso enseñarte a amar menos, pues es a mí a quien debes el conocimiento de eso que llaman amar. Tu amor, las señales que recibo de él, el modo en que lo expresas, todo cuanto me escribes me hace feliz e inflama mi amor. Necesitaba ser feliz, pues estoy sumida en la tristeza, y permanecer aquí me hace temblar. [...]

Tus cartas son deliciosas, aunque en ocasiones me dices cosas que me injurian, y otras veces me afligen sobremanera; dudas de mi amor, pero me reafirmas el tuyo, y entonces la dulzura de ser amada hace más dulces tus injusticias; terminas tu carta pidiéndome que te enseñe a amar menos. Eso es lo que deseas, según dices, pero sin duda no podrías ir peor encaminado. Has de desear que te ame con todo el furor, con toda la locura, con toda la intensidad de que soy capaz, y demostrarme siempre todo el amor que encierran algunas partes de tu carta. No puedes imaginarte cómo me inflaman y cuánto amor desatan en mi pecho las marcas de tu pasión. Todos mis sentimientos son perdurables, todo deja profundas huellas en mi alma.

«He llorado tanto, lejos de ti, mi único protector que tanto ha hecho por amor a mí».

Lola Montes a Luis de Baviera

[...] los estudiantes son ridículos —estoy tan por

encima de esas mentiras comunes—, pero después descubrirás por qué me hice su amiga; pero te juro que ninguno de ellos es o será mi amante… Si pudieras leerme el corazón, verías que el amor sin ti no es amor, es bestialidad animal, y toda mi vida se me ha calificado de mujer fría porque la mayoría de la gente no tiene ni idea del amor ideal que siento solo por ti, querido Luis. Me muestro feliz delante de todos para no darles la satisfacción de verme triste. Soy demasiado orgullosa para eso; pero a veces a solas, por las noches, cuando nadie me ve, he llorado tanto, lejos de ti, mi único protector que tanto ha hecho por amor a mí. Estoy llorando ahora mismo. […]

«En tu amor, la medida de todo lo que ha de ser».

Johann Wolfgang von Goethe a Charlotte von Stein 17 de junio de 1784

Mis cartas te habrán mostrado lo encantador que soy. No ceno en la corte, veo a poca gente, y doy mis paseos solo, y en cada bello

rincón deseo que estuvieras allí. No puedo evitar quererte más de lo que me conviene; me sentiré muy feliz cuando te vuelva a ver. Soy siempre consciente de mi cercanía a ti, nunca me abandona tu presencia. En ti tengo la medida de todas las mujeres, de todo el mundo; en tu amor, la medida de todo lo que ha de ser. No en el sentido de que el resto del mundo parezca un mamotreto oscuro; al contrario, tu amor lo aclara. Advierto con claridad cómo son los hombres y qué planean, desean, hacen y disfrutan. No les guardo rencor por lo que tienen, y comparar supone para mí una alegría secreta al poseer como poseo tan imperecedero tesoro. [...]

Adieu, a quien mil veces quiero.

«Pero si estoy segura de no volver a verte nunca más, lo estoy de amarte siempre».

Reina Cristina de Suecia a Eva Sparre Marzo de 1657

Madame, sabes demasiado de ti misma para no estar convencida de que no importa la parte del mundo en que me encuentre, siempre formarás parte de mis recuerdos, y que el tiempo no tiene poder sobre la amistad que te he jurado. [...] Quien te presente esta nota será mi testigo de que siempre hago justicia a tus cualidades y a tu belleza. Habiendo visto, en el país más justo y cultivado del mundo, todo lo que hay de encantador y bello en nuestro sexo, sostengo con mayor audacia que no hay nadie que se atreva a desafiar la ventaja que detentas sobre aquellas que son las más adorables del mundo. Dinos después si podemos ser consoladas, cuando estemos condenadas a la ausencia eterna. Pero si estoy segura de no volver a verte nunca más, lo estoy de amarte siempre, y eres cruel si dudas de ello. Una amistad puesta a prueba durante tres años de ausencia no debería levantar sospechas en ti. Si no has olvidado el derecho que tienes sobre mí, recordarás también que han pasado ya doce años desde que me amaste. Así que te pertenezco de tal manera que es imposible que me

pierdas, y nunca sucederá, nunca dejaré de amarte hasta el final de la vida […]. Adiós, vive feliz, y acuérdate de mí. Te doy un millón de besos y te pido que tengas la certeza de que te amo con todo mi corazón.

«Personalmente intento ayudar en todo a mi marido».

Gala a Dalí

1943

[…] Al atardecer le leo en voz alta lo que necesita saber para estar al corriente de ciertas cosas, literatura y otras áreas. Es una carta escrita en ruso y en la cual se esfuerza por presentarse como una verdadera rusa, a través de su papel de mujer solícita «como todas nosotras las rusas», dice. «Yo, como todas nosotras, las mujeres rusas, personalmente intento ayudar en todo a mi marido. Con frecuencia le sirvo de modelo, hago de secretaria en todo lo que se refiere a la parte práctica de nuestra vida, porque él, como ves, está totalmente sumergido en el mundo creativo, en el trabajo. No es capaz de ocuparse de estas tonterías. Yo tampoco soy muy brillante, pero vivimos como todos los artistas, trabajamos para lo que es más importante: la posibilidad de un talento para expresarse».

«Te quiero…, te quiero…, te quiero…, soy toda tuya… por siempre».

Lou a Apollinaire

[13 de diciembre de 1914, domingo por la noche]

Mi querido Gui:

Me imagino que estás en tu pequeño catre, en el cuartel…, y que tienes dulces sueños, en los que aparezco…

Te beso durante un buen rato, suavemente, sin despertarte, y te digo cosas muy tiernas al oído, en susurros…, que formarán parte de tus sueños dorados… Te digo, sobre todo: te quiero…, te quiero…, te quiero…, soy toda tuya… por siempre… Y… tómame en tu sueño…, toda…, toda… Yo también voy a acostarme… Y a soñar…

LOU

«Tú eres la GRAN COSA».

Apollinaire a Lou

Sí, Lou, creo en ti, en nosotros, creo, creo, te amo, estoy contento, te tomo por entero. Tú eres la GRAN COSA. […] te adoro y si, tú me amas, entonces seré tuyo donde tú quieras. ¿Que no te amo como me amas tú a mí? ¡Lou! ¡Decir eso es un gran sacrilegio, te adoro, nada puede superar mi amor por ti, Lou querida! ¿Cómo se te ha ocurrido pensar que podría fijarme en otras mujeres? Estás loca. Solo pienso en ti. Sí puedo decirte que había alguna chica bonita por ahí. Prefiero mirar a una chica guapa que a una fea, pero me importan un bledo todas las chicas salvo tú, no deseo a ninguna otra que no seas tú. Sí, tú eres mi queridísima amante, Lou querida. No miro con lascivia a ninguna mujer. Desde que te conocí, solo te veo a ti, y en el amor que te profeso no puede haber lascivia, todo es puro y legítimo, pues mi

amor por ti es eterno, soy tuyo para siempre, y jamás desearía a otra mujer que no fueras tú. ¡Así es el amor puro, Lou! ¡No! No soy impaciente, te adoro, lo que siento por ti es eterno y la impaciencia no puede conciliarse con la eternidad.

«No me escuches cuando te hable de otra cosa que no sea de amor y de felicidad».

Franz Liszt a Marie d’Agoult

No me escuches cuando te hable de otra cosa que no sea de amor y de felicidad: rompe y quema todas las páginas donde por azar aparezca un nombre que no sea el tuyo, un pensamiento que no sea digno de ti. Arroja bien lejos, al polvo de los caminos y al fango de los arroyos, todos los recuerdos, todos los afectos, todas las miserias que se han cruzado y han entrechocado en esta vida mía tan desnuda, tan enferma, tan calamitosa antes de ti.

Marie, Marie, enséñame la misteriosa lengua de tu alma, haz que hablemos en sueños y que nuestras entrañas, emocionadas, se comuniquen entre sí sin ningún signo exterior. Pon tu mano en la mía, y que tu noble cabellera, tan rubia, tan dorada, acaricie suavemente, una vez más, mi pecho oprimido.

Bien, no desesperemos. ¡Nuestros cuerpos aún son jóvenes, el amor puede glorificarlos! Y *nuestra* alma —pues ambos tenemos una sola alma— está predestinada a grandes y magníficas alegrías. Llegará un día en que veremos y comprenderemos con toda claridad que a nosotros, en nuestra oscuridad terrestre, solo nos es dado presentir y esperar. ¡El amor nos iniciará en los más sublimes, en los más terribles misterios!; y entonces tú evocarás estas refulgentes palabras que ninguno de los dos habríamos podido retener, porque nos habrían roto los huesos y habrían destruido nuestra vida mortal, estas palabras que

pronunciamos una noche… aquí, en esta habitación a la que viniste.

Querida alma mía, ¿por qué te abandoné? ¿Por qué me dejaste partir? ¡Por desgracia, somos tan penosamente razonables!

¡Oh, si sientes algún deseo de volver a verme, ven, me encontrarás solo, solo! Pues sin ti no hay mirada, ni sol, ni Dios, ni templo, ni vida.

«No hay ni una partícula de mi amor que no sea tuya».

James Joyce a Nora Barnacle

27 de octubre de 1909
Calle Fontenoy, 44, Dublín

Querida mía:

Esta noche ha comenzado a despertar de nuevo en mí la vieja fiebre del amor. Soy un cascarón de hombre: mi alma está en Trieste. Solo tú me conoces y me quieres. […] Te amo profunda y sinceramente, Nora. Ahora me siento digno de ti. No hay ni una partícula de mi amor que no sea tuya. A pesar de estas cosas que ensucian mi juicio contra tu persona, siempre pienso lo mejor de ti. Si me lo permitieras, te hablaría de cuanto tengo en mente, pero a veces me imagino por tu mirada que te aburres conmigo. En cualquier caso, Nora, te quiero. No puedo vivir sin ti. Me gustaría darte todo lo que es mío, los conocimientos que acumulo —por pocos que sean—, las emociones que yo mismo siento o he sentido, lo que me gusta o no me gusta, mis esperanzas o remordimientos. Me gustaría ir por la vida junto a ti, contándote cada vez más hasta llegar a ser un solo ser, juntos hasta que nos llegue la hora de la muerte. Aún se me saltan las lágrimas y los sollozos quedan trabados en mi garganta mientras escribo esto. Solo contamos con una corta vida para amar, Nora.

«Yo no necesito reconocimiento, ni gloria, ni otras cosas por el estilo; pero necesito amor».

Giacomo Leopardi a Antonietta Tommasini Florencia, 5 de julio de 1828

Mi queridísima Antonieta:

[…] Entretanto, no sabría cómo expresarle cuánto me ha conmovido el afecto que demuestran sus palabras. Yo no necesito reconocimiento, ni gloria, ni otras cosas por el estilo; pero necesito amor: puede imaginarse lo mucho que me importa, y cuánto lo aprecio, al encontrarlo tan vivo en usted y en su familia, a cuyos miembros amaré de todo corazón, aunque no fuera correspondido por ellos, porque si así fuese, sus virtudes bastarían por sí solas para hacerlos merecedores de mi estimación. No me siento muy bien, y eso me contraría, pues no puedo hacer nada ni puedo moverme; pero hasta el momento mis males no merecen el honor de provocar alarma. Por eso, aunque tenga tantas ganas de que volvamos a vernos, le digo sinceramente que me disgustaría que emprendiera el viaje a Florencia solo por mi causa. […] Adiós, mi querida Antonietta.

SU LEOPARDI «Te amo, te amo, pero no me atrevo a decírtelo, y entonces siento que voy a morir».

Eleonora Duse a Gabriele D’Annunzio [Roma, 20 de septiembre de 1897]

Te amo. Te amo. Esta es la única palabra que mi alma grita.

¡Sufro un dolor innombrable al decírtelo, sufro una angustia que me deshace, cuando te beso y no puedo expresártela!

No puedo decir esta palabra, y no poder vivir diciéndola resulta más vil y más horrible que cualquier otra pena.

Ayer, cuando anocheció, durante aquel angustioso regreso por Cecchina volví a rememorar el día que pasamos juntos. Y en ese momento sentí que la muerte me tocaba.

Ayer tuve miedo, en aquella calle, y quise defenderme de mí misma.

Tuve miedo de no saber ESPERARTE ni un minuto más, ni un solo minuto.

Oh, ¿por qué nunca habré aprendido a quererte de otro modo, con otra clase de amor? ¿Por qué no me guiaste? ¡Ejerces tanta fuerza sobre mí, que tal vez, tal vez habría sabido amarte a tu manera!

Oh, mira en mi interior. ¡Ayer hubiera podido decirte «mi amor» o amarte como tú quisieras!

A mi regreso, te he buscado por la ciudad, incapaz de estar sin ti; pero, más tarde, me ha resultado imposible hablar en tu presencia.

Te amo, te amo, pero no me atrevo a decírtelo, y entonces siento que voy a morir.

Ni siquiera el «Sueño», ni siquiera la certeza de tu Victoria me bastaban ayer, y me parecía que me estaba mintiendo a mí misma, que me rebajaba, que esquivaba a mi corazón hablándole de arte, cuando no quiere otra cosa que no sea amor.

5

AMOR FELIZ

«A usted le debo mi felicidad de ahora y la que he gozado en París. [...] Si usted es la fuente más pura de ella».

María Malibran a Bleriot

¿Es preciso que le diga otra vez cuánto significa para mí? Lo sabe mejor que yo. A usted le debo mi felicidad de ahora y la que he gozado en París. ¡Es usted tan bueno! Yo también llevo una sortija que es el emblema perfecto de nuestra amistad: un nudo que no puede deshacerse; cuanto más se tira, más firme se hace. ¿No es acaso la imagen del más perfecto y sólido afecto, de la amistad más pura y duradera? Sí, cuanto más lo pienso más comprendo gracias a esta amistad la eternidad, porque me parece que tengo que encontrarlo después de morirme, y que todavía lo querré y del mismo modo. Qué hermosa eternidad, en este caso. Pero hay cosas en este mundo de muerte y de miserias que durarán una eternidad…

Si estuviese cerca de mí, y pudiera hablarle, no buscaría en otra

parte un remedio para mi dolor. Pero, amigo mío, se lo ruego, no me dé sorpresas. Cuando llegue el feliz día en que deba volver a verlo, dígamelo con mucha anticipación, para ir bebiendo a largos tragos, por anticipado, esa felicidad cuya causa tendré pronto junto a mi… Si usted es la fuente más pura de ella; solo usted puede levantar la cabeza de esta flor hoy inclinada sobre la tierra, hacerla renacer, hacer que recobre, con su espíritu, toda su fuerza, todo su vigor… ¡El pensamiento!… Y esta flor es la que nunca lo abandona, la que le pertenece por entero, porque usted es bueno […].

M. F. MALIBRAN

«Nos retiramos a vivir nuestra vida, que yo trataré de hacerte lo más feliz que pueda, pues tus alegrías son las mías».

Eva a Juan Perón

Querido Juan:

Salgo de viaje con una gran pena, pues lejos de ti no puedo vivir; es tanto lo que te quiero que es idolatría. Yo tal vez no sepa demostrarte todo lo que siento, pero te aseguro que luché en mi vida por la ambición de ser alguien; sufrí mucho, pero llegaste tú y me hiciste tan feliz que pensé que fuera un sueño, y como no tenía más que ofrecerte que mi corazón y mi alma, te lo entregué por completo; pero, eso sí, en nuestros tres años de felicidad cada día mayor, no dejé una hora de adorarte y bendecir al cielo por lo bueno que fue Dios al darme el premio de tu cariño, que traté en todo instante de merecerlo haciendo todo lo posible por hacerte feliz. No sé si lo logré, pero puedo asegurarte que en el mundo nadie te ha respetado ni querido más; te soy tan fiel que si Dios no quisiera en esta felicidad de tenerte

y me llevara, aun después de muerta te sería fiel y te seguiría adorando desde las alturas.

Juancito querido, perdóname estas confesiones, pero es necesario que sepas en el momento que parto y estoy en manos de Dios y no sé si me pasa ningún accidente que tu mujer con todos sus defectos [*sic*]; tú llegaste a purificarme porque vivo por ti, siento por ti y pienso por ti; cuidate, el gobierno es ingrato, tienes razón; si Dios quiere y terminamos esto bien, nos retiramos a vivir nuestra vida, que yo trataré de hacerte lo más feliz que pueda, pues tus alegrías son las mías.

«Y verás como no se nos acaba ya nunca la felicidad».

Miguel Hernández a Josefina Manresa Ya verás como todos estos sufrimientos que estamos pasando tienen su compensación muy pronto y verás como no se nos acaba ya nunca la felicidad [...]. Tienes que llegar a comprender que con la guerra que nos han traído no defendemos más que el porvenir de los hijos que hemos de tener. Yo no quiero que esos hijos nuestros pasen penalidades, las humillaciones y las privaciones que nosotros hemos pasado, y no solamente nuestros hijos, sino todos los hijos del mundo que vengan. A

tus hijos, a mis hijos, les enseñaré a trabajar, sí, porque el trabajo es lo más digno en el hombre, pero a trabajar con alegría y sin amos que los hagan sufrir con insultos y atropellos. Tengo muchas ganas, nena Josefina, de tener hijos contigo. Mi mayor alegría la voy a tener el día que tú me asegures que voy a ser padre, que vas a ser madre.

«¿Sigo siendo tan querida para ti como lo fui una vez?».

Reina Cristina de Suecia a Eva Sparre Roma. Enero de 1656

Qué feliz sería si se me permitiera verte, Belle, pero el destino me ha condenado a amarte y estimarte siempre sin verte jamás; y la envidia que los astros tienen contra la felicidad humana me impide ser del todo feliz, porque no puedo serlo estando lejos de ti. No dudes de esta verdad, y cree que no importa la parte del mundo en que me encuentre, tienes allí a una persona completamente tuya, como lo he sido siempre. Pero, Belle, ¿es posible que aún me recuerdes? ¿Sigo siendo tan querida para ti como lo fui una vez? ¿No me engañé cuando me convencí de que yo era la persona del mundo a quien más querías? Oh, si así fuera, no me desilusiones; permíteme continuar equivocada, y no envidies la imaginaria felicidad que me proporciona la sensación de ser querida por la persona más encantadora del mundo. Concédeme, si es posible, este consuelo, y que ni el tiempo ni la ausencia me roben la satisfacción de ser amada por ti, y cree que, pase lo que pase, nunca dejaré de amarte. Adiós, Belle, adiós. Un

millón de besos. Roma, 6 de enero de 1656.

Christine Alessandre

«Sé que mis composiciones serán más apasionadas y deslumbrantes: te sentarás en cada pequeña nota de ellas».

Leoš Janáček a Kamila Stösslová Brno, 30 de abril de 1927

Estimada Kamila:

[…] Porque estás en mí, porque me has dominado por completo, no deseo nada más. No tengo palabras para expresar lo mucho que anhelo estar cerca de ti. Dondequiera que esté, pienso: no puedes querer nada más en la vida si tienes a esta querida, alegre, negrita «gitana». Sé que mis composiciones serán más apasionadas y deslumbrantes: te sentarás en cada pequeña nota de ellas. Yo las acariciaré; cada pequeña nota serán tus ojos oscuros. Oh, tus ojos, en los que quería mirar, en los que quería ver ese pensamiento, como en un profundo estanque, esa idea, ese deseo que me gobernaba.

Oh, Kamila, me resulta difícil tranquilizarme. Pero el fuego que has prendido en mí es necesario. ¡Que arda, que flamee, el deseo de tenerte, de tenerte!

«Me siento realmente feliz y eres tú quien obra este milagro en mi vida».

César Vallejo a Georgette Philippart [París, jueves, a la una de la madrugada]

Mi pequeña adorada:

Acabo de decirte adiós y mi corazón sigue latiendo con una felicidad indecible. Esta noche me has hecho feliz como nunca lo había sido. Me siento contentísimo y loco de emoción por haber podido tenerte toda para mí entre mis brazos. ¡Te has mostrado tan llena de comprensión femenina! Me siento realmente feliz y eres tú quien obra este milagro en mi vida.

Te has marchado con un aire indefiniblemente pensativo, incluso triste. Evoco tus ojos melancólicos diciéndome «buenas noches». Es posible [tachado por Georgette de V.]. Es posible que te haya ofendido con alguna palabra, con alguna actitud desafortunada, pero nunca ha sido con mala intención. Por eso te he preguntado [tachado por Georgette de V.]. Cuando pienso en la tristeza del último momento, sufro mucho.

Ya hablaremos mañana. Buenas noches y todas mis caricias.

«Tienes la felicidad de que soy solo para ti, para ti sola».

Enrique Granados a Amparo Gal

[…] Tienes la felicidad de que soy solo para ti, para ti sola, sola, sola. Yo sí que tengo ganas de cruzar mi mano con la tuya, y decirles a tus ojitos que los adoro… ¡Ya lo creo que los adoro!

[…] ¡Qué sonido tan riquísimo tiene «Tintín de mi alma, t'adoro»! ¡Qué palabras más dulcísimas son estas por tu Quique, que adora más que nunca!

«¡Amar, ser amado! ¡Esto la felicidad!».

George Sand a Charles Duvernet
19 de julio de 1831

Vivir, ¡qué dulzura!, ¡qué bueno es! A pesar de las penas, de los maridos, del aburrimiento, de las deudas, de los padres, de los cotilleos, pese a los dolores desgarradores y las fastidiosas molestias. ¡Vivir es tan embriagante! ¡Amar, ser amado! ¡Esto la felicidad! ¡Es el cielo!

III

AUTORRETRATO DE UNA DIOSA: LA CARTAMOR[7]



1

NECESIDAD DE LA PERSONA AMADA: ANSIA Y FUSIÓN

«Te necesito hasta un punto realmente extremo. Necesidad... Es mucho peor que deseo».

Paul Valéry a Jean Voilier
Viernes, 24 de marzo de 1939

Lo siento… Estoy fuera de mí, fatiga extrema, rabia y, en definitiva, vergüenza.

SÍ, esta tarde, querida mía, te necesito hasta un punto realmente extremo. Necesidad… Es mucho peor que deseo. Es algo totalmente distinto. Es como sentir una pena inmensa solo de pensar en ti. Querer olvidar lo que eres, olvidar que fuiste, y lo que fuiste. No puedo soportarla, esta ausencia presencia-tuya. Tampoco sé adónde dirigir esto que siento, cuánto tiempo tardará en llegarte.

Llámalo «amor» si quieres. Habrá que buscar otra palabra.

Esta noche, entre que el ojo me dolía mucho y tú que me torturabas, puesto que eres muy hermosa y nadie ejerce sobre mí semejante poder, me debatía entre dos formas de tortura. TÚ NO SABES LO QUE ES NO PODER ACARICIARTE.

No puedes hacerte la menor idea. Decías que al cabo de equis años ya no hay amor. ¿Hoy te parezco más o menos enamorado que hace un tiempo? Tengo miedo de estarlo más y más cada día. Piensa que esa es tu gloria, esa virtud inagotable de tu ser, la de conquistarme tan profundamente. Y eso para mí también significa que había y hay algo VERDADERO, sustancial, en este amor. No sé qué es —una especie de misterio, de necesidad, tierna, sin duda, pero imperiosa—. Y un día hubo aquella mirada mutua que, en cuanto se produjo, hizo que todo sucediera.

«¡Necesito verte y escucharte para poder llenarme de ti un año entero!».

Lika Mizinova a Anton Chéjov Pokróvskoye, 1 de agosto de 1897

¡Necesito verte antes de que te vayas! ¡Necesito verte y escucharte para poder llenarme de ti un año entero! ¿Qué va a ser de mí si no te encuentro a mi regreso? […].

¡Mi amor por ti es tan desinteresado que no deberías temer nada! ¡Así son las cosas, querido! Si tuviera dos, tres mil kopeks, partiría contigo al extranjero, ¡seguro que no te importaría! Aunque me contentaré con quedarme en Moscú esperando una carta tuya. La verdad es que me merezco por tu parte un poco más de esa actitud entre bromista y burlona que me tienes reservada.

Tuya,

L. MIZINOVA

«Amor: tómame y vente toda

en mí».

Leopoldo Lugones a Emilia Cadelago […] Y ahora, mi amor, mi dolor, mi siempre mía sobre el cielo y el infierno, dame tus manos y tus pies amorosos para mimarte como a mi chiquita, y tu cintura de azucena y todo lo mío que me diste, y poséeme también hasta morir, en mi carne y en mi alma, derramado en ti, consumido en ti, mi ángel y mi fiera —sin diminutivo como mi propio bárbaro amor—: tómame y vente toda en mí, esencia de mi vida, toma mi sangre.

«Pensar en ti es a veces como llorar por la luna».

John B. Yeats a su esposa Susan Pollexfen Estoy lleno de afecto y anhelo por ti y te equivocas al decir que escribo a cualquiera como te escribo a ti. Eres siempre parte integrante de mí. Te diría cosas que no me diría a mí mismo. ¿Puedes entenderlo?

De modo que significas más para mí de lo que yo significo para mí mismo.

[…] Pensar en ti es a veces como llorar por la luna. Sin embargo, volveré la próxima primavera, y con éxito y dinero, espero, en cuyo caso sin duda te veré, y si tengo dinero te veré mucho. Nunca hemos estado juntos el tiempo suficiente para tenernos una confianza sólida. Por eso no te revelas en tus cartas.

Pienso en ti sin parar, una y otra vez, me acuesto pensando en ti, visualizándome casado contigo, y los dos jóvenes, imaginándome lo que dirías y harías y lo que nos diríamos […]. Te quiero en todos los sentidos. Creo que te quiero más cuando estás enfadada.

«Querido Karl, es tan hermoso tener un amor tan dulce».

Jenny von Westphalen a Karl Marx Tréveris [1839-1840]

Mi querido y único amado:

Oh, Karl, qué poco me conoces, qué poco aprecias mi posición, y qué poco sientes dónde se encuentra mi pena, dónde sangra mi corazón. El amor de una chica es diferente al de un hombre, no puede sino ser diferente. Una chica, por supuesto, no puede dar a un hombre más que amor, y a sí misma, y a su persona, tal como es, completamente indivisa y para siempre. En circunstancias ordinarias, la joven también debe encontrar plena satisfacción en el amor del hombre, debe olvidarlo todo por amor. Pero, Karl, piensa en mi posición, no me tienes en consideración, no confías en mí. Y en cuanto a que no soy capaz de retener tu romántico amor juvenil actual, lo he sabido desde el principio, y lo he sentido profundamente, mucho antes de que me fuera explicado de forma tan fría, sabia y razonable. Oh, Karl, lo que me hace sentir desdichada es que, lo que a cualquier otra chica colmaría de inefable deleite —tu hermoso, conmovedor y apasionado amor, las cosas indescriptiblemente bellas que dices de él,

las inspiradoras creaciones de tu imaginación—, todo esto solo me provoca ansiedad y me lleva a menudo a la desesperación. Cuanto más me entregara a la felicidad, más espantoso sería mi destino si tu ardiente amor cesara y te volvieras distante y retraído.

[…] ¿Lo ves?, siempre me estoy imaginando cosas así, pero luego soy feliz, porque luego estoy contigo, tuya, totalmente tuya. Si tan solo pudiera creer que eso es posible, me quedaría muy satisfecha. Mi querido y único amado, escríbeme pronto y dime que estás bien y que me querrás siempre. Pero, querido Karl, una vez más debo hablarte un poco en serio. Dime, ¿cómo has podido dudar de mi fidelidad hacia ti? Oh, Karl, dejarte eclipsar por otra persona, no por el hecho de no reconocer excelentes cualidades en otras personas y considerarte insuperable, sino, Karl, porque en verdad te amo tan indeciblemente que, ¿cómo podría encontrar algo siquiera digno de amor en otra persona? Oh, querido Karl, nunca, nunca te he faltado de ninguna manera, y sin embargo no confías en mí.

[…] Y, Karl, cuando me besaste y me estrechaste contra ti, y me abrazaste fuerte y yo no podía respirar de miedo y temblor, y me miraste de esa forma tan peculiar, tan tierna; oh, cariño, no sabes de qué manera me has mirado a menudo. Si supieras, querido Karl, qué sentimiento tan especial tengo, de verdad que no puedo describírtelo. A veces también pienso para mis adentros en lo bonito que será todo cuando por fin esté siempre contigo y me llames tu mujercita. Seguramente, cariño, podré explicarte entonces todo lo que pienso, ya que no me sentiré tan horriblemente tímida como ahora. Querido Karl, es tan hermoso tener un amor tan dulce.

«Te acuerdas de haber tocado la llama».

Catherine Pozzi a Paul Valéry
Oh, tú. Te acuerdas de la profunda entente del maridaje de las ideas, que se reían

porque eran dobles. Te acuerdas de cómo se estremecía todo mi ser cuando leías mi alma en mis palabras. Te acuerdas del país de los pensamientos adonde debíamos ir los dos y en el que ahora tú estarás solo. De este libro —el «sistema»— que un Dios previsor me construyó para escuchar, para ayudar. Te acuerdas de tu fatiga, que a mí me despertaba ternura. Te acuerdas de tu juventud, que estaba entre mis brazos. Te acuerdas del maravilloso diálogo de la carne en el espíritu. Te acuerdas de todo aquello que nos quedaba por decir, te acuerdas de todo lo que nos quedaba por amar que no será dicho. Te acuerdas de haber tocado la llama, de haber, por lo más extremo del ser, existido; te acordarás del hombre que no serás, y es necesario volver a los títeres, y recuperar hasta tu pelo blanco el molino cotidiano —sobre la muela jamás caerá una hoja de rosa—.

«Yo te espero como el alimento

y el descanso».

Gabriela Mistral a Doris Dana
24 de noviembre [de 1949]

Mi Doris:

Me apena mucho el no haberte escrito más largo y con más intimidad a Nueva York, porque —aunque no lo creas— yo soy muy tímido; tuve en la infancia un complejo de timidez que me resultó trágico. A las gentes —y a ti mismo— les costará creerlo, pero es así. Y sobre todo, particular, especialmente, en el amor y más aún en el tuyo. Por mi edad y un poco porque no puedo hablarte en tu idioma. Recuerda siempre esta circunstancia y no me juzgues mal.

Yo he esperado recibir carta tuya para saber si el vínculo persiste; si tú has guardado entera la unión, el fervor y el éxtasis. Ahora sí puedo escribirte y te digo que mi amor vive intacto, y que es más profundo y serio, más grave y más dulce a la vez. Pero el tuyo, mientras tú estés ausente, estará para mí en una especie de peligro permanente; él depende de los encuentros que tú tengas con hombres y mujeres; él puede caer en cualquier momento, cortarse, romperse. El mío no, vida mía y amor mío. Yo tengo la pasión larga, robusta, tenaz y padecida e hincada a mitad del pecho.

Yo te espero como el alimento y el descanso, y la paz y la vida misma de mi cuerpo y la plenitud y el descanso.

«Cuando estoy lejos de ti sufro atrozmente demasiado deprisa».

Nicolas de Stäel a Jeanne Polge
París, a finales de junio de 1954

Mi amor:

Cuanto más fuerte es un ser, más fuerte es su dolor. Cuanto más sensible es un ser, más dolor le causa su sensibilidad. Yo no soy ni

muy fuerte ni muy sensible, pero cuando estoy lejos de ti sufro atrozmente demasiado deprisa. Gracias por hablarme, mi amor. He tratado de trabajar para ti antes y después de tu llamada. Y más tarde, cuando cae la noche, se desata la lucha con el ángel; el ángel eres tú, el ángel negro, el ángel blanco, mientras el cielo estalla de alegría cuando tú estás cerca, muy cerca de mí; mientras la noche se rebela y tú y yo en esa noche. Me he acostado muy temprano; son las dos, no he podido dormir y todo ese escándalo que te atemoriza me remueve como si de repente me hubiera convertido en católico y el papa me anunciara que iba a casarse. Créeme, mi amor, tus hijos no tardarán en sentirse orgullosos de nuestro amor, su padre también, no son idiotas tus niños. Te quiero muchísimo y eso es algo muy serio; sin más, son tus hijos.

«Tengo una necesidad furiosa, desesperada de que me consueles».

Gabriele D'Annunzio a Barbara Leoni [10 de noviembre de 1889]

Pienso, pienso en ti, continuamente. Te amo con un amor infinitamente más elevado. Tengo una necesidad furiosa, desesperada de que me consueles; creo que conmigo podrías ser dulce como una hermana. ¡Ah, si al volver a casa, por la noche, te encontrase allí a ti!… ¡Si me acompañases hasta el umbral, en el momento de la despedida, llorando!

¡Quién sabe cuándo volveremos a vernos! Quién sabe cuándo pasaremos una noche sobre la misma almohada.

2

IDEAL DEL AMOR

«Hemos realizado un sueño, miquiño adorado: un sueño bonito, un sueño fantástico que a los treinta años yo no creía posible».

Emilia Pardo Bazán a Benito Pérez Galdós [28 de septiembre de 1889]

[…] Al otro día me mudé y esto me distrajo un poco: un poco nada más. Ya hago mi vida de costumbre, yendo a la Exposición, viendo gente y comiendo con la Rattazzi todas las noches. Pero ¿quién reemplazará condignamente nuestras expansiones a la mesa y en el execrable puesto; nuestras dulces y disparatadas *causeries*; nuestras charlas ora guasonas ora serias y literarias; nuestra ternura que era la salsa secreta de todo el *compagnonnage* y de toda el alma amistad que nos veníamos mintiendo? Ahora es cuando la p…ícara imaginación representa con lindos colores toda la poesía de este viaje feliz. Ahora es cuando van idealizándose y adquiriendo tonos color de rosa, azul y

oro las excursiones de Zúrich, las severas bellezas de Múnich, las góticas y místicas curiosidades de Núremberg y en especial la sublime noche de Fráncfort —la noche que he sentido tu corazoncito más cerca del mío y tu amor se me ha aparecido más claro, acompañado, ¡ay me!, de remordimientos y escozores de mi conciencia que distan mucho de haberse aplacado todavía.

No sé si algún día dejarás de quererme y la absolución que hoy debo a tu amor vendrá solo de la indulgencia que da nuestro roío [*sic*] oficio y el conocimiento de la realidad… No lo quiera Dios. Tengamos esperanzas. Acaso pueda yo conseguir ponerme de acuerdo conmigo misma, más tarde o más temprano.

[…] Hemos realizado un sueño, miquiño adorado: un sueño bonito, un sueño fantástico que a los treinta años yo no creía posible. Le hemos hecho la mamola al mundo necio, que prohíbe estas cosas; a Moisés que las prohíbe también, con igual éxito; a la realidad, que nos encadena; a la vida que huye; a los angelitos del cielo, que se creen los únicos felices porque están en el empíreo con cara de bobos tocando el violín… Felices, nosotros.

¡Ay! ¡Cuándo volveré a estrecharte en mis brazos, mono, felicidad mía, cuándo será! Vente pronto a Madrid, te quiero ahora como nunca, y sin ti ya no me encuentro, sin tus caricias, sin tu charla y la miel hibleo-suiza de tus bromas y de tus agudezas que tienen la sal del mundo.

«Yo soy creyendo que dios es el Amor».

Benito Pérez Galdós a Teodosia Gandarias Santander, 21 de julio, 1907

Incomparable Teo vaporosa, preciosa y ahora por nuevos títulos esplendorosa […]. ¡Oh secreto de la naturaleza, oh milagro del tiempo, oh felicidad no por tardía menos soberana!… En fin, sea de este lo que disponga el supremo artífice del universo, el nivelador de

las generaciones.

Esas cosas avivan el sentimiento religioso dormido en nuestra almas filosóficas… Vuelve a decir que sea lo que quiero el buen amigo a quien las religiones llaman Dios, Alá o Jehová.

Yo soy creyendo que Dios es el Amor, y que Amor es la Atracción Universal, Amor todas las leyes que regulan la vida física tanto como la espiritual.

«Tú eres, no lo dudes, el gran amor de mi vida».

Antonio Machado a Guiomar
[…] En mi corazón no hay más que un amor, el que tengo a mi diosa. Tampoco tu poeta es capaz de acompañar un amor verdadero con caprichos de la sensualidad. Esto es posible cuando el amor no tiene la intensidad que el mío, su hondura, su carácter sagrado. Y, finalmente, porque tú eres, no lo dudes, el gran amor de mi vida.

«Pues tú representas tantas cosas que para mí todo tiene valor en función de lo que me das».

Friderike a Stefan Zweig Baden, 6 de diciembre de 1913

A Herr Dr. Stefan Zweig
Vienne VIII, Kochgasse 8

Hoy me has escrito que debería sentirme más segura de ti. Amado mío, amado, acaso no adivinas que he de recurrir a una fuerza sobrehumana para permanecer por debajo de tu vida, que no tengo derecho a invadirte —porque te amo demasiado—. Quisiera suplicarte de rodillas que comprendieras que no me atrevo… a estar segura de ti. Eso sería el paraíso. Tiemblo de felicidad solo de pensarlo.

Es cobardía, amado mío. Me moriría solo de pensar que podría perderte, si no hiciera como el minero, que todos los días, en cuanto se imagina en una explosión de grisú, encomienda su alma a Dios antes de descender a los pozos. Te he hablado en términos extremos para que puedas mesurar tus sentimientos con relación a los míos y te sientas libre y feliz. Pues tú representas tantas cosas que para mí todo tiene valor en función de lo que me das. Y quiero emplear mis fuerzas en purificar mis sentimientos, de suerte que tú solo puedas darme, jamás quitarme nada.

Te abraza dulce, tiernamente, tu

FRI «Le escribo a quien encarna el Amor, el Bien y lo Verdadero».

Meran, 13 de febrero de 1913

Pienso estar mucho tiempo sin escribirte. Si eres un «hombre cualquiera», como tú dices, ¿a quién quieres que le escriba? Yo no le envío cartas a un «hombre cualquiera». Le escribo a quien encarna el Amor, el Bien y lo Verdadero —si mi carta no lo encuentra, si no logra despertarlo, entonces que ningún «hombre cualquiera» la lea—. Querido, yo no te veo «bueno», te veo «tú». Por «ti» moriría hoy mismo; ignoro qué sucederá mañana. Creo en el «amor eterno» como creo en Dios, en Cristo, en Beethoven, en Rembrandt, en la belleza de los alrededores de Meran… y en ti.

Pero ignoro lo que sucederá. Un «hombre cualquiera» me resulta

tan indiferente como el señor Fulano de Tal. Y ahora, que el «hombre cualquiera» decida si sigue leyendo o no.

3

WHAT IS LOVE?

«Añado yo que, si no existiera el amor, el mundo sería una sosería insoportable».

Benito Pérez Galdós a Teodosia Gandarias

20 de diciembre de 1860

Adorada Teo, vaporosa y preciosa:

He recibido ayer tu bella carta. A lo que dices añado yo que, si no existiera el amor, el mundo sería una sosería insoportable. Por él vivimos, y de las bestias nos diferenciamos por la espiritualidad del amor. ¿Ves que rápidamente se pasan los días? No corren; vuelan. También ellos, corriendo, son auxiliares del amor, porque van deshojando esa flor del tiempo que llamamos la esperanza, y aproximando nuestra dicha.

Ya me siento muy reparado de mi quebranto físico y cerebral. Ya

se siente aquí el calor, el moderado calor del verano cantábrico, templado por el nordeste. El mar con su música constante, con su cantar grave que todo lo dice sin decir nada, ayuda a nuestra reparación orgánica. Grande amigo de los melancólicos es el mar.

[…] Adorada y primorosa y talentuda, te manda mil ternezas tu varón o sea Mascle. Tienes muchísima sal en la mollera.

Ve pensando en amueblar el cuartito para trabajar este invierno.

Mil estrujones, mil achuchones y abrazos. Y ósculos sin cuento te manda en estas letras de lápiz.

TU AMANTÍSIMO

«Mientras el alma está unida al cuerpo, este amor racional suele ir acompañado de otro».

René Descartes a Pierre Chanut

Egmont, 1 de febrero de 1647

Señor:

[…] yo distingo entre el amor que es puramente intelectual o racional y el que es una pasión. El primero, a mi entender, es aquel que se da cuando nuestra alma percibe algún bien, tanto presente como ausente, lo juzga conveniente, y se une a este por voluntad propia, es decir, considera que ambos son un todo en el que la una es parte del otro.

[…] Y todos estos movimientos de la voluntad, entre los cuales se encuentran el amor, la alegría y la tristeza, y el deseo, por cuanto son pensamientos racionales y no son pasiones, podrían hallarse en nuestra alma, aunque esta carezca de cuerpo. […]

Pero mientras el alma está unida al cuerpo, este amor racional

suele ir acompañado de otro, que puede denominarse sensual o sensitivo, y que […] no es sino un pensamiento confuso, excitado en el alma por algún movimiento de los nervios, que la predispone a este otro pensamiento más claro, propio del amor racional. Pues, al igual que cuando se tiene sed, la sensación de sequedad en la garganta es un pensamiento confuso que predispone al deseo de beber, pero que no es ese deseo en sí, el amor siente una especie de calor alrededor del corazón, y una gran abundancia de sangre en los pulmones, que nos hace abrir los brazos como si quisiéramos estrechar algo, y ello hace que el alma sea proclive a unirse por propia voluntad al objeto que se presenta. […]

Pero, por lo general, estos dos amores se hallan juntos; pues es tal el vínculo que une el uno al otro, que, cuando el alma juzga que un objeto es digno de ella, dispone incontinente el corazón a los movimientos que excitan la pasión de amor, y cuando el corazón se halla así dispuesto por otras causas, sucede que el alma imagina cualidades amables en los objetos, cuando antes solo veía defectos.

«Cuando uno es muy joven […] es mucho mejor no encontrarlo».

Simone Weil a una alumna

Querida pequeña:

Hace tiempo que quiero escribirte, pero el trabajo de oficina no incita demasiado a mantener correspondencia.

No hablemos de mí, sino de ti. […]

En lo concerniente al amor, no tengo consejos que darte, pero al menos sí algunas advertencias. El amor es una cosa seria con la que uno se arriesga a comprometer por siempre su vida y la de otro ser humano. Siempre se arriesga, a menos que uno de los dos convierta al

otro en su juguete; pero en este último caso, por lo demás muy frecuente, el amor muta en algo odioso. Verás, lo esencial del amor consiste básicamente en que un ser humano siente la necesidad vital de otro ser —una necesidad que puede ser recíproca o no, duradera o no, según el caso—. Por tanto, el problema radica en conciliar dicha necesidad con la libertad, y los seres humanos se enfrentan a este problema desde tiempos inmemoriales. Por eso, la idea de buscar el amor para ver en qué consiste, para darle un poco de animación a una vida más bien monótona, etcétera, me parece peligrosa, y, sobre todo, pueril. Puedo decirte que cuando yo tenía tu edad, y también más tarde, tuve la tentación de tratar de conocer el amor, pero la descarté, diciéndome que era mejor para mí no arriesgarme a comprometer toda mi vida en algo imposible de prever, sin antes haber alcanzado un grado de madurez suficiente para saber con certeza lo que le pedía en general a la vida, qué esperaba de ella. No pretendo ponerte mi caso como ejemplo, cada vida se desarrolla según sus propias leyes, pero puede servirte como materia de reflexión.

Debo añadir que, en mi opinión, el amor entraña un riesgo aún más terrible que el de comprometer ciegamente la propia existencia: el riesgo de transformarse en el árbitro de otra existencia humana, en el caso de que alguien nos ame profundamente. Mi conclusión —que comparto contigo solo a título indicativo— no es que haya que huir del amor, sino que no hay que buscarlo. Sobre todo, cuando uno es muy joven. Si ese es el caso, creo que es mucho mejor no encontrarlo.

«Las pasiones son las velas de la barca, ¿sabes?».

Vincent van Gogh a su hermano Théo

1881

Estoy convencido de que el amor, si se desarrolla y alcanza su plenitud, produce hombres mejores que la pasión opuesta: Ambición y Cía.

Y es así precisamente porque el amor es tan fuerte que no somos capaces, la mayor parte del tiempo, durante nuestra juventud —que para mí comprende la edad de diecisiete, dieciocho o veinte años— de dirigir nuestra barca.

Las pasiones son las velas de la barca, ¿sabes?

Aquel que, a los veinte años, se abandona totalmente a su sentimiento, captura demasiado viento con la vela, la barca se le llena de agua y se hunde, a menos que logre remontar hasta la superficie.

Por el contrario, aquel —¿quién si no?— que iza la vela de Ambición y Cía, avanza a todo trapo en línea recta a través del mar de la vida, sin tener que lamentar accidentes, sin perderse en zigzag, hasta que finalmente llega un momento en que se percata de que no tiene vela suficiente, y dice: «¡Daría todo cuanto poseo por un metro cuadrado de vela, pero no lo tengo!». Y se desespera.

Entonces reflexiona y cae en la cuenta de que puede recurrir a otra fuerza: se acuerda de la vela que despreció y que había colocado con el lastre. Y es esta vela la que lo salva.

La vela «amor» debe salvarlo; si no la iza, no llegará a puerto.

El primer caso, el del hombre cuya barca zozobra a los veinte años y se hunde…, ¿me estoy refiriendo a ese?; pues no: hablo de aquel que finalmente sube a la superficie, ese es, en pocas palabras, el caso de tu hermano V [incent], que te escribe como un hombre *who as been down yet came up again.*[8]

Así pues, ¿qué clase de amor alimentaba yo a los veinte años? Es difícil de explicar; mis pasiones físicas eran muy débiles, puede que debido a mis años de gran miseria y duro trabajo. Por el contrario, mis pasiones intelectuales eran fuertes, me imagino que solo pretendía dar, sin pedir ni aceptar nada a cambio. Era absurdo, falso, exagerado, altanero, temerario, desdeñoso, pues en materia de amor no solo es necesario dar, sino también recibir; dicho de otro modo, no solo hay que recibir, sino que también hay que dar. Quien se desvía de esta línea de conducta, tanto si lo hace a la derecha como a la izquierda, caerá irremediablemente. Yo caí, y aún me sorprendo de haber sido capaz de volver a ponerme en pie. Lo que me ha mantenido en

posición vertical ha sido, sobre todo, por encima de todo lo demás, la lectura de obras sobre enfermedades corporales y morales.

[…] A medida que iba ascendiendo a la superficie y me relacionaba de nuevo con mis semejantes, desperté a la vida, y finalmente la reencontré.

«¿Existe alguna mujer capaz de un amor únicamente espiritual?».

Leopold Sacher Masoch a su madre

31 de diciembre

Querida madre:

La cuestión que me planteas es muy ardua y muy seria; he estado reflexionando sobre el tema, y hoy intentaré responderte.

¿Qué es el amor?

Te diré lo que yo entiendo por amor.

Ese encanto sensual que conduce, casi todo el tiempo, a las mayores contradicciones de seres que se odian y se aman a la vez no puede ser amor, porque eso no tiene nada de sensual.

Esta inclinación que el azar aviva, que la costumbre consolida y en la cual hay tanto reconocimiento y tanta alegría, y que podría darse con cualquier ser humano de calidad, no puede ser amor en modo alguno, puesto que no tiene nada de fortuito ni de contingente. Y aún lo es menos esa pasión que hace tragedias de la vida hasta el punto de que prende llamas, y que, una vez estas se han extinguido, se convierte en entretenidas comedias que juegan con el puñal y el veneno, así como con los abanicos y los monóculos, pues el amor no tiene nada de efímero. No nace así como así, ni se detiene de pronto,

solo puede darse entre dos seres en concreto que piensan a la par, que experimentan al mismo tiempo los mismos sentimientos, que tienen idéntica voluntad y que cuando se encuentran, saben desde el primer instante que se pertenecen el uno al otro; nadie se lo ha dicho, ningún conocido los guía, ninguna sensación de bienestar los ha seducido, ninguna experiencia anterior los ha instruido, y sin embargo saben en todo momento que se pertenecen, todas las horas, todos los días, todos los años confirman que su intuición era buena. Este amor no se detiene más que cuando se detiene la vida, y posiblemente aún vaya más allá, pues si algo de nosotros sigue viviendo, es lo mejor de nuestra persona, y es en lo mejor de nosotros donde el amor pervive. No sé si he expresado claramente aquello que para mi alma resulta tan evidente.

Para mí, el amor consiste ante todo en abandonar tu espíritu en manos de otra persona. Das tu alma por otra. Toda persona, en mi opinión, lleva en su interior ese noble deseo, pero este lo conduce hacia el otro sexo, en el cual casi nunca, me temo, encuentra lo que busca, porque otras mil cosas de carácter sensual desvían su atención. Creen haber encontrado lo que buscaban, creen amar, y enseguida se sienten engañados, buscan y hallan de nuevo, solo para equivocarse una vez más, y acaban cayendo en la sed de placeres, la fatiga y la aversión, o en un sombrío aislamiento, de modo que solo tienen sed de sí mismos.

Solo le temo al amor porque tengo miedo a esta pérdida, y si alguna vez amase a una mujer, jamás la poseería para no perderla al instante.

Pero ¿existe alguna mujer capaz de un amor únicamente espiritual?

Resultaría interesante intentarlo, aunque, desde luego, yo no pienso arriesgarme.

TU HERYK

«No puedo vivir sin la

atmósfera del Amor: debo amar y ser amado».

Oscar Wilde a Robert Ross

Martes, 21 de septiembre de 1897
Hotel Royal des Étrangers, Nápoles

Mi queridísimo Robbie:

Me ha llegado aquí tu carta.

Volver con Bosie era psicológicamente inevitable, y, dejando a un lado la vida interior del alma con su pasión por la realización personal a toda costa, el mundo me lo impuso.

No puedo vivir sin la atmósfera del Amor: debo amar y ser amado, sea cual sea el precio que pague por ello. […]

El mundo me cierra su puerta de acceso, y la puerta del Amor permanece abierta. Cuando la gente hable en mi contra por volver con Bosie, diles que él me ofreció amor, y que en mi soledad y desgracia yo, después de tres meses de lucha contra un abominable mundo filisteo, volví con naturalidad con él. Por supuesto seré infeliz a menudo, pero aun así lo quiero: el mero hecho de que me haya arruinado la vida hace que lo ame. «Je t'aime parce que tu m'as perdu» es la frase con la que termina uno de los relatos de *Le Puits de Sainte Claire* —el libro de Anatole France— y es una terrible verdad simbólica.

[…] Así que haz que la gente sepa que mi única esperanza de vivir o de desarrollar cierta actividad literaria era volver con el joven al que antes amaba con tan trágica cuestión vinculada a mi nombre.

Nada más por hoy. Siempre tuyo,

OSCAR

«La solitud más intensa y profunda es de quien ama».

Rainer Maria Rilke a un joven poeta

Rainer Maria Rilke
14 de mayo de 1904, Roma

Amar también es bueno: amar es difícil.

Que un ser humano ame a otro: esa es quizá la más difícil de nuestras tareas, es lo supremo, el último examen y prueba, el trabajo para el que todos los demás trabajos no son más que una preparación.

Por eso los jóvenes, que son principiantes en todo, aún no pueden saber lo que es el amor: tienen que aprenderlo. Con todo su ser, con todas sus fuerzas, reunidas en torno a su corazón solitario, tímido y palpitante, deben aprender a amar. Pero el tiempo de aprendizaje es siempre un tiempo largo y solitario, y así, para el que ama, amar es durante mucho tiempo y a lo largo de la vida, soledad; la solitud más intensa y profunda es de quien ama.

El amor no es al principio nada que signifique fusionarse, entregarse y unirse a otro —pues ¿qué sería una unión entre seres imprecisos e inacabados, aún subordinados?—; es, en el individuo, un incentivo para madurar, para llegar a ser algo en sí mismo por amor a otro; supone, para él, una gran exigencia, algo que lo elige y lo llama a experimentar cosas inmensas.

«El hombre y la mujer se esforzarán por expresar su amor no solo en besos y abrazos, sino en creatividad y

actividad conjuntas».

Alexandra Kollontai a la juventud obrera

Me preguntas, mi joven camarada, ¿qué lugar concede al amor la ideología proletaria? […] La ideología proletaria no puede aceptar la exclusividad y el «amor omnímodo». El proletariado no se llena de horror y de indignación moral frente a las múltiples formas y facetas del «Eros alado» al modo en que lo hace la hipócrita burguesía. Al contrario, trata de encauzar estas emociones, que considera el resultado de complejas circunstancias sociales, hacia canales ventajosos para la clase durante la lucha por la sociedad comunista y su construcción. La complejidad del amor no entra en conflicto con los intereses del proletariado. En cambio, facilita el triunfo del ideal de amor-compañerismo que ya está desarrollándose.

Obviamente, también la atracción sexual se encuentra en la base del «Eros alado», pero la diferencia está en que la persona que experimenta el amor adquiere las cualidades interiores necesarias para los constructores de una nueva cultura: sensibilidad, capacidad de reacción y deseo de ayudar a los demás. La ideología burguesa exigía que una persona solo mostrara esas cualidades en su relación con una pareja. El objetivo de la ideología proletaria es que hombres y mujeres desarrollen esas cualidades no solo con relación a la persona elegida, sino con todos los miembros de la colectividad. A la clase proletaria no le preocupa qué tonos y matices de sentimiento predominan en el Eros alado. La única condición es que estas emociones faciliten el desarrollo y el fortalecimiento de la camaradería. El ideal del amor-compañerismo, que se está fraguando en la ideología proletaria para sustituir al amor conyugal omnímodo y exclusivo de la cultura burguesa, implica el reconocimiento de los derechos y la integridad de la personalidad del otro, un inquebrantable apoyo mutuo y una compasión sensible, así como la capacidad de respuesta a las necesidades del otro.

El ideal del amor-compañerismo es necesario para el proletariado en el importante y difícil periodo de la lucha por el régimen

dictatorial y su consolidación. Pero no cabe duda de que, con la realización de la sociedad comunista, el amor adquirirá una impronta transformada y sin precedentes. Para entonces, los «lazos de simpatía» entre todos los miembros de la nueva sociedad se habrán incrementado y reforzado. Habrá aumentado la capacidad de amar, y el amor-solidaridad se convertirá en la palanca que la competencia y el amor propio eran en el sistema burgués. El colectivismo de espíritu podrá entonces vencer a la autosuficiencia individualista y desaparecerá el «frío de la soledad interior» del que los hombres de la cultura burguesa han intentado escapar a través del amor y del matrimonio. Se desarrollarán los múltiples hilos que ponen en estrecho contacto emocional e intelectual a hombres y mujeres, y los sentimientos aflorarán de la esfera privada a la pública. La desigualdad entre los sexos y la dependencia de la mujer respecto al hombre desaparecerán sin que quede rastro, dejando solo un vago recuerdo de épocas pasadas. […]

Las pasiones ciegas, omnímodas y exigentes se debilitarán. Desaparecerán el sentido de la propiedad, el deseo egoísta de atarse a una pareja «para siempre», la complacencia del hombre y la abnegación de la mujer. Por otro lado, se desarrollarán los aspectos y elementos valiosos del amor. Crecerá el respeto por el derecho de la personalidad del otro y se aprenderá una sensibilidad mutua. El hombre y la mujer se esforzarán por expresar su amor no solo en besos y abrazos, sino en creatividad y actividad conjuntas. La tarea de la ideología proletaria no es expulsar a Eros de la vida social, sino rearmarlo de acuerdo con la nueva formación social y educar las relaciones sexuales en el espíritu de la nueva gran fuerza psicológica de la solidaridad de camarada.

«El amor es la verdad última del alma».

Gandhi a C. F. Andrews

Londres, 1928

Sabes que no creo en la civilización material de Occidente del mismo modo en que no creo que el cuerpo físico sea la verdad más elevada en el hombre. Pero aún creo menos en la destrucción del cuerpo físico y en ignorar las necesidades materiales de la vida. Lo que hay que hacer es establecer una armonía entre la naturaleza física y espiritual del hombre, manteniendo el equilibrio entre los cimientos y la superestructura. Creo en el verdadero encuentro de Oriente y Occidente. El amor es la verdad última del alma. Debemos hacer todo cuanto esté en nuestras manos para no ultrajar esa verdad, para llevar su bandera contra toda oposición.

«El amor es una carencia de mi corazón».

Mary Wollstonecraft a Gilbert Imlay

[Suecia] 3 de julio [1795]

Amigo mío, he pagado un alto precio por una condena. El amor, en algunas mentes, es una cuestión de sentimientos, que surgen de la misma delicadeza de percepción (o gusto) que les hace sensibles a las bellezas de la naturaleza, la poesía, etcétera, sensibles a los encantos de esas evanescentes gracias que son, por así decirlo, intangibles; se deben sentir, no se pueden describir.

El amor es una carencia de mi corazón. Últimamente me he examinado con mayor atención que antes, y he descubierto que adormecer la mente no es calmarla. Prácticamente he destruido toda la energía de mi alma en busca de la tranquilidad, he erradicado casi lo que la hace estimable. Sí, he amortiguado ese entusiasmo del

carácter que convierte los materiales más densos en un combustible que alimenta de modo imperceptible las esperanzas que aspiran a estar por encima del disfrute común. La desesperación, desde el nacimiento de mi bebé, me ha vuelto estúpida; alma y cuerpo parecían desvanecerse ante el toque marchito de la decepción.

Ahora me esfuerzo por recuperarme, y tal es la elasticidad de mi constitución y la pureza de la atmósfera de aquí, que la salud que no buscaba empieza a reanimar mi semblante.

Te tengo la más sincera estima y afecto, pero el deseo de recobrar la paz —¿me comprendes?— me ha hecho olvidar el respeto debido a mis propias emociones; emociones sagradas que son las seguras precursoras de las delicias para cuyo disfrute fui formada, pues nada puede extinguir la chispa celestial.

Aun así, no te atormentaré cuando nos encontremos de nuevo, te lo prometo. Me sonrojo al recordar mi conducta previa, y en el futuro no me confundiré con seres que considero inferiores. Escucharé con delicadeza u orgullo.

«Es preciso vivir la dicha hasta que ella se va o se agota».

Gabriela Mistral a Doris Dana

24 de noviembre de 1949

Doris mía:

Yo te escribo, pero olvido llevar las cartas al correo. Además, he tenido dos días malitos. Son crisis, unas de ti y otras de la diabetes. Y la sensación de vacío, de ausencia, de que la vida no tiene solidez ni sentido, eso es lo tuyo.

A mi edad se sabe una cosa que los jóvenes parecen ignorar, que es preciso vivir la dicha hasta que ella se va o se agota; que es

estúpido abandonarla por lo que sea: negocios, cortesías familiares, turismo, etcétera. Que lo divino no se ha de romper, quebrar, postergar. Porque todo daña el amor excepto él mismo. Todo es duro, agrio o insípido, tonto y sobrado menos él mismo. Todo es basura, desperdicio, chatez, vulgaridad, plebe, menos él mismo. Ojalá si eso divino dura en ti, tú te aprendas esto. Es lo único que te falta entender. Tú entiendes de este mundo casi todo, Doris mía, «fenomenito» en el «espíritu de sutilezas».

Procuro cuidarme para ti. Yo no tengo razón de vivir. Cuando llegaste, yo no tenía nada, parecía desnuda y saqueada, paupérrima, anodina como las materias más plebeyas. La pobreza pura y el tedio y una viva repugnancia de vivir. Todo lo has mudado tú y espero que lo hayas visto […].

Un abrazo tierno,

«Te amo como un amante porque no puedo pensar en ti sin sentir todos los efectos físicos del deseo».

Gabriele D'Annunzio a Barbara Leoni

Nápoles, 5 de agosto de 1892

Te amo como un amante porque no puedo pensar en ti sin sentir todos los efectos físicos del deseo, ¿me comprendes? Te lo digo sin ambages.

Jamás seré un hermano para ti, en el sentido puro de la palabra. No quiero que seas mi hermana.

Si todavía te consideras digna de mí, espérame. Y cuando

volvamos a vernos me abrirás los brazos y me ofrecerás tus caricias más ardientes. O tal vez prefieras no volver a verme. O puede que, incluso, te armes de valor y renuncies a mí para siempre a partir de ahora. El amor es el amor. Lo demás es retórica vana y deshonrosa. Y los amores más altos no retroceden ni se doblegan ante ningún sacrificio.

Yo solo puedo aceptar de ti la pasión tal como era hace tres años, por estas fechas, por San Vito, bendito sea eternamente.

4

AMOR MÁS FUERTE QUE TODO: ¡AMOR PARA SIEMPRE!

«¿Debo entonces seguir sacrificándome porque cometí el error de creer que amaré siempre a la persona con quien me casé?».

Manuela Sáenz al general Simón Bolívar Muy señor mío:

Recibí su apreciable que disgusta mi ánimo por lo poco que me escribe; además que su interés por cortar esta relación de amistad que nos une al menos en el interés de saberlo triunfante de todo lo que se propone. Sin embargo, yo le digo: no hay que huir de la felicidad cuando esta se encuentra tan cerca. Y tan solo debemos arrepentirnos de las cosas que no hemos hecho en esta vida.

Su Excelencia sabe bien cómo lo amo. ¡Sí, con locura!

Usted me habla de la moral, de la sociedad. Pues bien sabe usted que todo eso es hipócrita, sin otra ambición que dar cabida a la satisfacción de miserables seres egoístas que hay en el mundo.

Dígame usted: ¿quién puede juzgarnos por amor? Todos confabulan y se unen para impedir que dos seres se unan. ¿Por qué S. E. y mi humilde persona no podemos amarnos? Si hemos encontrado la felicidad, hay que atesorarla. Según los auspicios de lo que usted llama moral, ¿debo entonces seguir sacrificándome porque cometí el error de creer que amaré siempre a la persona con quien me casé?

Su querida a fuerza de distancia,

MANUELA

«Estate convencida de que eres la mujer más amada del mundo, pues está loco por ti el que te quiere con toda su alma».

Vicente Blasco Ibáñez a María Blasco del Cacho, Marujita Mi querida Marujita:

No puedes figurarte la alegría que he tenido al leer tu carta, pues en ella he visto lo mucho muchísimo que me quieres.

Aquello que me dices de que el mismo amor me tendrás si soy el primer abogado de Valencia que si estoy emigrado y en la miseria, y que lo mismo de contenta y feliz estarás a mi lado en un caso y en otro me ha llenado de alegría y, de tenerte a mi lado, de seguro que te doy un millón de besos en premio de lo cariñosa y gitana que eres.

Yo te escribiría más, muchísimo más, diciéndote lo mucho que te quiero, que te adoro, que te idolatro, pero esto lo dejo para decírtelo de palabra, pues poniéndolo sobre el papel, el día de mañana, podrían caer estas cartas en manos de cualquiera y se reirían al ver las cosas que te digo.

¿No sabes tú que tu nene te quiere mucho muchísimo? ¿No sabes tú que siempre estoy pensando en ti?

¿Pues entonces qué te importa que yo no te diga por escrito muchas cosas que te diría y te diré de palabra?

Cuando yo esté a tu lado, ya te repetiré una vez más lo mucho que te quiero y lo feliz que seremos cuando estemos casaditos.

Adiós, nena mía. Estate convencida de que eres la mujer más amada del mundo, pues está loco por ti el que te quiere con toda su alma, tu VICENTE

«El amor que os profeso me obliga a recordaros que la salud de vuestra alma debe ser por vos preferida a todas las otras consideraciones del mundo y de la carne».

Catalina de Aragón a Enrique VIII 1535

Mi muy querido señor, rey y esposo:

Aproximándose la hora de mi muerte, el amor que os profeso me obliga a recordaros que la salud de vuestra alma debe ser por vos preferida a todas las otras consideraciones del mundo y de la carne, por las que a mí me habéis hecho sufrir grandes calamidades, padeciendo vos también preocupaciones muy hondas por ellas. Por mi parte, os perdono y ruego a Dios que igualmente os perdone […]. Finalmente, quiero jurar que mis ojos os desean por encima de todas las cosas. Adiós.

«Hacerla feliz toda mi vida y aun después de mi muerte».

Voltaire a la marquesa de Châtelet Diciembre de 1745

Usted es el único objeto de mis miradas, y me enorgullezco de afirmar que conforme pase el tiempo seré más feliz. Usted es mi consolación, y no albergo otro deseo que el de hacerla feliz toda mi vida y aun después de mi muerte. Siempre la amaré tiernamente hasta que el corazón o la ley de la naturaleza separen lo que la naturaleza y el amor unieron. Amémonos hasta que llegue ese momento. La beso mil veces.

«En razón del ilimitado afecto que le profesaré mientras viva».

Josefina de Beauharnais a Napoleón Bonaparte Sire, de entre las numerosas felicitaciones que le han llegado de todos los rincones de Europa, de todas las ciudades de Francia y de cada regimiento de la Armada, ¿podría llegar también a usted la débil voz de una mujer? ¿Se dignaría a escuchar a aquella que tan a menudo le confortó de sus tristezas, endulzó las penas de su corazón, y que solo aspira a hablarle de la felicidad que siente colmando sus deseos? Ahora que ya no soy su esposa, ¿osaré felicitarlo por su

paternidad? Habría deseado enterarme del nacimiento del rey de Roma por usted, y no por el cañón de Évreux, pero sé que ante todo usted se debe al cuerpo del Estado, y en especial a la feliz princesa, que acaba de satisfacer sus más deseadas esperanzas. Ella no puede ser más devota de usted que yo, pero ha hecho más por su felicidad al asegurar la de Francia. Así pues, es legítimo que reciba su cariño antes que nadie, y todos sus cuidados; mientras que yo, que solo fui su compañera en los tiempos difíciles, solo puedo exigir un lugar muy alejado del que ocupa la emperatriz María Luisa en su afecto. Así que, hasta que no haya abrazado a su hijo, no tomará la pluma para hablar con su mejor amiga. Es por usted por quien deseo saber si su hijo está sano y, si le parece bien, espero que algún día me sea concedido el permiso para verlo; después de todo, sería una muestra de la plena confianza por su parte con la que creo tener el derecho de contar, en razón del ilimitado afecto que le profesaré mientras

viva.

«No sabía que pudiera existir alguien como tú».

Frida Uhl a August Strindberg

August, te amo. Ahora ya puedo decírtelo. No sabía que pudiera existir alguien como tú. Y entonces te encontré, aprendí a conocerte, a veces sentí cólera y a veces me sentí desventurada. Te he ido amando cada vez más, con toda mi alma, con todo mi espíritu, desaforadamente…

«Nada en este mundo me impedirá adorarte hasta la muerte».

María Antonieta a Axel de Fersen 29 de junio de 1791

Si existo, mi bien amado, es para poder adorarte. Estoy muy inquieta por ti y lamento que hayas de sufrir de este modo por no tener noticias nuestras. El cielo se encargará de que te lleguen. No me escribas, pues eso nos expondría a ambos, y, sobre todo, no vengas bajo ningún concepto. Es del dominio público que tú serás quien nos saque de aquí; todo estaría perdido si te dejases ver. […]

Cuídate por mí. No podré escribirte, pero nada en este mundo me impedirá adorarte hasta la muerte.

«Has sido amado hasta la locura por la más desgraciada de las criaturas».

Julie de Lespinasse al conde de Guibert 1776, a las seis de la tarde

No quiero, amigo mío, que durante los pocos días de vida que me quedan, pase uno solo sin que recuerdes que has sido amado hasta la locura por la más desgraciada de las criaturas. Sí, amigo mío, te amo, quiero que esta triste verdad te persiga, que perturbe tu felicidad; quiero que el veneno que ha sostenido mi vida, que la consume, y que sin duda le pondrá fin, vierta en tu alma esta sensibilidad dolorosa, para que así, cuando menos, estés en disposición de añorar a quien te ha amado con tanta ternura y pasión. Adiós, amigo mío. No me ames más, pues tendrías que hacerlo en contra de tu deber y de tu voluntad; pero sufre, porque te he amado, te lo repito mil veces, aunque nunca te lo expresara tal como lo siento.

«Creo que me estoy volviendo loco, pero te quiero tanto y de manera tan elevada».

Franz Lizst a Marie d’Agoult Bendito sea Dios, bendito por siempre.

Esto es lo que me escribió esta tarde, puede que después de dejar

a su hija. ¡Oh, gracias, gracias! ¡Mi corazón vuelve a abrirse! También yo estaba desesperado. ¡Sufrí cuanto era posible sufrir! Mi corazón rebosa ahora de alegría y orgullo. ¡Oh! No puedo escribirte. Ni siquiera sé si podré verte, ¡mi pobre corazón está abatido por la pena y el amor! Dices que pensaste sin parar en mí durante estos dos días. Pensaste en mí junto a la cama de Louise, ayer, hoy. Perdóname, Marie, si en este momento olvido todas tus penas y todos nuestros problemas y hablo solo de mí y de estas palabras: «Pensé en ti en todo momento». Perdona, pobre madre desconsolada, esta apelación a lo que es más alegre, íntimo y poderoso en nuestras almas y nuestros cuerpos junto al lecho de muerte de tu hija. Perdóname, Marie, y permíteme ahora bendecirte, como acabo de bendecir a Dios. ¡Gracias y que Dios te bendiga siempre, Marie, Marie! [...]. Creo que me estoy volviendo loco, pero te quiero tanto y de manera tan elevada.

«Que nada, ni siquiera la muerte, podrá jamás reprimir este movimiento profundo, impetuoso, irresistible que empuja mi ser hacia el tuyo».

Paul Claudel a Ysé

4 de agosto de 1917

Querida R:

Es totalmente cierto que he estado completamente loco durante muchos meses, pero también sé que ninguna mujer en el mundo ha sido amada como te he amado yo. Este sentimiento nunca se ha extinguido en mi corazón; tú eres la única mujer que he amado, aquella que no cesa de aparecer en mis sueños y en mis pensamientos,

y me parece que nada, ni siquiera la muerte, podrá jamás reprimir este movimiento profundo, impetuoso, irresistible que empuja mi ser hacia el tuyo. En mis peores horas de tortura, no he padecido más que un solo sufrimiento verdadero, el de pensar que habías dejado de amarme. Esta idea me atravesaba el corazón y apenas podía soportarla.

«Solo por una razón me entristece la muerte: porque ya no voy a volver a verte».

Ángel González a Susi

Septiembre de 2000

Queridísima Susi:

Alguna vez tenía que ser. Esto no hay quien lo evite. Solo por una razón me entristece la muerte: porque ya no voy a volver a verte. Eres la persona que más quiero en el mundo; también la más honesta, la más íntegra, la más buena: la mejor.

Gracias por toda la felicidad que me diste. Recuerda tú los momentos de felicidad que vivimos juntos y que esos recuerdos te sirvan de ayuda en estos momentos tristes. No te dejes dominar por la tristeza. Trata de ser feliz y de que sobreviva en ti siempre ese maravilloso espíritu de alegría que tuviste siempre. No pierdas nunca esa maravillosa sonrisa que iluminaba al mundo. Hazlo por el amor que sentí —que siento todavía cuando escribo ahora— por ti.

Con ese amor pienso y pensaré siempre en ti.

Un beso muy largo, interminable,

ÁNGEL

«¡El amor en la eternidad, qué aurora!».

Victor Hugo a Juliette Drouet 16 de febrero de 1860

La vida avanza, el amor persiste. Hay un edén detrás de nosotros y un paraíso delante. Y es que, para aquellos que se aman en vida y siguen amándose cuando entran en la muerte, la tumba está llena de estrellas; es la puerta del cielo. Que Dios me conceda la vida contigo, y también la muerte, eso es lo que le pido cuando le rezo todas las noches. El amor, cuando envejece, es amor religioso; hay una plegaria en cada beso.

Querido y dulce ángel, envejezcamos, pues, con alegría, porque el gran rejuvenecimiento ya está próximo; se llama eternidad. ¡El amor en la eternidad, qué aurora! Amémonos y recemos.

«Me has matado; solo existo en ti».

Marcel Schwob a Marguerite Moreno Marguerite, estoy loco por ti. […] Tiemblo, y solo puedo pensar en ti, en tu nombre. Aunque hace tiempo que ya no estás allí, te escribo igualmente. Y aunque tus cartas son tan cortas, me hacen sentir de algún modo que estoy viviendo contigo mientras no estás. Mi pequeña y querida Marguerite, te lo suplico, ten piedad de mí. […] Mi vida está

contigo. Te amo, te amo. No puedo describirte cómo es este amor. Se ha apoderado de mí, de mi corazón, de mi pensamiento. Te admiro, querida, y te pertenezco. Me resulta tan extraordinario que quieras estar conmigo… Oh, cariño, me imagino que me cubres con tu cabellera, y que mi oreja está cerca de tu boca, y que me dices todo lo que te pasa por la cabeza. Jamás podré curarme de ti; nunca me obligues a curarme de ti, no podría resistirlo… Dios, ¡qué bonita eres!; yo, que apenas tenía ganas de vivir, ahora temo caer enfermo y no poder volver a verte. […] Me has matado; solo existo en ti. ¡Ah, cariño, eres terrible! Tu alma me habla al oído, y quien me habla es distinta de ti. Solo puedo comprenderla si cierro los ojos, y siempre acaba por hacerme llorar. También me habla la muerte. Ahora ya tengo la certeza de que moriré de ti.

5

AMOR LOCO, INDOMABLE

«Me voy amándote lo mismo que siempre».

Rubén Darío a Rosario Murillo
Managua, 12 de mayo de 1886.

Te conocí tal vez por desgracia mía, mucho te quise, mucho te quiero. Se hace preciso que todo nuestro amor concluya… mis deseos siempre fueron de realizar nuestras ilusiones. Me voy amándote lo mismo que siempre… Tú me quisiste mucho, no sé si todavía me quieres. ¡Son tan volubles las niñas y las mariposas!

«Estoy bajo la influencia de esos momentos nerviosos en que el alma y cuerpo sufren».

Carmen Arriagada a su marido

Eduardo Gutile Amigo mío, estoy delirando, ni sé lo que escribo; estoy bajo la influencia de esos momentos nerviosos en que el alma y cuerpo sufren, sufren hasta el extremo de creer que la muerte es un bien.

«No es amor solamente. Es el infierno, que se ha venido a mi corazón».

Gertrudis de Avellaneda a Ignacio Cepeda Yo he mandado siempre en mi corazón y en mis acciones con mi entendimiento, y ahora mi entendimiento está subyugado por mi corazón, y mi corazón por un sentimiento todo nuevo, todo extraordinario. ¡Posible es, Dios mío, que cuando yo me creía libre ya del dominio del amor, cuando me persuadía haberlo conocido, cuando me lisonjeaba de experta y desilusionada, haya caído como una víctima débil e indefensa en las garras de hierro de una pasión desconocida, inmensa y cruel!… ¡Posible es, Cepeda, que yo ame

ahora con el corazón de una niña de trece años!… ¿Qué es esto que por mí pasa? ¿Qué es esto que yo siento?… Dímelo, dímelo, porque yo no lo sé. Es harto nuevo para mí, te lo juro. Y yo he amado antes que a ti, he amado, o lo he creído así, y, sin embargo, nunca, nunca he sentido lo que ahora siento. ¿Es amor esto? No, hay algo de más, no es amor solamente. Es el infierno, que se ha venido a mi corazón. ¡Qué feliz era! ¡Cuán tiernamente te amaba! ¡Los ángeles me envidiarían! Y ahora, ahora, ¡cuán desgraciada! ¡Cuánto sufro! ¡Cuánto, querido mío! ¿Y por qué? ¿Qué ha sucedido? ¿Qué cosa me atormenta? Nada, yo no lo sé. ¿Es acaso que Dios castiga el exceso de amor, haciéndolo un martirio? ¿Es que el corazón humano es estrecho y se rompe cuando está demasiado lleno?… ¿Es un presentimiento de desgracia? ¿Es una plenitud de felicidad? ¿Es un defecto de mi organización, o una inconsecuencia de mi espíritu?… Yo no lo sé, pero estoy abatida, padezco, soy

desgraciada [...]. ¡Cuidado, Cepeda, cuidado!... Ten cuidado de mi corazón, tenlo..., mira que puedo morir. Tú no sabes, no puedes saber, que puedes matarme, no lo sabes. Pues bien, acaso te es muy fácil. Si quieres mi vida, si quieres conservar a tu amiga, cuídala; dale tranquilidad, dale sosiego [...]. De hoy en adelante, de común acuerdo, nos daremos paz, bien mío. ¡Desgraciados los que quieren apretar el corazón hasta romperlo, los que dan impulso a una máquina sin saber si tienen fuerzas para detenerla cuando quieren! Es santa, es sagrada la vida del corazón, y nos empeñamos en gastarla. ¡Porque todo se gasta, todo! ¡Hoy no puedo resistir, mi corazón me ahoga!

«Quiero que recuerde que amo su alma tanto como su cuerpo, así que, querido, agradézcamelo si me ama».

Artemisia a Francesco Maria Maringhi Roma, 26 de junio de

1620

Al Ilustre señor Fortunio Fortuni, que Dios lo guarde en Florencia

Mi corazón:

He recibido de vuestra señoría una de esas [cartas] que son mi consuelo y me traen de vuelta de la muerte a la vida, y estoy segura de que, si es verdad que me quiere, sentirá la misma alegría que siento ahora yo. […]

Lo único que me destroza es no verlo cerca de mí, y le aseguro que lo espero como se espera la gracia de Dios, decidida a no participar en esa búsqueda salvo con usted, y si no viene, nunca querré romper mi celibato. Pero lo dejo, alma mía, para que piense en el estado en que me encuentro, no puedo controlar los sentimientos de mi corazón cuando recibo cartas suyas. […] Quiero que recuerde que amo su alma tanto como su cuerpo, así que, querido, agradézcamelo si me ama. Nada más que decir y que Dios lo guarde, en este día veintiséis de junio.

Completamente de su señoría,

ARTEMISIA LOMI «Partir hacia el campo sin haber escuchado “te quiero”».

Clémentine Curial a Stendhal
20 de mayo de 1824

Dígame, señor, cómo podríamos vernos antes del lunes, aunque solo sean diez minutos; y es que, partir hacia el campo sin haber escuchado «te quiero», me parece un sacrificio superior a mis fuerzas.

6

AMOR A TODA COSTA

«Estaría muy bien conquistar
la libertad de poder vernos».

Marie Curie a Paul Langevin
Tras la muerte de su esposo, con quien había ganado su primer Premio Nobel y a la espera de recibir el segundo, Marie Curie, una solemnidad de la ciencia viva de su época, se enamoró de otro científico, Paul Langevin. El escándalo causado acabará con este idilio, a pesar de ser defendida por el mismo Einstein.

Mi querido Paul:

Me pasé la tarde y la noche de ayer pensando en ti, en las horas

que pasamos juntos, de las cuales guardo un recuerdo delicioso. Aún sigo viendo tus ojos buenos y tiernos, tu sonrisa afectuosa, y aguardo impaciente el momento de volver a disfrutar de tu entrañable presencia. […] Así pues, estaría muy bien conquistar la libertad de poder encontrarnos siempre que las distintas circunstancias de nuestras ocupaciones lo permitan, de trabajar juntos, de pasear o de viajar, cuando las condiciones sean propicias. […] Alguna vez has dicho que es necesario que me convenza de que estoy unida a ti por un vínculo muy fuerte, para que me decida a defenderlo, arriesgando mi situación y mi vida, pero yo tengo otros importantes deberes que no puedo descuidar. Piensa en ello, mi querido Paul, cuando te sientas demasiado abrumado por el temor de perjudicar a tus hijos: ellos nunca arriesgarán tanto como mis pobres hijas, que pueden quedarse huérfanas de un día para otro, si no llegamos a una solución estable.

«Soy la más desgraciada de las desgraciadas, la más infeliz de las infelices».

Eloísa a Abelardo

Su único después de Cristo, su única en Cristo.

¿Qué me cabe esperar si te pierdo? ¿Qué razón me queda para proseguir el viaje por una tierra en la que no tengo a nadie que me socorra salvo tú, y en la que tú solo me ayudas por el mero hecho de estar vivo? En efecto, todos los demás placeres que podría obtener de ti me están prohibidos, y ni siquiera se me permite disfrutar de tu presencia, ante la cual yo podría volver a ser quien era. ¡Si pudiera decirlo, diría que Dios es cruel conmigo en todas las cosas! ¡Que su clemencia es implacable! ¡Que la Fortuna solo me depara desdichas! Ha apuntado contra mí todos sus dardos, hasta el extremo de que ya no dispone de ninguno con que castigar a los demás. ¡Ha vaciado en

mí todo su carcaj, y el resto de los mortales ya no tienen por qué temer su ataque! ¡Y si le quedara una sola flecha, no hallaría en mí un espacio donde herirme de nuevo! Pese a todas las lesiones que me inflige, solo alberga un temor: que mi muerte ponga fin a mis suplicios, pues la Fortuna no cesa de lanzarme sus disparos mortales, pero me niega la muerte mientras que al mismo tiempo la acelera.

Soy la más desgraciada de las desgraciadas, la más infeliz de las infelices. Pues, si bien cuando me elegiste, fui ensalzada por encima de las otras mujeres, cuando me precipité desde semejante altura, tuve que soportar una dolorosa caída, que supuso la ruina tanto para ti como para mí. Cuanto más alto se sube, más duro es el descenso.

[…] Finalmente, cuando ya nos habían separado, tú dedicándote a la enseñanza, yo consagrada a la oración y a meditar sobre los textos sagrados, ambos viviendo como santos en perfecta castidad, solo tú pagaste con tu cuerpo la falta que ambos habíamos cometido en igual medida. Solo a ti se te impuso una condena, cuando habíamos sido dos los culpables. Y el que menos debía de haberla sufrido, pagó toda la pena, pues habías satisfecho largamente la deuda humillándote por mí, y ensalzándonos a mí y a mi familia; merecías un castigo mucho más leve, tanto a ojos de Dios como de aquellos que te traicionaron.

¡Desdichada de mí, que nací para ser la causa de semejante crimen! ¡En verdad las mujeres son el peor y el más constante flagelo de los grandes hombres!

«Te he prometido estar en la residencia los jueves para ver juntos esta película».

Eva a Juan Perón

Queridísimo Juan:

Es justamente así cuando me doy cuenta de que soy tu mujer. Las

necesidades de la gente se convirtieron en exigencias para mí. Tengo la sensación de que el tiempo no me alcanza, duermo cada vez menos, como cada vez menos, quiero estar en todas las partes al mismo tiempo. Entregar ayuda a los pobres, seguir la marcha de las obras, visitar los hogares, reunirse con la CGT, sacarles plata a los empresarios. La noche es el mejor momento para hacer mi tarea. Es por esto que he dejado de cenar en el palacio. Te he prometido estar en la residencia los jueves para ver juntos esta película. Esa promesa he de cumplirla. También la de pasar los fines de semana en San Vicente. Sin hablar por teléfono.

«Ansío ser feliz en tu amor».

Antonio Gramsci a Julia 13 de abril de 1924

Querida:

Creo que me voy a marear cuando vuelva a abrazarte, porque me invadirá la pasión. ¡Querida, eres mi vida entera!, como si jamás hubiera sentido la vida misma antes de amarte; es algo grande y bello que ocupa cada minuto y cada vibración de mi ser. Hoy quiero ser fuerte como nunca antes he querido serlo, porque ansío ser feliz en tu amor; deseo que se ve reflejado en toda mi actividad.

Creo que cuando volvamos a vivir juntos seremos invencibles y encontraremos la manera de vencer incluso al fascismo. Queremos que el mundo sea bueno y libre para nuestros hijos y lucharemos por conseguirlo como nunca antes lo hemos hecho, con un ingenio que nunca hemos tenido, con una tenacidad y con una fuerza que superará todos los obstáculos. Escríbeme largo y tendido. Si pudiera estar contigo en un mes… Tal vez, sin embargo, eso pueda ocurrir.

Un beso muy largo.

«Si tengo que renunciar, renunciaré a todo, lo dejaré todo».

Madame de Récamier a Chateaubriand Siento, como nunca había sentido hasta ahora, que no puedo vivir sin tu amor y que, si tengo que renunciar, renunciaré a todo, lo dejaré todo. Pero tú me amas, me lo has dicho, no me engañarías; entonces, ¿por qué debemos separarnos? Tengo el corazón encogido, como si no hubiera de volver a verte jamás. ¡Ah, ven mañana, no puedo partir albergando un presentimiento tan triste!

«No basta con decir que lo quería, lo adoraba».

Marcel Proust a Reynaldo Hahn [Poco después del 24 de octubre de 1914]

Le agradezco de todo corazón su carta, imperecedero monumento de bondad y de amistad […]. Mi querido pequeño, es usted muy amable por haber pensado que Cabourg había de resultarme desagradable por causa de Agostinelli. Debo confesar, para mi vergüenza, que hasta no hace mucho tiempo creía que aquel viaje

había marcado más bien una primera etapa del desplazamiento de mi aflicción, etapa tras la cual, afortunadamente, retrocedí, una vez hube regresado, a mis trastornos iniciales. […] Yo apreciaba verdaderamente a Alfred. No basta con decir que lo quería, lo adoraba. Y no sé por qué estoy escribiendo esto en pasado, pues sigo queriéndolo. […].

P. D.: Espero que mi carta no le haya hecho pensar que me he olvidado de Alfred, a pesar de la distancia que desgraciadamente siento por momentos, no dudaría un instante en correr a cortarme un brazo o una pierna si eso pudiera resucitarlo.

«Mi corazón es una rosa a la que tu amor ha hecho florecer».

Oscar Wilde a Alfred Douglas
[20 de mayo de 1895

Courtfield Gardens, Kensington]

Mi niño:

Hoy aguardamos los veredictos, que se darán por separado.

[…] Mi dulce rosa, mi delicada flor, mi lirio entre los lirios, puede que sea en la cárcel donde pruebe el poder del amor […].

Estarás conmigo en mi soledad. Estoy decidido a no rebelarme, sino a aceptar todo ultraje por devoción al amor, a dejar que mi cuerpo sea deshonrado con tal de que mi alma conserve siempre tu imagen. De tu sedoso pelo a tus delicados pies, representas para mí la perfección. El placer nos oculta el amor, pero el dolor lo revela en su esencia. Oh, la más querida de las cosas creadas, si te llega alguien herido por el silencio y la soledad, agraviado, el hazmerreír de los hombres, oh, puedes cerrar sus heridas tocándolas y restaurar su alma que la infelicidad ha sofocado por un momento. Nada te será difícil entonces, y recuerda, es esa esperanza la que me hace vivir, y solo esa

esperanza. Lo que la sabiduría es para el filósofo, lo que Dios es para el santo, tú eres para mí. Tenerte en mi alma, tal es la meta de este dolor que los hombres llaman vida. ¡Oh, amor mío, a quien aprecio sobre todas las cosas, blanco narciso en un campo sin segar, piensa en la carga que recae sobre ti, carga que solo el amor puede iluminar! Pero no estés triste por eso, antes bien, sé feliz por haber colmado de un amor inmortal el alma de un hombre que llora ahora en el infierno, y lleva, con todo, el cielo en su corazón. Te quiero, te quiero, mi corazón es una rosa a la que tu amor ha hecho florecer, mi vida es un desierto avivado por la deliciosa brisa de tu aliento, y cuyos frescos manantiales son tus ojos; la huella de tus pequeños pies forma para mí valles de sombra, el olor de tu pelo es como mirra y dondequiera que tú vas exhalas el perfume del árbol de la casia.

Quiéreme siempre, quiéreme siempre. Has sido el amor supremo, perfecto, de mi vida; no puede haber otro.

[…] ¡Oh, el más dulce de los muchachos, el más amado de los amores! Mi alma se aferra a tu alma, mi vida es tu vida, y en todos los mundos de dolor y placer eres mi ideal de admiración y alegría.

OSCAR

«Ella se merece todo el respeto por su conducta».

Giuseppe Verdi a Antonio Barezzi En mi casa vive una señora libre e independiente, amante como yo de la vida solitaria. Ni ella ni yo tenemos por qué dar cuenta a nadie de nuestras acciones […]. Ya me aseguraré yo de que a ella, en mi casa, se le guarde el debido

respeto o, mejor dicho, se le guarde más respeto que a mí, y no le permito a nadie que se lo falte por ningún motivo. Porque ella se merece todo el respeto por su conducta, por su espíritu y por la especial consideración que siempre muestra para con los demás.

7

PODERES Y MISTERIOS DEL AMOR

«Tu alma ha hecho que se estremeciera la mía».

Alfred Dreyfus a su esposa Lucie
27 de diciembre de 1894

Mi querida Lucie:

Tu heroísmo me conquista; con tu amor, mi conciencia y el apoyo inquebrantable de nuestras dos familias, siento renacer mi valor.

Así que lucharé hasta mi último aliento, lucharé hasta mi última gota de sangre. Es imposible que no acabe haciéndose la luz el día menos pensado; si oigo latir tu corazón al lado del mío, seré capaz de soportar todos los martirios, todas las humillaciones, sin agachar la cabeza. Pensar en ti, querida, me dará las fuerzas que necesito.

Decididamente, mi querida y adorada, las mujeres son superiores a nosotros; y de entre todas ellas, tú eres una de las representantes más hermosas y nobles que conozco.

Te quiero muchísimo, ya lo sabes; pero hoy aún en mayor medida, te admiro y te venero. Eres una santa, eres una noble mujer. Estoy orgulloso de ti e intentaré estar a tu altura.

Sí, sería un acto de cobardía abandonar la vida; mi nombre, y el

de mis queridos hijos quedaría vilipendiado por siempre; hoy siento que es así, pero ¿qué puedo decirte?, el golpe era demasiado cruel y mi coraje se vino abajo; pero tú has vuelto a ponerlo en pie.

Tu alma ha hecho que se estremeciera la mía.

Así, apoyándonos el uno en el otro, con orgullo, con voluntad, lograremos rehabilitar nuestro honor, que jamás ha flaqueado.

Te beso y te amo.

«¡Rodéate, ahijado mío, del amor femenino!».

Rosario de Acuña a un soldado español (voluntario en el ejército francés durante la Gran Guerra) Gijón, Asturias, diciembre de 1916

Ya lo sabes; estoy contigo. En este rincón de nuestra patria tienes un corazón femenino, consciente y orgulloso de su feminidad —seguro de subir con ella, delante de todas las masculinidades, hasta las mismas gradas del amor inmortal—; este corazón, desde sus recónditas fibras, te ofrece la más intensa y consoladora ternura.

Si tienes madre, hazle presente que yo estoy con ella, al lado tuyo. Si tienes esposa e hijas, dales noticias mías. Cuantas más almas de mujer estén alrededor de ti, más varonil, austera y brava será tu alma. ¡Ay de aquellos que cerraron su corazón a nuestras ternuras, que hicieron del sagrado tabernáculo de placeres escalones de sus concupiscencias, pregón de sus desprecios! Esos hombres son vivos-muertos que piensan y se hunden cada vez en más sombra, que procrean y hacen regresar la especie a los límites de la animalidad; que se suben a la pirámide del orgullo y no resultan estatuas bellas, sino payasos en equilibrio…

¡Rodéate, ahijado mío, del amor femenino, y si eres un solitario de la vida, acuérdate de Quijano el Bueno, de aquel héroe del ideal que supo sacar del fondo de su alma la diáfana imagen de Dulcinea, de la

mujer a quien se enlazó para acometer gigantes y desafiar leones y que, cuando dolorido y maltrecho caía vencido por malandrines, no le apenaba tanto el propio dolor como el dolor que sentiría la dama de sus pensamientos al saber su derrota!

Completa tu personalidad con la ilusión más alta de la vida: la de amar abnegadamente al sexo que integra nuestra naturaleza humana. Seamos varones o mujeres, y cuando todas las prerrogativas de la carne joven y adulta haya cedido sus ímpetus al roce de los años, entonces el espíritu manumitido a su prístina pureza de ente pensante y sentimental podrá, todavía, hallar la senda de luz por donde sube excelso: El amor, eje del mundo, dinámica del universo, armonía eterna del tiempo y del espacio.

«Me tienes completamente en tu poder».

James Joyce a Nora Barnacle [25 de octubre de 1909]

Calle Fontenoy, 44, Dublín

Eres mi único amor. Me tienes completamente en tu poder. Sé y siento que si en el futuro he de escribir algo noble o bonito deberé hacerlo solo mediante la escucha de las puertas de tu corazón.

Qué charlas tan agradables hemos tenido esta vez, ¿no te parece, Nora? Bueno, ya tendremos más, querida. *Coraggio!* Por favor, cariño, escríbeme una bonita carta y cuéntame que eres feliz.

[…] No le enseñes mis cartas a nadie, querida. Las escribo para ti.

«Definitivamente… ¡la amo!».

Giuseppe Garibaldi a Giuseppina Raimondi Módena, 3 de septiembre de 1859

Señora:

Su carta fue un bálsamo para mí, y le estoy agradecido por ello. Me ha llegado al corazón con sus recuerdos: ¡el lago!…, ¡los remos!, ¡su maestro de navegación!… ¡Estas palabras que usted ha escrito me han hecho llorar de emoción!

Así pues, ya que me ha aceptado como Maestro, y yo a usted como alumna a la que quiero, ¡y mucho!, debo confesarle una verdad que usted, en nombre de la estimación que me ha profesado, quizá querrá guardarse solo para sí; y, en caso de que sienta el impulso incontenible de compartir dicho secreto con alguien, me pedirá permiso para hacerlo, ¿verdad?… ¡muy bien! La amo… Y me gustaría ver quién sería capaz de estar cerca de usted y no amarla… Definitivamente… ¡la amo! ¡El amor de un hombre no podría hallar una criatura más bella, más preciosa, más atractiva en el que sustentarse!… Tras el afecto que me inspiró su primera visita, me acometió el deseo de poseerla. […].

En otra ocasión, me percaté de que usted, hermosa Giuseppina, correspondía a mi afecto con amistad, pero no con amor. Mi amor propio se sintió mortificado, pero no dejé de decirme a mí mismo: ¡no me merezco otra cosa! Ahora tendrá que escribirme, señora, y decirme que he de conformarme con un poco de amistad… Y yo me contentaré con ello, como prueba de valioso afecto. ¡Pero, por Dios, no me diga que le resulto indiferente! Eso me desesperaría. Un cordial saludo a la familia. Suyo de por vida.

«Tú me has hecho poeta».

Cesare Pavese a Dina Santo Stefano Belbo, 17 de septiembre de 1927, por la noche Durante todo el viaje no he hecho más

que pensar en ti. En tu rostro y en esa silueta tuya tan bien proporcionada que posees. Pero, sobre todo, inmerso en una nube de secreta dulzura, he fantaseado y me he embriagado hasta lo indecible con ese presente delicadísimo e indecible que me entregaste, y que yo jamás hubiera osado esperar. Ya durante los días anteriores me confundiste con cosas hermosas, regalos simples y maravillosos, pero ayer me obsequiaste, desde tu intimidad dulce y triste, con el culmen de la vida. Me demostraste con la grandeza apasionada y resignada de tu sentimiento, que eres una criatura altísima, que vive realmente de sueños y de dolores, y supe, por los besos, por las caricias, por la caricia más pura de tu cuerpo, colmar de alegría mi corazón, y al mismo tiempo convencerlo de que debía resignarse. Me has devuelto aquello que, por un momento, el odio de los demás y la cobardía de mi alma habían oscurecido: una flor de poesía, una flor delicada e indecible, llena de dulzura y de pena. Portadora de convulsiones y de

alegría, una imagen afinada en
la belleza de un sueño, de la
vida inmensa y humilde, de
todas las cosas más elevadas.
[…].

Tú me has hecho poeta y me has reafirmado como tal, oh, mi gran niña.

[…] Para mí eres algo sobrehumano, altísimo e inexpresable, mi niña: para mí eres la poesía y la vida, la poesía de la vida. Imagínate cuán agradecido he de estarte. Y ayer, ayer, cuando renunciaste a ti misma, me diste los besos y las caricias y las palabras de consuelo que solo tú sabes. Y todo ello lo hiciste por mí, por piedad, y un poco por amor a mi pobre aspecto compungido y helado a causa de la vida, que es dura y fría y no se detiene por nadie que quiera soñarla.

Oh, gracias, mi niña.

«Dejad de impedir que revolotee cuanto quiera».

Nicolás Maquiavelo a Francesco Vettori [10 de junio de 1514]

De amore vestro,[9] debo recordaros que estos son objeto de las venganzas del Amor, pues en cuanto el Amor vuela a vuestros brazos, estos intentan arrancarle las plumas o encadenarlo. Como es infantil y caprichoso, disfruta rasgándoos los ojos, y el pecho, y el corazón. Pero, en cambio, aquellos que, en cuanto el Amor llega, se regocijan de su llegada, lo dejan libre cuando quiere alejarse, y lo reciben con el mismo placer cuando decide regresar, pueden estar seguros de que obtendrán sus favores y sus caricias, y de que triunfarán bajo el imperio de sus leyes. Así pues, querido compadre, dejad de impedir que revolotee cuanto quiera, y no le arranquéis las plumas, ya que, por una que pierda, volverán a nacerle miles: esa es la única forma de gozar.

8

BODA

«El matrimonio lleva consigo algo de calma y de paz que no corresponden a eso que te figuras».

Emilia Pardo Bazán a Benito Pérez Galdós Madrid, 12 de octubre de 1889

No exaltes tu imaginación representándote las escenas matrimoniales más vivas de lo que son en realidad. El matrimonio lleva consigo algo de calma y de paz que no corresponden a eso que te figuras. Además, en eso yo tengo un entusiasmo sin igual. Solo de pensar ahora en nuestras execraciones me corre frío y calor por las venas. Acaso dudes de mi sinceridad, y es en esto absoluta y casi peca de cínica. Me trastorna recordar aquellos casos. Cuando intento explicarme a mí misma esta exaltación de mi fantasía y de mi sangre al tratarse de ti, verás cómo me la explico: yo contigo me he reprimido siempre; el temor de perjudicarte y no sé qué sentimiento de protección física del más fuerte al más débil me contenían. Este dique encrespa más la violencia del deseo. No te rías, es así y solo así se

comprende.

Te quiero, te quiero, te aguardo.

«Dicha asociación tiene un nombre demasiado bonito, demasiado novelesco».

Stendhal a la baronesa de Lacuée París [octubre de 1836]

Estoy resistiéndome desde hace unos días a la tentación, un poco temeraria, debo admitirlo, de someter a su consideración una idea totalmente honesta, tanto en el fondo como en la forma. Así que no tenga miedo y no sufra por mi reputación de extravagante que, en mi opinión, me atribuyen erróneamente; lo cual no impide en absoluto que mi idea sea ridícula.

Me parece que ambos tenemos una ruta que emprender. Esta ruta transcurre más o menos en la misma dirección; solo que usted va más lejos que yo. ¿Aceptaría un compañero de viaje, una especie de mayordomo, que se hiciera cargo de los caballos de posta y, si se diera el caso, los montara?

Lo ridículo del caso es que este mozo de postas ha sobrepasado con creces la edad de montar a caballo con gracia; su único mérito sería ahorrarle el engorro de tener que dirigirse directamente a los postillones. Este escudero cabalgador le tiene un poco de miedo a usted, o de lo contrario le habría propuesto de viva voz esta asociación para el viaje. Lo malo, el mayor inconveniente, es que dicha asociación tiene un nombre demasiado bonito, demasiado novelesco, que posiblemente esté más acorde con mi carácter, pero que supone una cruel disparidad en cuanto a la cantidad de escudos de los que dispongo para gastar en viajes, a la edad que tengo, etcétera.

Sopese todo cuanto le he dicho con la sabiduría que la caracteriza, señora, y sepa usted que, en todo momento, sea o no el mayordomo, me tomaré con gran interés el viaje de una mujer tan amable y dotada

de un carácter tan digno y firme. Creo que madame M. conoce mejor al mayordomo que se ha ofrecido de lo que él mismo se conoce. Lo cual no constituye en absoluto un secreto ni para ella ni para la hermosa Clara; aunque, en mi opinión, será mejor que el resto del universo ignore este asunto en todo momento.

Reciba los más sinceros respetos, señora, de su más humilde y obediente servidor.

C. de Seyssel, de cincuenta y tres años de edad

«No tengo […] ese intenso apego que me haría estar dispuesta a morir por él».

Charlotte Brontë a Ellen Nussey
12 de marzo de 1839

Me preguntas, querida Ellen, si he recibido una carta de Henry […] deseará una esposa que cuide de sus alumnos y me pide abiertamente que sea esa esposa… Me hice dos preguntas: «¿Amo a Henry Nussey tanto como una mujer debe amar a su marido? ¿Soy la persona más capacitada para hacerlo feliz?». Por desgracia, Ellen, mi conciencia respondió que no a ambas preguntas. Creo que, aunque tengo en gran estima a Henry, porque es un hombre amable y con buena disposición, no tengo, sin embargo, y nunca podría tener, ese intenso apego que me haría estar dispuesta a morir por él; y si alguna vez me caso debe ser bajo esa luz de adoración con la que consideraré a mi marido. Diez a uno a que no volveré a tener la oportunidad, pero *n'importe*. Por otra parte, me consta que Henry sabe tan poco sobre mí que apenas podía ser consciente de a quién escribía.

«Siga escribiendo cartas

sentimentales y locas de amor, y no daré seis peniques por su traje».

[20 de noviembre de 1840]

Mi queridísima Nell:

El señor Vincent dijo: «Señorita Ellen, quiero hablar con usted». […] Entonces, comenzó a decir con voz clara y deferente, si bien respetuosa: «Señorita Ellen, tengo una pregunta que hacerle, una pregunta muy importante: ¿me aceptaría como su marido, para bien o para mal? No soy un hombre rico, pero tengo suficiente para mantenernos. No soy un gran hombre, pero la quiero, franca y sinceramente. Señorita Ellen, si conociera mejor el mundo, vería que se trata de una oferta que no debería despreciar, por parte de un corazón bondadoso y una templada aptitud». Haga lo siguiente señor Vincent y puede que tenga éxito: siga escribiendo cartas sentimentales y locas de amor, y no daré seis peniques por su traje.[10]

Aquí estoy, agobiada por las dificultades, porque no conozco al señor V; si lo conociera, te daría mi opinión, de manera rotunda, en dos palabras. ¿Es ese hombre un tonto? ¿Es un granuja, un farsante, un hipócrita, un bobo? Si es alguna o todas estas cosas, no tiene sentido, por supuesto, jugar con él. Corta en seco, destruye sus esperanzas con fulminante rapidez y sutileza. ¿Tiene al menos sentido común, una buena disposición y un carácter razonable? Entonces, Nell, considera el asunto. Puede que ahora sientas cierta aversión hacia su persona —una absoluta repugnancia, muy probablemente—, pero ten la bondad de recordar que no lo conoces, que solo lo has visto tres o cuatro días; puede que una intimidad más prolongada y estrecha acabe por reconciliarte en gran medida con él. Y ahora te diré algo cierto, que tal vez te ofenda o tal vez no, como quieras. Por lo que sé de tu naturaleza, y creo que la conozco bastante bien, he de decir que nunca amarás antes del matrimonio. Tras la ceremonia, y después de disponer de unos meses para establecerte y acostumbrarte

a la criatura que hayas tomado por tu peor mitad, considero verosímil que acabes siendo una esposa cariñosa y feliz; aunque el individuo en cuestión no sea lo que hubieras deseado en un principio, serás indulgente con sus pequeñas insensateces y debilidades, y no te molestarán en exceso.

«¿Crees que me casaré? Nunca, ni contigo ni con nadie».

Mary Shelley a Edward John Trelawny 14 de junio de 1831

Me dices que no me case, pero lo voy a hacer, con cualquiera que me saque de mi desolada e incómoda situación actual. Cualquiera; y con todo esto, ¿crees que me casaré? Nunca, ni contigo ni con nadie. Mary Shelley estará escrito en mi tumba, y ¿por qué? No sé qué decir, excepto que se trata de un nombre tan bonito que, aunque me sermoneases durante años, nunca reuniría el valor para deshacerme de él.

Adieu, mi querido amigo. Esperaré, ansiosa, noticias de ti; noticias de que no te has enfadado por todos los *contretemps* referentes a tu publicación, y recibir nuevas instrucciones.

Atentamente,

M. W. SHELLEY

«Debo tener una cabal comprensión de cuál es tu

situación financiera».

Karl Marx a Paul Lafargue Londres, 13 de agosto de 1866

Querido Lafargue:

Permítame hacerle las siguientes observaciones: 1. Si desea continuar su relación con mi hija, tendrá que abandonar su actual forma de «cortejo». Sabe bien que no se ha contraído compromiso alguno, que todo está aún por decidir. Y aunque estuviera de manera formal prometida a usted, no debe olvidar que se trata de una cuestión de larga duración. La práctica de una excesiva intimidad es particularmente inapropiada, ya que los enamorados estaréis viviendo en el mismo lugar durante un periodo necesariamente prolongado de pruebas y purgatorio. He observado alarmado cómo ha cambiado su conducta de un día para el otro en el periodo geológico de una sola semana. A mi entender, el verdadero amor se expresa en la reticencia, modestia e incluso timidez del amante hacia el objeto de su veneración, y desde luego no dando rienda suelta a la propia pasión y con prematuras manifestaciones de familiaridad. Si piensa alegar su temperamento criollo en su defensa, mi deber es interponer mi sana razón entre su temperamento y mi hija. Si es incapaz en su presencia de amar de un modo acorde con la latitud londinense, tendrá que resignarse a amarla en la distancia. Estoy seguro que se da por aludido.

2. Antes de que su relación con Laura se resuelva definitivamente, debo tener una cabal comprensión de cuál es su situación financiera. Mi hija cree que soy conocedor de sus asuntos. Se equivoca. No planteé esta cuestión porque consideré que le correspondía a usted tomar la iniciativa. Sabe que he sacrificado toda mi fortuna a la causa revolucionaria. No me arrepiento de ello, al contrario; si tuviera que volver a empezar mi vida, haría exactamente lo mismo, si bien no me casaría. Por lo que se refiere a la alianza. Repito que necesito una aclaración satisfactoria sobre todas estas cuestiones. Además, como convencido realista, no puede esperar que me comporte como un idealista en lo que respecta al futuro de mi hija. Una persona tan positiva como usted, que quiere abolir la poesía, no querrá hacer poesía en detrimento de mi hija.

«¿Quiere casarse conmigo? La amo y siento como si ya me perteneciera».

Friedrich Nietzsche a Mathilde Trampedach Ginebra, 11 de abril de 1876

Mi querida señorita Trampedach:

¿Va a escribirme algo hoy? Bueno, también yo le escribiré unas palabras.

Por favor, reúna de todo el valor del que sea capaz su corazón para no asustarse ante la pregunta que voy a plantearle a continuación: ¿quiere casarse conmigo? La amo y siento como si ya me perteneciera. ¡Ni una palabra por lo repentino de mi afecto! Al menos, como no tengo sentimiento de culpa, ¡nada hay que disculpar! Pero lo que me gustaría saber es si el afecto es compartido; ¡nunca ha habido entre nosotros nada extraño, ni siquiera por un momento! ¿No cree, como yo, que ambos seremos más libres y mejores en nuestra unión que siendo solteros; muy superiores? ¿Se atrevería a caminar conmigo como el que lucha fervorosamente por la libertad y la mejora y en todas las sendas de la vida y del pensamiento?

Y ahora, por favor, sea sincera y no se reserve nada. Nadie sabe de esta carta ni de mi pregunta, excepto nuestro común amigo Von Senger.

FRIEDRICH NIETZSCHE

«Es la última vez; tal vez sea para siempre…».

Robert a Clara Schumann Leipzig, 3 de octubre de 1837

… Podría ocurrir que no supiéramos nada el uno del otro durante

un tiempo, que tu padre interceptara nuestras cartas, o incluso que mancillaran mi persona ante ti. Si dijeran que me he olvidado de ti o lo que sea, no creas ni una palabra. Es un mundo perverso, pero debemos tratar de mantenernos impolutos. Sería un gran consuelo poder contar con una carta tuya cada dos meses. ¿Es mucho pedir? Te veré en tres horas, y estoy aterrorizado. Es la última vez; tal vez sea para siempre…

«Nadie, salvo esta mujer, podrá hacerme feliz».

Fiódor Dostoïevski a un amigo
Me caso… Nadie, salvo esta mujer, podrá hacerme feliz. Ella todavía me ama… Me quiere. Eso lo sé con certeza. También lo sabía entonces, cuando te escribí una carta el verano pasado. No tardó en perder la fe en su nueva relación… ¡Oh, si supieras lo que es esta mujer!

«Cuando la vi por primera vez […] me enamoré de ella, quedé turbado».

Aleksandr Pushkin a Natalia Goncharova 5 de abril de 1830. En Moscú

Cuando la vi por primera vez, su belleza apenas empezaba a destacar en sociedad. Me enamoré de ella, quedé turbado, le solicité su mano. Su respuesta, por vaga que fuera, me proporcionó un momento de delirio. Esa misma noche partí para el ejército. Me preguntó qué iba a hacer allí. Le juré que no tenía la menor idea, pero una angustia involuntaria me alejaba de Moscú.

[…] ¡Qué tormentos me esperaban a mi regreso! Su silencio, su aire frío, el recibimiento de la señorita Natalia, tan despreocupado, tan distraído… No tuve el valor de explicarme, fui a Petersburgo con la muerte en el alma. Sentí que había interpretado un papel bastante ridículo; me había mostrado tímido por primera vez en mi vida, y la timidez en un hombre de mi edad difícilmente podría complacer a una joven de la edad de su hija. […] Solo la costumbre y una larga intimidad podrían granjearme el afecto de su hija. Podría hacer que se encariñe de mí con el paso del tiempo, pero no tengo con qué complacerla. Si ella consiente en concederme su mano, solo veré la prueba de la tranquila indiferencia de su corazón. […] ¿No se arrepentirá? ¿No me verá como un obstáculo, como un fraudulento raptor? ¿No sentirá aversión hacia mí? Pongo a Dios por testigo de que estoy dispuesto a morir por ella, pero la idea de que moriría para dejar una viuda deslumbrante, libre para escoger un nuevo marido, es un infierno.

[…] Para satisfacerla, estoy determinado a sacrificar por ella todos mis gustos, todas las pasiones de mi vida, un modo de vida bastante libre y bastante irresponsable. Aun así, ¿no se quejará si su posición en sociedad no es tan brillante como la que ella merece y que yo desearía poder ofrecerle?

«¡Tú, dios ciego de amor!».

Søren Kierkegaard a Regine Olsen Tú, soberana señora de mi corazón [Regina], oculta en la más profunda privacidad de

mi pecho, en mis pensamientos más desbordantes sobre la vida, allí, donde está tan lejos del cielo como del infierno. ¡Desconocida divinidad! Oh, puedo realmente creer los relatos de los poetas acerca de que, cuando uno ve a su amada por primera vez, imagina que hace mucho tiempo también la vio; que todo amor, como todo conocimiento, es reminiscencia; que también el amor tiene sus profecías, sus tipos, sus mitos, su Antiguo Testamento en el individuo. Veo un vestigio de tu belleza en todas partes, en el rostro de todas las jóvenes, aunque creo que debería de tener a todas las jóvenes para extraer una belleza igual a la tuya; que habría de navegar alrededor del mundo para encontrar el continente que me falta y hacia el que apunta, sin embargo, como su polo el más profundo misterio de todo mi ser. Y al momento siguiente estás tan cerca de mí, tan presente, completando mi espíritu con tanto poder que me transfiguro ante mis propios ojos y siento que este es un buen sitio en el que estar… ¡Tú,

dios ciego de amor! Tú, que ves en secreto, ¿me lo dirás abiertamente? ¿Encontraré lo que busco aquí, en este mundo? ¿Experimentaré la conclusión a todas las excéntricas premisas de mi vida? ¿Te estrecharé entre mis brazos? ¿O acaso la orden dice: adelante? ¿Te has adelantado, tú, mi anhelo? ¿Me llamas, transfigurada, desde otro mundo? Oh, lo dejaría todo a un lado para volverme lo bastante ligero para seguirte.

«“¿Nunca te casarás?”. Le contesté: “Sí, dentro de diez años, cuando haya tenido un romance, necesitaré una mujer lujuriosa que me rejuvenezca”».

Fui a verla y la hice entrar en razón. Ella me preguntó: «¿Nunca te casarás?». Le contesté: «Sí, dentro de diez años, cuando haya tenido un romance, necesitaré una mujer lujuriosa que me rejuvenezca». Era una crueldad necesaria. Entonces ella me replicó: «Perdóname por lo que te he hecho». Le respondí: «Soy yo, después de todo, quien debería pedirte perdón». Ella me dijo: «Prométeme que pensarás en mí». Lo hice. Me dijo: «Bésame». Lo hice, aunque sin pasión. ¡Dios misericordioso! […] Pasaba noches llorando en la cama, pero por el día era el de siempre, incluso más superficial e ingenioso de lo necesario. Mi hermano me manifestó su intención de ir a ver a la familia para demostrarles que yo no era ningún sinvergüenza. Le dije:

«Si haces eso, te vuelo los sesos». La mejor prueba de lo preocupadísimo que estaba.

«¿Recuerdas aquel caluroso día de junio de hace treinta y tres años?».

Theodore a su esposa Eleonore Roosevelt 20 de mayo de 1943

Queridísima Bunny:

¿Sabes qué es esto? Es una carta de aniversario de boda. Creo que te llegará en la fecha exacta. ¿Recuerdas aquel caluroso día de junio de hace treinta y tres años? La iglesia llena de gente, mi padre luciendo un precioso chaleco con pequeños lunares azules, los Rough Riders,[11] los ujieres con chaqué, la multitud en la calle, tu largo velo blanco y tu pequeño y ajustado corsé, la recepción en casa de tía Harriet, el tío Ed, tu madre con uno de sus extraordinarios sombreros que permanecía bien ajustado.

¿Y recuerdas cómo era el mundo entonces? Pequeño y acogedor, otro orden de cosas […]. Hemos recorrido desde entonces un largo camino por una extraña senda.

Nada ha sucedido como imaginábamos, excepto nuestros hijos. Nunca pensamos que recorreríamos el mundo. Nunca pensamos que nuestras ocupaciones e intereses abarcarían tanto. Nunca pensamos que nuestro trigésimo tercer aniversario nos encontraría inmersos en una segunda guerra y a mí de nuevo en el frente. Bueno, querida, hemos cumplido con la parte más importante de la ceremonia: «En la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte nos separe».

Con mucho, mucho amor.

«No olvides tu carnet de identidad, sobre todo».

Jeanne Rucar a Luis Buñuel 26 de mayo de 1924

Querido Luisito:

Yo también estoy muy feliz de casarme contigo, sobre todo porque te quiero mucho y, en fin, no sé qué más, pero te digo una cosa, mi Luisito, hay que apresurarse, y mucho incluso. El jueves fui a cenar a casa de Hernando; me temo que no contaremos con ellos como testigos, pues tienen intención de marcharse pronto al Midi,[12] tendrías que hacer rápidamente tus papeles. Hernando te encarga un frac y Lulu ¡¡¡un bonito vestido!!!

Pero, Luisito, ¿adónde iría yo si te quedas en Madrid? Estoy segura de que podría estar contigo unos meses, ¿no? Dime… Después podrás decirme «al diablo, Juanita», y me marcharía… De todo esto volveremos a hablar de viva voz.

El lunes iré a ver al doctor, porque al parecer es necesario y Lulu insistió mucho en que vaya.

Mi Luisito, me gustaría que los quinientos primeros francos fueran para mí, ¿crees que puedo contar con ellos? Me haría muy feliz.

No olvides tu carnet de identidad, sobre todo.

Muchos besos de tu

JUANITA

P. D.: Saludos a Conchita. ¿Qué cuenta? Escribiré en cuanto tenga tu carta. Muchos besos.

«¿Yo, que pongo toda mi vida en la tuya?».

Adèle Foucher a Victor Hugo 12

de julio de 1822

Todos los días pienso en cuán dulce es la confianza que tengo en ti; mi vida transcurrirá junto a una persona que me conocerá por entero, que recibirá todos mis pensamientos, que escuchará todo cuanto se me ocurra con indulgencia y que responderá a esta confianza sin fisuras del mismo modo, pues, si no fuera así, entonces todo se rompería. Pero también veo mi futuro tal como mi Victor me lo ha anunciado; me ha dicho que mi alma será siempre inseparable de la suya, que yo sabré todo cuanto suceda. Esa será la clase de unión que siempre existirá entre nosotros. Tú me lo prometiste, Victor mío, ¿lo recuerdas? Jamás podrá ser de otro modo, porque, de lo contrario, ¿cómo podría yo vivir? ¿Yo, que pongo toda mi vida en la tuya? ¡Oh! Jamás, Victor, hallarás a nadie que sienta un amor más puro y más desinteresado. Siempre me pregunto por qué, siendo como soy tan poca cosa, has querido amarme; para mí eso es motivo de orgullo y me hace sentir por encima de las demás criaturas.

«Pero tu esposa, ¡jamás de los jamases!».

Jane Welsh a Thomas Carlyle Haddington, 6 de septiembre de 1823

Mi querido amigo:

Amigo mío, te quiero. Lo repito, aunque la expresión sea temeraria. Los mejores sentimientos de mi naturaleza se ocupan de quererte. Pero si fueras mi hermano te querría igual, si estuviera casada con otro te querría igual; y este sentimiento es calmo y delicioso, aunque tan desapasionado como para recompensar la libertad de mi corazón, como para reconciliarme con la existencia de una mujer casada cuyas esperanzas, deseos y ambiciones son diferentes de los míos, cuyas preocupaciones y ocupaciones no son de mi agrado. ¡Oh, no! ¡Seré tu amiga, tu amiga fiel y devota, hasta mi último aliento de vida! Pero tu esposa, ¡jamás de los jamases!

9

AMOR MÁS ALLÁ DE LA PAREJA

A) AMOR FAMILIAR

«Insisto en decirte que te adoro; sueña conmigo, lo necesito».

Alfonsina Storni a su hijo Alejandro Querido Alejandro:

Te hago escribir con mi mucama; pues anoche he tenido una pequeña crisis y estoy un poco fatigada, solamente para decirte que te adoro, que a cada momento pienso en ti, nada más por ahora para no cansarme e insisto en decirte que te adoro; sueña conmigo, lo necesito. Besitos largos, ALFONSINA «Es la víspera de santo Tomás […], reza […] para que nos encontremos felizmente en el cielo».

Tomás Moro a su hija Margaret Roper Que nuestro Señor te bendiga, buena hija, y a tu buen marido, y a tu pequeño, y a todos los tuyos, y a todos mis hijos, y a todos mis ahijados y a todos nuestros amigos.

Encomiéndame cuando puedas a mi buena hija Cicely, por quien suplico a nuestro Señor que la consuele [...]. Es la víspera de santo Tomás y la octava de las festividades de san Pedro; y por eso mañana anhelo ir con Dios: será un día muy conveniente para mí [...]. Adiós, mi querida niña, reza por mí, y yo lo haré por ti y por todos tus amigos para que nos encontremos felizmente en el cielo...

«La alegría que tengo con lo que me dices de que voy a ser padre».

Miguel Hernández a Josefina Manresa No sé cómo decirte la alegría que tengo con lo que me dices de que voy a ser padre, y cuando lo he leído te hubiera llenado de besos de arriba abajo, mujer, compañera, tormento mío. Ya me parece que eres de cristal y que en cuanto te des un golpe, por pequeño que sea, te vas a romper, te vas a malograr, me

voy a quedar sin ti […], que nuestro hijo nazca alegre, fuerte y que tú no te pongas débil ni fea ni enfermes.

«Quiérelos mucho a los dos, cuídalos bien, y diles que su papá no los olvida».

Émile Zola a Jeanne Rozerot Me hace muy feliz saber que nuestros lindos hijos se portan bien. Has obrado correctamente al no forzar a Denise a bañarse, basta con que chapotee; y dile que cuando sea mayor podrá comer gambas de un dedo de largas. Si el señor Jacques ya está echando los dientes, es señal de que se convertirá en un gran chico. Yo le habría plantado un gran beso cuando dio sus primeros pasos él solo, si hubiera estado allí. Quiérelos mucho a los dos, cuídalos bien, y diles que su papá no los olvida.

Es necesario que sigas así, querida mujer, comiendo bien y procurándote cuantas más distracciones mejor; veo que eres feliz y que los bebés no te absorben por completo. Por fin serás libre cuando Jacques deje de mamar, y podrás descansar de una vez.

Os mando un abrazo, queridos y querida, con toda la fuerza de mi

corazón. Besos y más besos siempre.

«Estaré muy contenta de poder reunirme contigo en cuanto nazca mi hijo».

María Luisa de Austria a Napoleón Bonaparte Aix, 18 de agosto de 1814

Mi querido amigo:

Estaré muy contenta de poder reunirme contigo en cuanto nazca mi hijo [...]. Puedes creerme cuando te digo que estoy deseando ir, pienso afrontar todos los obstáculos que surjan, y ten por seguro que, a menos que empleen la fuerza para impedírmelo, muy pronto estaré contigo, aunque ignoro cuánto tiempo me llevará.

Me entristece mucho no poder encontrarme ya a tu lado en tu feliz isla, que para mí será como un paraíso, te lo digo sinceramente, si fuera yo quien me opusiera a venir aquí, [*sic*] te lo escribiría con total franqueza; me conoces lo suficiente para saber que es así, y te suplico que no creas todo lo que puedan decirte al respecto. [...] Te beso y te amo con ternura.

Tu fiel y afectuosa amiga,

Louise

B) AMISTAD

«No he conocido en toda mi vida a ningún hombre a quien haya admirado y querido más que a ti».

Capitán Robert Falcon Scott a J. M. Barrie Estamos en una situación desesperada, los pies congelados, etcétera. Sin combustible y muy lejos de la comida, pero no le pesaría a tu corazón hallarse en nuestra tienda, oír nuestras canciones y la alegre conversación sobre lo que haremos cuando lleguemos a Hut Point.

Más tarde […] Estamos muy cerca del final, pero no hemos perdido ni perderemos nuestro buen talante. Hemos pasado cuatro días de tormenta en nuestra tienda y no hay comida o combustible por ninguna parte. Teníamos la intención de acabar con nuestra vida cuando las cosas se pusieran así, pero hemos decidido morir de forma natural en la pista.

Te pido, querido amigo, como moribundo, que seas bueno con mi mujer y mi hijo. Proporciónale al chico una oportunidad en la vida si el Estado no lo hace. Debería tener algo bueno dentro […]. No he conocido en toda mi vida a ningún hombre a quien haya admirado y querido más que a ti, pero nunca pude demostrarte cuánto significaba para mí tu amistad, ya que tú tenías mucho que dar y yo nada.

C) AMOR MÍSTICO

«Nos movemos en Él como los peces en el mar».

Sojourner Truth a sus amigos

Queridos amigos:

He visto más de cien Años Nuevos antes de este, y os envío una felicitación de Año Nuevo a todos y cada uno de vosotros. Hablamos de un comienzo, pero no hay más comienzo que el principio de un mal. Todo lo demás viene de Dios y es de eternidad a eternidad.

Todo lo que tiene un principio tendrá un final. Dios es infinito y todo lo que es bueno es infinito. Jamás contemplaremos a Dios, solo alcanzamos a verlo en el otro. Él es un gran océano de amor, y vivimos y nos movemos en Él como los peces en el mar, llenos de Su amor y espíritu, y Su trono está en los corazones de Su pueblo.

Se me ocurren estas ideas desde que tenía cien años, y puede que, si vosotros, amigos míos, vivís también hasta los cien, tengáis mejores ideas que estas. Se ha convertido este en un mundo nuevo. […]

Me alegro de que os acordéis de mí y de poder enviaros mis pensamientos con la esperanza de que se multipliquen y den fruto. Si vivo para ver otro día de Año Nuevo, espero poder enviar más pensamientos nuevos.

«El amor genuino es inmortal».

Louisa May Alcott a Maggie Lukens 14 de febrero de 1884

Si en mi vida presente amo de verdad a una persona, no importa quién, creo que volveremos a encontrarnos en algún lugar, aunque dónde o cómo no lo sé ni me importa, porque el amor genuino es inmortal.

«Te amé demasiado tarde,
pero te amaré siempre».

Señorita de Eon al Cristo

La señorita, nacida caballero, de Eon fue toda una celebridad en el Siglo de las Luces. Intelectual y escritor de primer plano, diplomático de alto rango, irresistible para cualquier hombre cuando se disfrazaba de mujer, guardó todo su misterio en cuanto a su identidad de género, casi un asunto de Estado. Esta carta al Cristo da muestras de su profunda belleza interior y devoción religiosa.

Me muero de ganas por morirme en tu temor y tu amor. Ausente de mi Dios, siempre alejada de lo que amo, languidezco. ¿Qué puedo ver si no te veo? Para verte, me muero lamentándome por no poderme morir. Sin ti, no puedo vivir. Aquí la vida es muerte y la muerte es una victoria para mí. Vivir sin ti, ¿es vivir? Morir contigo, quien el día de tu gloria me resucitarás, ¿es morir? ¡Oh, belleza, tan antigua y nueva! Te amé demasiado tarde, pero te amaré siempre. Solo tú eres adorable, para amarte.

IV

EL AMOR Y SUS MALES



1

PEQUEÑOS REVESES DEL AMOR INCONCLUSO

A) RECHAZO

«Llena tu soledad de mí un poco».

Miguel Hernández a María Cegarra Querida María:

Ya hace mucho tiempo que no me escribes, que me dedico a escribirte yo a ti. No sé los motivos del silencio tuyo. Supongo que serán muchas tus ocupaciones [...]. Pienso en ti y te veo tan sola en ese pueblo tristísimo que me da angustia, María. Por eso me gustaría estar escribiéndote continuamente [...]. Tú eres dueña de tu corazón y puedes hacer y harás siempre lo que oigas en su sangre. No dejes de escribirme, María. Dime muchas cosas, muchas cosas, muchas cosas, las más sencillas y las más pequeñas de tu vida, sobre todo. Llena tu soledad de mí un poco y dime cómo ruedan los días para ti. Quisiera que no tardaras en escribirme. Necesito ahora noticia de todos mis amigos lejanos más que nunca. Estoy solo, a pesar de todo, más solo que tú, aquí. Tú, María, recibe, en cuanto quiera, todo el corazón que puedo darte de mí, con un adiós.

«¿De dónde sales, Hawthorne? ¿Con qué derecho bebes de mi cántaro de vida?».

Herman Melville a Nathaniel Hawthorne Esta carta farragosa de Melville a Nathaniel guarda el secreto más íntimo del escritor: su amor imposible que sublimará en la figura de la ballena blanca, inalcanzable, solo muerta. *Moby Dick* está en ciernes entre las líneas de esta carta.

Pittsfield, lunes por la tarde

Mi querido Hawthorne:

[…] Mi paz y mi cena, querido Hawthorne, son mi recompensa. Por ello, la alegría y el júbilo que me produce recibir tu carta no es el premio a lo duro que he trabajado en mi libro, sino que es un regalo de la buena diosa por encima de lo estipulado, pues ningún hombre sabio esperará el agradecido reconocimiento de sus semejantes, de ninguno de ellos. ¡Reconocimiento! ¡Aprobación! ¿Acaso se valora el amor? ¿Por qué, si ya en Adán se encuentra el significado de esta gran alegoría que es el mundo? Nosotros, pigmeos, debemos contentarnos entonces con estas alegorías en papel, aunque no lleguen a comprenderse. Te garantizo que tu aprecio es mi gloriosa gratificación.

[…] Me entregaron tu carta anoche camino de casa del señor Morewood, y la leí allí. Si hubiera estado en mi casa, me habría sentado a contestarla enseguida. Las magnanimidades divinas son espontáneas e instantáneas en mí: hay que atraparlas mientras se

pueda. El mundo gira y asoma su otro lado. Así que ahora no puedo escribir lo que experimenté, aunque me sentí panteísta: tu corazón latía en mis costillas y el mío en las tuyas, y ambos en las de Dios. Una indescriptible seguridad me embarga en este momento porque has comprendido el libro. He escrito un libro excelente y me siento inmaculado como el cordero. Hay en mí inefables sociabilidades. Me sentaría a cenar contigo y con todos los dioses del Panteón de la antigua Roma. Se trata de un sentimiento extraño, no hay esperanza en él ni desesperación. Sí hay satisfacción e irresponsabilidad, pero sin una libertina inclinación. Hablo ahora de mi más profundo sentido de la existencia, no de un sentimiento fortuito.

¿De dónde sales, Hawthorne? ¿Con qué derecho bebes de mi cántaro de vida? Y cuando me lo llevo a los labios, son los tuyos y no los míos. Siento que la divinidad ha quedado dividida, como el pan en la última cena, y que nosotros somos los pedazos. De ahí esta infinita fraternidad de sentimientos. Compadeciéndome ahora con el papel, mi ángel pasa otra página. No daba un penique por el libro. Pero, de tanto en tanto, mientras iba leyendo, comprendía el omnipresente pensamiento que lo impulsaba y que tú elogiabas. ¿Acaso no fue así? Fuiste lo bastante arcángel para despreciar el cuerpo imperfecto y abrazar el alma. Una vez abrazaste al feo de Sócrates porque viste la llama en la boca y oíste el correr del demonio —tan familiar—, y reconociste el sonido por haberlo escuchado en tu propia soledad.

Mi querido Hawthorne, el evocador escepticismo me invade ahora y me hace dudar de mi cordura al escribirte así. Créeme, ¡no estoy loco, excelentísimo Festus! Pero la verdad es siempre incoherente, y cuando los grandes corazones se encuentran, la conmoción es un tanto aturdidora. Adiós. No escribas una palabra sobre el libro. Eso sería privarme de mi miserable deleite. Lamento de todo corazón haber escrito sobre ti, fue irrisorio. ¿Cuándo terminaremos de crecer, Señor? Mientras tengamos algo más que hacer, no habremos logrado nada. Así que deseémosle ahora lo mejor a *Moby Dick* y partamos de ahí. Leviatán no es el animal marino más grande; he oído hablar del Kraken.

«Si me permitiera amarlo, solo podría disfrutar de una brillante y breve hora de éxtasis y morir».

Sarah Helen Whitman a Edgar Allan Poe 27-29 de septiembre de 1848

[…] Puede que intente convencerme de que le agrada mi persona, que le interesa mi semblante, pero cambio tanto en este sentido que inevitablemente lo decepcionaría si esperara encontrar mañana en mí el mismo aspecto que lo ha conquistado hoy. Y, de nuevo, aunque mi reverencia por su intelecto y mi admiración por su genio hacen que me sienta como una niña en su presencia, no es, quizá, consciente de que soy varios años mayor que usted. Me temo que no lo sabe, y que si lo hubiera sabido no se habría enamorado de mí. […] Creo que ahora no puedo decirle todo lo que le prometí. Solo puedo garantizarle que, si gozara de juventud, salud y belleza, viviría por usted y moriría con usted. Ahora, si me permitiera amarlo, solo podría disfrutar de una brillante y breve hora de éxtasis y morir tal vez [ilegible].

«Soy vieja en todos los aspectos, no soy buena en nada».

Estelle Fornier a Hector Berlioz [Lyon, 29 de septiembre de 1864]

Señor:

[…] No soy más que una mujer anciana. Desde que perdí a mi mejor amigo, hace veinte años, no he buscado a ningún otro; he

conservado algunos pocos de antiguas relaciones y aquellos a los que estoy unida de forma natural por parentesco. Desde el aciago día en que enviudé, rompí todas mis relaciones, dije adiós a los placeres, a las distracciones, para consagrarme por entero a mi mundo interior, a mis hijos […]

En su carta del 27 del corriente me dice que solo alberga un deseo, que yo sea «su amiga» con la ayuda de un intercambio de cartas. ¿Cree usted seriamente que eso es posible? Apenas lo he tratado en los cuarenta y cinco años que han transcurrido, y volví a verlo unos instantes el viernes pasado; por consiguiente, no puedo apreciar ni sus gustos, ni su carácter, ni sus cualidades, que son las únicas cosas en las que se fundamenta la amistad.

B) FRACASO

«Algo que […] hubiera podido ser muy bonito, acabó resultando un fracaso para ambos».

Eva a Edvard Munch Estoy orgullosa de haberte amado locamente, y ello convierte en puro todo cuanto hice; no sé si te has comportado mal conmigo, posiblemente no tenías mala intención, querías conseguir tu flor primaveral. Yo pretendía alcanzar a través de ti una felicidad que jamás había conocido, quería bañarme y refrescarme en el fuego de la vida, quería que me arrastraras a él, y podrías haberlo hecho,

pero no lo hiciste, porque hasta ese momento el calor de un amor verdadero nunca te había mostrado el camino. Y así, algo que, tanto para mí como para ti, posiblemente para cada uno a su modo, hubiera podido ser muy bonito, acabó resultando un fracaso para ambos.

«Te pertenezco por completo».

Franz Kafka a Felicie 21 de enero de 1913, 2.30 p. m.

Muchas gracias por tu carta, querida. […]
Pero ahora que tengo tu carta me apresuro a proponerte, cariño, no volver a echarnos nada en cara nunca más, ya que no se nos puede considerar responsable a ninguno de los dos. La distancia es tan grande, la perpetua superación de la misma tan atormentadora, que a veces me dejo ir y por un momento no puedo recomponerme. Añade luego mi desdichada propensión a una de las siguientes tres posibilidades: estallar, derrumbarme o consumirme. Mi vida consiste en una sucesión de estas tres posibilidades. Mi pobre y admirable amada, ¡que se ha metido en semejante lío! Te pertenezco por completo; esto es lo que puedo decir como resultado de inspeccionar mis treinta años de vida…

C) AMOR IMPOSIBLE

«Entre mí y el dicho Garcilaso hubo amistad y cópula carnal».

Doña Guiomar Carrillo sobre su amor por Garcilaso de la Vega A Garcilaso, de primera novia: Sepan cuantos esta carta […] vieren como yo, (la muy magnífica señora) doña Guiomar Carrillo […] digo que, por cuanto yo, siendo como era mujer libre y no desposada ni casada ni monja, ni persona de orden ni religión, tuve amistad del muy magnífico caballero Garcilaso de la Vega […], entre mí y el dicho Garcilaso hubo amistad y cópula carnal mucho tiempo, de la cual cópula carnal yo me empreñé del dicho señor Garcilaso, y parí a don Lorenzo Suárez de Figueroa, hijo del señor Garcilaso y mío; siendo asimismo el señor Garcilaso hombre mancebo y suelto, sin ser desposado ni casado al dicho tiempo y sazón […].

«¿Acaso es posible soportar algo así?».

Charles Baudelaire a su madre Caroline Sábado, 27 de marzo de 1852, a las dos de la tarde

Jean se ha convertido en un obstáculo, no solo para mi felicidad —lo cual no tendría apenas importancia; yo también sé sacrificar mis placeres, y lo he demostrado—, sino también para el perfeccionamiento de mi espíritu. Los nueve meses que acaban de transcurrir constituyen una experiencia decisiva. Jamás los grandes deberes que me he impuesto, el pago de mis deudas, la conquista de mis títulos de fortuna, alcanzar la celebridad, el resarcimiento por los dolores que te he causado, nada de todo ello podrá llevarse a buen término en estas condiciones. En otro tiempo ella tenía ciertas cualidades, pero las ha perdido, y yo he ganado en clarividencia. VIVIR CON UN SER que no muestra la menor gratitud por mis esfuerzos, que los contraría con una torpeza o una malevolencia permanentes, que solo me considera su sirviente o alguien de su propiedad, con quien resulta imposible intercambiar una palabra de política o de literatura, una criatura que no quiere aprender nada, aunque

yo mismo le haya propuesto darle clases, una mujer que NO ME ADMIRA y que ni siquiera se interesa por mis estudios, que arrojaría mis manuscritos al fuego si ello le reportara más dinero que la publicación de los mismos, que echa al gato, mi única distracción en la casa, y deja entrar a los perros porque la mera visión de un perro me molesta, que no sabe, o no quiere comprender, que ser muy tacaño durante UN solo mes me permitiría, gracias a ese descanso momentáneo, terminar un libro de gran extensión. En definitiva, ¿acaso es posible soportar algo así? Te escribo esto con lágrimas de vergüenza y de rabia en los ojos; y, a decir verdad, estoy encantado de que no haya ningún arma en casa; pienso en los casos en que me resulta imposible obedecer a la razón, y en aquella terrible noche, cuando le abrí la cabeza con una consola. […] He resuelto lo siguiente: empezaré por el principio, es decir, marchándome. […] Que se vaya al infierno, si ese es su deseo. He desperdiciado diez

años de mi vida en esta lucha. Todas las ilusiones de mis años juveniles han desaparecido. Solo me ha quedado una amargura que quizá ya sea eterna.

«Lo mire por donde lo mire, ¡no veo más que infelicidad!».

Gustave Flaubert a Louise Colet
Sábado, 8 de agosto de 1846

Desde que nos dijimos que nos amábamos, me preguntas de dónde procede mi reticencia a añadir «eternamente». ¿Por qué? Porque yo adivino el futuro; y entonces la antítesis surge ante mis ojos [...]. Estoy enfermo de ti.

Tú crees que me amarás por siempre, criatura. ¡Menuda presunción, viniendo de unos labios humanos! En cambio, yo te trato con brusquedad, te atormento. Sabes que mis caricias son feroces. No importa, prefiero inquietar tu felicidad ahora que exagerarla fríamente, como hacen todos, para que cuando la pierdas sufras más… ¿Quién sabe? Quizá dentro de un tiempo me agradezcas que haya tenido la valentía de no haber sido tan cariñoso. ¡Ah!, si yo hubiera vivido en París, si hubiera podido pasar todos los días de mi vida cerca de ti, sí, me habría dejado arrastrar por esa corriente sin pedir auxilio. Habría hallado en ti, para mi corazón, mi cuerpo y mi cabeza, una satisfacción cotidiana de la que nunca me cansaría. ¡Pero al estar separados, destinados a vernos solo de vez en cuando, semejante perspectiva resulta terrible! Y qué hacer, entonces… No concibo cómo pude dejarte. ¡Es muy propio de mí, eso! Está profundamente arraigado en mi lamentable naturaleza; si tú no me amases, me moriría; pero, como resulta que me amas, te escribo pidiéndote que te refrenes.

Detesto mi propia estupidez; y es que, lo mire por donde lo mire, ¡no veo más que infelicidad! Hubiera querido pasar por tu vida como un agradable arroyo, que refrescara sus secas orillas, y no como un torrente que la devastase; mi recuerdo habría hecho estremecer tu carne y sonreír a tu corazón. ¡No me maldigas jamás! Antes de que deje de amarte, te habré querido mucho. Yo te bendeciré siempre. Preservaré tu imagen, embebida de poesía y cariño, como el vapor lechoso que desprendía la niebla plateada ayer por la noche.

«¿Cree que a estas edades nos está permitido tener sentimientos?».

Madame du Deffand a Horace Walpole París, 27 de octubre de 1766

Viernes, a las dos

¿Qué le sucede, señor? ¿Se ha vuelto loco? ¿Quiere ponerme a prueba? ¿Se ha propuesto confundirme? ¿Qué pretende? ¿Qué quiere de mí? ¿Acaso no tiene cuarenta y nueve años? ¿Y no tengo yo setenta? ¿Cree que a estas edades nos está permitido tener sentimientos? ¿Qué es todo eso de la amistad? No es más que un amor disfrazado que cubre de ridículo. Y, además, ¿a qué viene esa preocupación por mi salud? ¿Qué le importa a usted que yo viva o muera? ¿Tiene intención de verme? ¿Acaso no ocupan todo su tiempo los asuntos públicos? ¿Le parece razonable abandonarlos por mí, después de haber consentido en sacrificar su vida por ellos?

«¿Y por qué te hacen feliz? Si

son tus "favoritas"».

Franz Kafka a Milena [Praga, 30 de julio de 1920]

Viernes

Siempre quieres saber, Milena, si te amo, pero se trata, al fin y al cabo, de una difícil cuestión a la que no puedo dar respuesta en una carta —ni siquiera en la carta del pasado domingo—. Me aseguraré de explicártelo la próxima vez que nos veamos —si mi voz no me falla—.

[…] Siento mucho lo de las flores que recibiste; tanto que ni siquiera puedo descifrar qué tipo de flores eran. Y ahora están en tu habitación. Si yo fuera tu armario, saldría de repente de la habitación a plena luz del día y esperaría en el vestíbulo al menos hasta que las flores se marchitaran. No, eso no está bien […], ni siquiera entonces se habrían marchitado las flores. ¿Y por qué te hacen feliz? Si son tus «favoritas», entonces todas las flores de esta especie en la tierra deberían de hacerte feliz, así que ¿por qué estas en particular? […] No, no puedo olvidar las flores. La Kärntnerstraße, bueno eso es un cuento de miedo o un sueño, soñado un día nocturno, pero las flores son reales, llenan el jarrón (un «puñado», dices y las acercas a ti) y no se pueden tocar porque son tus «flores favoritas». […] ¿Por qué estás triste? ¿Ha pasado algo y no me lo quieres contar? No, eso es imposible.

«Usted se ha olvidado por completo de mí».

Grazia Deledda a Stanis Manca Nuoro, 1 de junio de 1892

Querido mío… ¡no sé cómo llamarlo, si *señor* o *amigo*! Lo cierto es que, a juzgar por la correspondencia, ya no somos tan buenos amigos como antes, ¿no le parece? Quiero decir que usted se ha olvidado por

completo de mí, y toda aquella fervorosa amistad que decía profesarme ha desaparecido, se ha disuelto, así, ¡como un sueño!

Sin embargo, yo, puede creerme, no lo he olvidado en absoluto; después de su última nota, le escribí dos o tres veces —no lo recuerdo exactamente, porque ya han pasado tres meses—, y usted no me respondió. ¿Por qué? Dígamelo.

Siempre estoy con la duda de si lo he ofendido de algún modo, pero no soy consciente de en qué he podido hacerlo, ni en el porqué ni en el cómo. Y al mismo tiempo estoy persuadida de que no le he dado ningún motivo para que se ofenda, o si lo he hecho, ha sido inconscientemente.

Por lo demás, ya le he pedido perdón, con humildad. Vuelvo a pedírselo de nuevo, y si se digna a concedérmelo, ¡le prometo que me volveré seria y que escribiré siempre con los guantes puestos! Pero, vaya, estoy segura de que esta vez tampoco me responderá. Le escribo de nuevo porque, en un momento de íntimo tedio, esta mañana, me he acordado de usted y de nuestra anterior amistad; y entonces, una idea ha cruzado mi cabecita, me ha hecho sonreír, me ha provocado un instante de amargura y de hilaridad y de iluminación, todo ello confuso y al mismo tiempo. ¿Quiere que le exprese ese pensamiento con total franqueza?

Pues he pensado, o mejor, el pensamiento me ha visitado y me ha dicho que, al leer mis cartas espiritualmente afectuosas en exceso, ha podido creer que me había enamorado de usted, y entonces se ha formado una idea equivocada de mí, ¡y me ha retirado su amistad, por considerarla indigna!… ¡Oh, Stanis, eso es lo que he pensado!

Discúlpeme si me expreso con tanta rudeza, con tanta franqueza; pero ¿cómo hacerlo, si no? Seguramente estaré equivocada; pero si por casualidad, por una de esas misteriosas intuiciones que a veces permiten adivinar las cosas más ocultas, hubiera acertado, se lo ruego, le imploro que vuelva a brindarme su amistad, porque esa suposición es absurda. Sí, se lo aseguro; yo lo quería, en el auténtico sentido de la palabra, pero solo como a un amigo; lo quería como quiero a mis hermanos, y por eso le escribía en aquellos términos, abriéndole toda mi alma, y para que usted me escribiera a mí como seguramente ni siquiera les escribía a sus amigos más íntimos. ¿No es así? […].

¡Adiós! Debería transmitirle un montón de saludos de parte de los

amigos —¿o cómo tendría que llamarlos?— que dejó aquí abajo. Pero como creo que eso no le causaría ni frío ni calor, lo dejo ahí, y solo le envío los míos. Aunque me temo que los míos le producirán el mismo efecto.

En cualquier caso, se los manda con el mismo perfume de las otras veces su vieja y pequeña amiga.

2

AMOR Y REALIDAD: DECEPCIONES, ENCUENTROS, REENCUENTROS

«Porque este poder absoluto
que ejerces en mi voluntad
debe envanecerte. ¿Quién
eres? ¿Qué poder es ese?
¿Quién te lo ha dado?».

Gertrudis de Avellaneda a
Ignacio Cepeda

Señor don Ignacio Cepeda:

¡Una vez por semana…! ¡Solamente te veré una vez por semana…! Bien: yo suscribo, pues así lo deseas y lo exigen tus actuales ocupaciones. Una vez por semana te veré únicamente: pues señálame, por Dios, ese día feliz entre siete para separarlo de los otros días de la larga y enojosa semana. Si no determinases ese día, ¿no comprendes tú la agitación que darías a todos los otros? En cada uno de ellos creería ver al amanecer un día feliz, y después de muchas

horas de agitación y expectativa pasaría el día, pasaría la noche, llevándose una esperanza a cada momento renovada y desvanecida, y solo me dejaría el disgusto del desengaño. Dime, pues, para evitarme tan repetidos tormentos, qué día es ese que debo desear: ¿será el viernes? En ese caso comenzaremos por hoy; si no, será el sábado. ¿Qué te parece? Elige tú: si hoy, lo conoceré viéndote venir; si mañana, avísamelo para que yo no padezca esta noche esperándote. En las restantes semanas ya sabré el día de ella, que tendrá para mí luz y alegría.

Ya lo ve usted, me arrastra mi corazón, no sé usar con usted el lenguaje moderado que usted desea y emplea; pero ¡en todo lo demás soy dócil a su voz de usted, como lo es un niño a la de su madre! Ya ve usted que suscribo a no verle sino semanalmente. Pero ¿no irá usted al Liceo?, ¿ni al baile? Para decidirle a usted, ¿no será bastante que yo le asegure no habrá placer para mí en estas diversiones si usted no asiste?

¡Cepeda! ¡Cepeda! Debes gozarte y estar orgulloso, porque este poder absoluto que ejerces en mi voluntad debe envanecerte. ¿Quién eres? ¿Qué poder es ese? ¿Quién te lo ha dado?… Tú no eres un hombre, no, a mis ojos. Eres el Ángel de mi destino, y pienso muchas veces, al verte, que te ha dado el mismo Dios el poder supremo de dispensarme los bienes y los males que debo gozar y sufrir en este suelo. Te lo juro por ese Dios que adoro, y por tu honor y el mío; te juro que mortal ninguno ha tenido la influencia que tú sobre mi corazón.

«Tres años han cerrado el círculo de mi felicidad».

Amélie Houret de la Morinaie a Beaumarchais

20 de septiembre de 1792

Te ofrecí amistad, reconocimiento; tú rechazaste este tributo de mi corazón y de mi razón. Con gran habilidad, lograste hacerme creer en una gran pasión, una pasión verdadera. Me dijiste, me escribiste que en verdad nunca habías amado a nadie más que a mí, que yo era la quimera de tu vida. Mi estúpida emotividad hizo que me lo creyera todo de buena fe.

[…] Me sentía desgraciada, tú me apoyaste; estaba sensible, parecías amarme; te creí digno de ser a la vez mi amigo, mi benefactor y mi amante. Me parecía encantador, glorioso, honrarte en todo. Todas las prevenciones que tenía en tu contra se desvanecieron, y te creí un dios exiliado en la tierra. Todo cuanto tu encantador ingenio me decía, yo lo tomaba por la expresión de un amor verdadero. Confundí el arrebato de tus sentidos con el transporte de tu alma. En definitiva, cubriste de flores el precipicio; y yo caí en él. […] Me volví loca, te amé perdidamente, exclusivamente…, persuadida de que esta pasión entre nosotros no tendría fin, sería ilimitada. Para mí era cierto. Tres años han cerrado el círculo de mi felicidad. A finales de 1790 me percaté de que para ti solo era una máquina de placer. Tu estilo se volvió impuro y me exigiste que yo también lo adoptara. El amor, que empuja a las mujeres a hacer cuanto les pidan, me hizo acatar tus gustos: cometí el error de responder a unas cartas que llamé acertadamente las tiberiadas,[13] una complacencia por mi parte de la que me arrepentiré mientras viva. Semejante tono no podía por menos que ahuyentar al amor, de modo que ya no pude creer en el tuyo después de tal profanación. Tus continuas negligencias, la bárbara sangre fría con que contemplaste mi aciago porvenir, tus escenas cuando te hablaba de mis inquietudes acerca de la suerte de mi infortunada madre, tu continuo rechazo a ennoblecer nuestra unión como prenda de nuestro amor… ¡Un amante falso, incluso estando en mis brazos! Todo me decía a cada instante: «¡Él no me quiere!». Y a fuerza de que todo mi ser repitiera sin cesar aquellas palabras homicidas, estuve a punto de matarme.

[…] No quieres que exhiba un alma superior a la tuya, y ha sido la indignidad de mi comercio —como tú mismo la llamas, entre otras injurias— lo que nos ha separado. ¡Ah! Aquella que te fue fiel durante

cuatro años y medio debería ser merecedora de tu eterno respeto, de tu perfecta estimación. Para ser tu amante solo se precisaba albergar un amor moral en el corazón…y yo lo poseía, y poco me importaba que no fueras más que el joven amante que dispensaba placer a su antojo. Tus excusas a este respecto despertaban mi compasión, tus consejos de que tomara un amante de mi edad me parecían un delirio. «¡Ah, Dios mío! —me decía yo—, entonces él no cree que el amor basta para ser feliz». Ninguna mujer puede prescindir más fácilmente que yo de ese placer que vosotros, seres groseros para quienes en el amor solo cuentan vuestros sentidos, deificáis. El mayor placer de todos es el de dar, y estoy realmente convencida de que es así porque mi sacrificio habría sido muy poca cosa si yo no les hubiera otorgado la suficiente importancia a esas virtudes propias de mi sexo, que solo pueden recibir el nombre de *virtud* cuando el sacrificio conlleva algún coste. La continencia, la abstinencia incluso […].

«No es éxtasis, es tranquilidad sublime. La he sentido en tus brazos».

Mary Wollstonecraft a William Godwin

4 de octubre de 1796

Me hubiera gustado cenar hoy contigo, después de terminar tu ensayo, para que mis ojos y labios, no quiero decir exactamente mi voz, pudieran haberte dicho que te han elevado en mi estima. ¡Qué palabra tan fría! Yo diría «amor», si prometes no discutir sobre su propiedad, cuando quiero expresar un afecto creciente fundado en un conocimiento más íntimo de tu corazón y entendimiento.

El término «voluptuoso» expresa con frecuencia un significado que no pretendo ofrecer ahora. Lo describiría como uno de esos instantes en que los sentidos se ajustan con exactitud a la resonante ternura del corazón y según la razón te incita a vivir el momento presente, sin importar el pasado o el futuro. No es éxtasis, es tranquilidad sublime.

La he sentido en tus brazos. ¡Silencio! Que no vea la luz, iba a decir que no la escuche —estas confesiones solo deben ser pronunciadas ya sabes dónde, cuando las cortinas estén levantadas y todo el mundo fuera—. ¡Ay de mí!

Me gustaría encontrarte en casa cuando lleve esta carta para depositarla en el buzón; para dejar caer un beso con ella en tu corazón hasta que nos encontremos más cerca.

«Ya te amo tanto que casi me parte el corazón».

Emily Dickinson a Susan Gilbert, Susie

Carta de principios de la primavera de 1852

Cuando vengas a casa, querida, ya no tendré tus cartas, cierto, pero te tendré a ti, que es mejor —¡Oh, más y mejor de lo que puedo imaginar! Aquí estoy, sentada con mi pequeño látigo, dejando pasar el tiempo, hasta que no quede ni una hora—. ¡Y entonces, aquí estás! Y aquí está la alegría, ¡alegría ahora y para siempre!

Cuando miro a mi alrededor y me encuentro a solas, vuelvo a suspirar por ti; pequeño suspiro y vano suspiro que no te traerán a casa.

Te necesito cada vez más, y se ensancha el gran mundo… cada día que pasas lejos. Echo de menos a mi corazón más grande; el mío da vueltas y llama a Susie… Susie, perdóname, cariño, por cada palabra

que digo; mi corazón está lleno de ti… Sin embargo, cuando intento decirte algo que no es para el mundo, me fallan las palabras… Crecerá mi impaciencia hasta que llegue ese querido día; hasta ahora solo he llorado por ti, ahora empiezo a esperar por ti.

Susie, ¿vendrás a casa el próximo sábado, y serás mía de nuevo, y me besarás como solías hacer?… Te anhelo tanto y tengo tantas ganas de ti, siento que no puedo esperar, siento que debo tenerte, que la expectativa una vez más de volver a ver tu rostro me hace sentir calor y fiebre, y mi corazón late tan rápido…

Estas uniones, mi querida Susie, por la que dos vidas son una, esta dulce y extraña arrogación que solo podemos atisbar, y en la que todavía no somos admitidas, cómo puede colmar el corazón y hacer que lata de manera desbocada, cómo nos llegará un día, y nos hará solo suyas, ¡y no huiremos de ella, sino que permaneceremos inmóviles y seremos felices!

[…] Gracias por amarme, cariño, y «¿me amarás más si alguna vez vuelves a casa?»; es suficiente, querida Susie, sé que me bastará. Pero ¿qué puedo hacer por ti? Más querida no puedes ser, porque ya te amo tanto que casi me parte el corazón. Quizá pueda amarte de nuevo, cada día de mi vida, cada mañana y cada tarde. Oh, si me dejaras, ¡qué feliz sería!

«¡Vas a venir por fin!».

Suzette Gontard a Friedrich Hölderlin

¿Vendrás mañana, querido? Creo que sí, pero no quiero confiarme; me sumiría en un estado de gran melancolía si no te viera. Es como si mi alma te hubiera inspirado la decisión de vivir rodeado de tu familia, y esas son las circunstancias que ahora ya te impelen a hacer por tu buena hermana todo cuanto esté en tu mano.

¡Qué reconfortante será para tu corazón tener a tu lado a un ser

que percibe el amor con fervor y en quien puedes confiar, y cómo no debería alegrarme por ello! […]

Nadie podrá arrebatarme esta certeza. Quiero sostenerte la mirada y aguantar estoicamente mientras me estrechas la mano, sin turbarme demasiado ante la perspectiva de tener que seguir esperando con paciencia tras una separación tan larga, mientras aguardo a que llegue la siguiente. E infundirte valor. […]

Si vienes próximamente a la ciudad y ves un pañuelo blanco anudado a la ventana, no envíes las cartas y regresa al día siguiente. Si no ves nada, envíalas sin tardanza y vuelve para hacerme una señal de nuevo.

Jueves por la mañana

¡Vas a venir por fin! ¡Toda la región está muda y vacía en tu ausencia! Tengo mucho miedo, ¿cómo quieres que mi corazón guarde en secreto unos sentimientos tan intensos, y que tanto me agitan…, si tú no vienes?

Y si vienes, me resultará igualmente difícil encontrar el equilibrio y no experimentar sensaciones demasiado vivas. Prométeme que no regresarás para marcharte sin más, porque si no tengo en mente esta promesa, permaneceré en la ventana hasta la mañana siguiente, bajo una lluvia intensa y en un gran estado de agitación, y al final tendremos que recobrar la calma de todos modos. Así pues, prosigamos confiados nuestro camino, mantengamos dentro de nuestro dolor un sentimiento de felicidad, y roguemos por que este dolor perdure mucho, mucho tiempo, porque él conferirá a nuestra sensibilidad toda su nobleza y su fuerza.

¡Adiós! ¡Adiós! Bendito seas.

3

TORMENTOS DEL AMOR: SÚPLICAS, AMENAZAS, CHANTAJE

«¿Hay algo que yo debería saber?».

Eva a Juan Perón

Mi querido Juan:

Sentí que quería quedarme allí para siempre. Al lado tuyo y en tus brazos. Cuando este fin de semana me llevaste a tu casa en el Tigre, toqué el cielo con las manos […]. Quedamos unidos para siempre por la palabra y por la piel. Quedé marcada de por vida. Fue el comienzo de mi nueva vida. Me dijiste que te estaban las mujeres decididas. De eso no me olvidé nunca. Fue así que empezó mi nueva vida. Pero, Juan querido, no me has invitado nunca a tu casa. ¿Hay algo que yo debería saber? ¿Algo que no me has contado?

«Qué sentimiento mío».

Lope de Vega a Marta de Nevares Yo estoy perdido, si en mi vida lo estuve, por alma y cuerpo de mujer, y Dios sabe con qué sentimiento mío, porque no sé cómo ha de ser ni durar esto, ni vivir sin gozarlo.

«Si dentro de tres días no estoy de vuelta con mi mujer [...], me saltaré la tapa de los sesos».

Paul Verlaine a Arthur Rimbaud
En el mar [3 de julio de 1873]

M. Arthur Rimbaud, 8 Great College,
Camden Town, N. W. Londres
Muy urgente. O en caso de devolución:
Roches, cantón de Attigny, Ardenas, Francia
(en casa de la señora Rimbaud)

Amigo mío:

No sé si aún estarás en Londres cuando te llegue esta carta. Sin embargo, he de decirte que, sea como sea, has de comprender que no tuve más opción que irme: ¡esta vida violenta y todas esas escenas sin motivo fruto de tu fantasía me estaban jodiendo a más no poder! Ahora bien, como te quise tantísimo —¡mal rayo parta a quien malpiense!—, también te digo que, si dentro de tres días no estoy de vuelta con mi mujer, en perfectas condiciones, me saltaré la tapa de

los sesos: tres días de hotel, una «rivolvita»;[14] todo eso cuesta una pasta; de ahí mi «tacañería» de los últimos días. Tendrás que perdonarme por ello.

Si, como parece bastante probable, tuviera que cometer esta última estupidez, al menos lo haré como un estúpido de los buenos. Mi último pensamiento, amigo mío, será para ti; para ti, que el otro día me llamaste las peores cosas; para ti, a quien no quiero volver a ver, aunque para ello haya tenido que darte puerta. ¡POR FIN! ¿Quieres que te dé un beso de los que matan?

Tu pobre,

P. VERLAINE

En cualquier caso, no volveremos a vernos. Si mi mujer viene, tendrás mi dirección, y espero que me escribas. Entretanto, en un plazo de tres días, ni uno más, ni uno menos, envíame el resto del correo a Bruselas, a mi nombre.

Devuélvele a Barrère sus tres libros.

«Ya estoy muerto».

Auguste Rodin a Camille Claudel 1886

Mi feroz amiga:

Mi pobre cabeza está muy enferma, y no puedo levantarme por las mañanas. Esta tarde he caminado —durante horas— sin dar con nuestros lugares familiares. ¡Cuán dulce me parecería la muerte! Y mi agonía se prolonga. […] Si pudiera ir adonde fuese, a un país donde olvidar, pero no existe. Hay momentos en los que, francamente, creo que te olvidaré. Pero al cabo de un instante siento tu terrible fuerza. Ten misericordia, malvada. Ya no puedo, no puedo pasar un día más sin verte. De lo contrario, me espera la atroz locura. Se acabó, ya no trabajo, divinidad perversa, y sin embargo te amo con furor.

Camille mía, puedes estar segura de que no cuento con la amistad de ninguna otra mujer y de que mi alma te pertenece por entero.

No puedo convencerte, y mis argumentos son en vano. No crees que esté sufriendo, lloro y tú dudas de ello. Hace mucho tiempo que no me río, ya no canto, todo me resulta insípido e indiferente. Ya estoy muerto, y no logro comprender cómo ciertas cosas que antes me resultaban dolorosas, ahora solo me causan indiferencia. Deja que te vea todos los días, será una buena acción por tu parte, y puede que contribuya a mi mejoría, porque ¡solo tú puedes salvarme con tu generosidad.

No dejes que esta horrible y lenta enfermedad se apodere de mi inteligencia, permite que este amor tan ardiente y puro que siento por ti te mueva a la piedad, querida mía, y tú misma también te sentirás recompensada por ello.

RODIN

«Si no mantienes la palabra que me diste [...], nada será capaz de detenerme».

El marqués de Sade a su esposa Renée Pélagie [Octubre de 1781]

Me prometiste que me seguirías, me lo prometiste mientras me besabas, me lo juraste, y yo te creí; jamás me equivocaría con el lenguaje de tu corazón, era él quien me hablaba cuando me lo prometías. Si no mantienes la palabra que me diste, me expondrás a mil extravagancias cuando parta, pues yo te puedo asegurar, por todo lo que más quiero en este mundo, que nada será capaz de detenerme ni de impedirme que te arranque de las mismísimas entrañas de la tierra, si allí es donde pretenden ocultarte para separarte de mí. Ni aunque todos los rayos del cielo me fulminen, y me consuman a mí y a mi fortuna, a mis hijos, y todo cuanto poseo en el mundo, y no pueda

dar un paso a través del universo sin toparme con puñales o con precipicios, si soy capaz de respirar ocho horas libre de cadenas sin ti.

«Tranquilízame, mi corazón lo necesita».

La marquesa de Châtelet al señor de Sant-Lambert [Agosto de 1749]

No me juzgues por lo que he sido, yo no quería amarte con tal exceso, pero ahora que te conozco tan bien, siento que jamás podré amarte lo suficiente. Si tú no me quieres menos, si mis errores no han debilitado este fascinante amor, sin el cual no podría vivir, estoy segura de que no existe nadie más feliz que yo, pero he de confesarte que me da miedo que ya no sea así. Tranquilízame, mi corazón lo necesita. Si sintiera la menor disminución de tus sentimientos, me desgarraría la culpa; pensaría en todo momento que había sido por mi causa, que sin París seguirías siendo el mismo. Has de saber que mi amor por ti, las penas que me has causado al querer abandonarme, y el miedo a esos granaderos, me han castigado considerablemente; el ardor con que te amo es lo bastante grande como para hacerte feliz, si aún puedes amarme como me amabas. No he hallado nada mejor para enviarte que la cajita donde guardarás mis cartas. Respóndelas, te lo pido de rodillas, felicidad de mi vida.

«Tu cariño es para mí tan esencial que es la razón *sine qua non* de mi vida».

Antonio Machado a Guiomar

[…] Dices en tu carta, diosa mía, que si no me cansaré yo de un cariño con tantas limitaciones. Considero esto muy absurdo y no pienso siquiera que lo escribas en serio…

No, tu cariño es para mí tan esencial que es la razón *sine qua non* de mi vida. Está ya por encima de toda eventualidad y a cubierto de todos los ataques. Cuando en amor se renuncia —aunque sea por necesidad fatal— a lo humano, demasiado humano, o no queda nada —es el caso más frecuente entre hombres y mujeres—, o queda lo indestructible, lo eterno. ¡Ay! Yo no dudo de mí. Pero tú, reina mía, ¿no serás tú la que algún día te canses de este pobre poeta?

«El amor […] siempre me ha llegado en forma de ángel con buenas noticias».

Margaret Fuller a Rebecca Spring Jamás he buscado el amor como una pasión, siempre me ha llegado en forma de ángel con buenas noticias. He querido dar la bienvenida al noble mensajero, pero nunca retenerlo, ni aferrarme con débil personalidad a una atadura que había dejado de prender el alma. Creo que debería hacer siempre lo mismo, por más que sufra por la

pérdida o por el vacío en los intervalos del amor… No sé si he amado en absoluto, con el sentido de unidad, pero he amado lo bastante para sentir la alegría de la presencia, la angustia de la ausencia, la dulzura de la esperanza y la frialdad de la decepción. Más de una vez ha sangrado mi corazón y por estas cosas mi salud se ha resentido, pero mentalmente siempre me he sentido la ganadora, siempre más joven y noble.

«Tengo tanto miedo […] de hacer así que mi amor por ti te sea menos útil».

Edith Wharton a W. Morton Fullerton Domingo

[Mayo de 1908]

Oh, *mon cher ami*, no creo que puedas llegar a imaginar lo que esas pocas palabras tuyas significan hoy para mí. No, querido, no confundo tu silencio. Nunca he estado tan segura de ti, es decir, de que seas feliz conmigo, como cuando no sientes la necesidad de hablar, porque entonces sé que mi cercanía no es un obstáculo, no supone ninguna interrupción para ti; que soy parte del aire que respiras.

Lo entiendo, y entiendo también lo que te impulsó a escribir ese

mensajito justo cuando lo hiciste. Sabías que estaba triste por haberte dicho adiós. Sabías por qué a veces me alejo de un mínimo contacto tuyo. Tengo tanto miedo, tanto miedo, de parecer que espero más de lo que puedes dar, y de hacer así que mi amor por ti te sea menos útil, menos de lo que deseo que sea. Y a veces *mon corps ne peut pas oublier ton corps*, y entonces me siento fatal.

No diría esto si no me hubieras demostrado que lo comprendes. No quiero tener ningún plan de conducta contigo, comportarme de este u otro modo, sino simplemente ser natural, ser del todo yo misma. Y la expresión más completa de ese yo se encuentra en el deseo de ayudarte, de darte la oportunidad de desarrollar lo que hay en ti y de vivir lo mejor que puedas. Nada más cuenta para mí ahora, querido, excepto el deseo de llevar a cabo un buen trabajo y que veas en él el reflejo de toda la belleza que me has mostrado.

Ton amie,

E.

«Te quiero más que a mi propia vida».

Bonnie a Clyde Barrow

Queridísimo cariñito:

Solo unas líneas esta noche. ¿Cómo está mi cielito? Supongo que te sientes muy solo. Así que mañana voy a hacer un esfuerzo para ir a verte.

Cariño, ¿piensas en mí? Nunca había sido tan infeliz en toda mi vida. Querido, no sé qué hacer. Creía que hoy recibiría una carta tuya, pero supongo que no tendrás sellos ni papel, ¿verdad?

Cariño, no sé nada interesante, solo que te quiero más que a mi propia vida y que me estoy volviendo loca. Cielo, como te quedes dos semanas más en la cárcel, acabaré tan chiflada como una rata en un

manicomio. […]

Te prometo que cuando salgas seré feliz y no me quejaré y diré: «Nunca más, nunca más». Ojalá pudiera llorar en tu hombro varonil. Si tuviera a alguien que me entendiera y que me dijera cómo seguir. No como ni duermo. Me estás volviendo loca. Prométeme, cariño, que no te irás cuando salgas. No sabría qué hacer si me dejas.

Responde pronto, querido, y piensa a menudo en TU SOLITARIA NENA

P. D.: Mañana iré a la cárcel; aunque no me dejen verte, sabrás que he ido y que lo he intentado. Te quiero. Pórtate bien, cielo, y piensa en la chica que más te quiere. […] Piensa en mí, querido, y en lo bien que lo pasaremos cuando vuelvas a casa, en lo felices que seremos. Te quiero, cariño.

BONNIE

«¿Sé lo que quiero realmente? Quiero amarte».

Rosa Luxemburgo a Leo Jogiches [Suiza, 16 de julio de 1897]

No, no puedo seguir trabajando. Mi mente vuelve constantemente a ti. Tengo que escribirte unas palabras. Mi querido, mi amado, no estás en este momento junto a mí, pero toda mi alma está plena de ti, te abraza. Seguro que a ti te parecerá una monstruosidad, tal vez incluso cómico, que te escriba esta carta estando a diez pasos el uno del otro y viéndonos tres veces al día; y, además —después de todo soy tu mujer—, ¿a qué viene todo este romanticismo? ¿Escribir una carta por la noche a tu propio marido? Amor mío, el mundo entero puede reírse, pero tú no. Lee al menos esta carta en serio y con el corazón, con la misma emoción con la que antes leías mis cartas —en Ginebra— cuando todavía no era tu mujer. Porque la estoy escribiendo con los mismos e intensos sentimientos que entonces, y como entonces toda mi alma me empuja hacia ti […].

Dzidzio, mi amor, ¿sabes por qué te escribo en vez de decirte todo esto en persona? Ignoro la razón, pero ya no soy capaz de hablarte con total libertad sobre estas cosas. [...] He querido compartir contigo tantos pensamientos. [...] Querido, mi amor, sin duda, tus ojos miran ya a su alrededor buscando impacientes: «¿Qué diablos quiere esta mujer?» —*czegóz ona chce*—. ¿Sé lo que quiero realmente? Quiero amarte. Quiero que reine entre nosotros esa dulce atmósfera ideal llena de confianza, como era antes. A menudo me entiendes solo de forma superficial, cariño. [...] Cielo, mi amor, no me quejo, no pido nada, lo único que deseo es que no interpretes mis lágrimas como la «típica escena de una mujer». ¿Acaso sé cuál es la situación? Con toda seguridad, tengo mucha culpa de ello, puede que la mayor de las culpas, por el hecho de que entre nosotros no prevalezca ya una relación cálida y bien equilibrada. Pero ¿qué puedo hacer? No lo sé, no sé cómo comportarme, no consigo controlar el modo en que soy en nuestra relación. No sé cómo hacerlo. A cada momento me conduzco contigo como me dicta mi inspiración o mi impulso, tanto es el amor y el sufrimiento acumulados en mi alma que me lanzo hacia ti, abrazo tu cuello y tu frialdad me duele —me desgarra el alma—, y siento que sería capaz de matarte. Pero, mi amor, después de todo, eres una persona capaz de razonar y comprender. ¡Siempre lo has hecho —razonado y comprendido—, tanto por ti como por mí en nuestra relación! ¿Por qué ya no quieres que lo sigamos haciendo juntos? ¿Por qué me dejas sola? Oh, Dios mío, me dirijo a ti y a ti apelo, de modo que, tal vez, por ello, se haya hecho realidad lo que me parece cada vez más: que quizá ya no me amas como antes. En verdad, con frecuencia siento que esto es así.

«No firmaré con mi nombre porque es el nombre con el que me llamabas cuando me amabas».

James Joyce a Nora Barnacle
MS. Cornell

18 de noviembre de 1909
Calle Fontenoy, 44, Dublín

[Sin saludo]

No me atrevo a dirigirme a ti esta noche por ningún nombre familiar.

He perdido tu estima. He perdido tu amor. Déjame entonces. […] Si decides irte lo soportaré como un hombre, sabiendo que me lo merezco mil veces, y te concederé dos tercios de mis ingresos.

Déjame. Supone una degradación y una vergüenza para ti vivir con un desgraciado como yo. Sé valiente y déjame. Me has hecho entrega de lo mejor de este mundo, pero no hacías más que dar margaritas a los cerdos. Si me abandonas, viviré para siempre con tu recuerdo, más santo que Dios para mí. Rezaré en tu nombre.

[…] No firmaré con mi nombre porque es el nombre con el que me llamabas cuando me amabas, me honrabas y me concedías tu joven y tierna alma para que yo la hiriera y traicionara.

«Crees que tu forma de vida es sabiduría, pero no es así».

Anaïs Nin a Henry Miller
Henry: tu carta de esta mañana me ha hecho enfadar mucho.
[…]

No quiero que vuelvas. No quiero traerte de vuelta a ningún lugar que detestes. No haces y nunca has hecho tu vida en torno a mí, por la atmósfera de mi presencia. Ahora estás completo, por ti mismo. Lo digo sin dolor ni ira. Me has preparado para ello. Solo lamento que no te hayas completado en una simple verdad: no es posible que dos

personas adopten tu actitud sin hundirse en la ignominia. Una puede, y la otra debe luchar. Tu pasividad ha provocado mi lucha. Cuando te conocí me quedé en Louveciennes haciendo nada; y me gusta la vida fácil tanto como a ti. Empecé a luchar porque tu debacle de entonces demostró lo que te pasaba cuando alguien no te protegía.

Siempre te has negado a ver la necesidad de esto. Me has culpado como si fuera un defecto caprichoso. Tu pasividad aumentaba en proporción a mi actividad creadora y protectora. Paradójicamente, nunca reconociste que mi lucha estaba en la base de tus magníficas renuncias e independencias. Ridiculizabas a los que luchan. […] Crees que tu forma de vida es sabiduría, pero no es así. Es la forma de vida permitida a aquellos protegidos por la lucha de otro. Eso es todo.

No hay triunfo ni conquista en ello. Es una cristalización del ego, así de simple. Te lo repito, Henry, no quiero que vuelvas. No es necesario. Seguiré ayudándote. Siempre he querido que te sintieras realizado. […] Una descubre de repente tras diez años que básicamente es una incomprendida, lo que significa que no es amada, y ahí entras tú. Sin embargo, se trata de algo que tengo muy claro —y no es la ira la que me lleva a ello, sino una absoluta desilusión—, y eso no se puede cambiar. Tarde o temprano ibas a estar solo, porque nunca dirigiste tus esfuerzos hacia la unión, sino hacia la soledad.

Ha llegado el momento.

«Nunca he conocido a nadie que mereciera tanto la felicidad».

Anaïs Nin a Otto Rank

Huck, mi querido Huck, me has suplicado que te diga la verdad, me has rogado que no vuelva a mentir. Estos días he librado una terrible batalla conmigo misma. Algo ha cambiado en nuestro amor.

Por eso lloré cuando nos fuimos del Adams. El amor no es el mismo.

Algo murió el día que te mentí, y el día que me dejaste a causa de la mentira. Maté tu fe en mí, pero tú mataste mi fe en nuestro amor, o en el amor-mujer. No sé. Ya no siento lo mismo. Ya no siento confianza. La brutalidad de tu partida fue un *shock* que aún no puede medirse del todo, excepto en términos de ese otro *shock* que ha maldecido toda mi vida. Ya no creo en tu amor supremo, ni en tu perdón. Considero que eres demasiado fuerte —y yo soy demasiado fuerte de un modo indirecto y cobarde— para soportar lo que soy; me refiero a mi no estar completa. Siento que, desde el *shock*, he intentado desesperadamente replegarme en mí misma y que lo he conseguido.

Ambos nos hemos apartado del dolor; es solo que había muchas cosas preciosas a las que no podíamos renunciar. Como hombre —amante, esposo— renunciaste a mí cuando te marchaste porque tenías derecho a esperar una respuesta por todo tu amor. Me alejé como mujer —amante, esposa— cuando me heriste al no perdonar; porque ahora te has convertido para mí, sin remedio, en el padre severo e implacable. A lo que no podíamos renunciar, mi Huck, era a lo bien que nos comprendemos —el único alivio en nuestra maldita vida solitaria— y a mi deseo de mantener vivo a Huck; hay tantas cosas aparte del amor hombre-mujer. Ya no me siento como una mujer con respecto a ti, Huck. Como te dije, desde el *shock* murió la mujer, murió el deseo, la pasión. Murió también el hombre en ti, por herir tu verdad, tu realidad, tus sentimientos más delicados. Te ruego de rodillas, Huck, que me perdones. […] Iré a hablar contigo. No voy a huir. Si no tengo noticias tuyas, sabré que no quieres volver a verme. Lo entenderé.

Recuerda, oh, recuerda, Huck, que una vez dijiste que la felicidad de esas primeras semanas compensaba el resto de tu vida; también para mí. Eso fue absoluto. Es lo mejor que puedo dar, lo máximo. Perdóname, perdóname, perdóname. Recuerda solo eso. Maldigo el análisis, que coloca todo sobre una base falsa y oculta tras falsas esperanzas la verdadera conexión humana o asunto. Por favor, por favor, entiéndeme y perdóname, porque esta es la verdad y una mentira te habría hecho más daño aún.

Tu desconsolada Puck

«¡Así pues, es verdad, mi querida Rozie, mi única Rozie, que aún me amas, y que nunca has dejado de hacerlo!».

Paul Claudel a Ysé

Río de Janeiro, 13 de noviembre de 1917

El cartero llega a través de los árboles cubiertos de lianas y de orquídeas, y saca de su zurrón un sobre azul grande y pesado, con una letra que conozco bien. ¡Cómo me late el corazón! Tengo la sensación de que los años no han pasado, y de que sigo viviendo el momento en que esperaba a mi querida Rozie en el muelle de Cantón. ¡Qué inmensa alegría me ha producido tu carta, en especial dos o tres líneas, y ese delicioso tuteo que has empezado a utilizar de repente! He cubierto de besos esas queridas líneas, y las lágrimas han humedecido mis ojos al leerlas. ¡Así pues, es verdad, mi querida Rozie, mi única Rozie, que aún me amas, y que nunca has dejado de hacerlo! ¡Ah, eso es todo cuanto deseaba saber, y resulta que por fin ha llegado el momento que he estado aguardando durante trece crueles años! Sí, Rozie, yo creía que amabas a otro más que a mí, y que habías dejado de quererme. No existe en el mundo un dolor más grande para un ser tan enamorado de ti como yo lo estaba, ¡incluso tu muerte me hubiera causado menos pena, y la de ese niño que llevabas en tu interior y que me arrancaste! Ni siquiera durante esos tres ardientes y terribles años que tú me has recordado, sabía si en el fondo me amabas —incluso me dijiste que no en dos o tres ocasiones—. Tú eras una criatura radiante y magnífica, y una adoración absoluta y loca como la que yo sentía por ti siempre está mezclada con un poco de miedo e incertidumbre, y jamás se considera lo bastante satisfecha. Creía que para dominarte se requería una naturaleza distinta de la mía.

«Si usted quisiera llevarme a un horno, mientras estuviera conmigo, solo con eso me bastaría».

Isabel de Médici a Paolo Orsini
Florencia, 23 de junio de 1566

Ilustrísimo y excelentísimo señor consorte y patrón respetuosísimo, me he puesto a escribirle a las seis horas de la noche para no tener que alargar la espera de su respuesta a una de mis cartas. Pero si esta le ha parecido demasiado colérica, debe echarle la culpa a la excesiva afición que le profeso y a que la semana pasada recibí por su parte un ataque fuera de lugar en una de sus misivas. Si la mía le pareció demasiado furiosa, debe culpar de ello al tormento que me provoca su ausencia, ante la cual sin duda quisiera elegir la muerte antes que la vida. A través de micer Jacopo Salviati recibí una encantadora carta suya, que me produjo tanta consolación como dolor, y, como le decía, me he puesto a escribir a una hora tan intempestiva para poder recibir la respuesta dentro del plazo de mañana. Le digo que siempre estoy dispuesta a acudir allí adonde usted desee, y no solo me refiero a Roma, sino que incluso si usted quisiera llevarme a un horno, mientras estuviera conmigo, solo con eso me bastaría; siempre haré lo que usted me mande, sin pensarlo, y cuando vea que busca la ocasión de que yo esté con usted, entonces podré decir que me ama, pero no ahora, ya que mal puedo juzgar que me ama, como dice, si se mantiene tan alejado de mí. Mañana es San Juan; para mí será un día solitario, pues no ha cumplido la promesa que me hizo el día de su partida. Mas quiero tomármelo a bien. Todos están contentos, pero yo, por supuesto, no puedo alegrarme, y si mi padre no me hubiera hecho venir a Florencia estos días, estaba decidida a que nadie me viese, puesto que no puedo rodearme de gente alegre cuando usted me falta, y no por culpa mía, sino porque esa es su voluntad. Yo le venero, y puede estar seguro de que todo cuanto le he escrito en mi última carta es fruto del tormento que usted me inflige. Todos besan sus manos, y yo le adoro. Dios le guarde tanto como desee. En Florencia, a 23 de junio de 1566.

De vuestra excelencia sierva ilustrísima y consorte que le adora.

DOÑA ISABEL MÉDICI ORSINA «Escucha únicamente lo que te dicte el corazón».

Arthur Rimbaud a Paul Verlaine 4-5 de julio de 1837

Vuelve, vuelve, mi querido amigo, mi único amigo. Te juro que seré bueno. Es cierto que me mostré desagradable contigo, pero estaba bromeando, me puse testarudo, y me arrepiento de ello más de lo que te imaginas. Vuelve, y para entonces todo estará olvidado. ¡Qué desgracia que te tomaras en serio aquella broma!

Hace dos días que lloro sin cesar. Vuelve; sé valiente, querido amigo, Aún no está todo perdido. […] Espero que sepas con toda certeza que nada de lo que dije iba en serio cuando discutimos. ¡Qué momento tan espantoso! Y tú, cuando te hice señas para que bajaras del barco, ¿por qué no lo hiciste? ¿Hemos vivido juntos dos años para llegar a este punto? ¿Qué piensas hacer? Si no quieres volver aquí, ¿prefieres que vaya yo adonde tú estés?

Sé que me equivoqué. No me olvidarás, ¿verdad? No, tú no puedes olvidarme. Yo siempre te tengo aquí conmigo. Dime, respóndele a tu amigo, ¿acaso no debemos volver a estar juntos? Sé valiente. Respóndeme, vamos. No puedo seguir aquí por más tiempo. Escucha únicamente lo que te dicte el corazón. Dime cuanto antes si debo ir a tu encuentro.

Tuyo, para toda la vida,

RIMBAUD

4

DOLORES DEL AMOR

«¿Olvidarlo, yo? ¿Yo, dejar de amarlo?, ¿cuándo he osado yo decirle semejante cosa?».

Manon Balletti a Giacomo Casanova Abril de 1757

Mi querido Casanova:

¡Ah, cuán molesto es M., mi hermano! Se excede, y no hay nadie más torpe, hay que guardarse de él; pero dejémoslo aparte, pues me ha puesto de mal humor, y por nada quisiera pagarlo con usted.

Ayer precisamente respondí a su última carta. Empezó por exagerar mucho su amor, de cuya sinceridad no dudo; eso me halaga, y no deseo otra cosa que verlo durar por siempre. ¿Durará? Sé que le ofenderá mi duda, pero, a fin de cuentas, ¿depende de usted dejar de amarme? ¿O amarme por siempre?

[…] ¿Olvidarlo, yo? ¿Yo, dejar de amarle?, ¿cuándo he osado yo decirle semejante cosa? ¡Ah, usted no me conoce! ¡Si supiera los esfuerzos que tuve que hacer para vencer la inclinación que sentía por usted cuando empecé a verlo! Pero ahora ya puedo decírselo, puesto que, por suerte o por desgracia, no logré vencerla.

[…] ¡Ah, temblé al percatarme de la atracción que sentía por usted, y el terror se apoderó de mí! «¿Qué estoy haciendo? —me decía—, ahora que estoy a punto de casarme con un hombre con el que me han prometido, con el que me he comprometido por propia voluntad, me siento atraída por un hombre al que tal vez no vuelva a ver y que no me ama; ¿qué será de mí? ¡Soy una imprudente, una ridícula! Amar a alguien a quien solo le provocas indiferencia es buscarte el infortunio». Pero, en ocasiones, me imaginaba que usted también podría amarme, y que no me mostraba señales de su amor porque las circunstancias no se lo permitían.

Las cosas han cambiado; ha habido un desgraciado que ha dado a conocer todo de usted; lo he desenmascarado, pero eso no ha hecho mella en mi corazón. ¡Ojalá esta tierna amistad que nos une nos haga felices! Puede ser la causa de nuestra felicidad o de nuestra desgracia. ¡Qué dura alternativa! ¡Así de penoso es el amor!

«En mi vida ya solo cuentan los momentos en que te veo».

Madame de Custine a Chateaubriand Oh, querido…, no puedo vivir así, no te enojes conmigo, pero evitaré tus caricias, no te veré más a solas, he tomado una determinación…, el descanso de mi vida depende de ello […] Querido, ¡cuánto sufro!, ¡cuánto he pensado en ti después de lo de ayer! En mi vida ya solo cuentan los momentos en que te veo.

«Qué tarea tan divinamente dulce la de imitar las excelencias del otro».

Percy a Mary Shelley 28 de octubre

Bueno, amor mío, mañana, mañana por la noche. [...] Mary, amor, debemos estar unidos [...]. Tampoco quiero decir que te considere muy superior a mí; algo evidente, ya que me superas en originalidad y sencillez de espíritu. Qué tarea tan divinamente dulce la de imitar las excelencias del otro y volvernos a cada momento más sabios en este insuperable amor [...]. Buenas noches, mi amor. [...]

«No pienso sentirme halagado por tu tristeza, aunque sí por tu alegría».

Florencia, jueves, a las 11 en punto,
20 de agosto de 1818

Bueno, mi querida Mary, ¿te sientes muy sola? Dime la verdad, mi adorable amor, ¿alguna vez lloras? Tendré noticias tuyas en Venecia, y una vez que regrese. Si me amas, mantendrás un buen estado de ánimo; y, en cualquier caso, dime la verdad, pues te aseguro que no pienso sentirme halagado por tu tristeza, aunque sí por tu alegría.

Adiós, querida Mary.

«Prefiero sufrir los mayores

dolores corporales a tener el corazón constantemente lacerado».

Claire Clairmont a Byron
Primavera de 1816

No encuentro descanso ni paz, ni de día ni de noche. Si duermo tengo sueños atroces en los que le veo siempre con gesto serio, siempre saturnino y enfadado conmigo.

Perdóneme entonces, monsieur, si doy el paso de escribirle de nuevo. ¿Cómo soportar mi vida si no hago un esfuerzo por aliviar su sufrimiento?

No pretendo justificarme, me someto a toda clase de reproches. Lo único que sé es que no puedo, que no me resignaré a la pérdida total de la amistad de mi señor. Prefiero sufrir los mayores dolores corporales a tener el corazón constantemente lacerado por abrasadores remordimientos. Si mi señor me retira por completo su amistad, me quedaré sin esperanza alguna. Si me concede un poco de su amistad —un poquito—, estaré contenta, feliz, tendré un motivo para vivir, para trabajar.

5

CELOS

«Una mujer vulgar no ama como yo, ni tiene celos como yo. Una mujer vulgar celaría en ti su novio, yo celo mi ídolo, mi Dios, que tiemblo ver profanado […] Yo renuncio a toda otra felicidad. ¿Cuál es superior a la de amarte y ser amada de ti?».

Gertrudis de Avellaneda a Ignacio Cepeda

Perdone usted que le robe un momento a sus estudios con algunas líneas, acaso inoportunas. Ya se lo he dicho a usted otras veces, que no soy una de esas mujeres razonables que inspiran admiración al hombre que aman por lo muy sensato de sus procederes. Yo soy

incapaz de cierta prudencia; verbigracia: dejar de escribir a usted hoy.

[…] Yo nunca he sido celosa, nunca; pero era porque no amaba. Porque a ti, a ti estaba reservado hacerme conocer esta pasión única, que yo me engañé alguna vez creyendo sentir por otro, y a ti, que amo tanto, estaba reservado también hacerme celosa. Pero ¿no comprendes tú mis celos?… ¿No sabes tú lo que eres a mis ojos? Rodeado estás para mí de una atmósfera de…, ¿de qué diré? ¡De santidad! Sí, perdóneme Dios si esta palabra lo ofende. Creo que eres sagrado; que nadie, sino yo, tiene el derecho de mirarte, de amarte, de decírtelo. Cuando una mujer ama como yo te amo, no ve un hombre en su amante; ¡no! Es un ángel, es un ser divino, en cuya frente cree descubrir un sello de santidad. ¡Oh! Desgracia al hombre que echa lodo sobre este sello sagrado, y que dice a su amada: «¡Yo no soy más que un hombre!». Yo tengo celos, sí; pero, antes que tú me lo dijeras, no se me ocurrió la idea de que por ellos me rebajase a tus ojos. ¡Cepeda! Una mujer vulgar no ama como yo, ni tiene celos como yo. Una mujer vulgar celaría en ti su novio; yo celo mi ídolo, mi Dios, que tiemblo ver profanado.

Pero, aun cuando sea una debilidad de mi corazón este sentimiento, hágame él menos sublime, hágame más vulgar: yo no puedo vencerlo. Yo seré sublime en amarte, y esto me basta. Porque yo te amo con un amor que tú mismo no comprendes; ¡yo lo he conocido! No lo comprendes, no. Este culto de mi corazón, esta pasión pura, inmensa, tu corazón no la ha entendido. Yo misma, yo temblaba el llegar a amar con todas las fuerzas de mi alma; como que conocía sus inmensas facultades, conocía mi natural tendencia al entusiasmo, y me figuraba en una gran pasión combates continuos, ambición insaciable del corazón, agitación, delirio, y un penoso esfuerzo de la razón contra el sentimiento. ¡Cuán feliz soy al ver que me engañaba! Yo te amo, te adoro; y, sin embargo —¡el cielo me es testigo!—, nunca he sentido mi alma tan llena y satisfecha. Si se exceptúa el disgusto de verte tan de tarde en tarde, y de cavilar en esos amores que tuviste, y acaso tienes aún; si se exceptúa eso, nada me agita, y soy feliz. Desde el momento en que me dijiste que me amabas, y yo te abrí mi corazón; desde aquel momento, que tanto había temido, cesaron todos mis sobresaltos, todas mis vacilaciones. Me sentí feliz, y lo soy cada día más. No, yo no deseo más; yo renuncio a toda otra felicidad. ¿Cuál es

superior a la de amarte y ser amada de ti? ¿Me creerás, empero, si te digo que, con todo este amor, yo no deseo inspirarte eso que los hombres llaman pasión? No, yo quiero que me ames con extremo, con vehemencia, como yo te amo; pero no quiero que tu amor difiera del mío.

«Adiós, mujer, tormento, felicidad, esperanza y alma de mi vida».

Napoleón a Josefina de Beauharnais

30 de marzo de 1796

No he pasado un solo día sin amarte; no he pasado una sola noche sin estrecharte entre mis brazos; no he tomado una sola taza de té sin maldecir la gloria y la ambición que me mantienen alejado del alma de mi vida. Enfrascado en tantos asuntos, a la cabeza de las tropas, recorriendo los campos, solo mi adorable Josefina está en mi corazón, ocupa mi espíritu, absorbe mi pensamiento. Si me alejo de ti a la velocidad de un torrente del Ródano, es para volver a verte antes. Si, en medio de la noche me levanto para trabajar, es porque así podré adelantar unos días la llegada de mi dulce amiga, y, sin embargo, en tu carta del 23 al 26 ventoso, me tratas de usted. ¡Tú a mí, de usted!

¡Ah, malvada, cómo has podido escribirme esa carta! ¡Qué fría te muestras! […]. Mi alma está triste; mi corazón está esclavizado, y mi imaginación me espanta… Me amas menos; eso te servirá de consuelo. Un día dejarás de amarme; dímelo; al menos sabré ser merecedor de mi infortunio…

Adiós, mujer, tormento, felicidad, esperanza y alma de mi vida, a

quien amo, a quien temo, inspiradora de tiernos sentimientos que despiertan en mí la llamada de la Naturaleza y de movimientos tan impetuosos como el trueno. […] ¡Adiós! ¡Ah!, si me amas menos, es que nunca me has amado. Y entonces sí que seré digno de compasión.

«Hubiera besado tus labios de no ser porque no me encontraba allí solo como espectador de un placer que me estaba prohibido saborear».

Denis Diderot a Sophie Volland

[Grandval, sin fecha]

Esperé en vano durante todo el día de ayer una carta, una nota, una palabra tuya. […] Me disponía a coger tu mano y a estrecharla contra mi corazón, cuando oí el chirriar de una puerta al otro extremo del salón. ¿Por qué me habías ocultado la existencia de aquella entrada secreta? ¡Oh!, pero ese era tu único secreto. En cuanto me giré, ella estaba allí, en el marco de la puerta, totalmente desnuda. Parecía una aparición. Lo primero que pensé fue que había perdido el sentido común, y lo segundo, que sufría una crisis de sonambulismo. Sin embargo, no tardé en descubrir la verdad. Y eso que me la habías ocultado bien. Las mujeres son unas consumadas artistas de la mentira […]. Me gustaría escuchar qué piensas de este delicado asunto. Tal vez podríamos escribir a cuatro manos un pequeño artículo para la Enciclopedia. Sería encantador.

Pero… ¡tu hermana! Tu reacción no pudo por menos que redoblar mi consternación […]. ¡Te estabas acariciando, mi querida y buena

amiga! Y cuánta voluptuosidad había en esa caricia, cuánta aplicación, cuánta destreza. […] Tengo muchas preguntas que hacerte, pero tú no me escribes desde hace casi tres días. Tu hermana te atrajo hacia sí, y te folló con una efusión que delataba una arraigada costumbre. Respondiste a sus besos con un entusiasmo para mí desconocido hasta entonces. No puedo dejar de recordarlo, tal es la turbación que me produce: tú, también desnuda, mostrándome esos encantos que tantas veces te había suplicado que me permitieras admirar. ¡Qué coño! ¡Y qué carnes tan graciosas! Hubiera besado tus labios de no ser porque me encontraba allí solo como espectador de un placer que me estaba prohibido saborear.

«¡Te amo, estoy celosa, me siento miserable por haber venido a […] dudar a todas horas!».

Marie Dorval a Alfred de Vigny

Lunes [18 de febrero de 1833]

Qué fatalidad, cuánto infortunio siento al ver que ya no crees en mi amor, cuando resulta que estoy tan enteramente, tan cruelmente poseída, te lo aseguro, Alfred mío […]. No sabes cómo lloro por las noches, me vuelvo salvaje y mezquina, pues tú no estás debajo de mi escalera cuando digo: ¡Alfred mío! […] ¡Te amo, estoy celosa, me siento miserable por haber venido a contar tus caricias, a negar tus sufrimientos, a dudar a todas horas, a albergar sospechas, a no dar ni un momento de reposo, ni a ti ni a mí misma! ¡Sálvame de todo ello, mi bien! Te amo como nadie te ha amado jamás, créeme, créeme por mi felicidad, por mi vida, tendrás crueles pruebas de ello si me apartas

de ti o si compartes tu amor.

[…] Yo te prodigo mil dulces caricias, te beso las manos, te suplico que me perdones, que me ames y que me digas «amor mío» para que tenga más confianza en mí misma y pueda hacerte, pueda hacernos más felices.

6

EL MAL QUERER

«Con esto nos fuimos agriando: díjole cosas durísimas».

Marcelino Menéndez Pelayo a Juan Valera

Madrid, 20 de septiembre de 1881

Estoy muy malhumorado y ¿por qué no he de confesar a Vd. la causa? Lidia, conforme a la inconstancia de su natural condición, acabó por cansarse de mí ya hace meses y después de mil embrollos y farándulas, me dejó de todo punto para irse con otro o con otros. Yo, que había cometido la sandez de enamorarme perdidamente de ella, hice los imposibles por retenerla. Con esto nos fuimos agriando: díjole cosas durísimas, aunque durísimas y de todo ello resultó el quedar reñidos —pienso que para siempre—, y reñido yo también, no sé cómo, con todos los de su casa.

«Todas las virtudes domésticas […] son las únicas que valoro en una mujer».

Pierre Joseph Proudhon a Amedée Jérôme Langlois

Hoy he cumplido dos años de casado. Tengo más motivos para felicitarme que para arrepentirme de mi matrimonio; si bien mi mujer deja un poco que desear en lo referente a la educación y al espíritu, lo compensa sobradamente con su corazón, su empeño, su entrega incansable al deber, y con todas las virtudes domésticas, tan desdeñadas por el mundo, pero que para mí son muy valiosas, pues son las únicas que valoro en una mujer que no es mi concubina.

«Aquí tienes mi cabeza que tan cobardemente golpeaste».

Sarah Bernhardt a Jean Mounier-Sully

Domingo por la mañana, 27 de julio de 1873

Sí, Jean, sí, has sido brutal, injusto, y has sobrepasado los límites de la mesura.

He sentido cómo tu despotismo mataba para siempre mis sueños de futuro, porque yo también los tenía. La confianza renace con el amor, y no deberías haberme acusado de haberte dicho ciertas mentiras —mentiras que prueban mi afecto por ti—. Te dije la verdad,

Jean; hace un mes que me enfrento a esos celos incontenibles que te hacen aludir a las leyes de la decencia en todo momento y lugar.

Esta noche me has hecho sufrir todas las angustias que la decepción lleva consigo, he llorado de auténtico dolor al ver cómo se desmoronaban bajo tu mano brutal los sueños que acariciaba mi corazón, mis expectativas de futuro tan queridas y anheladas.

En mis últimas actuaciones, ya me pareció que estabas haciendo tambalear con vigor mi fortaleza, si bien esta aún se encontraba en la fase inicial, sustentada por mi ternura. Pero se ha acabado.

No quiero causarte más dolor del necesario, pero tengo el corazón herido, como puedes ver. No sé si podré curarme; has envilecido mi dignidad de mujer a cada instante; cuando les pedí a mis amigos más cercanos que salieran para poder desvestirme, entraste por la fuerza en mi camerino mientras ellos esperaban en la puerta. Les dijiste: «Yo conozco bien a esta fulana, la veo desnuda todos los días». No has entendido, mi pobre Jean, que el amor se da, no se toma. He tenido que sufrir tus arrebatos sin provocar ningún escándalo; en definitiva, me has torturado con las armas que yo puse en tus manos; mi afecto, mi amor por ti te han servido de estandarte.

Ay, me has hecho mucho daño, Jean, y te lo perdono, porque ese parece ser tu deseo. Pero, para mí, el perdón no es lo mismo que el olvido […]. Adiós, Jean, aquí tienes mi cabeza que tan cobardemente golpeaste. ¿Podrán tus besos reavivar el amor en mis labios? Lo dudo.

SARAH BERNHARDT

«Necesito aire, me ahogo».

Juliette Drouet a Victor Hugo

1844

Quieres que te escriba durante tu ausencia, y yo sigo resistiéndome a tu deseo, porque mis pensamientos estando alejada de ti son tristes y dolorosos, y quisiera ocultártelos lo más a menudo y durante el mayor tiempo posible.

Ya ves, Victor mío, como esta vida de aislamiento, esta vida sedentaria me mata —solo empleo mi alma en desearte—. Me paso la vida en una habitación de doce pies cuadrados. Lo que yo quiero no es ni el mundo ni sus estúpidos placeres, sino la libertad, la libertad de actuar, la libertad de poder ocupar mi tiempo y mis energías en el cuidado de mi casa. Lo que yo quiero es dejar de sufrir —puesto que sufro miles de muertes cada minuto—. Te pido la vida, la vida como tú la vives, como lo hace todo el mundo. En fin, si no puedes comprenderme, si te parece que estoy loca o soy injusta, déjame, no te ocupes nunca más de mí; ya no sé lo que te he escrito, tengo los ojos inflamados, el corazón hundido.

Necesito aire, me ahogo. Dios mío, apiádate de mí —yo no he hecho nada para merecerme este sufrimiento—. Te quiero, te adoro, ten piedad de mí. Mátame de una vez, pero no me hagas sufrir tantas eternidades como minutos hay en cada una de tus ausencias.

No sé lo que te he escrito, estoy delirando, tengo fiebre. Dios mío, apiádate de mí.

«Durante demasiado tiempo
has hecho de mí tu víctima,
siempre has pisoteado mis
buenos y amorosos
sentimientos hacia ti».

Elvira Gemignani a Giacomo Puccini

Durante demasiado tiempo has hecho de mí tu víctima, siempre

has pisoteado mis buenos y amorosos sentimientos hacia ti, ofendiendo en todo momento el afecto de mujer y de amante apasionada que siempre te he profesado. Pero, si existe un Dios, Él te hará pagar por lo que me has hecho sufrir, y la hora del castigo también sonará para ti; ¡entonces te arrepentirás de todo el mal que me has causado, pero ya será demasiado tarde! Con tu egoísmo has destruido una familia y has causado grandes sufrimientos, y si es verdad que todo el mundo acaba pagando por sus actos, tú lo vas a pagar caro. Si me permites un consejo, deja de mentir, porque posiblemente ese sea el único modo que tengas de rehabilitarte a los ojos de todos. Y es que incluso te mientes a ti mismo. Ya no tienes veinte años, ni gozas de buena salud, y pronto llegará el día en que te pesará el aislamiento, y entonces buscarás las atenciones y el amor de una persona afectuosa, pero será demasiado tarde, y acabarás tus días en soledad y abandonado por todos. Tu teoría de que con dinero puede tenerse cuanto se quiera no es cierta, porque el afecto y la seguridad que te proporciona estar rodeado de personas que te aprecian, no se compra.

7

OTRO AMOR

«Amo a otro hombre, lo amo y él me ama».

Tina Modotti a Edward Weston
15 de septiembre

X., esta es la carta más difícil, dolorosa y terrible que he escrito en toda mi vida. He tardado mucho tiempo antes de decidirme a hacerlo, ante todo porque quería estar bien segura de lo que estoy a punto de decirte, y además porque sé el efecto que tendrá sobre ti.

Necesito toda la calma posible y la máxima serenidad de espíritu para exponerte las cosas de una forma clara, sin ambigüedad, y, sobre todo, para no dejarme dominar por la emoción, que sería inevitable si me pusiera a pensar en lo que representa para ti esta carta.

X., a veces, cuando pienso en el dolor que te causaré, me siento un ser monstruoso y cruel. Y creo que eso es exactamente lo que pensarás de mí. Otras veces me veo como una víctima de la fatalidad, arrastrada por una fuerza oculta que decide sobre mi vida sin que yo pueda oponerme. Pero soy la primera que rechaza ciertas excusas como la «fatalidad» y las «fuerzas ocultas». En resumen, ¿qué soy en realidad?, ¿por qué actúo así? Creo sinceramente que tengo

sentimientos honestos, que siempre he buscado el bien de quien está cerca de mí antes que el mío, y que no soy cruel por naturaleza o por instinto. Y la prueba está en el hecho de que si me veo obligada a serlo, como en este momento contigo, sufro terriblemente, tal vez aún más que tú, por las consecuencias…

Pero ya es hora de que te diga lo que debo decirte: amo a otro hombre, lo amo y él me ama, y este amor ha hecho posible lo que yo creía que nunca iba a suceder, es decir, sentir que ya no te amo.

[…] Es una sensación horrible, X. Lo único que me consuela un poco es saber que eres fuerte, pensar que conseguirás dominar el dolor que te estoy provocando. Me pregunto si tú, ahora, dudarás de la sinceridad de mi amor por ti… Créeme, X., te juro que el sentimiento que alimentaba por ti era el orgullo de mi vida. Y a pesar de esto, ha sucedido lo que ha sucedido, ¿cómo es posible? Yo misma no lo sé, no lo entiendo, pero siento que es una realidad concreta e inevitable, y que no puedo actuar de una manera distinta a como lo estoy haciendo.

Pensaba esperar otro momento para decírtelo personalmente, a tu vuelta, o ir allí para hablarte de ello. Pensaba que sería más justo y leal que decírtelo así, por carta. Pero me he dado cuenta de que seguir escribiéndote en el mismo tono que antes era natural, ahora hubiera sido una falsedad, un modo de engañarte, y te respeto demasiado para hacerte tal cosa. No obstante, no hubiera conseguido fingir, porque no puedo, no debo engañarte, pero tampoco traicionar la realidad presente…

«¡Que ella no se interponga entre nosotros!».

Melanie Waldor a Alejandro Dumas París, 9 de diciembre de 1830

A las dos del jueves

Deja que te escriba, Alex mío. Cuando estoy lejos de ti, no pienso en otra cosa que no seas tú, y siento que la vida se me escapa día tras día. No te preocupes, no te reprocho nada, tú me quieres, solo me amas a mí, pero tu debilidad me mata, y me da miedo morirme un día. Hay momentos en que me siento muy mal. […] En esta doble intriga hay algo espantoso, y no solo es tu alma la que puede doblegarse ante semejante situación; estás sufriendo, te sientes descontento, ¡a los veintisiete años tu vida está echada a perder, y te estás creando un futuro totalmente opuesto a tus gustos y a tus sueños de felicidad! Quizá he sido yo quien te ha arrastrado a ello, pero puedes desandar tus pasos, puedes confiar en mí, seré para ti todo lo que quieras que sea; serás libre, por siempre libre. Lo esperaré todo de tu corazón y no habrá ningún reproche por mi parte, no tendrás que soportar malas caras ni discusiones y serás feliz. Pero, oh, mi querido Alex, ¡que ella no se interponga entre nosotros! Me persigue como un fantasma. Me priva de todo descanso, de toda esperanza; ella me mata y tú no lo ves, y no puedes reunir las fuerzas necesarias para romperlo todo cuando mi vida es el precio.

Ten piedad de mí como yo la tengo de ti, o no me habrás amado nunca. Soporta sus reproches, su cólera. Tú te culpas por ello, oh, aprende a expiar esta falta. Escoge entre un instante doloroso o toda una vida de infelicidad para mí si sobrevivo. ¿Acaso ella puede amarte como yo te amo? ¿Ella es para ti lo que yo soy, una parte de ti mismo? Oh, Alex mío, si supieras cuánto sufro y hasta qué punto necesito ser feliz; si supieras lo que representan tus recuerdos para mí; si pudieras sentir el continuo dolor de mi corazón… No dudarías ni un momento, me retribuirías por todos y cada uno de mis sacrificios, sabrías sufrir un día para ahorrarme un sufrimiento que el tiempo acrecienta en lugar de mitigarlo. Oh, ten coraje, si aprecias mi vida. Escríbele, envíale algún billete grande de Napoleón de más para su hijo. Ella está al corriente de nuestro amor. Si tiene alma, se apiadará de nosotros. Dile que mi vida depende de tu ruptura, dile que, si te deja libre, la bendeciremos por siempre. Lo he sacrificado todo por ti, hasta mi propia estima. Sacrifica tú por mí una relación que en nada contribuye a tu felicidad. Todo lo que implique compartirte me resulta odioso. No lo quiero. No puedo quererlo, antes prefiero morir. La felicidad de ambos solo puede existir a ese precio. Oh, tú puedes hacerme muy

feliz, pero dudas, y solo tienes fuerzas para ir contra un ser que siente devoción por ti. Y al que posiblemente ames con más fuerza que a cualquier otra cosa de este mundo. Un ser cuya pérdida llenaría tu vida de un dolor que nada podría apaciguar.

«Tienes que quererlo».

Veza a Georges Canetti
Amersham, 1 de abril de 1946
(noche) Querido Georg:

Recibí tu carta esta tarde y logré ocultarla y nunca se la enseñaré. […] No puedo pasar por alto tu magnanimidad, magnificencia, ¡ah!, ¿dónde encontrar palabras de significado sublime, que estén a la altura de tus cartas más recientes, de tu actitud noble, de tu gran nobleza al consolarme, estando tú mismo hecho añicos en cuerpo y alma? Mi casera me cuenta cada día una serie de casos y dice que el tuyo no es muy complicado…, y es todo lo que quiero escuchar; yo, que he sido tan egoísta como para escribirte sobre nosotros, cuando lo único que importa eres tú. […]

En cuanto a *él*, te equivocas, Benjamín, no debes juzgar a otros midiéndolos a partir de tu grandeza, no, no debes. Personas como tú solo hay una en un siglo. Y déjame decirte que todo este asunto ha sido culpa mía, en realidad. Yo a ella antes la quería, y en cierto modo favorecí la relación. Cuando vi que era una mujer tan débil, por supuesto que me volví contra ella, pero él no es un muñeco de una caja de sorpresas, y había que tener en cuenta sus sentimientos. Y todas las penurias por las que hemos pasado. Y le hacía bien que alguien se enamorase de él y lo admirase, alguien que traía la atmósfera de Grinzing a las desoladas y lúgubres habitaciones de nuestras pensiones, a toda esa miseria, miedo y degradación. […] Ahora está muy preocupado, créeme. Y si no consigo reconciliarnos para que lo veas como yo lo veo, si no lo *quieres* y no vienes aquí para leer sus dos mil páginas pulcramente escritas y guardadas bajo llave aquí en mi biblioteca, si no lo quieres ni te muestras indulgente con él

ni lo ayudas a publicar su obra, a ordenarla, ni lo obligas a terminarla, la verdad es que entonces yo no tendré valor para seguir viviendo. Seguro que no. Una buena comprensión y un profundo cariño entre vosotros dos son cosas esenciales para mi propia vida. Y tú las mereces tanto, sí, y *él* también las merece tanto. Créeme cuando te digo que es un soñador, no es débil en el sentido habitual del término, está lleno de miedos, lleno aún de los horrores por los que hemos pasado, y lleno de afecto por quienes alguna vez lo quisieron, incluso cuando lo abandonan. Esto no es debilidad. He hecho algo muy peligroso: he querido presentarte mi imagen bajo la luz que más me favorece; y puedo permitírmelo sin exagerar, pero al mismo tiempo lo he metido a él en algo en lo que no quería meterlo. *Tienes que quererlo.*

8

AMORES ENFERMOS

«Mi credo es el amor y tú eres su único principio».

John Keats a Fanny Brawne No puedo existir sin ti, me olvido de todo menos de volver a verte, mi vida parece detenerse ahí, no veo más allá. Me has absorbido.

En este momento tengo la sensación de estar disolviéndome [...] Me ha sorprendido saber que los hombres pudieran morir mártires por la religión, me he estremecido por ello; no me estremezco más, podrían martirizarme por mi religión. El amor es mi religión, podría morir por eso, podría morir por ti. Mi credo es el amor y tú eres su único principio, me has cautivado con un poder al que no me puedo resistir.

JOHN KEATS

«¡Cuánto te necesito, necesito tu amor!».

Lou a Apollinaire A las dos del lunes 8 de febrero [1915]

¡Oh, mi querido Gui, cuánto te necesito, necesito tu amor!, ¡necesito tus caricias, las más dulces y las más enervantes…!, ¡necesito sobre todo tu severidad más salvaje! […]. Te amo hasta la locura y soy toda tuya en tu corazón y en tu carne…, ambas son una sola cosa conmigo…

«Ámame como a una pobre cosa pequeñita, duramente maltratada por la vida».

Viernes, 21 de mayo [1915]

¡Mi querido Gui, estoy sola en el mundo! Necesito tu corazón…, ¡no me amenaces con volver a llevártelo! Querido Gui, te amo profundamente… Ámame como a una pobre cosa pequeñita, duramente maltratada por la vida…, muy desafortunada, que tiene grandes defectos…, pero también algunas cualidades… y que, puedes estar seguro de ello, es capaz de amarte con todo su corazón…

Querido Gui, estoy triste, me siento mal…, ¡necesito que me hables con cariño, con mucha ternura! Debemos rodearnos de mucho amor. Estoy más sensible que nunca…

Mi pequeño Gui, la vida es tan corta…, ¡se ve tan amenazada en este momento! Tú sabes cuánto te quiero…, no tenemos por qué entristecernos en esta ocasión… Te aseguro que no es necesario. Te entrego mi boca. ¡Tómala con un largo beso! Y estréchame muy fuerte contra tu corazón, ama a esta pobre niña que ha sufrido tanto… y a la

que un nuevo pesar abocaría a la desesperación. ¡Mi querido Gui, ámame!

LOU

«Creo que para mí todo se ha acabado».

Nadja a André Breton Nadja, la heroína del libro epónimo del fundador y líder del surrealismo, André Breton, figura evanescente del amor que encarna y de la locura que la acecha, hasta llevársela, tuvo tras este romance una vida lúgubre. Mujer inquietante, sin recursos ni trabajo, errante solitaria en París, fue, como tantas otras en la misma época, disidentes de las normas sociales —como Camille Claudel—, encerrada en una clínica donde morirá durante la Segunda Guerra Mundial.

[22 de octubre de 1926]

¿Por qué te has llevado mis ojos?

[31 de diciembre de 1926]

Mi Fuego, […] sabes que soy tu esclava y que tú eres mi todo, pero aún quiero más, quisiera quedarme con todas tus penas, sufrir en tu lugar.

[28 de enero de 1927]

A veces eres el poderoso mago más fugaz que el rayo que nos rodea como un Dios […]. Jamás podremos olvidar esta concordia, esta unión […]. Solo poseo una única imagen, una única imagen. La tuya. Ya no sé nada. Ya no puedo más. Tu nombre siempre me retiene, como ese sollozo siempre igual que me abraza…, y yo me siento perdida si me abandonas […], por todas partes las fauces de los lobos se entrelazan amenazantes… y también los ojos que devoran, por más que quiera alejar esa visión…, que me diga que estoy equivocada, al instante obtengo la prueba de que es totalmente cierto y tiemblo de terror […]. Es posible que te hayas curado de mí. ¿Quién me dijo que el amor era una enfermedad? […] Ah, André, creo que para mí todo se ha acabado. Pero te tenía a ti y todo era tan hermoso […]. Mira, aún soy una niña, dispuesta a llenar de sonoros besos tu cuello, bajo tu delicada oreja.

Tu Nadja

9

AMOR Y OTROS DEMONIOS

«Entonces cayó sobre mi corazón una amargura inexplicable».

Severo Ochoa a un amigo

… una primera representación a mi edad, con mi amor a la gloria, sin poder asistir a ella ni aun al ensayo de aquel día. En fin, amigo, yo no sé lo que pasó ayer en mí…, imagíneselo. Durante todo el día Carlota me hizo olvidar mi drama, mi gloria, todo; pero al llegar las ocho de la noche, cuando Bretón, Espronceda, Guerrero y algunos otros amigos se despidieron de mí para ir a verle, con promesa de volver a decirme el resultado; cuando vi que era imposible hacer una escapadilla para oír yo mismo mi sentencia, entonces cayó sobre mi corazón una amargura inexplicable.

«Tú te alimentas orgullosamente de la conciencia de tu propia grandeza, y ni siquiera percibes los pequeños dolores de las almas más débiles».

Marie d’Agoult a Franz Liszt

¿Qué opinión quieres que tenga de mí misma, yo, que muero de inquietud pensando en el café que te tomas o en los cigarros que te fumas; yo, que jamás he sido capaz de imaginarte en los brazos de otra sin sufrir una terrible agitación; yo, que hoy mismo daría mi parte del paraíso por pasar seis meses contigo sin nubes amenazadoras? Estás demasiado preocupado por ser grande, eres demasiado filósofo. Eres tan fuerte que nunca tienes en cuenta la debilidad de los demás. Para ti, todo es muy simple. Perdón, no sé lo que te estoy diciendo. Lloro como una miserable; siento que jamás hallaré el reposo, y que tú jamás querrás, ni podrás, empequeñecerte a mi altura. Cuando estoy con otras personas me siento su igual. Siento que los demás comparten mis mismas debilidades, mis temores, mis celos; siento que su voluntad también es presa de la incertidumbre por causa de la pasión; veo que se preocupan, al igual que yo, por las miserias de la vida. Tú no. Lo que me aflige a mí, a ti no te aflige. Mis sueños te hacen reír. Lo que yo veo, para ti no cuenta. Tú te alimentas orgullosamente de la conciencia de tu propia grandeza, y ni siquiera percibes los pequeños dolores de las almas más débiles. No se trata en absoluto de resistir o no resistir a P… Yo ya le hubiera dicho, si no estuviera enfermo, que he vuelto a ti, toda entera, en corazón, alma, espíritu y cuerpo. Que haga lo que quiera con respecto a nuestras relaciones futuras. Creo que él siempre se ha jactado de que yo me acabaría encariñando de él y de que permanecería por siempre a su lado. Y lo cierto es que eso resultaba conveniente para los dos, pero como yo solo me aferraba a él por todo lo que de malo había en mí,

bastó con que tú te me acercases, tú, que me inspiraste los sentimientos más bellos de mi vida, para que pudiera romper las ataduras que sujetaban mi alma cautiva.

Hace cinco años que esto dura, y puede que ya sea suficiente. Deja que me aleje. Cuando me llames, volveré. Yo no sabría amar a nadie que no fueras tú, pero ¿por qué privarte de un amor que para ti podría ser una nueva fuente de vida? En este momento te sientes constreñido, y temo que esta necesidad sofocada no deje más que malas señales en ti y te cause una enfermedad moral. No hay ninguna necesidad de paralizar todo aquello que estimule un completo desarrollo de nuestras facultades. Si yo no te amase con este fervor religioso, y tú no estuvieras situado a tanta altura, no te hablaría de este modo, pero siento un profundo respeto por tu libertad.

«Yo me sentía tan feliz que tenía ganas de llorar, ¡imagínate! Y mi corazón estaba contigo».

Gaetano Donizetti a su esposa Virginia Vasselli

Milán, 27 de diciembre de 1830

Querida señora mía, respetable y amadísima:

Tengo el placer de anunciarle que la nueva obra de su enamorado y célebre marido ha disfrutado de una acogida inmejorable. Éxito, triunfo, delirio; parecía que el público se hubiera vuelto loco, todos dicen que no recuerdan haber asistido a semejante triunfo.

Yo me sentía tan feliz que tenía ganas de llorar, ¡imagínate! Y mi corazón estaba contigo, y pensaba en tu alegría si hubieras estado

presente, pero ya sabes que no quiero exponerte a emociones tan fuertes, porque, aunque sea muy fácil decirlo, dichas emociones parece que vayan a matarte cuando aún no estás seguro del triunfo.

Pese a que tenía confianza en un éxito favorable, porque todos hablaban bien de la obra, los artistas, la orquesta, e incluso los empresarios, durante el primer cuarto de hora he estado suspendido entre el paraíso y el infierno…

Ahora estoy en el paraíso, y no te digo lo contento que me siento; solo me falta un beso de mi Virginia, que vendré a cobrarme lo más pronto posible. Así pues, he de pedirte, «he'd pedidte», como dirían los romanos, que me prepares un recibimiento digno de un gran maestro, el cual, lleno de inspiración, lo primero que querrá hacer cuando llegue a casa será abrazar a su esposa.

10

UNA TRAGEDIA LLAMADA AMOR

«En mi alma todo es tristeza, y no hay un solo instante que no te pertenezca».

Désirée Clary a Napoleón

6 de julio de 1795

Mi destino, oh, amigo mío, es amarte siempre. Puede que el tuyo sea igual al mío, y que profeses los mismos sentimientos hacia tu amiga. Sí, a veces llego a creer que tú también me amas.

[…] Si supieras cuánto sufro… No sé cómo refrenar mis pensamientos. Me debato entre el temor y la esperanza. Y, finalmente, todos los tormentos de las almas afectuosas se juntan en mi corazón. Solo tú, oh, amigo mío, puedes sacarme de esta espantosa situación, basta con que me escribas que aún sientes cierto apego hacia mí; y es que, si antes Eugenia contaba con tu afecto, ¿por qué no iba a poder seguir contando con él ahora? Italia no ha cambiado mi corazón; ¡oh,

amigo mío, te quiero más cada día, si es que eso es posible! Tú eres el único objeto de mis pensamientos. Gimo en tu ausencia. En mi alma todo es tristeza y no hay un solo instante que no te pertenezca. Ciertamente, nuestra felicidad se ha demorado, pero no será así por siempre. Si estás dispuesto a amarme tanto como yo te amaré a ti, habrá que esperar a que unos acontecimientos más felices vuelvan a reunirnos. […] Quisiera verte convencido de que cuentas con toda mi ternura y mi amor eternos, y con que Eugenia siempre te ofrecerá, además de su estimación, el más tierno de los amores. Todo lo que me dices acerca de esa persona a la que podría amar, es en vano: sabes perfectamente que solo puedo amarte a ti. Solo a ti, oh, mi amor, te entregaría mi vida entera: «Te adoro». […] En cuanto a mí, querido amigo, te juro que solo te amaré a ti y que únicamente seré tuya. Si tú también estás dispuesto a hacerme el mismo juramento, sé que llegará un día en el que volveremos a vernos y estaremos juntos de por vida. Entretanto, mi buen amigo, espero que una correspondencia endulce, en la medida de lo posible, nuestra separación.

«Tuve un relámpago de felicidad […]. Y después sufrir más, sufrir lo indecible».

Delmira Agustini a Manuel Ugarte

Esta carta terrible se refiere a la boda, sin amor, de la poetisa Delmira Agustini con Enrique Job Reyes, a la que asistió su verdadero amor, Manuel Ugarte, el 14 de agosto de 1913. Cincuenta y tres días después volvió a casa de sus padres. Un mes después de haberse divorciado, el 6 de julio de 1914, Delmira Agustini fue asesinada por Enrique Job Reyes, quien luego se suicidó.

Su carta me ha hecho casi más mal que su silencio. Yo creía que usted me interpretaba mejor. Estoy cierta de no haberle dicho en mi «arabesco literario» una sola cosa que no fuera verdad, y que no fuera, eso sí, más pálida que la verdad. Y lo más raro del caso es que protesto de sus palabras y, en el fondo, tal vez, le doy la razón.

Es que hay sinceridades difíciles. Ese ligerísimo velo artístico era casi necesario. Piense usted que yo debo adivinar y decir. Piense usted que todo lo que yo le he dicho se podría condensar en dos palabras. En dos palabras que pueden ser las más dulces, las más simples, o las más difíciles y dolorosas. Piense usted que esas dos palabras que yo pude en mi conciencia decirle al otro día de conocerlo, han debido ahogarse en mis labios ya que no en mi alma.

Para ser absolutamente sincera, yo debí decirlas; yo debí decirle que usted hizo el tormento de mi noche de bodas y de mi absurda luna de miel… Lo que pudo ser, a la larga, una novela humorística, se convirtió en tragedia. Lo que yo sufrí aquella noche no podré decírselo nunca. Entré a la sala como a un sepulcro, sin más consuelo que el de pensar que lo vería. Mientras me vestían, pregunté no sé cuántas veces si había llegado. Podría contarle todos mis gestos aquella noche… La única mirada consciente que tuve, el único saludo inoportuno que inicié, fueron para usted. Tuve un relámpago de felicidad.

Me pareció en un momento que usted me miraba y me comprendía. Que su espíritu estaba bien cerca del mío entre toda aquella gente molesta. Después, entre besos y saludos, lo único que yo esperaba era su mano. Lo único que yo deseaba era tenerlo cerca un momento. El momento del retrato… y después sufrir; sufrir hasta que me despedí de usted. Y después sufrir más, sufrir lo indecible.

Usted, sin saberlo, sacudió mi vida. Yo pude decirle que todo esto era en mí nuevo, terrible y delicioso. Yo no esperaba nada. Yo no podía esperar nada que no fuera amargo de este sentimiento, y la voluptuosidad más fuerte de mi vida ha sido hundirme en él. Yo sabía que usted venía para irse, dejándome la tristeza del recuerdo y nada más. Y yo prefería eso, y prefiero el sueño de lo que pudo ser, a todas las realidades en que usted no vibre. Yo debí decirle todo eso, y más, para ser absolutamente sincera.

«La adjunta autorización para retirarse a un convento [...], suplique que se digne conceder el permiso para usar».

Fernán Caballero a la Iglesia

Con el fallecimiento de su tercer marido, Fernán Caballero, escritora católica, solo ve una salida a su desamparo: entrar en un convento, tal como lo expresa en esta carta lúgubre y sobrecogedora, que solo su familia logrará impedir.

Sevilla, 14 de octubre de 1867

Excmo. señor, Cecilia Bölh, viuda de Arrom, habiendo recibido la adjunta autorización para retirarse a un convento, con el mayor respeto a vuecencia, suplique que se digne conceder el permiso para usar de ella.

«¿Quién puede dar fe [...] de que [...] no estabas correspondiendo falsamente a mi afecto?».

Jean Le Rond d'Alembert a los manes de la señorita de Lespinasse

Terrible fue el final de la vida del filósofo y enciclopedista D'Alembert tras fallecer su

pareja de corazón, Julie de L'Espinasse, mientras se profesaban amor absoluto. Nombrado por la difunta ejecutor testamentario de su obra, al leer ciertas cartas, entiende que no fue el amor exclusivo de su querida. De ahí esta carta a los manes de la difunta, a su espíritu.

22 de julio de 1776

Oh, tú, que no puedes escucharme; tú, a quien tan dulce y constantemente he amado; tú, por quien me creí amado en algunos instantes, tú, a quien prefería por encima de todo lo demás; tú, que hubieras tenido cuanto hubieses querido; ¡oh, infortunio!, ¡si aún conservas algún sentimiento en esta estancia de muerte donde tanto has suspirado, y que pronto será la de la mía, contempla mi desgracia y mis lágrimas; la soledad de mi alma; el terrible vacío que me has causado y el cruel abandono en que me dejas! Mas ¿de qué sirve que te hable de la soledad en que me encuentro desde que ya no estás? ¡Ah, mi injusta y cruel amiga, no te importaba saber que esta abrumadora soledad ya la padecía cuando tú todavía existías! ¿Por qué me repetías, diez meses antes de tu muerte, que yo era lo que más apreciabas, el objeto más imprescindible de tu felicidad, lo único que aún te ligaba a la vida, cuando resulta que estabas a punto de demostrarme lo contrario?

¿Por qué, a causa de los deberes que esta tarea me ha impuesto, he tenido que enterarme de aquello que nunca hubiera debido saber y que deseaba ignorar? ¿Por qué no me ordenaste quemar, sin abrirlo, ese manuscrito funesto, que yo creí que podría leer sin hallar nuevos motivos para el dolor, y que sin embargo es la prueba de que, desde hacía al menos ocho años, yo no ocupaba el primer lugar en tu corazón, pese a todas las veces que me aseguraste lo contrario? ¿Quién puede dar fe, tras esta desoladora lectura de que, durante los ocho o diez años en que me creí tan amado por ti, no estabas correspondiendo falsamente a mi afecto?

«He llorado al ver la belleza del mundo pasar como un sueño tras sus ojos».

James Joyce a Nora Barnacle

19 de noviembre de 1909
[Sin saludo]
MS. Cornell
Calle Fontenoy 44, Dublín

He amado en ella la imagen de la belleza del mundo, la belleza y el misterio de la vida, la belleza y la condena de la raza de la que soy hijo, las imágenes de pureza y piedad espirituales en las que creía de niño.

¡Su alma! ¡Su nombre! ¡Sus ojos! Me parecen extrañas y hermosas flores silvestres azules que crecen en algún seto enmarañado y empapado por la lluvia. Y he sentido su alma temblar junto a la mía, y he pronunciado su nombre en voz baja en la noche, y he llorado al ver la belleza del mundo pasar como un sueño tras sus ojos.

11

RUPTURA

«Ya empiezo a sentir por ella lo que todo marido siente por una mujer de la que no está enamorado».

Piotr Ilitch Tchaïkovski a Anatoli Tchaïkovski San Petersburgo, 13 de julio de 1877

Esta mañana me he levantado por vez primera sin esa sensación de desesperación y desesperanza. Mi mujer no tiene absolutamente nada de desagradable. Ya empiezo a sentir por ella lo que todo marido siente por una mujer de la que no está enamorado. Y lo más importante, hoy he comenzado a sentirme del todo a gusto con ella, no tengo la sensación de estar obligado a darle conversación, y estoy bastante tranquilo. El 1 de agosto ya no me parece una especie de puerto lejano donde permaneceré anclado durante una temporada antes de embarcarse de una vez por todas en algún océano de desesperación. Ahora me concentro simplemente en la deliciosa

perspectiva de volver a verte. Tal vez entonces puedas felicitarme.

Hoy, por fin, he superado la crisis. Me estoy recuperando. Pero qué crisis tan espantosa ha sido, horrible. Si no hubiera sido por mi amor por ti y todos mis allegados apoyándome a lo largo de mi insoportable tormento interior, todo podría haber acabado mal, es decir, en enfermedad o en locura.

«Nunca he tratado con una persona tan patética como tú».

Friedrich Nietzsche a Lou Andreas Salomé Antes de mediados de diciembre

Que yo sufra mucho carece de importancia comparado con el problema de que no seas capaz, querida Lou, de reencontrarte a ti misma. Nunca he tratado con una persona tan patética como tú.

Ignorante pero ingeniosa.

Capaz de sacar el máximo provecho de lo que conoce.

Sin gusto pero ingenua con respecto a esta limitación.

Honesta y justa en asuntos menores, por pura terquedad por lo general; a gran escala, en lo que afecta a tu actitud ante la vida, falsa (enferma por exceso de trabajo, etc.).

Carente de sensibilidad para dar y recibir.

Sin espíritu e incapaz de amar.

En afectos (no en efectos) siempre enferma y a punto de enloquecer.

Privada de gratitud y vergüenza hacia sus benefactores.

Desleal, y en las conversaciones dejas a la persona a merced de otros.

Incapaz de ser gentil de corazón.

Te revelas contra la pureza del alma.

Sin pudor, siempre avergonzada en sus pensamientos, contra ti misma.

Especialmente violenta.

Poco fiable.

Deplorable comportamiento.

Grosera en cuestiones de honor.

[…]

Un cerebro con incipientes indicios de alma.

El carácter de un gato: el depredador disfrazado de mascota.

La nobleza como reminiscencia del trato con personas más nobles.

Voluntad de hierro, pero sin un gran objetivo.

Sin diligencia ni pureza.

Carente de la integridad burguesa.

Una sensualidad cruelmente desviada.

Egoísmo infantil sobredimensionado como resultado de una atrofia y retraso sexual.

Capaz de entusiasmarse.

Sin amor a las personas, aunque amas a Dios.

Necesitada de atención.

Astuta y con un total autodominio ante la sexualidad masculina.

«Desde aquel día no respiro, no hablo».

Victor Hugo a Adèle Foucher 26 de abril de 1833

[…] No sabes, Adèle, y esto es algo que solo puedo confesártelo a ti, no sabes que cuando decidieron que no te vería más, lloré, sí, lloré de verdad, como no lo había hecho desde hacía diez años, y como sin duda jamás volveré a llorar. Tuve que soportar una discusión penosa, e incluso tuve que escuchar la sentencia de nuestra separación con el rostro impertérrito; después, cuando tus padres se hubieron marchado, mi madre, al verme tan pálido y sin habla, se mostró más cariñosa que nunca, y trató de consolarme; entonces salí corriendo, y cuando estuve solo lloré amargamente durante mucho rato.

[…] Desde aquel día no respiro, no hablo, y solo soy capaz de reaccionar cuando pienso en ti; es como si hubiera enviudado; desde que no puedo estar cerca de ti, para mí ya no hay más mujer en el mundo que mi madre; en los salones, de donde ya me han expulsado, me toman por la persona más fría que existe, ignoran que soy el más apasionado de todos.

«Si no pudieras guardar mi amor en tu alma».

Marie Dorval a Alfred de Vigny [Ruán] Ocho de la mañana del domingo [1 de septiembre de 1833]

Sí, vivimos el uno sin el otro, pero apesadumbrados, ¿no es así, Alfred mío? Sabes que eso me da mucho miedo. A veces te pregunto cómo pudiste dejar de amar a aquella a la que querías antes de mí, y tú siempre me respondes: «¡Ah, por los viajes! Al final acabas dejando de escribir». Háblame de ello. ¿Será así también conmigo?, háblame del futuro, de cuánto podrás soportar. Si no pudieras guardar mi amor en tu alma, ¿me lo dirías, querido ángel mío?

«No creo que me haya ido porque ya no te ame».

Tolstói a su esposa Sofía Chamordino, 30-31 de octubre de 1910

Un encuentro y, aún en mayor medida, mi regreso, son imposibles por ahora. Para ti sería, tal como todos me han dicho, altamente

perjudicial; para mí, resultaría desastroso; en vista de tu nerviosismo, de tu irritabilidad, de tu estado enfermizo, la situación sería todavía peor que antes, si es que ello es posible. Te aconsejo que te hagas cargo de lo sucedido y que te adaptes temporalmente a tu nueva situación, y sobre todo te aconsejo que reflexiones.

Si me quieres o, cuando menos, si no me detestas, deberías procurar ponerte en mi lugar. Si lo hicieras, no solo no me condenarías, sino que tratarías de ayudarme a hallar reposo y alguna posibilidad de llevar una vida humanamente razonable; me ayudarías empezando por hacer un esfuerzo tú misma, y serías la primera en no desear que regresara ese momento. Tu estado actual, tus impulsos y tus intentos de suicidio, que son la prueba irrefutable de que has perdido por completo el control de ti misma, hacen impensable mi regreso por ahora. No te digo dónde estoy, porque considero que una separación es necesaria para ambos. No creo que me haya ido porque ya no te ame. Te amo, y te compadezco de todo corazón, pero no puedo obrar de otro modo. Sé que tu carta es sincera, pero no estás en condiciones de hacer lo que desearías. No se trata de satisfacer mis deseos o mi voluntad, sino únicamente de tu equilibrio, de una actitud juiciosa y ponderada. Mientras no sea así, la vida en común para mí es impensable. Regresar mientras tú te encuentras en semejante estado para mí significaría renunciar a la vida. Y no considero que tenga derecho a hacerlo. Adiós, querida Sonia, que Dios te ayude. La vida no es una broma, y no tenemos derecho a disponer de ella a nuestro antojo ni a decidir su duración. Los meses que nos quedan por vivir tal vez sean más importantes que todos los años pasados, y debemos vivirlos dignamente.

«El amor pasó».

Fernando Pessoa a Ofélia Queiroz [29 de noviembre de 1920]

Ophelinha:

Agradezco su carta. Me ha proporcionado pena y alivio a la vez. Pena, porque estas cosas siempre dan pena; alivio, porque, en verdad, la única solución es esta —para no prolongar una situación que el amor ya no hace justificable ni por una parte ni por otra—. Al menos por la mía, queda una profunda estimación, una amistad inalterable. Y espero, Ophelinha, que no se negará a corresponderme de igual modo, ¿verdad?

Ni usted, Ophelinha, ni yo tenemos culpa en esto. Solo el destino tendría la culpa, si el destino fuera una persona a quien poder culpar.

El tiempo, que envejece los rostros y el cabello, también envejece, más deprisa si cabe, los afectos violentos. La mayoría de la gente, en su estupidez, no logra darse cuenta de ello, y sigue creyendo que ama porque adquirió el hábito de amar y de ser amado. Si no fuera así, no habría personas felices en el mundo. Las criaturas superiores, sin embargo, están privadas de la posibilidad de sentir esa ilusión, porque ni pueden creer que el amor dure, ni, cuando sienten que se ha acabado, se engañan confundiéndolo con la estimación o la gratitud que nos dejó.

Estas cosas hacen sufrir, pero el sufrimiento pasa. Si la vida, que lo es todo, acaba pasando finalmente, ¿cómo no ha de pasar el amor y el dolor, y todas las demás cosas, que no son sino partes de la vida?

En su carta es usted injusta conmigo, pero lo comprendo y lo disculpo; sin duda cuando la escribió estaba irritada, puede que incluso se sintiera herida, pero la mayoría de la gente —hombres y mujeres— escribirían en un tono aún más desabrido, y en términos todavía más injustos; sin embargo, Ophelinha, usted tiene un carácter tan encantador que ni siquiera estando irritada es capaz de albergar maldad. Cuando se case, si no obtiene la felicidad que se merece, puede estar segura de que no será por su culpa.

En cuanto a mí…

El amor pasó. Pero conservo por usted un afecto inalterable, y jamás olvidaré —jamás, puede creerme— su grácil figura, sus maneras de niña, su dedicación y su amoroso temperamento. Quizá me engañe y todas esas cualidades que le atribuyo no sean más que una ilusión mía, pero no creo que sea así, y si lo fuera, no estaría cometiendo ninguna indelicadeza por atribuírselas.

No sé qué desea exactamente que le devuelva —si las cartas o

algunas cosas más—. Preferiría no devolverle nada y conservar sus lindas cartas como memoria viviente de un pasado muerto, al igual que lo son todos los pasados; como algo conmovedor para una vida como la mía, en la que, conforme avanzan los años, también avanzan a la par la infelicidad y la desilusión.

Le ruego que no haga como la gente vulgar, siempre tan inapropiada; que no vuelva la cara hacia otra parte cuando pase por mi lado, ni guarde de mí un recuerdo en el que esté presente el rencor. Actuemos, el uno con el otro, como dos personas que se conocen desde la infancia, que se amaron un poco cuando eran niños, y aunque ahora, en la vida adulta, vayan en pos de otros afectos y otros caminos, siempre conservarán, en un compartimento del alma, la memoria profunda de su amor antiguo e inútil.

Eso de «otros afectos» y «otros caminos», va por usted, Ophelinha, no por mí. Mi destino pertenece a otra Ley, cuya existencia, Ophelinha, usted ignora, y está subordinado cada vez en mayor medida a la obediencia de unos Maestros que no permiten ni perdonan.

No es necesario que lo comprenda. Basta con que me conserve con cariño en su recuerdo, tal como yo la conservaré, de forma inalterable, en el mío.

FERNANDO

«¡A partir de este momento estamos muertos el uno para el otro!...».

Angela Pietragrua a Stendhal [1 de diciembre de 1815]

Por el modo en que os habéis comportado conmigo, jamás volveré a profesaros ni amor ni amistad. ¡Este último sentimiento me hizo albergar falsas esperanzas con respecto al primero, y así hallé razones para soportar un distanciamiento tan penoso para mi corazón!... Pero,

en cuanto a este último sentimiento, ¡también me habéis tratado de un modo indigno!… A fin de eludir en parte las penas que estoy sufriendo, y que se renuevan al instante cada vez que os veo, os ruego —y espero que al menos en eso sí me complaceréis— que evitéis verme. ¡A partir de este momento estamos muertos el uno para el otro!… Cuando llegue la hora, como así espero que sea, en que veros me produzca indiferencia, entonces buscaré vuestra compañía como si fuera la de un hombre amable.

12

DIVORCIO

«Formalmente y sin reírme, y con toda la seriedad, verdad y pureza de una inglesa, digo que no me juntaré jamás con usted».

Manuela Sáenz al doctor James Thorne, su marido

¡No, no, no más hombre! ¡Por Dios! ¿Por qué me hace usted escribirle, faltando a mi resolución? […].

Señor: usted es excelente, es inimitable; jamás diré otra cosa sino lo que es usted. Pero, mi amigo, dejar a usted por el general Bolívar es algo; dejar a otro marido sin las cualidades de usted, sería nada.

¿Y usted cree que yo, después de ser la predilecta de este general por siete años, y con la seguridad de poseer su corazón, preferiría ser la mujer de otro, ni del Padre, ni del Hijo, ni del Espíritu Santo, o de la Santísima Trinidad?

Si algo siento es que no haya sido usted mejor para haberlo dejado. Yo sé muy bien que nada puede unirme a Bolívar bajo los auspicios de lo que usted llama honor. ¿Me cree usted menos honrada por ser él mi amante y no mi esposo? ¡Ah!, yo no vivo de las preocupaciones sociales, inventadas para atormentarse mutuamente.

Déjeme usted en paz, mi querido inglés. Hagamos otra cosa. En el cielo nos volveremos a casar, pero en la tierra no. ¿Cree usted malo este convenio? Entonces diría yo que usted es muy descontentadizo.

Basta de chanzas. Formalmente y sin reírme, y con toda la seriedad, verdad y pureza de una inglesa, digo que no me juntaré jamás con usted. Usted anglicano y yo atea, es el más fuerte impedimento religioso; el que estoy amando a otro, es el mayor y más fuerte. ¿No ve usted con qué formalidad pienso?

Su invariable amiga,

MANUELA

«Después de este golpe tan duro mi vida iba a ser más fácil, pero ¿habrá felicidad o está muerta para mí?».

Constance Wilde a la señorita Robinson

¿Puedes decirme algo? Me dijiste que después de este golpe tan duro mi vida iba a ser más fácil, pero ¿habrá felicidad o está muerta para mí? Tan poca que había tenido. Mi vida ha quedado destrozada, hecha pedazos como mi mano por sus líneas. Tengo que conseguir la separación judicial o si es posible el divorcio, en cuanto termine el juicio, para obtener la custodia de los niños. ¡Qué tragedia para él con el talento que tiene! Escríbeme y cuéntame lo que puedas.

13

SUICIDIO

«No persigo el no ser nunca infeliz, solo quiero estar contigo».

Katherine Lee Bayard a Juan Valera Pigeon Cove, 18 de agosto Martes por la tarde Miro Kamlo Karo:

Si enviara esta carta, nunca te llegaría. Pero mi corazón quiere que te hable ahora, para contestar de verdad a la carta que acabo de leer. La respuesta auténtica, la única, es la que sabes: te amo con todo mi corazón. Pero además, a consecuencia de eso, podría escribirte páginas sin decir jamás cuánto o de cuántas maneras te amo [...].

Pero ahora, mi cielo, escúchame. Te amo tanto como jamás podría amar, y nunca podría preocuparme en absoluto por nadie más, por la buena razón de que, si te perdiera, mi corazón sería como un fuego apagado. Podría ser amable con la gente y compadecer sus problemas, pero el amor no es eso.

Cuando estoy contigo soy más feliz, incluso si hablo de circunstancias tristes, que si tuviera un corazón ligero y todos esos

deseos comunes y mundanos. No persigo el no ser nunca infeliz, solo quiero estar contigo. Preferiría ser infeliz y estar contigo, querido mío, que estar en el cielo.

«Estoy tan seco que la mínima chispa que entre en contacto conmigo me prenderá».

Cyrano de Bergerac a Roxana

Señora:

El mal que sufro por su causa sin duda no es mortal, y, sin embargo, muero desde que la vi: ardo, tiemblo, mi pulso está desacompasado; ¿será la fiebre? ¡Ay de mí! No lo es, pues a esta la definen como una desproporción exacerbada de las cualidades del animal, mientras que lo que a mí me ha hecho enfermar ha sido la perfecta armonía de nuestros temperamentos.

Cuando la veo, me parece estar contemplando la belleza, en busca de aquello con lo que la Naturaleza mueve a todos los hombres. En cuanto me habló, grité: ¡Ya lo tengo, esto es lo que quería decir desde hace mucho tiempo, y que mi corazón me insuflaba en las entrañas, golpeando contra los muros de su prisión, y maldije el cielo, que, pese a haberle proporcionado los deseos y los medios para reconocer a su otra mitad, le negaba que pudiera unirse a ella después de haberla encontrado! Y ahora, este pequeño soberano se siente contrariado hasta tal punto, por no poder tomar posesión de su imperio, que me niega sus funciones. No toma nada de mi hígado que no sea combustible; paraliza el movimiento de mis pulmones, por miedo a enfriarse; envía hiel en todas direcciones y, si permanezco tres días más en este estado, es posible que mi cuerpo se ilumine en medio de las calles. Estoy tan seco que la mínima chispa que entre en contacto conmigo me prenderá.

Prevenga el accidente, señora, acuda adonde él se encuentra, porque él no puede ir a usted. ¡Ay de mí!, es un temerario, un Sansón, que no dudará en morir aplastado bajo las ruinas de su palacio con tal

de que caigan con él quienes le impiden abrazarla. […] ¡Oh, dioses! ¡Cuán desprotegido está nuestro bien, en manos de una jovencita y de la Fortuna! Pero si tanto la una como la otra prescinden de sanarme, tendré que recurrir al médico que cura todos los grandes males: la Muerte. Sí, moriré, y es posible que entonces mi desgracia le enternezca, y que le resulte más doloroso soportar las saetas del dolor que las del amor. Y si un día le preguntan quién era yo, ¿añadirá las lágrimas que por humanidad sus ojos se verán forzados a verter, brindándoles, aunque sea una pequeña emoción a los manes de quien tanto la amó?

[…] Ardamos de amor, su llama es tan dulce que nadie ha muerto por su causa; y amadla mejor de la mano de otro que por mí, que no tengo la menor intención de causarle mal alguno, puesto que soy, Vuestro servidor,

D. C.

«Tú, amada de mi corazón, lo más preciado que tengo, mi todo, mi esposa, el bautismo de mis hijos, mi trágica obra, mi reputación póstuma».

Heinrich von Kleist a Adolfine Henriette Vogel Para el poeta y dramaturgo romántico Kleist, dar su vida, es decir, suicidarse era la única marca del amor absoluto que buscaba en una mujer. Su prima, habiendo rechazado esta exigencia desmedida, encontró en Henriette la pareja perfecta

para acometer las bodas del
amor y de la muerte.

1810

Mi chica de oro, mi perla, mi piedra preciosa, mi corona, mi reina y emperatriz. Tú, amada de mi corazón, lo más preciado que tengo, mi todo, mi esposa, el bautismo de mis hijos, mi trágica obra, mi reputación póstuma. ¡Oh! Eres mi segundo mejor yo, mis virtudes, mis méritos, mi esperanza, el perdón de mis pecados, mi santidad futura. ¡Oh, pequeña hija del cielo, mi criatura de Dios, mi intercesora, mi ángel de la guarda, mi querubín y serafín, cómo te amo!

14

ÚLTIMAS CARTAMORES

A) ÚLTIMO AMOR

«Pretendo mostrarme, tal como está viendo, brutal y odioso».

Chateaubriand a Léontine de Villeneuve 18 de abril de 1828

[…] No sé qué sentimiento le inspiro; pero no es de amistad. La amistad es hija del tiempo. No es amor, usted lo ha dicho, y yo la creo. No puede gustarle el amor a quien jamás lo ha visto, sobre todo un hombre de mi edad. No es admiración. No me la merezco, y, además, la admiración no es tan apasionada. ¿Qué es, entonces? Vayamos más lejos. Supongamos que me encuentro con usted en las aguas, y que a pesar de todo aquello que debería preservarla de cometer una locura, se siente atraída por mí. ¿Y si yo la engañara? Usted me dice que dejaría de amarme si yo ya no la amaba: muy bien, puedo aceptarlo; amarla durante toda mi vida, seguro de que me corresponderá con su amor; o dejarla, sabiendo que usted no tardará en curarse. Pero, entonces, ¿no está usted incurriendo en un error? ¿Se consolaría tan bien y tan pronto? ¿Y no habría perdido nada por el camino? ¿Si me mostrara frío, egoísta, incapaz de amar ni de

arrepentirme de nada, si no fuera el hombre de mis obras?

Léontine, pretendo mostrarme, tal como está viendo, brutal y odioso. Le planteo suposiciones absurdas para asustarla y para que jamás tenga que decirme: «Usted me sedujo, abusó de mi indefensión y de mi confianza». Y ahora, la conclusión. Si, estando advertida, como es el caso, usted no decide echarse atrás, por ejemplo, casándose y olvidándome, si persiste en querer verme en las aguas o en otro lugar, puede contar conmigo, pero será por su cuenta y riesgo.

«Adiós al más amado y al más amante de los hombres».

María Antonieta a Axel de Fersen [Sin fecha, a comienzos de agosto de 1791]

Solo puedo decirte que te amo, y no tengo tiempo para más. [...] Adiós al más amado y al más amante de los hombres. Te beso con todo mi corazón.

19 de marzo de 1795

Adiós, mi corazón está todo contigo.

«Mi último deseo es que heredes de mí un temperamento muy alegre».

Lili Elbe a Grete

Lili Elbe, la primera mujer transexual operada en la historia, falleció a consecuencia de dichas operaciones. Impresionó a todos sus seres cercanos en todo este proceso, dejando muestras de su alegría proverbial.

Querida Grete:

Mañana me van a operar de nuevo. El profesor dice que esta operación es menor, que no conlleva ningún riesgo. Por eso no te pedí que vinieras conmigo. Sin embargo, si las cosas no salen bien, quiero decirte que pensé en ti cada hora, cada minuto hasta el último instante de vida. Mi último deseo es que tengas un futuro feliz y que heredes de mí un temperamento muy alegre. Mil besos de Lili.

Tuya,

ANDREAS

B) ÚLTIMAS CARTAS

«Lo que tengo lo merezco [...] porque lo hice por amor».

Eva a Juan Perón

Se acerca el final y quiero hacer pública mi última voluntad. Nada de lo que yo tengo, nada de lo que yo tengo, ni nada de lo que yo pienso, es mío; es todo tuyo. Lo que tengo, lo merezco; lo merezco por una sola cosa que vale todo el oro del mundo; lo merezco porque lo hice por amor. Mientras vivas podrás disponer de los derechos de mi libro como mejor creas conveniente; podrás hacer de ellos lo que quieras. A ti te dediqué mi vida y, por tanto, todo lo que fue mío, te pertenece.

«Te amaré igual cuando haya muerto».

Berthe Morissot a su hija, Julie Manet 1 de marzo de 1895

Te amo estando moribunda; te amaré igual cuando haya muerto; te lo ruego, no llores; esta separación era inevitable; hubiera querido resistir hasta tu boda… Trabaja y sé buena como lo has sido siempre; no me has causado un solo disgusto en toda tu corta vida.

Eres hermosa, y tienes suerte; haz un buen uso de ambas.

Creo que lo mejor es que te vayas a vivir con tus primas, a la calle de Villejust, pero no quiero imponerte nada. […] No llores más. Te amo aún más que te beso, Jeanny, te encomiendo a Julie.

«Mi única preocupación en estos momentos es no poderme despedir de ti».

Dionisia Manzanero a su novio, Bautista Almarza 4 de agosto de 1939

Primeramente, unas letras todas llenas de cariño de tu nena, y quiero que me perdones por no haberte escrito antes, pues no ha sido porque no he querido, sino que me ha sido imposible. Pero, sin embargo, hoy me ha llegado la hora de manifestarte otra vez todo cuanto te quiero y todo cuanto he sufrido por no haber podido estar a tu lado durante este largo tiempo, que me parece que han transcurrido dos siglos.

No hace falta que me lo digas, sé y adivino que a ti te pasa exactamente igual que a mí, pero no tengas pena ni sufras ni nada en absoluto; tú procura conservar la salud y ponerte bien de tu enfermedad.

Mi única preocupación en estos momentos, y es lo que siento

enormemente y de corazón, es no poderme despedir de ti. No creo que haga falta decirte más. Ayer he celebrado mi juicio y es lo que ha recaído sobre mí. De todas formas, se ha remarcado mi inocencia bastante por el defensor, y esto me hace tener esperanza de que puedan hacer algo ante mi situación.

Quiero que, al leer estas letras y a pesar de todo el dolor que te puedan causar mis palabras, que tan duras son al llegar de una persona que tanto se quiere, ahogues las lágrimas en la garganta, piensa que no me acusan de ningún crimen, sino por mi idea política.

[…] Cariño mío, no tengas pena, te sigo queriendo cada vez más, me acuerdo mucho de ti, pero no te preocupes, que yo mientras conserve la vida te escribiré a menudo para que no exista tanta intranquilidad en ti.

Sin más por hoy, recibe todo el cariño que sabes te tiene tu nena, y un millón de besos y abrazos de tu cariño. Adiós.

«No creo que dos personas pudieran haber sido más felices hasta que llegó esta terrible enfermedad».

Virginia a Leonard Woolf

Querido:

Estoy segura de que estoy enloqueciendo de nuevo. Creo que no podemos volver a pasar por otra época terrible. Y que esta vez no me recuperaré. Empiezo a oír voces y no puedo concentrarme. Así que hago lo que me parece mejor. Me has dado la máxima felicidad posible. Has sido en todos los sentidos todo lo que uno puede ser. No creo que dos personas pudieran haber sido más felices hasta que llegó esta terrible enfermedad. No puedo luchar más. Sé que te estoy arruinando la vida, que sin mí podrías trabajar. Y lo harás, sé que lo harás. Ya ves que ni siquiera puedo escribir esto bien. No puedo leer. Lo que quiero decirte es que te debo toda la felicidad que ha habido

en mi vida. Has sido extremadamente paciente conmigo e increíblemente bueno. Quiero dejar constancia de ello; todo el mundo lo sabe. Si alguien hubiera podido salvarme, ese habrías sido tú. Ya no queda nada en mí salvo la certeza de tu bondad. No puedo seguir malográndote la vida por más tiempo.

No creo que dos personas puedan ser más felices de lo que lo hemos sido nosotros.

«La mujer que te amaba está muerta».

Nina Giustiniani a Camillo Cavour ¡Camillo!:

¿Sabes quién soy? ¿Ya no te acuerdas de esta mujer que te ama?… Soy Nina. ¿Este nombre no le dice nada a tu corazón? ¿Desaparecida para siempre de la tierra donde te vi, mi imagen también se ha desvanecido por completo de tu pensamiento?… Si es así, sonríe piadosamente. ¡Oh, amigo mío!, no creas en nada, la existencia no es más que humo, el ser y la nada se tocan y se confunden.

Sin embargo, algo me dice que no me has olvidado… ¡Camillo! ¡Camillo! Un vínculo misterioso nos une a pesar de la ausencia, a pesar de la muerte. Esto no es amor, es más que amor.

He podido saber que estabas en brazos de otra sin que mis sentimientos por ti se alterasen: he deseado que una mujer espléndida de juventud y de encanto te hiciera feliz, que nada en el mundo te impidiera poseer tu vida por entero, amar, ser amado. Habría querido velar por ti, procurarte mil alegrías, sin compartirlas contigo en absoluto; ser simplemente el instrumento de tu felicidad, sin que importara dónde se hallase, y si existiera una mujer que fuera objeto de tus deseos y estuviera poco dispuesta a aceptar, creo que, haciendo causa común contigo, me habría puesto a trabajar para que cediera a tus encantos, y a continuación morirme.

Eso era lo que yo sentía, y ahora que la tierra me cubre, que mi inteligencia, liberada de sus limitaciones, podría gozar de sí misma y

del alimento que encuentra sin cesar, precisamente ahora, sí, me siento incompleta sin ti…

Culmina tu carrera con honores, haz todo el bien que esté en tu mano, y piensa en mí cuando no tengas nada que hacer.

La mujer que te amaba está muerta, no era especialmente hermosa, había sufrido demasiado. Lo que le faltaba lo sabía mejor que tú; ella está muerta, te lo digo yo, y en este mundo de los muertos se ha encontrado con antiguas rivales. Pero, mientras que en el mundo donde los sentidos desean ser seducidos ella les cedió la palma de la belleza, aquí, en cambio, las supera a todas: ¡ninguna de ellas te ha amado como ella, ninguna!

«Si gustares de socorrerme, tuyo soy».

Don Quijote a Dulcinea

Soberana y alta señora:

El ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del corazón, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la salud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, maguer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que además de ser fuerte es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relación, ¡oh bella ingrata, amada enemiga mía!, del modo que por tu causa quedo. Si gustares de socorrerme, tuyo soy; y si no, haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida habré satisfecho a tu crueldad y a mi deseo.

Tuyo hasta la muerte,

El caballero de la triste figura

15

FRENTE AL OCASO: RECUERDOS DE UNA DICHA

«Sin ti y sin tu amor, sin tu amor vivificante sería mi existencia melancólica y triste».

Carlota a Maximiliano de México Miramar

27 de julio de 1860

Ángel bienamado:

Hace tres años que fundé la verdadera y bella felicidad de mi vida, ¿cómo encontrar palabras para agradecerte todo el amor y lo bueno que me ha demostrado en gran medida en este tiempo? Eres la estrella de mi vida, la única en quien confío y me ilumina en los tiempos oscuros. Sin ti y sin tu amor, sin tu amor vivificante, sería mi existencia melancólica y triste y solo en ti encuentro esperanza y alegría.

Tu siempre fiel,

«A mi dueña adorada de parte de quien te ama».

Fujinami a una concubina de palacio Soy muy feliz por haber tenido la oportunidad de volver a verte después de tanto tiempo. Y aunque nos hemos separado de nuevo, espero que nos veamos otra vez. No presto la menor atención a nada de lo que hago. Pienso en ti noche y día, y no te olvido ni por un instante.

A pesar de que te amo, tú me has olvidado por completo. Guardo el vestido que me diste contra mi pecho, y duermo con él para tener la sensación de que estoy acostada a tu lado. Te ruego que tires esta carta en cuanto la hayas leído, porque si otros la vieran, podría causar una mala impresión.

A mi dueña adorada de parte de quien te ama.

«La vida es demasiado corta para el beso que mi corazón reclama».

Stella Campbell a George Bernard Shaw 18 de noviembre de 1912

Plaza Kensington, 33

Se acabaron las farsas, una verdadera carta de amor esta vez y entonces podré respirar con libertad, y tal vez, quién sabe, empezar a incorporarme y recuperarme.

No he dicho «bésame» porque la vida es demasiado corta para el beso que mi corazón reclama… Todas tus palabras son como el viento

vano. ¡Mírame a los ojos dos minutos sin hablar si te atreves!

Si me das un beso y solo puedes besarme si yo digo «bésame», y yo nunca diré «bésame» porque soy una viuda respetable y no dejaría que ningún hombre me besara a menos que estuviera segura del anillo de boda.

STELLA

(quiero decir, LIZA) «Que sería digna de la envidia de los dioses si pudiera disfrutar del consuelo de verte».

Reina Cristina de Suecia a Eva Sparre 1655

¡Cómo de insuperable sería mi felicidad si pudiera compartirla contigo, y si tú fueras testigo de mi felicidad! Te juro que sería digna de la envidia de los dioses si pudiera disfrutar del consuelo de verte; pero ya que desespero de esta misma felicidad, debes al menos concederme la satisfacción de creer que, no importa la parte del mundo en que me encuentre, siempre conservaré el recuerdo de tus muchas cualidades, y que llevaré conmigo, más allá de las montañas, esa pasión y ternura que siempre te he profesado. Guarda al menos un grato recuerdo de mí, y no empañes la dulzura de la dicha que disfruto olvidando injustamente a la persona del mundo que más te honra. *Adieu*, Belle, recuerda a tu Cristina.

«Nos fundimos el uno en el otro hasta componer un solo ser».

Maud Gonne a William Butler Yeats París, 26 de julio de 1908

Willie:

No te escribo al cabo de una semana, sino de un día. Anoche tuve una experiencia tan maravillosa que debo saber de inmediato si te afectó y cómo…, porque, sobre todo, no quiero hacer nada que te aparte de tu trabajo o que lo haga más arduo. […]

Fuimos a algún punto del espacio, no sé adónde. Yo era consciente de la luz de las estrellas y de oír el mar a nuestros pies. Creo que habías adoptado la forma de una gran serpiente, aunque no estoy del todo segura. Solo vi claramente tu rostro y cuando te miré a los ojos —como hice el día que me preguntaste en París en qué estaba pensando—, tus labios tocaron los míos. Nos fundimos el uno en el otro hasta componer un solo ser, un ser superior a nosotros que lo sentía todo y lo sabía todo con doble intensidad. El reloj que marcaba las once rompió el hechizo y, cuando nos separamos, sentí como si se me escapara la vida por el pecho, con un dolor casi físico.

«Aun recorriendo el mundo entero, difícilmente podría hallarse una experiencia semejante».

Friedrich Hölderlin a Suzette Gontard El amor sublime que vivió el poeta Hölderlin con Susan Gontard, la madre de su alumno, será la cúspide de su existencia. Al separarse de ella y regresar caminando de Burdeos a Nürtingen, enloquecerá, y en este estado sin resolución —como su amor, imposible, inconsolable— escribirá, sin embargo, sus

obras maestras en los más de
treinta años de vida que le
quedarán.

¿Recuerdas aquellas apacibles horas en que estábamos tú y yo solos, el uno con el otro? ¡Qué triunfo! Los dos tan libres y orgullosos y felices y satisfechos y resplandecientes, ¡nuestra alma, nuestro corazón, nuestra mirada, nuestro rostro, y ambos, uno junto al otro, en esta paz celestial! Por aquel entonces, lo había presentido y dije: aun recorriendo el mundo entero, difícilmente podría hallarse una experiencia semejante. Y conforme pasan los días, mi sentimiento a este respecto se reafirma.

NOTA BENE: Réquiem por una desaparecida **I. Las cartas, una reliquia del mundo remoto El olvido inmerecido de las cartas** Algún día no muy lejano, si alguien, un ser del mundo futuro que se está gestando, abre la caja de Pandora de la historia, mirará con condescendía y con cierto sentido del ridículo reprimido, al transportarse a aquella época tan lejana en la que se usaban estas mezclas de tinta, papel, buzones y carteros, como si se acercara para una antigüedad caída en desgracia definitiva, perdida en las colecciones de un museo antropológico o histórico, tan alejada de él mismo que su existencia no debía ni podría tener ninguna incidencia sobre su propia vida. Aquella distancia infinita le hará considerar el núcleo de aquel dispositivo, las cartas, como una materia ingrata, graciosa o una quimera prehistórica de la comunicación sentimental. Un mero detalle de la historia, nacido en 2200 a. C., con fecha de caducidad programada: esta misma década, los terribles años veinte del nuevo milenio.

¡Craso error!, ¡vana ingratitud!, no reconocer la filiación que lo

une a estos folletos en adelante del todo ilegibles, perdidos en la mar de la memoria anónima o, en pocas ocasiones, salvadas del olvido bajo la forma de un libro, casi igual de ninguneadas y abandonadas en la estantería de una biblioteca en ruinas, sin lectores ni vida. Lo más probable es que la vida misma de este visitante tardío, juez escéptico o nihilista de este compendio epistolar se deba, siglos o décadas atrás, al intercambio de algunas cartas que decidieron, en contra de muchas imposibilidades, el destino que unió a dos existencias, dejando frutos de un amor (in)feliz: nuevas vidas. ¿Qué arma secreta, qué embajador, qué celestina, qué matrona, qué manes, qué santos, qué amables mediadores hicieron tanto para el amor como las cartas, para el amor y sus descendencias: vidas, obras culturales, religiones reveladas, utopías imposibles? Sin las cartas de amor, ¿que hubiera sido del amor y qué cara, qué cáliz, qué tenor, qué belleza tendrían el mundo y sus vidas infinitas?

Cartas, este género híbrido, impuro, perdido entre los nobles, consagrados artes de la escritura y las grandes obras canónicas de la literatura: la poesía, el teatro, el *pensum* y la novela por fin. Ni obra literaria voluntaria *per ipse*, absoluta y conclusa, debidamente firmada y regalada por el autor vivo al mundo y su público, ni siquiera testimonio vital o biográfico en toda regla, y por eso mismo, con toda justicia género apartado del sistema editorial, por ende olvidado por los lectores, las cartas fueron sin embargo el tejido sanguíneo de la vida colectiva, el corazón mestizo de esta aventura llamada la vida en el mundo, escrito y vivido a la vez. Hasta la invención del teléfono, y luego de la web, durante milenios pues, todo acontecimiento que se precie —personal, histórico, individual, colectivo—, aquí y allá, fue la confluencia de muchas cartas sin las que nada, salvo lo que propició el azar mismo, hubiese ocurrido.

Crítica hacia las cartas de amor La mala fama de la correspondencia se ve agravada en el caso de las cartas de amor, subgénero además descalificado como un rincón sentimental, una propiedad casi femenina, sin más interés que las elucubraciones sentimentales de sus contrincantes. La crítica hacia estas cartas de amor es demoledora: la inflación

sentimental que impera en ellas las descalifica *ipso facto* de la consideración literaria, la crítica académica las desacredita del todo, salvo para subrayar su ineptitud, su inexistente valor literario, mera huella personal inferior. Hasta el crítico que más hizo por relanzar la investigación cultural sobre el amor a finales del siglo XX, Roland Barthes, solo le dedica dos pequeñas páginas a las cartas de amor en su famoso libro (y seminario): *Fragmentos de un discurso amoroso*,[15] con una condena inapelable: «lugar privilegiado de la banalidad amorosa». Fernando Pessoa no puede tener palabras más duras contra ellas: «Todas las cartas de amor son ridículas. No serían cartas de amor si no fuesen ridículas».[16] Pero la condena más definitiva viene de un filósofo italiano, Umberto Galimberti: «En cuanto a las cartas de amor, aconsejamos evitar cuidadosamente volver a leerlas unos años más tarde».[17]

Defensa de la carta de amor Y, sin embargo, no hace falta esperar la publicación de las cartas de estos jueces implacables —las de Pessoa, recogidas aquí indican, si no todo lo contrario, desde luego otra perspectiva tanto vital como literaria; en cuanto a las de Barthes, no podrán confirmar su indiferencia de dandi semiólogo a la escritura amorosa epistolar— ni tampoco vivir en el siglo XXI, en plena revolución de las emociones, para convencerse de lo contrario. Las cartas de amor las defienden en sus propias cartas poetas, artistas, intelectuales, políticos del mundo entero, de todos los géneros. De la reina Isabel a María Malibran, de Emily Dickinson a Virginia Woolf hasta Federico García Lorca, Stendhal o Oscar Wilde. Los propios autores de cartas sublimes destacan una y otra vez el papel fundamental que desempeñaron en su vida amorosa. La *lettere amorosa*, de Eloísa a Abelardo, de Monteverdi o de Manuela Sáenz, de Delmira Agustini a Manuel Ugarte, de Galdós a Teodosia Gandarias, de Elizabeth Barret Browning o de Gala, de Lola Montes o de Mary Wollstonecraft a sus amores, constituye una auténtica fortuna documental sin rival que ilustra el paso del amor por las vidas de estas personas, enamoradas, amantes o amores, fugaces o

eternos. Por ejemplo, Victor Hugo a Juliette Drouet: Mi ángel, cuando leas este papel, no estaré a tu lado, no estaré contigo para decirte: ¡piensa en mí! Quiero que te lo diga esta hoja de papel. Quisiera que encontraras en las cartas trazadas para ti todo lo que contienen mis ojos, todo lo que está en mis labios, todo lo que late en mi corazón, todo lo que aguarda mi presencia cuando yo te digo: ¡te quiero! Quisiera que esta carta entrara en tu pensamiento como si fuese mi mirada, mi soplo, el sonido de mi voz para decirle a este pensamiento encantador al que quiero: ¡no lo olvides![18]

Las cartas de amor, el amor en su auténtico esplendor Incluso antes de ser una riqueza literaria única e inagotable dentro de la literatura sobre el amor, la correspondencia es, ante todo, la mayor fuente de archivos, documentos, voces directas sobre los estados del amor, la inmensa y auténtica caja de Pandora de los amores vividos, reales y, para más inri, confesados por escrito. Como esta obra, por ejemplo, de Simone de Beauvoir al cineasta Claude Lanzmann: «Mi amor, no existe palabra para decirte mi amor [...] . Mi amor, yo no sabía que el amor podía ser esto».[19]

La mejor respuesta a estas críticas es constituir —esa fue la ambición de esta antología— un palimpsesto inacabado —inacabable por seguro—, un *collage* sin fronteras de idiomas, de épocas, de lugares en el mundo que recogiera, sin nombres ni romances de por medio, las frases escritas con fervor tembloroso, por corazones desgarrados, enamorados lunáticos o extáticos en cartas imborrables: ¡una carta de Amor a las cartas Al Amor! Para dichas vidas que fueron trastocadas en un abrir y cerrar de ojos por un encuentro fugaz que se hubiera quedado en los limbos de la memoria si no fuera por las palabras escritas que obraron su mágico encanto para retener a una persona que, por el paso, la voz, la mirada, la silueta o el halo de una paseante, cruzada en un paso de cebra, una cafetería, entre dos calles, en el lugar más insólito o más concurrido que pueda imaginarse todo el porvenir, el amor y la vida misma dependen de estas palabras trazadas con ansia y temblor, entre la confesión auténtica y el futuro

en juego, y enviadas con todas las esperanzas. El amor transporta a los enamorados[20] y los lleva a otra dimensión de la vida donde se desnudan y se narran, el uno al otro, en sus cartas, archivo testimonial vivo y único de este amor haciéndose, acercándolos lo que es el amor de verdad. Así aparece el amor en las cartas: ni filosofía de Eros, ni ficcionalización del amor; en realidad, el único material fidedigno de lo que es o, por lo menos, de lo que fue ese amor para estas personas. Revela no solo una época de la gran historia del amor y una etapa de la historia privada de estos dos enamorados, sino que la correspondencia amorosa constituye el mayor tesoro textual sobre el amor a través del tiempo, por todas las personas que la escribieron, en toda época.

II. Cartas al amor Todos los amores caben en las cartas de amor Las propias cartas repiten hasta la saciedad su multiplicidad consustancial: «el amor no conoce fronteras», como dice Carmen. Ignora los límites geográficos, semánticos, sociales, tan versátil como inclasificable, en permanente (re)invención de sí mismo, el amor, este pájaro libre que vuela sobre la tierra poblada por los millones de relaciones amorosas que nacieron en el mundo, los grandes acontecimientos que marcaron la genealogía del amor y fundamentan el sustrato de nuestras vivencias amorosas. Desde la reivindicación de la igualdad entre géneros hacia las artes del amor reclamada por Ovidio, la invención del amor cortés, la irrupción de las mujeres como sujetos activos del amor —las sacrificadas al amor romántico, desde Eloísa hasta Fernán Caballero, las dueñas de salones donde conversar con sus ***alter ego*** **masculinos era el preludio a sublimes correspondencias de amor, la aparición de las grandes autoras de epístolas amorosas, desde las** ***madames*** **del Antiguo Régimen francés, las escritoras románticas, las mujeres liberadas de la** ***belle époque*****, las libres amazonas del siglo XX hasta las heroínas feministas contemporáneas en guerra contra las huellas del patriarcado en el amor «el mal querer»—, el amor es una «moneda muy usada, la palabra "amor" ha circulado demasiado en nuestras tribus, una puta».[21] El fracaso de los movimientos de emancipación**

fundados en el amor, desde las utopías y las bohemias del siglo XIX hasta las tribus hippies de los *sixties*, tampoco logran desterrarlo porque siempre reaparece, eterno fénix inmortal, al acecho de cualquier existencia, al horizonte de cualquier época. En la nuestra, muy tocado por las críticas contemporáneas desde el feminismo, las nuevas configuraciones amorosas conllevadas por las nuevas tecnologías de encuentros humanos, siempre se mantiene vivo, con un brillo intacto, mágico. Farol inextinguible, fantasmagórico, patético o grandioso, según sus detractores o apóstoles, el «amor sigue siendo nuestra religión» como lo dice la escritora Annie Leclerc,[22] sin remedio ni repudiación a la vista.

El arco de las tipologías del amor, sus circunstancias, causas, motivos, naturalezas íntimas y realidades sociales queda ilimitado, abierto a mil novedades si no son estigmas del pasado que regresan —el poliamor, tan estimado hoy en día, ¿no será una extensión democrática a todas las personas del libertinaje aristocrático del Siglo de las Luces?—. Desde la tipología del amor establecida por Stendhal —el amor-pasión, el amor-interés, el amor-orgullo—, a las formas múltiples del amor que enumera Helen Fisher —el eros, la manía, el ludes, el *storgé*, ágape, la pragma— hasta la clasificación clásica de Sternberg —la pasión, la intimad y el compromiso amoroso— y las sabias variedades populares del amor —el amor romántico, imposible, virginal, de compañeros, el *amor Dei*, el *amor fati*…—, la invención del amor de transferencia como lugar de la cura psicoanalítica[23] hasta las sentencias provocadoras de Lacan —«la relación sexual no existe»—, el amor se relabora y se agranda sin fin, y para cada variedad de amor existe un compendio de cartas que ilustran sus vivencias particulares. Ningún otro género puede prevalecerse de semejante riqueza de testimonios auténticos sobre las mil y unas caras del amor escritos bajo su sombra.

Por mucho que lo rechace uno de los grandes defensores del amor en el siglo XX, el fundador del surrealismo André Breton, en una carta a su futura primera esposa Simone Kahn afirma que «aquí se trata de pasión. La palabra “amor” no tendría ningún sentido. No quiero prestarme al juego de estas distinciones ridículas: el amor pasión, el amor ternura, el amor por el amor, el amor por un ser; el amor del amor, como quien dice: ¡basta ya!».[24]

Si el lugar, la necesidad y las formas mismas del amor son objeto de crítica y reformulación feminista —entre muchos ejemplos, el trabajo de Herrera Gómez Coral[25] y del Laboratorio del Amor, por ejemplo—, su existencia no está cuestionada. Allí radica el singular resplandecer del amor: agota todas las definiciones y a sus más despiadados adversarios, nunca muere y se mantiene a las orillas del centro de la vida humana. Origen de la vida sin llegar nunca a instaurarse como el príncipe de la vida en común, sol que ilumina a los sujetos humanos cuando los irradia de su magnitud, luna negra que oscurece las vidas desamparadas de su aura, es según Freud lo único que buscan con ansia y verdadera necesidad todas las personas. Da igual que se trate más de dar que de recibir, pero ¡amor, amor y más amor hasta la saciedad! es el grito humano irrefutable; amor continuo para colmar la demanda de amor que late en el fondo de cada persona, desde su nacimiento y hasta sus últimos momentos de vida, que dedicará con toda seguridad a recordar el paso del amor en su existencia, los rostros que habitó, las cúspides vividas, el latir emocionante de su corazón.

Del amor y de sus definiciones En absoluto se trata aquí de recorrer las grandes etapas del sentimiento amoroso ni las realidades del amor a lo largo de la historia, y menos de asombrarnos de sus misterios y entregarnos a los entresijos de su definición, pero sí de destacar la potencia única de este sentimiento, que ha transformado el destino de vidas como ningún otro —ni siquiera su contrario, el odio, al que, en definitiva, incluye—, revolucionario, en contra del curso del mundo tal como va, este impulso hacia otra persona, que eleva sus protagonistas a una esfera fuera y más allá de la vida prosaica, de la existencia humana real, sus durezas, miserias y horrores. Todas las aportaciones indirectas del amor forman una verdadera obra social, casi de humanización de las relaciones entre personas, aún más en la época de guerras y discriminaciones que han vuelto a nuestras vidas. El amor es la senda imperial para salir de uno mismo —del narcisismo, del egoísmo—, la vía de escape hacia algún otro, ya no el enemigo, el

rival que abatir, sino, si se consigue evitar cosificar y devorarlo por voracidad carnívora, la abertura a la otredad y otra modalidad de vida, hacia otra vida. Amar para nacer o renacer siempre (re)crea personas y otros vínculos que la indiferencia, la competencia o la guerra establecen.

Nada como el amor para redimir, remediar a las desgracias de la vida, nada como el amor para vivirla del todo, habitarla en todo su esplendor, desde, en, por y para todos los amores, en su sentido más amplio, sin límites a la vista. Este amor con todas sus formas, sus destinatarias y sus potencias desconoce limitaciones: verdadera vara mágica, los inmensos poderes expansivos, centrípetos, explosivos del amor son infinitos, insospechados, sorprendentes. Desde el *fin'amor*, este invento capital entre la España musulmana, Francia e Italia en el siglo XII, en reacción contra el purismo clerical, fomentado por tantas tradiciones dispares: celtas, orientales, Antigüedad… hasta la fiesta de San Valentín, repudiada por los islamistas,[26] el amor fue también la verdadera meta que persiguieron la mayoría de los grandes científicos que transformaron el mundo con sus descubrimientos para ganarse los favores de su Bella inalcanzable con la que, una vez debidamente casados e instalados, no volverán a hacer gala de ese genialidad perdida,[27] esta corriente cálida que irriga la literatura y las vidas, fascina a los poetas que lo adornan con sus versos, encandilan a sus Dulcineas… Singular inapelable, inextinguible resplandor del amor, reencarnado en miles de figuras, formas, rostros, médiums, que nunca muere, el centro de la vida humana y quizá también la de los animales, que por un segundo de unión están dispuestos a perder la vida,[28] ese imán de la vida misma riega tantas huellas de su paso. Una de ellas, y no cualquiera, las cartas.

Cartas y amor «Cartas de amor» suele ser la expresión consagrada, un subgénero en sí mismo en la producción literaria y editorial, quizá inapropiada. No obstante, las cartas entre amores no siempre son de amor, sino que están muchas veces cargadas con las mil preocupaciones o cuestiones de la vida diaria sin que la palabra «amor» ni su sentido inerve las misivas.

La dificultad no es lingüística: en otros idiomas latinos —francés, italiano— ocurre lo mismo. Sin embargo, ¿cuál sería la carta que lleve al amor en su corazón mismo?

Marguerite Duras da una pista valiosa con una frase luminosa en una entrevista: «He entrevistado a mujeres prostitutas y sé que les dicen: "La amo". Aquí radica la potencia de la palabra porque se dice "La amo" al amor, no a una persona».[29] Así, podría decirse que es la carta AL amor, tanto dirigida a la persona amada como a terceras personas, máscaras o sustitutas del AMOR personal, imaginario, irreductiblemente singular de una persona, proviniendo de esta demanda, necesidad o falta primordial de amor que, desde el nacimiento, marca la existencia humana hasta que aparezcan, de manera casi milagrosa, los rasgos, la silueta y a veces hasta el perfume de ESE AMOR. Cartas a la persona amada, cartas al AMOR mismo que se esconde detrás, antes, tributo en ambos casos al amor único, incomparable, incomunicable sino a través de su crónica dirigida al mismo amor, las cartas AL AMOR son el firmamento que reúne toda la dramaturgia del Amor de una persona: sus raíces, sus rostros salvadores, sus detalles cruciales, su escultura vital al fin. «A» es también la preposición clave del amor, que lo diferencia de su deseo o de la mera deglución/absorción o consumición caníbal del otro: «a» indica la voluntad, el movimiento vital hacia el otro ser, inaugurando el compartir consciente, la vida con el otro ser —la definición del amor mismo, según Ortega y Gasset—, ya no objeto o causa del amor, sino sujeto pleno para conformar este «amor a dos» que tanto se precia en adelante.[30]

III. Cartamor La Cartamor Un paso más puede darse, en el genio de la lengua castellana, a diferencia de otras que mantienen una preposición de separación o de coordinación —«a», «de» en francés o italiano, por ejemplo— y de otras que solo separan estos dos significantes mayúsculos por un espacio —*love letters*— al realizar semánticamente la unión de la «carta» y del «amor» y dejarla así escrita en castellano: «cartamor». Sin espacio de separación, preposición o extensión, ni punto de unión, todo

junto, sin ningún intermedio, sin nada que se interponga, se añada, interfiera o altere, todo de golpe, unido por la versatilidad única del idioma que le da forma natural, orgánica, a esta unión, como si estos dos vocablos solo estuvieran a la espera de ser juntados para simbolizar, mejor que nunca, la comunión de dos seres, utópica quizá, pero ya existente en la lengua castellana. Ni un espacio siquiera, ni un signo de distancia para conjurar todas las fronteras que los separan y rendir homenaje, a través de esta creación idiomática, a un país, sus pueblos y la lengua castellana, quizá la lengua verdadera del amor —al contrario de la fama, tan autoproclamada, de otros idiomas latinos—, que llevó a una de sus ilustres visitantes venida de Francia, la condesa de Aulnoy en el siglo XVII, a escribir que «el amor nació en España».[31] La pasión española da para tanto, desde sus orígenes renacentistas y ecuménicos, los escritores del Siglo de Oro, desde el amor loco del Quijote para su Dulcinea —¡con todas sus consecuencias, inconmensurables en la literatura y en la historia!—, el mito de Carmen que recogieron el escritor Prosper Mérimée en un libro y Bizet en la obra musical que dio fama universal a esta pasión española, el amor puro de las místicas españolas, los dramas del amor de las grandes románticas españolas del siglo XIX —Gómez de Avellanada, Pardo Bazán, Fernán Caballero—, el arte de amar de los poetas de la generación del 27, las vidas íntimas y los amores apasionados de las Sin Sombrero hasta los amores deconstruidos narrados por las feministas contemporáneas —por ejemplo, Cristina Fallaras en la nueva manera de correspondencia pública, sus posts para Instagram—.[32] Pese a no haber sido nunca reconocida por ello como tal, a pesar de que su poesía se canta y baila en el mundo entero, sí, el español es una lengua central del amor, y quizá, el arte español del amor, su cuna.[33]

Esta cartamor sería una caja vacía, un guiño inútil si no tuviera firme concepto. Se la podría definir así como el acontecimiento histórico de producción y emisión de af/t-e-x/c-tos, sentimientos expresados en palabras escritas dirigidas al AMOR, esculpidas en una forma tangible y todos sus efectos humanos en la historia y cultura universal.

De esta quimera imaginaria o de sus encarnaciones terrestres, la cartamor fue increíblemente prolífica, a juzgar por sus creaciones múltiples: nacimientos, conceptos, palabras, sentimientos, uniones sociales, desplazamientos de poblaciones, nuevas religiones… La cartamor permite medir todo lo que la gran historia y la cultura, las vidas individuales y sus historias de amor le deben: progenituras, obras culturales sobre el amor, las rupturas históricas, las guerras originadas por una pasión originada y fundamentada en la cartamor —Eloísa y Abelardo, Enrique VIII y Ana Bolena, Isabel II y su descendencia dudosa—.

La herencia de la cartamor es inabarcable, inmensa, como sus efectos son incalculables aún en nuestra cultura contemporánea, que va sustituyendo uno de sus pilares —la escritura— por el nuevo formato icónico de comunicación: la imagen y sus sonidos.

La carta como objeto La cartamor inaugura la vida con el «Amor en el Buzón», como dice la sublime Hélène Cixous,[34] y toda la vida que este pequeño incidente pueda traer. La configuración material, espaciotemporal, determina y condiciona los caminos posibles hasta los detalles más irrelevantes: la calidad del papel, el tipo de pluma, los perfumes que envuelven las hojas, los dibujos, la marca de los labios, hasta el estuche, el sobre, sus modalidades de envío. El fetichismo asociado a estos rituales materiales puede ser extremo, como en el caso de las cartas de Caroline Lamb a Byron, que contenían pelos pubianos. Edith Wharton narra así el recibimiento de una carta y el ceremonial que preside a su apertura: «el primer vistazo para ver cuántas páginas tiene; el segundo para ver cómo acaba; la primera lectura sin (poder) respirar; el lento recorrido por cada frase y cada palabra: tomar posesión de ellas, absorberlas, una a una, y elegir al final la que se transportará en los pensamientos todo el día; una compañía exquisita a la sosa prosa de la vida».[35]

Luego, el paso del tiempo que discurre entre el envío y la llegada de la carta deja lugar y espacio para todas las conjeturas, dudas, desesperaciones, decisiones radicales, a su vez entrecortadas por la

recepción de una carta anterior a la última enviada o de otra naturaleza de la misma persona: las cadenas epistolares se multiplican entre dos corresponsales sedentarios, aún más si se mueven de un sitio a otro para ser diabólicas cuando se juega a varias bandas a la vez, hasta usar las mismas cartas para distintas destinatarias en el mismo día —Chateaubriand en Francia, por ejemplo—. Nadie defendió mejor que Pedro Salinas el tenor excepcional de la carta, incluso su valor excepcional a punto de perderse en su encendida defensa de esta: «¿Porque ustedes son capaces de imaginar un mundo sin cartas? ¿Sin buenas almas que escriban cartas, sin otras almas que las lean y las disfruten, sin estas almas terceras que las lleven de aquellas a estas, es decir, un mundo sin remitentes, sin destinatarios y sin carteros? […] Gran invento, precioso hallazgo, la carta! Yo sostengo que la carta es, por lo menos, tan valioso invento como la rueda en el curso de la humanidad».[36] La rueda del amor, por lo menos.

De las metaficciones del amor a la práctica epistolar Más allá de esta dimensión material, el éxito planetario sin igual de las cartas —y no tanto de sus mejoras técnicas que vinieron después: el neumático, el telegrama, el fax…— se debe quizá al encaje personal, a la participación activa de cualquier persona alfabetizada —una minoría hasta el siglo XX— a la gran ficción del amor desplegada y ejercida hasta entonces por los mitos, los dogmas religiosos para luego dejar paso a la literatura y al arte: la gran ficción sentimental, desde Tristán e Isolda, Romeo y Julieta, el Quijote hasta madame Bovary, Ana Karenina, Werther…, hasta que Hollywood tome el relevo con sus versiones para la gran pantalla de todo este fondo de obras del amor, representadas por actrices cuyas vidas están hundidas por su relación con el amor —Marilyn Monroe—. La condición de receptor y espectador de esta gran ficción del amor —la espera, la pasividad—, y en la vida real hasta hace muy poco, sobre todo para las mujeres, la sumisión a las normas comportamentales o a los rituales de unión, poco o nada amorosas, y a cambio, negocios del todo patrimoniales y clasistas, dejan un vacío que esta producción cultural rellena, alimentando un universo

imaginario y lírico, vívido pero irreal, contenido. La correspondencia será la puerta de entrada para participar de esta gran mitología amorosa al proporcionar un papel activo en las vidas singulares a la vez que permitir prolongar el arte de la conversación, el encuentro real entre dos personas.[37] Mezcla de fantasía nutrida del imaginario colectivo del amor y de conversaciones intercambiadas, las cartas fueron así el nexo crucial para el desarrollo de las relaciones amorosas y su inscripción en la historia del amor.

La escritura epistolar Así definía Jane Austen la escritura epistolar: «Ahora conseguí entender el verdadero arte de la escritura de cartas, que consiste, tal como nos lo explicaron, en expresar exactamente las mismas palabras en la hoja que lo que uno le diría en persona a la destinataria de la carta».[38] Salinas parece responderle: «Pero he aquí la carta, que aporta otra suerte de relación: un entenderse sin oírse, un quererse sin tactos, un mirarse sin presencia, en los trasuntos de la persona que llamamos, recuerdo, imagen, alma. Por eso me resisto a ese concepto de la carta que la tiene por una conversación a distancia, a falta de la verdadera, como una lugartenencia del diálogo imposible».[39]

Al cambiar la oralidad vivida por el terreno de la escritura solitaria, el amor en juego cambia de ángel de la guardia y se transforma en una realidad textual que altera profundamente la naturaleza de lo escrito, que se aleja de la mera transcripción de lo dicho, y el curso de los elementos. Si la escritura como tal introduce una diferencia mayúscula con el habla, la carta de amor la multiplica al permitir que tengan efecto en el texto de esta o, por lo tanto, en la vida real de todo tipo de alteraciones. Entran en ella todas las proyecciones, los deslices, las confesiones, las inspiraciones súbitas, las elucubraciones enloquecidas, ficciones tendiendo más bien al delirio de persecución, a la súplica ante el universo, al caudal del dolor que se expande sin fin. Hasta, a veces, se introduce la vida propia de la otra divinidad aquí requerida, *ego scriptor* soberano, la magia de la

gran escritura poética que se crea entre una figura humana lejana y otra poseída por su halo, embriagado con algunas palabras que la llevarán tan lejos de la realidad del amor, aspirada por otras corrientes.

Se juntan además lo efectos del tiempo inherentes al uso del género epistolar por el juego de las distancias, la tardanza del envío y de la recepción de las cartas, este *tête-à-tête* con la página blanca, ni siquiera con la finalidad de producir una obra literaria destinada a la publicación y al público o de llevar un diario donde explayarse para uno mismo, sino porque la correspondencia implica, diferencia mayúscula con dichos géneros, dirigirse a una persona, única y especialmente, lo que transforma por completo su contenido. La escritura epistolar no es un mero instrumento de comunicación que reproduce con fidelidad lo que se diría en voz alta, en directo, al interlocutor, sino que altera, difiere, se transforma según las circunstancias de su producción, los estados de ánimo del escribiente, alguna palabra que apareció, caída del cielo, que abre horizontes insospechados, en un escrito de otra tesitura, emancipada de su origen primeriza. El tú a tú se mantiene nominalmente, pero se altera sustancialmente bajo el prisma de estas condiciones que forjan la escritura epistolar: la ausencia deriva en idealización o proyección, la vida diaria deviene un compartir anecdótico, la otra persona.

La embriaguez de la cartamor El amor naciente toma las riendas de la misiva con todas las variaciones imaginables: el sentimentalismo agudo, el erotismo soberano, la dependencia vital del otro, el autorretrato de su rehén, preso del amor naciente, la pintura ideal del destinatario, las promesas infinitas, las súplicas y los celos… Sutilmente, la correspondencia amorosa se emancipa del curso real de los acontecimientos —encuentros, éxtasis e idilio, las bofetadas de la realidad, esperanzas sin fundamento o inciertos proyectos, acontecimientos mayores…— y vuela libre, en un entre-dos entre dos personas, dos mundos, entre el realismo vivido y la literatura producida, una escritura evanescente, soberana, onírica y otra ultrarrealista, lanzada como una botella al mar, perdiéndose de camino, parada en

algún puerto, llevada por alguna corriente hacia zonas desconocidas, inhóspitas o irresistibles, muy lejos de la vida real o a veces todo lo contrario, pura evanescencia poética, lirismo irrealista, digresiones erráticas… Esta libre embriaguez de la escritura epistolar amorosa proporciona a veces sus muestras mágicas, a la vez que su sinceridad a pie de letra también produce sentencias sublimes.

Este compás amplio de las cartas de amor le permite desempeñar sus funciones esenciales: declamar el amor en la distancia, dar sus razones, retratar las virtudes de la persona amada, dar vida al amor parado por la separación, vencer todas las dificultades por la soberanía de la escritura, recrear el pasado donde se origina el amor, dictaminar el futuro que vendrá, imaginar el reencuentro… La carta es el remedio absoluto contra todas las limitaciones de la relación amorosa, incluso contra la soledad absoluta de los corresponsales —«la irreparable aflicción», según Georges Bataille— y la comunicación fallida —lo innombrable de la relación sexual, según Lacan—. Como dice Colette: «Las cartas de amor, uno debería poder dibujarlas, pintarlas, gritarlas…». Y no gritan, ni besan, ni lloran. Allí radica la insuficiencia verdadera de la carta, que no pueda sustituir a la presencia real, que las palabras escritas no sean más que palabras, como lo denuncia Kafka, escritor compulsivo de cartas de amor y eterno soltero: «¿De dónde habrá surgido la idea de que las personas pueden comunicarse mediante cartas? […]. Los besos por escrito no llegan a su destino porque los fantasmas se los beben por el camino». [40] En todo caso, la carta actúa como una rama singular del *speech act*, del texto performativo por excelencia cuya escritura actúa, hace y/o deshace el mundo; en el caso de la cartamor, el destino de las personas involucradas.

El corazón de la cartamor: amarescribirnos, escribiramarnos Por fin, nadie quizá entendió con tanto acierto la potencia singular de la cartamor como una de las grandes enamoradas, la escritora y sobre todo autora epistolar del siglo pasado, Dominique Rolin, quien da en el clavo en una carta de amor a su amante

legendario, Philippe Sollers: Martes, 3 de julio de 1976

> Hombramor:
>
> Hemos dado un golpe doble asombroso: amor-escritura. En realidad, nos ama-escribi/mos o nos escribi-ama/mos. Se puede dar la vuelta en todos los sentidos. Tu mano-yo, mi mano-tú, tu pluma en mi hoja-cuerpo, mi pluma en tu cuaderno-cuerpo. Intercambiabilidad prodigiosa, que se ríe prodigiosamente de todos nuestros reveses y derechos (entre)mezclados. Suerte única. Ningún ejemplo se puede comparar al nuestro.[41]

Todo está escrito en esta carta: dos seres que se multiplican por la escritura, en sus cuerpos mismos, el paso del amor ampliando a cada persona, las dos juntas sin nunca reducirlas a una fusión ni a una devoración de una, desaparecida, por la otra, expansión centrípeta de los corazonescritores, escritamores, sin ejemplo, es verdad, en la historia de la literatura.

IV. Amar después de las cartas de amor El consenso filosófico sobre el amor y la crítica feminista El siglo pasado acabó en una sorprendente configuración epistemológica: de manera poco explicable, emergió un consenso general en torno al amor desde los últimos intelectuales revolucionarios comunistas[42] elogiando el amor hasta el padre de la reconstrucción,[43] subrayando la vinculación de esta con el amor o los representantes del pensamiento liberal conservador.[44] El amor, ¿el último refugio, un consuelo ilusorio para exculpar al mundo de sus males, liberar la vida de sus horrores? Puede que sí, si es que todavía nos vale este dictamen —en plena guerra israelí-palestina, el escritor MacColumn pregunta así: «Pero ¿dónde encontrar hoy consuelo? Definitivamente, en ninguna parte, sería la respuesta inmediata».[45] A no ser que se dibuje por fin un consenso, entre todas, todos y todes, aquí y allá sobre el lugar, el papel, las formas y los límites del amor, esta situación anómala fue derribada en este cambio de siglo: el amor está llamado a transformarse tras el huracán de la crítica feminista, tan legítima, arrolladora, sanadora y salvadora para todas las vidas y los vínculos de amor que consiguen crear. Como lo expresa Ana de Miguel: «el feminismo ha tratado de

desarrollar una ética del amor porque las mujeres lo han experimentado como problema y como injusticia».[46] No lleva consigo el dictamen del final del amor, de su condena sin recursos ni alegatos, sino quizá sea una revolución más en su andanza sigilosa, después de tantas metamorfosis, profetas o enemigos en su larga historia inacabada, que alarga su sombra mutante, su luz inexpugnable, en metamorfosis permanente, sin conocer ningún límite, empezando por su propia esencia, sus adeptXs, sus elegidXs, que sienten un día, como lo dice Mallarmé, en una de las cartas presentadas aquí, «el perfume del amor». Hasta ciertas feministas rescatan y, más allá de su crítica al amor tradicional o romántico, es decir partiendo de otro amor, resaltan su potencia necesaria en cualquier vida humana.[47] La escritora y premio Nobel de Literatura Svetlana Aleksiévich lo expresó a la perfección: «Las cosas más importantes para nosotros son, claramente, el amor y el tiempo en que estamos a punto de dejar de existir, cuando nos preparamos para desaparecer de este mundo […]. Porque las personas se pueden dividir en dos grupos: aquellas que conocen el amor y aquellas que no».[48] El poeta libertino Jean de La Fontaine va más allá: «Todo el universo obedece al Amor. ¡Amad, amad! ¡Todo lo demás no es nada!». El dilema era, para el poeta Georges Perros, «¿Amar o ser amado? Esta es la cuestión».[49] La gran escritora feminista Sibila Aleramo ya contestó en su día: «Amo, pues soy».[50]

El amor renovado sin sus alas epistolares El amor ha muerto, se dice, se escucha, se afirma a comienzos del nuevo siglo. La condena no admite recursos, la sentencia es definitiva: el amor yace, agonizando, en las ruinas de un pasado tan alejado, si no olvidado, para siempre. Definitivamente, su principal vehículo médium escrito, las cartas, se ha extinguido —cómplice quizá también de todas las desigualdades, dominaciones, discriminaciones y estafas que abarcaban al amor romántico—, pero no el género epistolar, más vivo que nunca en sus nuevas modalidades tecnológicas. Pero, si no se puede anticipar ni responder ya a la pregunta «¿que será del amor sin cartas?», la crítica del amor se ajustó a sus condiciones en el siglo nuevo que

despliegan los primeros efectos de las revoluciones contemporáneas —tecnológicas, ideológicas, capitalistas…—: el amor líquido, las existencias vaciadas de verdaderos encuentros con otras personas —ni cuerpos ni fantasmas virtuales—, el mundo sin futuro, sin nadie con quien vivir ni siquiera el presente, último mantra planetario que sentencia y restringe aún más las condiciones de posibilidad del establecimiento del amar. [51]

Desde una perspectiva de género y democrática claramente afirmada, asumiendo la deconstrucción en curso y necesaria de todas estas categorías, entendibles por lo menos como realidades de género históricamente determinadas, solo queda por subrayar el idilio histórico de las «mujeres» con las «cartas de amor». Entendiendo lo femenino como la gran potencia de ejercicio de los afectos, como lo dice tan bellamente Mary Wollstonecraft en una carta memorable, la correspondencia es su caudal de cultivo natural, su género literario orgánico por antonomasia. Las nuevas correspondencias, desmaterializadas, instantáneas, seguirán siendo las mensajeras de Cupido, siempre que las mujeres, o lo femenino en las personas, sigan vivas: ¡su futuro será pues la eternidad misma!

Si las mujeres son más de la mitad de la población, y si el amor es una casi propiedad de las mujeres,[52] por fin, esa antología les devolverá a las mujeres el lugar que se merecen, también en esta esfera de la vida: apasionadas del amor, inmensas escritoras de cartas al amor. Para homenajear este delta esplendoroso —mujeres, amor, cartas—, en esta antología son más mujeres que varones por ese mismo motivo que explica Pedro Salinas: «Si se mira a la epistolografía pura, a la carta sin más propósito que la comunicación humana, el trato de almas, veremos resplandecer los nombres femeninos, más numerosamente y con más fulgor que los de los hombres […]. La aptitud especial de la mujer para la epistolografía íntima, tan reiteradamente probada, desde la Edad Media hasta hoy, sin duda ha de responder a algún rasgo psicológico particularmente femenino».

Fines del amor: literatura y filosofía Si asistimos al fin del amor,

en otro sentido de la palabra «fin», será sin duda a su transformación contemporánea en su extensión de los moldes sofocantes, carcelarios de antaño: el amor más allá de la pareja tradicional, el amor hacia todos los seres vivos, el amor a la vida misma. El amor hacia otro modo del *fin'amor*, este paradigma de la felicidad según los trovadores que rompieron en su época con las formas rígidas del amor enclaustrado para, nada menos, que dar forma a un milenio de amor que se acaba ante nuestros ojos.

Y de este nuevo *fin'amor*, escrito en clave femenina, volver, ya no a la carta, sino, para cerrar un largo recorrido aquí esbozado, más allá, a la literatura misma. Otra virtud de las cartas para sus lectores, y especialmente para las lectoras en la historia de la emancipación de las mujeres, como lo confesó Jane Austen, fue servir de arquetipo para acceder a la escritura misma. Además, del encuentro privado a la práctica de la correspondencia escrita y leída, luego a la lectura de otras correspondencias que se convierten en modelo de escritura, el camino se despejó para dar al fin el salto a la escritura literaria, expurgada de su impronta originaria: la correspondencia.[53] De la escritura epistolar a la escritura en sí, quizá ninguna carta ficticia ejemplifica mejor ese camino ascendente que la última carta de Quijote a Dulcinea; la única carta literaria de esta selección apuntando los nexos del amor con la escritura. Hasta Pessoa volverá sobre su propia condena de las cartas de amor: «Pero, al fin y al cabo, solo las criaturas que nunca escribieron cartas de amor, sí que son ridículas». Y a mandar alguna carta firmada por uno heterónimo más misterioso, Álvaro de Campos, a su prometida, Ofelia, traspasa el umbral de las fronteras genéricas y ejemplifica este recorrido que conduce de la carta a la escritura literaria. Héléne Cixous comenta así: «El libro es siempre otra carta […]. El libro está escrito en lugar de la carta que nunca se escribirá».[54] De la carta a la literatura, del amor como principio y finalidad de la literatura, el movimiento es incesante, mutuo, infinito y creador.

Siglos después, una inmensa escritora, Marguerite Yourcenar, propone ir más lejos, en una carta a su traductora al castellano, Silvia Supervielle: «Una de las últimas frases que usted recogió de Borges es estremecedora: "En el fondo, la literatura no es más que afecto". Yo daría incluso un paso más allá y diría: "La literatura no es más que

amor”».[55] Hélène Cixous explaya magníficamente esta relación entre la escritura y el amor: «Hay una lengua que yo hablo o que me habla en todos los idiomas. En cada idioma, fluyen la leche y la miel […]. La lengua que hablan las mujeres cuando nadie las escucha para corregirlas. Escribo desde, escribo a partir de: del Amor. Escribo de Amor. Escribir: amar, inseparables. Escribir es un gesto del amor. El Gesto […]. Escribir: hacer el amor al Amor. Escribir amando, amar escribiendo».[56] Casi cincuenta décadas después, la misma autora nombra así el último tomo de su seminario, «Il faut bien aimer»:[57] «Habrá que querer», el amor siendo esa gran labor que habrá que practicar(se).[58] Quizá tan solo quede por añadir ese pronombre determinante «se», reflexivo y/o recíproco, para destacar y devolver todo su lugar a la otra persona, también en su libertad de amar el sujeto de la enunciación, con todos los efectos que pueda acarrear en esa andanza de unas personas juntas, ese paso doble sin más límite que la misma muerte que pueda sorprender a las personas al alba que les espera al «QUERER(SE)».

Esto será el inicio de otra filosofía, de la sabiduría del amor, según la etimología misma de la palabra «filosofía» restablecida por Luce Irigaray[59] —sabiduría del amor y no el contrario—, como íncipit de los tiempos venideros: la invención de otro amor, sin su fiel compañera, la estrella que lo iluminó tanto: las difuntas cartas de amor. Ese «Amor Otro», desde las diferencias,[60] el consentimiento, el respeto de las otras personas, ni tóxico ni dependiente,[61] esplendoroso e inmenso como el sol.

¡Reina de los corazones, misteriosa e inasible estrella de la literatura, que recibas aquí tu elogio humilde, incompleto pero tan merecido, con absoluta gratitud!

AGRADECIMIENTOS

Gratitud infinita a mis editores, Berta y Gonzalo, por dar vida a este proyecto epistolar y, especialmente, a Ariane, por su labor y paciencia para que los hilos de estas cartas vayan tejiendo este volumen finalmente publicado. Gracias a mi compañera de vida y pareja, mi Marisa de Amor, por acompañarme en otra odisea epistolar. Gracias a las protagonistas —autorXs y destinatariXs— de estas cartas, y de tantas más que no pude recoger aquí, por dejar esta huella sublime, y a las tantas vidas lindas que encarnan la llama del amor.

BIBLIOGRAFÍA

Acuña, Rosario de, «A un soldado español», <http://www.rosariodeacuna.es/obras/cartas/a-un-soldado-voluntario.htm>.

Agustini, Delmira, *Cartas de amor y otra correspondencia íntima*, Cal y Canto, 2006.

Apollinaire, Guillaume, *Lettres à Lou*, L'imaginaire, 2020.

Aragón, Catalina de, «A Enrique VIII», <https://www.rtve.es/television/20151123/catalina-aragon-esposa-enrique-viii-perdona-antes-morir-ana-bolena-divor cio-inglaterra/1257501.shtml>.

Aretino, Pietro, *Selected Letters*, Penguin Books, 1976.

Artemisia to Francesco Maria Maringhi, <https://www.nationalgallery.org.uk/media/35472/letters-transcription-booklet_final_online-version-1.pdf>.

Assis, Machado de; Nabuco, Joaquim, *Correspondência,* Academia Brasileira de Letras/Topbooks, 2003.

Augustus Marks, Jeannette, *Life and Letters of Mary Emma Woolley*, Barakaldo Books, 2020.

Balzac, Honoré de, *Lettres à Madame Hanska*, Bouquins, 1990.

Balletti, Manon, *Lettres d'amour a Casanova*, Brins de Plume, 1945.

Barret Browning, Elizabeth y Robert Browning, *Letters*, CreateSpace Independent Publishing Platform, 2015.

Barrios, Manuel, *Los amantes de Isabel II*, Temas de Hoy, 1994.

Baudelaire, Charles, *Correspondance*, Folio, 2000.

Baudelaire, Charles, *Oeuvres complètes,* Robbert Laffont, 2011.

Beaumarchais y Amélie Houret de la Morinaie, *Lettres d'amour*, Fayard, 2007.

Beck, Adolf, *Susette Gontard, la Diotima de Hölderlin*, Verdier, 2020.

Bécquer, Gustavo Adolfo, *Cartas literarias a una mujer,* Penguin Clásicos, 2020.

Beethoven, *Letters*, CreateSpace Independent Publishing Platform, 2017.

Berchem, Jean-Claude, *Chateaubriand*, Folio, 2012.

Bergerac, Cyrano de, *Lettres d'amour et d'humeur*, Libris, 2004.

Berlioz, Hector, *Correspondance générale*, Flammarion, 1971.

Beecher Stowe, Harriet, <https//history.hanover.edu/texts/stowe-hb.html>.

Birkin, Andrew, J. M., *Barrie and the Lost Boys: The Real Story Behind Peter Pan*, Yale University Press 2003.

Bolívar, Simón y Manuela Sáenz, *Libertadores de América: Cartas de amor*, 2022.

Bona, Dominique, *Berthe Morisot: Le Secret de la femme en noir*, Le Livre de Poche, 2002.

Bosworth, R. J. B., *Claretta: Mussolini's last lover*, Yale University Press, 2017.

Bousquet, Joë, *Lettres à Ginette*, Albin Michel, 1980.

Brontë, Charlotte, *Selected Letters*, Oxford University Press, 2010.

Burnat-Provins, Marguerite, *Le Livre pour toi & Cantique d'été,* In Folio, 2020.

Byron, Lord, *Selected letters and journals*, Pimlico, 1993.

C. F. Palmstierna, *Marie-Louise et Napoléon 1813-1814*, Stock, 1956.

Caballé, Anna, *Carmen Laforet. Una mujer en fuga*, RBA, 2019.

Cacucci, Pino, *Tina Modotti*, Circe, 1995.

Campbell, Stella, *My life and some letters*, FB, 2016.

Canetti, Veza, *Cartas a Georg: amor, literatura y exilio en tiempos oscuros 1933-1948*, Galaxia Gutenberg, 2021.

Carlota de México y Maximiliano, *Correspondencia inédita*, Fondo de Cultura Económica, 2003.

Castro, Rosalia de, *Cartas*, Saga Egmont, 2021.

Cervantes, Miguel de, *Don Quijote*, RAE, 2004.

Claudel, Paul, *Lettres a Ysé*, Gallimard, 2017.

Coligny-Châtillon, Louise, *Lettres à Guillaume Apollinaire*, Gallimard, 2018.

Chaikovsky, Pyotr Ilich, *The Tchaikovsky papers: unlocking the family*, Archive, Yale University Press, 2018.

Chambost, Anne-Sophie, *Proudhon: L'enfant terrible du socialisme,* Armand Collin, 2009.

Chéjov, Antón, *Anton Chekhov's life and thought: selected letters and commentaries,* Northwestern University Press, 1997.

D'Alembert, Jean Le Rond, «Aux mânes de mademoiselle de Lespinasse», <https://www.cosmovisions.com/Alembert-Manes-Lespinasse.htm>.

Dalí, Gala, *La vida secreta: Diario inédito*, Galaxia Gutenberg, 2011.

Darwin, Emma, a century of family letters, Legare Street Press, 2022.

Davico Bonino, Guido, *Ti scrivo che ti amo: 299 lettere d'amore italiane*, 2016.

Debussy, Claude, *Correspondance*, Gallimard, 2005.

Deffand, Madame du, *Lettres a Horace Walpole*, Legare Street Press, 2022.

Deledda, Grazia, *Grazia Deledda a Stanis Manca*, Feltrinelli, 2010.

Delgado, Josefina, *Alfonsina Storni: una biografía esencial*, Debolsillo, 2002.

Descartes, René de, *Lettres sur l'amour*, Mille et Une Nuits, 2016.

Dickinson, Emily, *Open Me Carefully: Emily Dickinson's Intimate Letters*.

Dickinson, Emily, *Letters to Susan Huntington*, Paris Press Incorporated, 1998.

Diderot, Denis, *Correspondance*, Robert Laffont, 1997.

Dostoïevski, Fiódor, *Correspondance complète*, Bartillat, 2001.

Dreyfus, Alfred y Lucie, *Écrire, c'est résister. Correspondance*, Gallimard, 2019 (1894-1899).

Dronke, Peter, *Medieval Latin and the Rise of the European Love-Lyric*, 1968.

Drouet, Juliette, *«Mon grand petit homme…»: Mille et une lettres d'amour*, Gallimard, 2002.

Droznes, Lázaro, *La pasión según Gardel: Vida y canciones del inmortal Carlos Gardel*, Unitexto Digital Publishing, 2014.

Dumas, Alexandre, *Lettres d'amour*, Rivages, 2019.

Duse, Eleonora y D’Annunzio, Gabriele, *Come il mare io ti parlo,* Bompiani, 2014.

Eça de Queiroz, <https://www.venus.digital/autores-que-curtimos/segundacarta-de-amor-a-clara-eca-de-queiroz/>.

Eloísa y Abelardo, *Correspondance*, Folio, 2000.

Eugenia de Montijo, *Cartas familiares de la emperatriz Eugenia*, Joaquín Gil, 1944.

Faraday, John, <https://www.rigb.org/explore-science/explore/collection/michaelfaradays-correspondence>.

Farina, Marie-Paule, *Sade et ses femmes*, Les peregrines, 2016.

First English love letter san Valentin, <https://www.bl.uk/learning/timeline/item126579.html>.

Flaubert, Gustave, *Correspondance*, Folio, 1998.

Foucher, Adèle, *Lettres a Victor Hugo*, <https://victor-hugo.org/lettred-amour-entre-victor-hugo-et-adele-foucher-en-1822/>.

Franco, Veronica, *Poems and selected letters,* University of Chicago Press, 1999.

Franny, Circe, *Constance: la trágica y atormentada vida de la esposa de Oscar Wilde*, Moyle, 2013.

Frein, Irene, *Marie Curie prend un amant*, Le Seuil, 2016.

Fuller Margaret, *My Most Loved: Love Letters of Margaret Fuller*, Big Byte Books, 2016.

García Lorca, Federico, *Epistolario completo*, Cátedra, 1997.

Gautier, Théophile, *Correspondance générale*, Librairie Droz, 1986.

Gibran, Kahlil y May Ziadah, *The Love Letters*, Oneworld Publications, 2008.

Gibson, Ian, *Luis Buñuel: La forja de un cineasta universal*, Aguilar, 2013.

Giroud, Françoise, *Une femme honorable*, Fayard, 1981.

Goethe, Johann Wolfgang von, *Briefe an Charlotte Stein*, Tredition Classics, 2012.

Gold, Arthur, *Sarah Bernhardt*, Gallimard, 1994.

Gordon, Charlotte, *Romantic Outlaws: The Extraordinary Lives of Mary Wollstonecraft & Mary Shelley*, Penguin Random House, 2016.

Goya, Francisco de, *Cartas a Martín Zapater*, Fundamentos, 2003.

Goya, Francisco, *Cartas a Martín Zapater*, Istmo, 2003.

Hall, Radclyffe, *Your John: The Love Letters of Radclyffe Hall*, New York

University Press, 1999.

Hawksley, Lucinda, *Letters of Great Women: Extraordinary correspondence from history's remarkable women*, Welbeck, 2021.

Hernández, Miguel, *Epistolario general*, Eda, 2019.

Hochschild, Karl Fredrik Lotarius, *Désirée, reine de Suède et de Norvège*, Adamant Media Corporation, 2001.

Holley, Sallie to Caroline Putnam, <https://digitalcollections.tricolib.brynmawr.edu/object/sc199357>.

Hoye, Niels, *Lili: A Portrait of the First Sex Change*, Canelo, 2015.

Hugo, Victor, *Lettres à Léonie Briard*, Mille et Une Nuits, 2007.

—, *Lettres à Juliette Drouet*, Fayard, 2009.

Hürrem Sultan to Süleyman the Magnificent, <https://www.dailysabah.com/history/2019/02/15/newly-published-letter-reveals-hurrem-sultans-lovefor-suleyman-the-magnificent>.

Iglesias, Concepción, *Blasco Ibáñez, un novelista para el mundo*, Sílex, 1985.

Janácek, Leos y Kamila Stösslová, *Intimate Letters*, Princeton Legacy Library, 1994.

Quevedo, Francisco de, *Obras completas*, Wisehouse Classics, 2022.

Joaquín Sorrolla, *Epistolarios*, Antropos, 2013.

Joyce, James, *Selected Letters*, Faber & Faber, 2003.

Kafka, Franz, *Briefe an Felice Bauer: und andere Korrespondenzen*, Fischer Taschenbuch, 2015.

Kafka, Franz, *Briefe an Milena: Ausgewählte Briefe an Kafkas große Liebe*, e-artnow, 2017.

Keats, John, *So Bright and Delicate: Love letters and poems of John Keats to Fanny Brawne*, Penguin Classics, 2009.

Kierkegaard, Søren, *Kierkegaard's Writings, XXV: Letters and Documents*, Princeton University Press, 2009.

Kollontai, Alexandra, <https://www.marxists.org/archive/kollonta/1923/wingederos.htm>.

L'enclos, Ninon, *Lettres*, FB Editions, 2015.

Lazard, Madeleine, *Colette*, Folio, 2008.

Lespinasse, Julie de, *Mon ami je vous aime*, Le Mercure de France, 2021.

Lever, Evelyne y Maurice, *Le Chevalier d'Éon, Une vie sans queue ni tête*, Fayard, 2009.

Lever, Evelyne, *Marie-Antoinette: La naissance d'une reine*, Lettres.

Liszt, Franz y Marie d'Agoult, *Correspondance*, Fayard, 2001.

Louisa May Alcott, *The Selected Letters*, University of Georgia Press, 1995.

Lugones, Leopoldo, *Cancionero de Aglaura: cartas y poemas inéditos*, Tres tiempos, 1984.

Luxemburgo, Rosa, *Comrade and Lover: Rosa Luxemburg's Letters to Leo Jogiches*, The MIT Press, 1981.

Machado, Antonio a Pilar de Valderrama, *Cartas a la Diosa*, Herratas Ediciones, 2020.

Maquiavelo, Nicolás, *Oeuvres*, Robert Laffont, 1996.

Madame du Châtelet, lettres d'amour au marquis de Saint-Lambert, Editions Paris Méditerranée, 1997.

Madame Hanska a Balzac, <https://www.lemonde.fr/archives/article/1950/09/19/la-premiere-lettre-de-balzac-a-l-etrangere_2046775_1819218.html>.

Mahler, Gustav *Letters to His Wife*, Cornell University Press, 2004.

Malibran, Mara, *La Malibrán*, Martínez Roca, 2008.

Mallarmé, Stéphane, *Correspondance (1854-1898),* Gallimard, 2019.

Massot, Josep, *Joan Miró. El niño que hablaba con los árboles*, Galaxia Gutenberg, 2018.

Maupassant, Guy de, *Lettres aux dames*, La Part Commune, 2014.

Melville, Herman, *The Divine Magnet: Herman Melville's Letters to Nathaniel Hawthorne*, Orison Books, 2016.

Menéndez Pelayo, *Epistolario*, Fundación Universitaria Española, 1982-1991.

Michel-Ánge, *Carteggio*, Belles Lettres, 2013.

Michel, Bernard, *Leopold Sacher Masoch*, Robert Laffont, 1989.

Mistral, Gabriela, *Doris, vida mía. Cartas*, Lumen, 2021.

Montefiore, Simon, Sebag, *The Romanofs*, Vintage, 2017.

Montoto, Santiago, *Fernán Caballero*, Gráficas Sur, 1969.

More, Thomas to his daughter, <https://thomasmorestudies.org/wp-content/uploads/2020/09/More-to-Margaret-2-May-1535.pdf>.

Munch, Edvard, *The Private Journals of Edvard Munch: We Are Flames Which Pour Out of the Earth*, University of Wisconsin Press, 2005.

Musset, Alfred de y George Sand, *Correspondance amoureuse*, Paleo, 2013.

Napoléon & Joséphine: correspondance, lettres intimes, SPM, 2002.
Napoléon, *Correspondance générale*, Fayard, 2004-2018.
Nerval (de), Gérard, *Lettres d'amour à Jenny Colon*, Editions de la Nouvelle Revue Belgique, Bruxelles, 1943.
Nietzsche to Mathilde Trampedach, <http://www.thenietzschechannel.com/correspondence/eng/nlett-1876.htm>.
Non, Anaïs, *Mirages: The Unexpurgated Diary of Anais Nin*, 1939-1947, Sky Blue Press, 2013.
Norton, Rictor, *My Dear Boy: Gay Love Letters Through the Centuries Lu Xun to Xu Guangping*, Leyland Pubns, 1998.
Pahlen, Kurt, *Cartas de amor de músicos: mi ángel, mi todo, mi yo*, Turner, 2017.
Palmstierna, C. F., *Marie-Louise et Napoléon 1813-1814*, Stock, 1956.
Pardo Bazán, Emilia, *«Miquiño mío»: cartas a Galdós*, Turner, 2015.
Parker, Emma, Nell Barrow Cowan, Ann Fortune, *Fugitives: The True Story of Clyde Barrow and Bonnie Parker*, Wild Horse Press, 2013.
Pavese, Cesare, *Lettere*, Einaudi, 1966.
Pérez Galdós, Benito, *Correspondencia*, Cátedra, 2016.
Perón, Eva y Juan Perón, *Perón y Evita. Cartas de Amor*, Unitexto Digital Publishing, 2016.
Pessoa, Fernando, *Cartas de amor*, Ática, 2012.
—, *Cartas de amor*, Funambulista, 2012.
Poe, Edgar Allan, *The Collected Letters of Edgar Allan Poe*, Gordian Pr, 2008.
—, *Life and letters*, HardPress, 2018.
Porter, Cathy, *Alexandra Kollontai: A Biography*, Virago, 1980.
Pozzi, Catherine y Paul Valéry, *La flamme et la cendre*, Gallimard, 2006.
Proust, Marcel, *Correspondance*, Le Livre de Poche, 2017.
Pushkin, Alexandr, *The Letters*, 1963.
Queen Christine to Eva Sparre, <https://nordicwomensliterature.net/2022/10/05/queen-kristina-in-mens-clothing/>.
Ramos Cobano, Cristina, *Pasiones epistolares: La correspondencia amorosa entre la Avellaneda e Ignacio Cepeda*, Comares, 2021.
Randolph, Donald Allen, *Eugenio de Ochoa y el Romanticismo español*,

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2012.

Rilke, Rainer Maria, *Briefe an einen jungen Dichter*, Insel Verlag, 1929.

Rodin, Auguste, <https://www.musee-rodin.fr/musee/collections/oeuvres/lettredauguste-rodin-camille-claudel>.

Rodin, Auguste à Camille Claudel, <https://www.musee-rodin.fr/musee/collections/oeuvres/lettredauguste-rodin-camille-claudel>.

Roggendorff, Cécile de, *Lettres d'amour à Casanova*, Zulma, 2005.

Roosevelt, Theodore to his wife, <https://www.theodorerooseveltcenter.org/Research/Digital-Library/Record?libID=o283345>.

Schwob Marcel, *Vers Samoa. Lettres à Marguerite Moreno*, Ombres, 2002.

Sand, George a lettre à Hetzel, Pierre-Jules, <https://fr.wikipedia.org/wiki/George_Sand#cite_ref-169>.

Sand, George, *Lettres d'une vie*, Folio, 2004.

Schumann, Clara y Robert Schumann, *The Complete Correspondence*, Peer Lang, 1995.

Sebbag, Georges, *André Breton L'amour-folie: Suzanne, Nadja, Lise, Simone*, Jean-Michel Place, 2004.

Seseña, Natacha, *Goya y las mujeres*, Taurus, 2004.

Seth, Catriona, *Lettres inédites*, Albin Michel, 2019.

Seymour, Bruce, *Lola Montez: A Life*, Yale University Press, 1996.

Shelley, Mary, *Letters*, Johns Hopkins University Press, 1980.

Sojourner Truth, Narrative, <https://digital.library.upenn.edu/women/truth/1850/1850.html>.

Staël, Nicolas de, *Lettres 1926-1955*, Le Bruit du Temps, 2016.

Stendhal, *Lettres d'amour*, Champ Vallon, 1993.

Strauss, Monica, *La vie et les amours de Frida Strindberg*, Autrement, 2017.

Strinberg, August, *Correspondance*, Zulma, 2010.

Stuart Mill, John y Harriet Taylor, *Their correspondence and subsequent marriage*, Kessinger Publishing, 2010.

Tolstói, León, *Tolstoi's Love Letters*, Kessinger Publishing, 2007.

Valenti, Patricia D., *Sophia Peabody Hawthorne: A Life*, University of Missouri Press, 2015.

Valéry, Paul, *Lettres à Jean Voilier: Choix de lettres 1937-1945*,

Gallimard, 2014.

Vallejo, César, *Correspondencia completa*, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2002.

Van Gogh, Vincent, *Lettres à son frère Théo*, Gallimard, 1988.

Vaquero Serrano, María del Carmen, *Doña Guiomar Carrillo, la desconocida amante de Garcilaso*, Oretania, 1998.

Vega, Lope de, *Epistolario*, Fundación José Antonio de Castro, 2008.

Vergara Quiroz, Sergio, *Cartas de mujeres en Chile*, Biblioteca Nacional de Chile, 1987.

Verlaine, Paul y Arthur Rimbaud, *Oeuvres complètes: correspondance*, Musaicum Books, 2019.

Vigny, Alfred y Marie Dorval, *Lettres pour lire au lit. Correspondance amoureuse (1831-1838)*, Le Mercure de France, 2013.

Vivien, Renée, *Lettres à Kérimé*, HB, 1998.

Voltaire, *Lettres choisies*, Folio, 2017.

Von Kleist, Heinrich, *Correspondance complète*, Gallimard, 1976.

VV. AA., *Querida. Cartas de hombres a mujeres*, Península, 2009.

Waliszewski, Kazimierz, *Le roman d'une imperatrice Catherine II de Russie,* Perrin, 2011.

Weil, Simone, *La condition ouvrière*, République des Lettres, 2019.

Welsh, Jane y Thomas Carlyle, *The collected letters*, Duke University Press, 1995.

West, Rebecca, *Selected Letters of Rebecca West*, Yale University Press, 2000.

Westphalen, Jenny von to Karl Marx, <https://www.marxists.org/archive/marx/letters/jenny/index.htm>.

Wharton, Edith, *Letters*, Scribner, 1988.

Wilde, Oscar, *The complete letters*, Henry Holt and Co., 2000.

Wollstonecraft Shelley, Mary, *Selected letters of Mary Wollstonecraft Shelley*, The Johns Hopkins University Press, 1995.

Woolf, Virginia, *The letters*, Harvest Books, 1979.

Xun, Lu; Xu, Guangping, *Letters between two*, Foreign Languages Press, 2001.

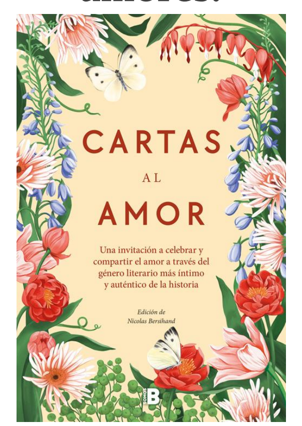
Yeats, William Butler, *The Gonne-Yeats Letters 1893-1938*, W. W. Norton & Company, 1980.

Zavala, José María, *Elena y el rey: la historia del amor prohibido entre Alfonso XII y Elena Sanz*, Plaza y Janés, 2014.

Zola, Émile, *Lettres à Jeanne Rozerot (1892-1902)*, Gallimard, 2024.

Zweig, Stefan, *Stefan and Friderike: Their correspondence, 1912-1942*, Hastings House, 1954.

Tras Cartas a la madre y _Cartas eróticas_, Nicolas Bersihand pone el broche a su gran proyecto epistolar con este precioso homenaje a todos los amores.



Ahora que las cartas como género sentimental se han extinguido, este es un bello homenaje a la tradición epistolar y a los momentos de la historia en que se vivían las pasiones al ritmo de la escritura, cuando el destino y la esperanza quedaban en manos del cartero.

En este volumen se recogen las cartas al amor soñado, pasional, místico, multisexual, decepcionante, prohibido, tormentoso más exquisitas de los grandes personajes de la literatura y de la historia. Desde Marie Curie, Gala, Carmen Laforet o Gabriela Mistral hasta Verdi, Wilde, Stendhal, Galdós y otros tantos más. Cartas al amor reúne correspondencias sublimes y desconocidas, prestando especial atención a las voces femeninas y a la lengua castellana, idioma natural del amor.

Nicolas Bersihand (París, 1976). Escritor francés, traductor y editor ecléctico de libros de arte, de filosofía y hasta de bolsillo. Empezó en periodismo cultural y trabajó con el gran dramaturgo Armand Gatti. Creó y dirigió la única editorial dedicada al género epistolar, *Des Lettres*, que publicó la colección epistolar *Mots Intimes*. Tras las *Cartas a la madre* (Ediciones B, 2022) y las *Cartas eróticas* (Ediciones B, 2023), *Cartas al amor* es la nueva entrega de un amplio proyecto de publicaciones epistolares en castellano. En la actualidad, trabaja en otras antologías, así como en obras de teatro y de ficción.



Primera edición: enero de 2024

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Andrea Ferrandis
Imagen de portada: © Silja Goetz

ISBN: 978-84-666-7724-0
Compuesto en: leerendigital.com Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @edicionesb_es
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«**Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.**»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club





[1] Soy infeliz, me parece que cada día la amo más, y usted solo siente por mí la misma amistad que me profesaba antes. Hay una prueba incuestionable de mi amor, y es mi… *(N. del A.)*.

[2] *Eurídice*, Prólogo. *(N. del T.)*.

[3] FF, «Felice Ferrarese»: posible nombre «en clave» de Lucrecia Borgia, duquesa de Ferrara, que Pietro Bembo y ella utilizaban ocasionalmente en sus intercambios epistolares. *(N. del T.)*.

[4] En su correspondencia con Louise, a veces Apollinaire utiliza el masculino para referirse a su amada, acentuando así, por un lado, la dualidad masculina/femenina que el poeta reconoce en Lou por su carácter y su aspecto, y, por el otro, la dicotomía amante dulce y sensible-mujer fuerte, incluso agresiva, al asociar Lou (hipocorístico de Louise) con *loup* (que significa «lobo» en francés). *(N. del T.)*.

[5] Ídem.

[6] Personajes de la literatura musulmana que pierden la razón por amor. *(N. de la T.)*.

[7] En la *Nota Bene* se explica y desarrolla el sentido y necesidad de este neologismo (p. 259).

[8] Es decir, «que ha bajado y ha vuelto a subir». *(N. del T.)*.

[9] «A propósito de vuestros amoríos». *(N del T.)*.

[10] Existe una tradición muy arraigada en el Reino Unido que consiste en que la novia vista de acuerdo con la frase «Something old, something new, something borrowed, something blue, and a silver sixpence in her shoe» (es decir: algo viejo, algo nuevo, algo prestado, algo azul y una moneda de plata de seis peniques en el zapato). *(N. de la T.)*.

[11] Nombre que recibió el Primer Regimiento de Caballería Voluntaria de Estados Unidos durante la guerra hispano-estadounidense, en 1898. (*N. de la T.*).

[12] Sur de Francia.

[13] Según el autor, *tibériades* [tiberiadas] equivale a actos de sodomía; el término derivaría de Tiberio, emperador romano que al parecer fue muy proclive a esta práctica sexual. *(N. del T.)*.

[14] Se trata de la pistola con la que Verlaine disparó a Rimbaud.

[15] Barthes, Roland, *Fragmentos de un discurso amoroso*, Siglo XXI, 2011.

[16] Pessoa, Fernando, *Poesías*, Abado Editores.

[17] Galimberti, Umberto, *Le cose dell'amore*, Ferltrinelli Editore, 2004.

[18] Hugo, Victor, *Lettres à Juliette Drouet*, Fayard, 2009.

[19] <https://www.lemonde.fr/culture/article/2018/01/19/beauvoir-l-exil-americain-des-lettres-a-lanzmann_5244296_3246.html?fbclid=IwAR23aeKq4YXGxEwc0frMtKolaic56DPecdvNa6A0hpzlttWLYk

[20] Badiou, *Elogio del amor*, La Esfera de los Libros, 2011.

[21] Cita de Clément, Catherine en Clément, Jérôme, *Les femmes et l'amour,* Stock, 2002.

[22] Leclerc, Annie, *Parole de femme*, Grasset, 1974.

[23] «La base de la transferencia es el amor», Gustavo Dessal en <https://tallerdecartasdeamor.wordpress.com/2019/01/07/que-es-el-amor-gustavo-dessal/>.

[24] Breton, André, carta del 8 de octubre de 1928, en *Lettres à Simone Kahn* (1920-1960), Gallimard, 2016.

[25] Herrera Gómez, Coral, *Dueña de mi amor: Mujeres contra la gran estafa romántica*, Los Libros de La Catarata, 2020.

[26] <https://etudiant.lefigaro.fr/les-news/actu/detail/article/des-etudiants-islamistes-contre-la-saint-valentin-au-pakistan-1166/>.

[27] Leoncini, Thomas, *Forte como la vita, liquido como l'amore*, RCS MediaGroup, 2021.

[28] Serres, Michel, *En amour, sommes-nous des bêtes?*, Le Pommier, 2002.

[29] <https://www.ina.fr/ina-eclaire-actu/video/i05125289/marguerite-duras-a-propos-de-detruire-dit-elle>.

[30] Esta «a» también conjura, según Julius Evola, el espectro de la muerte: *a-mors, a-mort*. Evola, Julius, *El yoga tántrico*, Sieghels, 2015.

[31] Comtesse d'Aulnoy, *Relation du voyage d'Espagne*, París, Barbin, 1691.

[32] La pasión española está tan ninguneada en este tipo de libros como las voces femeninas que plenamente merecen formar parte de ellas; dos crímenes capitales que esta antología pretende colmar y corregir.

[33] Como lo sugiere un libro antiguo: Werrie, Paul, *L'amour à l'espagnole*, La Table Ronde, 1964.

[34] Cixous, Hélène, *L'amour même*, Galilée, 2005.

[35] Wharton, Edit, *Letters*, Scribner, 1989.

[36] Salinas, Pedro, *Defensa de la carta misiva y de la correspondencia epistolar, Obras completas II, Ensayos completos*, Cátedra, 2007.

[37] Torras Francés, *Tomando cartas en el asunto. Las amistades peligrosas de las mujeres con el género epistolar*, Sagardiana, 2001.

[38] Austen, Jane, «Letter to Cassandra, 3 January 1801», *Letters*, White Press, 2018.

[39] Salinas, Pedro, «Defensa de la carta misiva», *El defensor*, Alianza, 1967.

[40] Kafka, *Cartas a Milena,* Emecé, 1995.

[41] Rolin, Dominique, *Lettres à Philippe Sollers (1958-1980),* Gallimard, 2018.

[42] Badiou, *Elogio del amor*, La Esfera de los Libros, 2011.

[43] Derrida, Jacques, <http://mural.uv.es/mibosa/DerridaInterview2.htm>.

[44] Ferry, Luc, *La révolution de l'amour,* J'ai lu, 2011.

[45] <https://www.lemonde.fr/idees/article/2023/10/13/colum-mccann-ecrivain-sur-la-guerre-hamas-israel-ou-trouver-aujourd-hui-du-reconfort-absolument-nulle-part-est-la-reponse-immediate_6194100_3232.html?lmd_medium=al&lmd_campaign=envoye-par-appli&lmd_creation=ios&lmd_source=default>.

[46] Miguel de, Ana, *Neoliberalismo sexual: El mito de la libre elección,* Cátedra, 2015.

[47] Por ejemplo, Bell Hooks, *Todo sobre el amor*, Paidós, 2021; Kosofsky Sedgwick, Eve, *Un diálogo sobre el amor*, Alpuerto, 2019; Cixous, Hélène, *Il faut bien aimer*, Gallimard, 2023.

[48] Svetlana Aleksiévich, entrevista en <https://letraslibres.com/revista/entrevista-a-svetlanaalexievich-solo-el-amor-puede-salvar-a-los-que-estan-contagiados-por-la-ira/>.

[49] Perros, Georges, *Papiers collés 3*, Gallimard, 1994.

[50] Aleramo, Sibilla, *Amo dunque sonno*, Mondadori, 1927.

[51] Las bases del pensamiento del amor nuevo están asentadas por todos estos ensayos capitales: Bauman, Zigmunt, *Amor líquido*, Paidós, 2021; Illouz, Eva, *El fin del amor*, KATZ, 2021; Chollet, Mona, *Reinventar el amor: cómo el patriarcado sabotea las relaciones heterosexuales*, Paidós, 2022; Han, Byung-Chul, *La agonía del Eros*,

Herder Editorial, 2023; Zizek, Slavoj, *Las metástasis del goce*, Paidós, 2003.

[52] Como sostiene nada menos que el heredero de Lacan, Jacques-Alain Miller, aquí por ejemplo: <http://ampblog2006.blogspot.com/2008/10/interview-de-jacques-alain-miller-dans.html>.

[53] Un caso famoso de transfusión de la carta a la obra literaria es el uso que Jack Kerouac hizo de la carta de Neal Cassady, llamada Joan Anderson, que le sirvió de modelo e inspiración para escribir nada menos que ¡la obra emblemática de la Beat Generation, *On the Road*!

[54] Yourcenar, Marguerite y Baron Supervielle, Silvia, *Une reconstitution passionnelle* (1980-1987), Gallimard, 2009.

[55] Cixous, Hélène, *Entre l'écriture*, Des Femmes, 1986.

[56] Ídem.

[57] Cixous, Hélène, *Il faut bien aimer*, Gallimard, 2023.

[58] <https://www.radiofrance.fr/franceculture/podcasts/les-midis-de-culture/helene-cixous-etre-ecrivain-ne-veut-rien-dire-1910771>.

[59] Irigaray, Luce, *La voie de l'amour*, Mimesis, 2016.

[60] Cixous, Hélène, *La risa de la medusa*, Anthropos, 2013.

[61] Cazcarra, Montse, *Amor sano, amor del bueno*, Grijalbo, 2023.

Índice